





EMMANUEL CARRÈRE

# DE VIDAS AJENAS



## RESUMEN

«En cuestión de pocos meses, fui testigo de dos de los acontecimientos que más temo en la vida: la muerte de un hijo para sus padres y la muerte de una mujer joven para sus hijos y su marido. Alguien me dijo entonces: eres escritor, ¿por qué no escribes nuestra historia? Era un encargo, y lo acepté. Empecé, pues, a contar la amistad entre un hombre y una mujer, los dos supervivientes de un cáncer, los dos cojos y los dos jueces, que se ocupaban de asuntos de sobreendeudamiento en el tribunal de primera instancia de Vienne (Isère). En este libro se habla de la vida y la muerte, de la enfermedad, de la pobreza extrema, de la justicia y, sobre todo, del amor. Todo lo que se dice en él es cierto». Así presentaba Emmanuel Carrère la edición francesa de este libro verdaderamente extraordinario: inolvidable, desgarrador, de una potencia narrativa inaudita. *De vidas ajenas* recibió el Premio Globe y otros galardones y la prensa cultural francesa lo eligió mejor novela del año.



## Capítulo

Me acuerdo de que, la noche antes de la ola, Hélène y yo habíamos hablado de separarnos. No era complicado: no vivíamos bajo el mismo techo, no teníamos hijos en común, hasta podíamos pensar en seguir siendo amigos; sin embargo, era triste. Conservábamos en la memoria otra noche, justo después de habernos conocido, que pasamos repitiendo que nos habíamos encontrado, que viviríamos juntos el resto de nuestra vida, que envejeceríamos juntos e incluso que tendríamos una niña. Más tarde tuvimos una niña, en el momento en que escribo seguimos esperando envejecer juntos y nos complace pensar que lo comprendimos todo desde el principio. Pero desde aquel comienzo había transcurrido un año complicado, caótico, y lo que nos parecía cierto en el otoño de 2003, en el embeleso del flechazo, lo que nos sigue pareciendo cierto, en todo caso deseable, cinco años más tarde, ya no nos parecía en absoluto cierto ni deseable aquella noche de la Navidad de 2004, en nuestro bungalow del Hotel Eva Lanka. Por el contrario, estábamos seguros de que aquellas vacaciones eran las últimas, y que a pesar de nuestra buena voluntad habían sido un error. Acostados uno junto al otro, no nos atrevíamos a hablar de la primera vez, de aquella promesa en la que los dos habíamos creído con tanto fervor y que era evidente que no se cumpliría. No había hostilidad entre nosotros, simplemente nos veíamos alejarnos con pena: era una lástima. Yo rumiaba mi incapacidad de amar, tanto más patente porque Hélène era una persona muy amable. Pensaba que envejecería solo. Ella pensaba en otras cosas: en su hermana Juliette, que justo antes de partir nosotros había sido hospitalizada a causa de una embolia pulmonar. Hélène tenía miedo de que cayera gravemente enferma, de que se muriera. Yo alegaba que aquel miedo no era racional, pero colonizó enseguida todo el estado de ánimo de Hélène, y yo le reprochaba que se dejase invadir por algo en lo que yo no tenía ninguna participación. Salió a fumar un cigarrillo a la terraza del bungalow. La esperé tumbado en la cama, diciéndome: si vuelve pronto, si hacemos el amor, quizá no nos separemos, quizá envejezcamos juntos. Pero ella no volvió, se quedó sola en la terraza mirando cómo se iluminaba poco a poco el cielo, escuchando los primeros trinos de los pájaros, y yo, por mi lado, me quedé dormido, solo y triste, convencido de que mi vida iba a empeorar cada vez más.



Nos habíamos inscrito los cuatro, Hélène y su hijo, yo y el mío, para una clase de submarinismo en un pequeño club del pueblo vecino. Pero a Jean-Baptiste, después de la clase anterior, le dolía un oído y no quería volver a bucear, y nosotros estábamos cansados por la noche casi en blanco y habíamos decidido anularla. Rodrigue, el único que de verdad tenía ganas de ir, se sintió frustrado. Pues báñate en la piscina, le dijo Hélène. El habría querido que por lo menos alguien le acompañase a la playa, debajo del hotel, donde no se le permitía ir solo porque había corrientes peligrosas. Pero nadie quiso acompañarle, ni su madre ni yo ni Jean-Baptiste, que prefería leer en el bungalow. Jean-Baptiste tenía entonces trece años, yo le había impuesto más o menos aquellas vacaciones exóticas en compañía de una mujer a la que conocía poco y de un chico mucho más joven que él, y desde el comienzo de la estancia se aburría y nos lo daba a entender quedándose en su rincón. Cuando, enfadado, le pregunté si no quería estar allí, en Sri Lanka, me contestó de mala manera que sí, que estaba contento, pero que hacía demasiado calor y que donde mejor se sentía era en el bungalow, leyendo o jugando con la Game Boy. Era un preadolescente típico, en suma, y yo un padre típico de preadolescente, y me sorprendía de decirle, casi textualmente, las cosas que a mí a su edad me exasperaba tanto oír de boca de mis padres: deberías salir, tener curiosidad, para qué ha servido traerte tan lejos... Una pérdida de tiempo. Se metió en su madriguera y Rodrigue, abandonado, empezó a ir de un lado a otro y a hostigar a Hélène, que intentaba dormir al borde de la inmensa piscina de agua de mar donde una alemana de edad pero increíblemente atlética, que se parecía a Leni Riefenstahl, nadaba dos horas seguidas todas las mañanas. Yo, sin dejar de compadecerme por mi incapacidad de amar, fui donde los ayurvédicos, como llamábamos al grupo de suizos alemanes que ocupaban bungalows un poco separados y seguían un curso de yoga y de masajes indios tradicionales. Cuando no estaban en sesión plenaria con su maestro, a veces iba a hacer algunas posturas con ellos. Volví después a la piscina, ya habían servido los últimos desayunos y empezado a poner las mesas para la comida; pronto se plantearía la cuestión fastidiosa de qué íbamos a hacer por la tarde. Tres días después de nuestra llegada, ya habíamos visitado el templo en el bosque, dado de comer a los pequeños monos, visto a los budas yacentes y, a no ser que nos lanzáramos a hacer excursiones culturales más ambiciosas, que no nos tentaban a ninguno, ya habíamos agotado los recursos del lugar. O si no habríamos tenido que ser de esas personas que pueden pasarse días en un pueblo de pescadores y apasionarse por todo lo que hacen los autóctonos, por el mercado, las técnicas de reparación de redes, los rituales sociales de todo tipo. A mí no me apetecía y me reprochaba que no me apeteciese, me reprochaba no transmitir a mis hijos esta curiosidad generosa, esta agudeza de la mirada que admiro por ejemplo en Nicolas Bouvier. Me había traído *El pez escorpión*, un libro en que este escritor-viajero cuenta un año pasado en Galle, un pueblo grande situado a una treintena de kilómetros del lugar donde nos encontrábamos, en la costa sur de la isla. No es como *Los caminos del mundo*, su relato más célebre, un libro de admiración y celebración pero de derrota, de pérdida, de abismo más que rozado. Describe Ceilán como un sortilegio, en el sentido péfido del término, no el de las guías turísticas para mochileros enrollados y recién casados. Bouvier estuvo a punto de perder la razón aquí y nuestra estancia,



proyectada como un viaje de bodas o como un examen de grado para una eventual familia recompuesta, había fracasado. Fracasado suavemente, por otra parte, sin elementos trágicos ni riesgo. Yo empezaba a tener prisa por marcharme. Al atravesar el vestíbulo con claraboya, invadido por las buganvillas, me crucé con un cliente del hotel que se impacientaba porque no había manera de enviar un fax: la electricidad estaba cortada. En la recepción le habían dicho que había sucedido algo en el pueblo, que el origen del corte era un accidente, pero él no había entendido muy bien qué pasaba, lo único que esperaba era que no durase mucho tiempo porque su fax era muy importante. Me reuní con Hélène, que ya no dormía, y me dijo que pasaba algo raro.

La imagen siguiente es la de un pequeño grupo de clientes y personal del hotel, agolpados en una terraza al fondo del parque que domina el océano. A primera vista, extrañamente, no notamos nada. Todo parece normal. Después, es como si nos diéramos cuenta. Nos percatamos de que el agua está muy lejos. Entre la orilla de las olas y el pie del acantilado, la playa tiene normalmente una veintena de metros. Aquí se extiende hasta perderse de vista, gris, plana, centelleante bajo el sol nublado: se diría el Monte Saint— Michel con marea baja. También advertimos que está sembrada de objetos cuya escala no medimos al principio. Ese leño retorcido, ¿es una rama arrancada o un árbol? ¿Un árbol muy grande? Esa barca desmantelada, ¿no sería algo más que una barca? ¿No es claramente un barco, un bou, vomitado y roto como una cáscara de nuez? No se oye ningún ruido, ni un soplo agita los penachos de los cocoteros. No me acuerdo de las primeras palabras pronunciadas en el grupo al que nos hemos unido, pero en un momento dado alguien murmuró: *Two hundred children died at school, in the village.*<sup>1</sup>

Construido sobre el acantilado que cae a pico en el mar, el hotel está como arrojado en la exuberancia vegetal de su parque. Hay que franquear una verja vigilada por un guarda y luego bajar una rampa de cemento para llegar a la carretera que bordea la costa. Al pie de esta rampa suele haber tuk-tuks, esos ciclomotores con toldo, equipados de un banco en el que caben sentadas dos personas, tres si se aprietan, y que sirven para los pequeños desplazamientos: hasta diez kilómetros; más allá se alquila un taxi. Hoy no hay tuk-tuks. Hélène y yo bajamos hasta la carretera con la esperanza de averiguar qué ocurre. Parece algo grave, pero, aparte del hombre que ha hablado de los doscientos niños muertos en la escuela del pueblo, y al que alguien ha contradicho diciendo que los niños no podían estar en la escuela porque era *Poya*, el Año Nuevo budista, nadie en el hotel parece saber más que nosotros. No hay tuk-tuks ni tampoco transeúntes. Suele haberlos siempre: mujeres cargadas con paquetes y que caminan en grupos de dos o tres, escolares con camisas blancas impecablemente planchadas, toda esa gente sonriente y que traba conversación muy de buena gana. Nada es anormal en la carretera al bordear la colina que la protege del océano. En cuanto la sobrepasamos y llegamos al llano, descubrimos que en un lado nada se ha movido, los árboles, las flores, las tapias, los tenderetes, pero que en el otro todo está devastado, envuelto en un barro

<sup>1</sup> Doscientos niños han muerto en la escuela del pueblo. (N. del T.)



negruzco como una corriente de lava. Al cabo de unos minutos caminando en dirección al pueblo, nos sale al encuentro un hombretón rubio, demacrado, con el pantalón corto y la camisa desgarrados, cubierto de barro y de sangre. Es holandés; curiosamente es lo primero que dice, y lo segundo es que su mujer está herida. La han recogido unos campesinos, él busca auxilio, pensaba que se lo prestarían en nuestro hotel. Habla también de una ola inmensa que ha reventado y después se ha retirado llevándose las casas y a la gente. Parece conmocionado, más estupefacto que aliviado de seguir vivo. Hélène propone que le acompañemos hasta el hotel: quizá funcione ya el teléfono y cabe esperar que entre los residentes haya un médico. Yo, por mi parte, quiero caminar un poco más, digo que enseguida me reuniré con ellos. A la entrada del pueblo, tres kilómetros más allá, reina una atmósfera de angustia y confusión. Se forman y se deshacen grupos, unos vehículos con todo maniobran, se oyen gritos, gemidos. Desciendo la calle que lleva a la playa, pero un policía me intercepta. Le pregunto qué ha ocurrido exactamente y responde: *The sea, the water, big water. ¿Es verdad que hay muertos? Yes, many people dead, very dangerous. You stay in hotel? Which hotel? Eva Lanka? Good, good, Eva Lanka, go back there, it is safe. Here, very dangerous.*<sup>2</sup> El peligro parece haber pasado, obedezco de todas maneras.

Hélène está furiosa conmigo porque me he marchado dejándole a los niños en los brazos cuando debería haber sido ella la primera en buscar noticias: es su oficio. Durante mi ausencia, ha recibido una llamada de LCI, la cadena informativa para la que escribe y presenta noticiarios. Es de noche en Europa, lo que explica que los demás clientes del hotel no hayan recibido aún llamadas de sus familias y amigos azorados, pero los periodistas de guardia saben ya que se ha producido una enorme catástrofe en el Sudeste Asiático, algo completamente distinto a una inundación local, como yo había creído al principio. Sabiendo que Hélène estaba de vacaciones allí, esperaban un testimonio en vivo, y ella no tenía apenas nada que contarles. ¿Qué tengo que contar yo? ¿Qué he visto en Tangalle? No tengo más remedio que confesar que poca cosa. Hélène se encoge de hombros. Yo me bato en retirada a nuestro bungalow. Estaba bastante emocionado, al volver del pueblo, porque, en medio de estas vacaciones que languidecían había sucedido algo extraordinario, y ahora estoy contrariado por nuestro enfado y por la conciencia de no haber estado a la altura de las circunstancias. Descontento de mí, vuelvo a zambullirme en *El pez escorpión*. Entre dos descripciones de insectos, esta frase me llama la atención: «Aquella mañana habría querido que una mano extraña me cerrase los párpados. Como estaba solo, los cerré yo mismo.»

Jean-Baptiste viene a buscarme al bungalow, trastornado. La pareja de franceses a los que conocimos hace dos días acaba de llegar al hotel. Su hija ha muerto. Me

---

<sup>2</sup> El mar, el agua, gran agua. Sí, muchas personas muertas, muy peligroso. ¿Se aloja en un hotel? ¿Qué hotel? ¿Eva Lanka? Bien, bien, vuelva allí, es seguro. Aquí, muy peligroso. (N. del T.)





necesita para afrontar la noticia. Al caminar con él por el sendero que lleva al edificio principal, recuerdo nuestro encuentro, en un chiringuito de la playa a la que el policía no me ha dejado ir. Ellos ocupaban la mesa vecina a la nuestra. La treintena, él un poco más, ella un poco menos. Los dos guapos, alegres, amistosos, visiblemente muy enamorados el uno del otro y de su hija de cuatro años. Ella vino a jugar con Rodrigue, y fue así como entablamos conversación. A diferencia de nosotros, conocían muy bien el país, no vivían en un hotel sino en una casita que el padre de la joven alquilaba durante todo el año en la playa, a doscientos metros del chiringuito. Era la clase de gente que te alegras de encontrar en el extranjero, y nos despedimos con ganas de volver a vernos. Sin fijar una cita: nos topáramos forzosamente, en el pueblo, en la playa.

Hélène está en el bar con ellos y un hombre de más edad cuyos pelo gris rizado y cara de pájaro hacen que se parezca al actor Pierre Richard. El otro día no nos dijimos los nombres, Hélène hace las presentaciones, Jérôme, Delphine, Philippe. Philippe es el padre de Delphine, el que alquila la casa en la playa. Y la niña que ha muerto se llamaba Juliette. Hélène lo dice con una voz neutra, Jérôme mueve la cabeza para confirmarlo. Su cara y la de Delphine no tienen expresión. Pregunto: ¿están seguros? Jérôme responde que sí, acaban de volver del hospital donde han reconocido el cuerpo. Delphine mira hacia delante, no estoy seguro de que nos vea. Los siete estamos sentados, ellos tres, nosotros cuatro, en esas butacas y bancos de teca, con cojines de colores vivos; en la mesa baja que tenemos delante hay zumos de frutas, té, un camarero viene a preguntarnos lo que queremos tomar Jean-Baptiste y yo, y maquinalmente pedimos algo y después se restablece el silencio. Se prolonga hasta que Philippe empieza a hablar de pronto. No se dirige a nadie en particular. Su voz es aguda, entrecortada, da la impresión de un mecanismo descompuesto. Durante las horas siguientes, hará el mismo relato varias veces, casi idéntico.

Esta mañana, justo después del desayuno, Jérôme y Delphine se han ido al mercado y Philippe se ha quedado en casa para cuidar a Juliette y Osandi, la hija del dueño de la *guesthouse*. Leía el periódico local, sentado en su butaca de ratán en la terraza del bungalow. De tanto en tanto levantaba los ojos para vigilar a las dos niñas que jugaban en la orilla del agua. Saltaban y se reían entre las olitas. Juliette hablaba francés, Osandi cingalés, pero de todos modos se entendían muy bien. Unas cornejas se repartían graznando las migajas del desayuno. Todo estaba en calma, el día iba a ser hermoso, Philippe había pensado en ir a pescar con Jérôme por la tarde. En un momento dado observó que las cornejas habían desaparecido, que ya no se oían trinos de pájaros. Entonces llegó la ola. Un instante antes el mar estaba quieto, un instante más tarde era una pared tan alta como un rascacielos y que se le venía encima. En lo que dura un relámpago, pensó que iba a morir y que no tendría tiempo de sufrir. La ola le sumergió, se lo llevó y le arrastró en su vientre inmenso durante un tiempo que le pareció interminable, y luego salió a flote de espaldas. Pasó como un surfista por encima de las casas, de los árboles, de la carretera. Después la ola pasó en sentido inverso y le aspiró mar adentro. Vio que se precipitaba hacia paredes reventadas contra las que iba a estrellarse y tuvo el reflejo





de agarrarse a un cocotero, que luego soltó para agarrarse a otro del que también se habría soltado de no ser porque algo duro, un trecho de empalizada, le tenía arrinconado y aplastado contra el tronco. A su alrededor pasaban a toda velocidad muebles, animales, personas, vigas, bloques de hormigón. Cerró los ojos creyendo que iba a triturarle uno de aquellos desechos gigantescos y los mantuvo cerrados hasta que cesó el mugido monstruoso de la corriente y oyó otra cosa, gritos de hombres y mujeres heridos, y comprendió que no había llegado el fin del mundo, que estaba vivo y que comenzaba la verdadera pesadilla. Abrió los ojos, se dejó resbalar a lo largo del tronco hasta la superficie del agua, que estaba completamente negra, opaca. Aún había corriente pero podía resistirla. Por delante de él pasó una mujer con la cabeza en el agua y los brazos en cruz. Los supervivientes empezaban a llamarse entre los escombros, los heridos gemían. Philippe vaciló: ¿sería mejor dirigirse hacia la playa o hacia el pueblo? Juliette y Osandi estaban muertas, de eso estaba seguro. Ahora tenía que encontrar a Jérôme y Delphine para decírselo. En lo sucesivo era su misión en la vida. El agua le llegaba hasta el pecho, estaba en bañador, manchado de sangre, pero no sabía con exactitud dónde estaba herido. Habría preferido quedarse donde estaba, aguardar a que llegaran los servicios de socorro, pero se obligó a ponerse en marcha. El suelo, bajo sus pies desnudos, era irregular, blando, inestable, tapizado de un magma de cosas cortantes con las que tenía un miedo horrible de herirse. A cada paso tanteaba el terreno, avanzaba despacio. A cien metros de su casa no reconocía nada: ni una pared ni un árbol. A veces, caras conocidas, las de vecinos que chapoteaban como él, negros de barro, rojos de sangre, con los ojos ensanchados por el terror, y que como él buscaban a los seres queridos. Ya casi no se oía el ruido de succión de las aguas que se retiraban, y eran cada vez más fuertes los gritos, los lloros, los estertores. Philippe llegó por fin a la carretera y, un poco más arriba, al lugar donde la ola se había detenido. Era algo extraño, aquella frontera tan claramente señalada: hasta aquí el caos, más allá el mundo normal, absolutamente intacto, las casitas de ladrillo rosa o verde claro, los caminos de laterita roja, los tenderetes, los ciclomotores, la gente vestida, atareada, viva, que apenas comenzaba a ser consciente de que había ocurrido algo grande y espantoso, pero no sabía exactamente qué. Los zombis que, como Philippe, volvían a pisar la tierra de los vivos sólo podían balbucir la palabra «ola», y esta palabra se propagaba por el pueblo como debió de propagarse la palabra «avión» el 11 de septiembre de 2001 en Manhattan. Ondas de pánico impulsaban a la gente en los dos sentidos: hacia el mar, para ver lo que había sucedido y socorrer a los que podían ser socorridos; lejos del mar, lo más lejos posible, para ponerse al resguardo por si aquello volvía. En medio del alboroto y los gritos, Philippe subió la calle principal hasta el mercado, donde era la hora de mayor afluencia, y cuando se disponía a buscarles un largo rato, vio enseguida a Jérôme y a Delphine, bajo la torre del reloj. El rumor del desastre que acababa de llegarles en aquel mismo momento era tan confuso que Jérôme creía que un tirador loco había abierto fuego en algún lugar de Tangalle. Philippe se dirigió hacia ellos, sabía que eran sus últimos segundos de felicidad. Ellos le vieron acercarse, él llegó a su altura, cubierto de barro y de sangre, con el rostro descompuesto, y en este punto se detiene el relato de Philippe. No logra continuar. Mantiene la boca abierta, pero no consigue volver a pronunciar las dos palabras que tuvo que pronunciar en aquel instante.



Delphine aulló, Jérôme no. Tomó a Delphine en los brazos, la apretó contra él todo lo fuerte que pudo mientras ella aullaba, aullaba, aullaba, y a partir de aquel instante puso en práctica el programa: como no puedo hacer nada por mi hija, al menos salvo a mi mujer. No presencié la escena, que cuento según el relato de Philippe, pero asistí a la continuación y vi cómo se aplicaba el programa. Jérôme no perdió el tiempo en seguir esperando. Philippe no sólo era su suegro sino su amigo, confiaba plenamente en él y comprendió en el acto que, por brutales que fueran la conmoción y la pérdida, si Philippe había pronunciado aquellas dos palabras era verdad. Delphine, por su parte, quería creer que se equivocaba. Él se había librado, quizá Juliette también. Philippe meneaba la cabeza; es imposible, Juliette y Osandi estaban justo en la orilla del agua, no hay ninguna posibilidad. Ninguna. La encontraron en el hospital, entre las decenas, los centenares ya de cadáveres que el océano había devuelto y que a falta de sitio extendían en el suelo. Osandi y su padre también estaban allí.

El hotel, a lo largo de la tarde, se transforma en la balsa de la Medusa. Los turistas siniestrados llegan casi desnudos, a menudo heridos, conmocionados, les han dicho que aquí estarían a salvo. Circula el rumor de que existe el riesgo de una segunda ola. Los lugareños se refugian en el otro lado de la carretera costera, lo más lejos posible del agua, y los extranjeros en lo alto, es decir, en nuestro hotel. Las líneas telefónicas están cortadas, pero al final del día empiezan a sonar los móviles de los huéspedes: parientes, amigos que acaban de conocer la noticia y llaman, devorados por la inquietud. Les tranquilizan con la mayor brevedad que pueden, para ahorrar batería. Por la noche, la dirección del hotel pone en marcha en unas horas un grupo electrógeno que permite recargarlas y seguir las informaciones de la televisión. Al fondo del bar hay una pantalla gigante que normalmente sirve para ver los partidos de fútbol, porque los propietarios son italianos, así como una gran parte de la clientela. Todo el mundo, huéspedes, personal, supervivientes, se congrega delante de la CNN y descubre al mismo tiempo la magnitud de la catástrofe. Llegan imágenes de Sumatra, de Tailandia, de las Maldivas: se ha visto afectado todo el Sudeste Asiático. Empiezan a desfilar ininterrumpidamente las pequeñas filmaciones de aficionados donde se ve a la ola acercarse desde lejos y los torrentes de barro que irrumpen en las casas, llevándose todo por delante. Se habla ya de tsunami como si fuese una palabra conocida desde siempre.

Cenamos con Delphine, Jérôme y Philippe; a la mañana siguiente volveremos a verles en el desayuno, después en la comida, después en la cena: no nos separaremos hasta el regreso a París. No se comportan como personas anonadadas a las que todo da igual y ya no se mueven. Quieren volver con el cuerpo de Juliette, y desde la primera noche las cuestiones prácticas mantienen a



distancia el vértigo aterrador de su ausencia. Jérôme se entrega a ellas impetuosamente, es su manera de seguir vivo, de mantener viva a Delphine, y Héléne le ayuda tratando de localizar a su compañía de seguros para organizar su repatriación y la del cuerpo. Es complicado, por supuesto, nuestros móviles funcionan mal, está la distancia, el desfase horario, todas las centralitas están saturadas, le hacen esperar, en los minutos preciosos durante los cuales las baterías se descargan hay que escuchar fragmentos de música relajante, voces grabadas, y cuando por fin Héléne contacta con un ser humano éste le pone en comunicación con otro número, la música se reanuda o bien la línea se corta. Estos contratiempos ordinarios y que en la vida ordinaria simplemente irritan, en estas circunstancias extraordinarias se convierten a la vez en monstruosos y caritativos, porque jalonan una tarea que cumplir, dan una forma al transcurso del tiempo. Hay algo que hacer, Jérôme lo hace, Héléne le ayuda, es tan sencillo como esto. Al mismo tiempo, Jérôme mira a Delphine. Ella mira al vacío. No llora, no grita. Come muy poco, al menos un poco. Le tiembla la mano pero es capaz de levantar hacia la boca un tenedor cargado de arroz al curry. De engullirlo. De masticarlo. De bajar la mano y el tenedor. De repetir el gesto. Yo miro a Héléne y me siento un zopenco, impotente, inútil. Le guardo casi rencor por estar tan sumida en la acción y no ocuparse ya de mí: es como si yo no existiera.

Más tarde nos tumbamos en la cama, uno al lado del otro. Con la punta de los dedos rozo la yema de los suyos, que no responden. Quisiera estrecharla entre mis brazos, pero sé que no es posible. Sé en qué piensa, es imposible pensar en otra cosa. A unas decenas de metros de nosotros, en otro bungalow, Jérôme y Delphine deben de estar acostados también, con los ojos abiertos. ¿La estrecha él en sus brazos o tampoco es posible para ellos? Es la primera noche. La noche que sigue al día en que su hija ha muerto. Esta mañana estaba viva, se ha despertado, ha ido a jugar a la cama de sus padres, les llamaba papá y mamá, se reía, estaba caliente, era lo más hermoso y lo más cálido y dulce que existe en el mundo, y ahora está muerta. Estará siempre muerta.

Desde el comienzo del día, yo decía que no me gustaba el Hotel Eva Lanka, proponía que nos mudásemos a una de las pequeñas *guesthouses* de la playa, mucho menos confortables pero que me recordaban mis viajes de mochilero hace veinticinco, treinta años. No lo decía realmente en serio: en mi descripción de esos lugares maravillosos, hacía hincapié en la ausencia de electricidad, las mosquiteras agujereadas, las arañas venenosas que te caen encima de la cabeza; Héléne y los niños lanzaban grandes gritos, se burlaban de mis nostalgias de viejo hippy, se había convertido en un sketch ritual. La ola se ha llevado las *guesthouses* de la playa, y con ellas a la mayor parte de sus inquilinos. Pienso: podríamos haber estado entre ellos. Jean-Baptiste y Rodrigue podrían haber bajado a la playa debajo del hotel. Podríamos haber salido al mar, como estaba previsto, con el club de submarinismo. Y Delphine y Jérôme deben de pensar, por su lado: podríamos habernos llevado a Juliette al mercado. Si lo hubiéramos hecho, ella habría venido también esta mañana a nuestra cama. El mundo estaría de luto a nuestro alrededor pero estrecharíamos a nuestra hijita entre los brazos y diríamos: gracias a Dios está aquí, es lo único que importa.



La mañana del segundo día, Jérôme dice: voy a ver a Juliette. Como si quisiera asegurarse de que la cuidan bien. Ve, dice Delphine. Jérôme se va con Philippe. Hélène le presta un bañador a Delphine, que nada un largo rato, lentamente, con la cabeza bien erguida y la mirada vacía. Alrededor de la piscina, hay ahora tres o cuatro familias de turistas siniestrados, pero sólo han perdido sus pertenencias y no se atreven a quejarse demasiado delante de Delphine de la calamidad que han sufrido. Los suizos alemanes se dedican a su curso ayurvédico tan apaciblemente como si no hubieran notado nada de lo que ocurre a su alrededor. Hacia mediodía, Philippe y Jérôme vuelven, demacrados: Juliette ya no está en el hospital de Tangalle, la han trasladado a otro sitio, según unos a Matara, según otros a Colombo. Hay demasiados cadáveres, queman algunos, evacúan a otros, empiezan a circular rumores de epidemia. Lo único que han podido hacer por Jérôme es darle un pedazo de papel en el que han garabateado algunas palabras que un empleado del hotel le traduce con un apuro consternado. Es una especie de recibo, que dice únicamente: «Niña blanca, rubia, con un vestido rojo.» Hélène y yo también vamos a Tangalle. El chófer del tuk-tuk es locuaz, *many people dead*, pero su mujer y sus hijos, gracias a Dios, han salido ilesos. Cuando nos acercamos al hospital, el olor nos asalta. Lo reconocemos, a pesar de que nunca lo hemos respirado. *Dead bodies, many dead bodies*, dice el chófer, tapándose la nariz con un pañuelo, y nos invita a imitarle. En el patio, unos hombres, unos pocos con bata de enfermeros y los demás vestidos con ropa de calle, deben de ser voluntarios, transportan en camillas cadáveres que se amontonan, unos encima de otros, en la trasera de un camión entoldado. Éstos parten, van a llegar otros. Entramos en una sala grande de la planta baja, que se parece menos al vestíbulo de un hospital que a una lonja de pescado. El suelo de cemento está húmedo, resbaladizo, lo inundan cada cierto tiempo para mantener una apariencia de frescura. Los cuerpos están colocados en hileras; cuento unos cuarenta. Están aquí desde ayer, muchos hinchados por el tiempo que han pasado en el agua. No hay occidentales, quizá, como Juliette, hayan sido evacuados los primeros. La piel de los cuerpos es más gris que oscura. Nunca he visto un muerto, me parece extraño, a los cuarenta y siete años, haberme ahorrado hasta tan tarde la experiencia. Con un pedazo de tela apretado contra la nariz, visitamos otras salas, subimos al primer piso. No hay ningún control, se distingue mal entre los visitantes y los empleados del hospital, no hay ninguna puerta cerrada, los cadáveres yacen por todas partes, grisáceos e inflados. Pienso en el rumor de epidemia, en el holandés que decía en el hotel, con un aire de autoridad, que si no se quemaban todos los cadáveres inmediatamente, era inevitable una catástrofe sanitaria: envenenarían el agua de los pozos, las ratas transmitirían el cólera en los pueblos. Tengo miedo de respirar por la boca, pero



también por la nariz, como si el olor atroz fuese contaminante. Me pregunto qué hemos venido a hacer aquí. Ver. Sólo ver. Hélène es la única periodista en el lugar, anoche ya dictó un artículo, otro esta mañana, se ha traído la cámara de fotos, pero no tiene ánimos para sacarla. Aborda a un médico visiblemente agotado, le hace preguntas en inglés. El responde, pero no le entendemos bien. Cuando salimos al exterior, el camión lleno de cadáveres se ha ido. Detrás de la verja, al borde de la carretera, hay un terraplén de hierba seca y cortante, a la sombra de un baniano inmenso, y al pie de este árbol una docena de personas. Son blancos, con la ropa desgarrada, y están cubiertos de pequeñas heridas que no se han molestado en vendar. Nos acercamos, forman un corro a nuestro alrededor. Todos han perdido a alguien, a su mujer, su marido, un hijo, un amigo, pero, al contrario que Jérôme y Delphine, no lo han visto muerto y quieren seguir esperando. La primera que nos cuenta su historia se llama Ruth. Escocesa, pelirroja, de unos veinticinco años. Vivía en un bungalow de la playa con Tom, acababan de casarse, era su luna de miel. Estaban a diez metros el uno del otro cuando llegó la ola. A Ruth se la llevó, ha salvado la vida de la misma forma que Philippe, y después buscó a Tom. Le buscó por todas partes: en la playa, entre los escombros, en el pueblo, en la comisaría, y luego, cuando comprendió que todos los cuerpos iban a parar al hospital, no se ha movido de aquí. Ha visitado el interior varias veces, ha vigilado la descarga de los camiones que traen nuevos cadáveres y la carga de los que los llevan hacia las hogueras, no ha dormido ni comido, la gente del hospital le ha dicho que se vaya a descansar, le han prometido que la avisarán si hay noticias, pero no quiere irse, quiere quedarse aquí con los demás, que se quedan por el mismo motivo que ella. Adivinan que las noticias va sólo pueden ser malas. Pero quieren estar presentes cuando descarguen del camión el cuerpo del ser querido. Como Ruth espera aquí desde anoche, está muy al corriente de lo que ocurre: confirma que los cadáveres de los blancos, si pasan por el hospital, son rápidamente trasladados a Matara, donde hay más sitio y, al parecer, una cámara frigorífica. Los de la gente del pueblo aguardan a que sus familias los reclamen, pero muchas de ellas, sobre todo entre los pescadores que tenían su casa muy cerca del agua, han perecido enteras y ya no hay nadie que venga a buscarlos, así que los mandan quemar. Todo esto se hace de un modo caótico, a la buena ventura. Como la electricidad, el teléfono y la carretera están cortadas, del exterior no puede llegar ninguna ayuda, pero ¿qué quiere decir el exterior, cuando toda la isla está afectada? Nadie se ha librado, cada cual se ocupa de sus muertos. Ruth dice esto pero ve perfectamente que Hélène y yo nos hemos librado. Estamos ilesos, estamos juntos, tenemos la ropa limpia, no buscamos a nadie en particular. Después de la visita al infierno, volveremos al hotel y allí nos servirán la comida. Nos bañaremos en la piscina, besaremos a nuestros hijos, pensaremos que nos hemos librado por los pelos. Sé que la mala conciencia no sirve de nada, más bien es sólo una pérdida de tiempo y energía, pero eso no impide que me sienta torturado y tenga muchas ganas de que acabe todo. Hélène, en cambio, dedica todas sus fuerzas a hacer lo que puede, da igual que sea irrisorio, hay que hacerlo de todas maneras. Es atenta, precisa, hace preguntas, piensa en todo lo que puede ser útil. Se ha traído todo nuestro dinero en metálico y lo reparte entre Ruth y sus acompañantes. Anota el nombre de todos, después el nombre y la filiación de los desaparecidos: mañana intentará ir a Matara para buscarlos. Anota los números de teléfono de las familias, en Europa o en América, para llamarlas y





decir: «He visto a Ruth, está viva; he visto a Peter, está vivo.» Propone que los que quieran vengan a nuestro hotel, basta con que se queden dos o tres de guardia, los demás podrán comer, lavarse, curarse las heridas, dormir un poco, telefonar, y luego vendrán a relevar a los de guardia. Pero nadie accede a venir con nosotros.

De los blancos que aguardaban debajo del baniano, delante del hospital, recuerdo sobre todo a Ruth, porque es con la que más hablamos y porque volvimos a verla, pero también a una inglesa de edad mediana, corpulenta, de pelo corto, que había perdido a su amiga; *my girlfriend*, decía, y me imagino a esta pareja de lesbianas ya entradas en años que vivían en una pequeña ciudad inglesa y participaban en la vida colectiva, y su casa instalada con amor, sus viajes todos los años a países lejanos, sus álbumes de fotos, todo esto roto. El regreso de la superviviente, la casa vacía. Sendas tazas con el nombre de cada una, y una de las dos ya no se utilizará, y la mujer obesa sentada a la mesa de la cocina se coge la cabeza con las manos y llora y se dice que ahora se ha quedado sola y estará sola hasta su muerte. En los meses siguientes a nuestro regreso, Hélène ha estado obsesionada por la idea de reanudar el contacto con los miembros de aquel grupo, de saber qué habría sido de ellos, si a alguno de ellos se le habría concedido el milagro. Pero por mucho que buscara entre nuestro equipaje el papel donde lo había anotado todo, nunca ha podido encontrarlo y tenemos que resignarnos a la idea de no volver a saber nada de esas personas. La imagen que conservo hoy de la media hora que pasamos con ellas es una imagen de película de horror. Nosotros estamos limpios y arreglados, indemnes, y nos rodea el corro de los leprosos, de los desplazados, de los naufragos que han vuelto al estado salvaje. La víspera eran como nosotros, nosotros éramos como ellos, pero les sucedió algo que no nos sucedió a nosotros y ahora formamos parte de dos humanidades separadas.

Por la noche, Philippe cuenta su historia de amor con Ceilán, adonde vino por primera vez hace más de veinte años. Informático de la región parisina, soñaba con países lejanos y tenía un colega esrilanqués con quien hizo amistad y que les invitó a su casa: a él, a su mujer de entonces y a Delphine, que era todavía una niña. Era su primer gran viaje en familia y les gustó mucho: el bullicio de las ciudades, el frescor de las montañas, la languidez de los pueblos a la orilla del océano, los bancales de arroz, el grito de los geos, los techos de teja acanalada, los templos en los bosques, el fulgor del alba y las sonrisas, comer con los dedos los platos de arroz al curry. Philippe pensó: aquí está la verdadera vida, aquí me gustaría vivir algún día. Aquel día no había llegado aún: el colega esrilanqués se fue a Australia, se escribieron un poco, después se perdieron de vista, el contacto con la isla mágica se había roto. Philippe estaba harto de ser un directivo en la periferia de París, era un apasionado del vino, en aquella época un informático encontraba fácilmente un empleo bien pagado donde él quisiera, y entonces decidió instalarse cerca de Saint-Emilion. Allí se hizo enseguida una clientela: grandes viticultores, centrales de compras que él modernizaba y de las que vigilaba los sistemas de gestión. Su mujer



abrió una tienda que, contra todo pronóstico en una región con fama de ser poco acogedora con los recién llegados, prosperó. Vivían en el campo, en una bonita casa en medio de las viñas, se ganaban bien la vida haciendo algo que les gustaba, habían conseguido reciclarse. Más tarde conoció a Isabelle, una divorciada sin traumas. Delphine creció, encantadora y sensata. No tenía aún quince años la primera vez que vio a Jérôme y decidió que sería el hombre de su vida. Él tenía veintiuno y era un chico guapo y sólido, heredero de una estirpe de ricos comerciantes de vino. En ese medio no se bromea con las diferencias de fortuna, pero cuando, andando el tiempo, el ensueño de la adolescente se transformó en un compromiso serio y compartido, Jérôme supo resistir a la presión de los suyos y mostró la firmeza tranquila de su carácter: amaba a Delphine, la había elegido, nadie le separaría de ella. Philippe idolatraba a su hija, era muy de temer que ningún pretendiente hallara gracia a sus ojos, pero se produjo otro flechazo, esta vez entre el yerno y el suegro. A pesar de los veinte años de diferencia descubrieron que tenían gustos comunes: los grandes burdeos y los Rolling Stones, Pierre Desproges y la pesca con caña, Delphine como remate, y su relación llegó a ser enseguida la de unos camaradas muy antiguos. Los recién casados encontraron una casa en un pueblo a una decena de kilómetros de donde viven Isabelle y Philippe. Las dos parejas se volvieron inseparables. Cenaban los cuatro en casa de unos u otros, Philippe y Jérôme se turnaban sacando una botella que degustaban a ciegas, pasaban la comida hablando de todo un poco, a los postres encendían un porro de hierba del jardín, ponían *Angie* o *Satisfaction*, se amaban, eran felices. Philippe, debajo de la parra, volvía a hablar de Sri Lanka. De aquello hacía ya ocho años, pero había conservado la nostalgia, y Delphine también. Una noche de otoño, justo después de la vendimia, cenaron fuera, habían bebido un Château Magdelaine de 1967, el año de nacimiento de Jérôme, y hablaban de ir allí de vacaciones los cuatro cuando Isabelle propuso la idea: ¿y por qué no hacían antes los dos hombres un pequeño reconocimiento?

Las cinco semanas de exploración de Sri Lanka es un recuerdo encantador para los dos varones. Con el saco de dormir y la *Guía del trotamundos* en el bolsillo, viajaron a tenor de los trenes, los autobuses, los tuk-tuks, las fiestas de pueblo, los encuentros, la inspiración del momento. Philippe estaba orgulloso de enseñar la isla a su yerno, y un poco molesto, primero, y al final igualmente orgulloso de que su yerno, al cabo de unos días, se las apañase incluso mejor que él. Con su anchura de hombros, su humor estable, su ironía sin maldad, me imagino a Jérôme como un compañero de viaje ideal: tomándose las cosas según vienen, sin prisas, sin que nada le pillase desprevenido, acogiendo los contratiempos como oportunidades y a los desconocidos como amigos posibles. Más bajo, más nervioso, más locuaz, Philippe daba vueltas alrededor de aquella fuerza tranquila como su cuasi sosias Pierre Richard alrededor de Gérard Depardieu en *Compadres* o *La cabra*. Debía de divertirles mucho asombrar a los viajeros cuando les decían que eran yerno y suegro en las conversaciones entabladas en las verandas de las *guesthouses*.

Bajaron al sur. Cubrieron sin apresurarse las etapas de la carretera costera de Colombo a Tangalle, que nosotros recorrimos en taxi durante media jornada, y cuanto más serpenteaba y languidecía al alejarse de la capital, tanto más la vida parecía desperezarse entre resaca y cocoteros, edénica, intemporal. La última





ciudad de verdad en esta costa es Galle, la fortaleza portuguesa donde cuarenta años antes Nicolas Bouvier había encallado solo y vivido en compañía de termitas y fantasmas una larga temporada en el infierno. Ni Philippe ni Jérôme tenían la menor afinidad con el infierno y recorrieron el camino silbando. Más allá de Galle sólo hay algunos villorrios de pescadores, Welligama, Matara, Tangalle y, a la salida de Tangalle, el barrio de Medaketiya. Un puñado de casas verdes o rosas de ladrillo, oscurecidas por la bruma, una selva de cocoteros, plátanos, mangos, cuyo fruto te cae directamente al plato. En la playa de arena blanca, canoas con balancín de colores vivos, redes, cabañas. No hay hoteles, pero algunas de las cabañas sirven de *guesthouse* y el tipo que las regenta se llama M. H. O sea, tiene unos de esos nombres esrilanqueses de como mínimo doce sílabas, sin las cuales un hombre no posee consistencia en el mundo, y para facilitar la vida a los extranjeros se hace llamar M. H., pronunciado a la inglesa: *em-eich*. Medaketiya y las *guesthouses* de M. H. eran el sueño de todos los mochileros del planeta. La playa. El final del camino, el sitio donde por fin te asientas. Habitantes sonrientes, nada complicados, nada estafadores. Pocos turistas, y los que hay son iguales que tú: individualistas, tranquilos, guardan celosamente el secreto. Philippe y Jérôme se quedaron allí tres días bañándose, comiendo por la noche el pescado que habían capturado por la mañana, bebiendo cervezas y fumando canutos, mutuamente satisfechos del éxito del periplo: el paraíso en la tierra existía, lo habían encontrado, sólo faltaba llevar allí a sus mujeres. Al marcharse, cuando le dijeron a M. H. que volverían pronto, él dijo educadamente el equivalente cingalés de *Inshallah*, pero los cuatro volvieron al año siguiente, y al siguiente, y también los siguientes. Organizaron más o menos su vida entre Saint-Émilion y Medaketiya. La de Philippe, sobre todo: los otros tenían más ataduras y sólo iban en vacaciones, pero él pasaba allá tres o cuatro meses cada año. Siempre en las cabañas de M. H., que poco a poco se convirtió en amigo suyo y que una vez hasta les visitó en Gironde: este viaje no fue muy venturoso, lejos de sus bases M. H. no estaba a gusto, no se aficionó a los grandes caldos de Burdeos, qué le vamos a hacer. De la *guesthouse*, Philippe trasladó su cuartel general a otro bungalow que M. H. le alquilaba todo el año. Isabelle y Philippe lo decoraron a su modo, se convirtió realmente en su hogar. Tenían una casa y amigos en Medaketiya, allí todo el mundo les conocía y les quería. Nació Juliette y la llevaron, bebé, a Medaketiya. M. H. había tenido tardíamente, además de sus hijos mayores, una niña llamada Osandi, y ésta, que tenía tres años más que Juliette, aprendió muy pronto a ocuparse de ella: era su hermana.

Lo que más le gustaba a Philippe era partir un mes antes que los demás y pasarlo solo en Medaketiya, sabiendo que pronto se reunirían todos. Gozaba a la vez de la soledad y de la dicha de tener una familia: una mujer con la que formaba una buena pareja, una hija maravillosa, tanto que, al buscarse un marido, había encontrado la manera de encontrarle un amigo, su mejor amigo, sencillamente, y una nieta que se parecía a su madre a su edad, nada menos. La verdad, aquella vida era una buena vida. Había sabido arriesgarse cuando había que hacerlo —afincarse en Saint-Émilion, cambiar de oficio, divorciarse—, pero no había perseguido quimeras, ni hecho sufrir mucho a nadie, ya no buscaba conquistar nada, sino tan sólo saborear lo que había conquistado: la felicidad. Otra cosa que compartía con Jérôme, y que es rara en un muchacho de su edad: esa forma de mirar ligeramente socarrona, sin malevolencia, a la gente que se agita y se estresa e intriga, que tiene sed de poder y



de ascendiente sobre el prójimo. Los ambiciosos, los jefecillos, los siempre insatisfechos. Jérôme y él eran más bien de esas personas que hacen bien su trabajo, pero una vez que lo han acabado, ya ganado el dinero, lo aprovechan tranquilamente en lugar de cargarse con más trabajo para ganar más dinero. Tenían lo necesario para estar contentos con lo suyo, no todo el mundo tiene esta suerte, pero ante todo y también tenían la sabiduría de conformarse, de amar lo que tenían, de no desear más. El don de permitirse vivir sin mala conciencia y sin prisa, de mantener una conversación lenta y burlona a la sombra del baniano, bebiendo una cerveza a pequeños tragos. Hay que cultivar nuestro jardín. *Carpe diem*. Para vivir felices, vivamos escondidos. Philippe no lo formula así, pero así lo entiendo y lo siento mientras habla, yo, tan alejado de esta sabiduría, yo, que vivo en la insatisfacción, la tensión perpetua, que persigo sueños de gloria y destrozo mis amores porque siempre me imagino que en otra parte, algún día, más tarde, encontraré algo mejor.

Philippe pensaba: he encontrado el lugar donde quiero vivir, el lugar donde quiero morir. He llevado a ese lugar a mi familia y he encontrado una nueva, la de M. H. Cuando cierro los ojos en la butaca de ratán, cuando siento bajo mis pies descalzos la madera de la terraza delante del bungalow, cuando oigo crujir sobre la arena la escoba de fibra de coco que M. H. pasa cada mañana por su cercado, ese sonido tan familiar, tan relajante, me digo: estás en tu casa. Estás en tu hogar. Al terminar la limpieza, M. H. vendrá a reunirse conmigo, sosegado y majestuoso con su sarong carmín. Fumaremos un cigarrillo juntos. Mantendremos un diálogo sin importancia, como esos amigos muy antiguos que no necesitan hablar para entenderse. Creo que me he convertido realmente en un esrilanqués, dijo un día Philippe, y se acuerda de la mirada amistosa pero un poco irónica que le lanzó M. H.: que te crees tú eso... Le ofendió un poco pero también le sirvió de lección. Era un amigo, sí, pero seguía siendo un extranjero. Su vida, creyera lo que creyese, no estaba allí.

Philippe podría pensar hoy: mi nieta ha muerto en Medaketiya, hemos perdido nuestra felicidad en unos instantes, no quiero volver a oír hablar de Medaketiya. Pero no piensa eso. Piensa que al fin va a demostrar a M. H. que su vida sí estaba allí, entre ellos, que es uno de ellos, que después de haber compartido la dulzura de los días pasados con ellos no va a alejarse de su desgracia, coger sus bártulos y decir adiós, quizá volvamos a vernos un día. Piensa en lo que queda de la familia de M. H., en sus casas destruidas, en las casas de sus vecinos pescadores, y dice: quiero quedarme a su lado. Ayudarles a reconstruir, a recomenzar su vida. Quiere ser útil, ¿qué otra cosa hacer consigo mismo?



No sabemos cuándo podremos partir. No sabemos adónde han llevado el cuerpo de Juliette: quizá al hospital de Matara, quizá a Colombo. Jerome, Delphine y Philippe no se irán sin ella y nosotros tampoco nos iremos sin ellos. Matara está demasiado lejos para ir en tuk-tuk, pero el dueño del hotel anuncia en el desayuno que un camión de la policía parte en esa dirección y que se las ha arreglado para que lleven a Jerome con ellos. Hélène se brinda de inmediato a acompañarle y él acepta de inmediato. Pienso que yo debería haberme brindado, que era un asunto de hombres, y les veo partir con una punzada de celos que me avergüenza. Me siento como un niño al que sus padres dejan en casa para ocuparse de cosas serias. Como Jean-Baptiste y Rodrigue, que desde hace cuarenta y ocho horas han sido abandonados a su suerte. Nosotros nos ocupamos de Philippe, Jérôme y Delphine, y apenas de ellos. Se pasan el día encerrados en su bungalow, releyendo viejas historietas, nos vemos en las comidas y se muestran silenciosos, enfurruñados, desplazados, y advierto que debe de ser difícil vivir así un acontecimiento tan enorme: tratados como niños, excesivamente protegidos, sin tener derecho a participar. Me digo que no ver nada es quizá más traumatizante que ver cadáveres, y que Jean-Baptiste, al menos, es lo bastante mayor para ir conmigo al pueblo. Entregado a su proyecto de ayuda, Philippe quiere conocer la situación por sí mismo. Dudo un poco de confiar a Rodrigue al cuidado de Delphine, pero ella dice que no hay ningún problema, al contrario, y nos vamos.

El tuk-tuk pasa por delante del hospital, no lo bastante lejos para que nos ahorremos el olor de muerte. Desde la distancia, veo al grupo de turistas náufragos que dan vueltas lentamente debajo del baniano, y de nuevo esta vez tengo la impresión de ser un superviviente en una película de zombis, que sobrepasa en coche a un grupo de muertos vivientes ociosos, con los brazos colgando, que nos siguen con la mirada vacía. Al recorrer la calle principal, curiosamente tranquila, llegamos a la plaza del mercado donde Philippe encontró a Jérôme y a Delphine y les anunció la muerte de Juliette, y después bajamos a la playa de Medaketiya: un campo de barro negro, hediondo, del que emergen restos de barcos, de casas, de empalizadas, de troncos de árboles arrancados, y aquí y allá un pedazo de muro todavía en pie. En esas ruinas hay personas que se mueven, rebuscan, recuperan objetos heterogéneos: una palangana, una red de pesca, un plato rajado, lo único que les queda. Cuando pasa Philippe todos le reconocen, van a su encuentro y con cada uno la escena es prácticamente igual. Se abrazan, lloran juntos, intercambian



noticias en un inglés macarrónico: esencialmente los nombres de los muertos. Philippe no comunica nada a nadie, ya saben lo de Juliette, lo de Osandi, lo de M. H. Pero él no sabe lo de los vecinos, y a cada muerte que le notifican lanza una especie de gemido, al igual que sus interlocutores. No se jactaba diciendo que conocía a todo el mundo, que todos le habían adoptado. Lloro por estos pescadores esrilanqueses como por sus propios padres. Empieza a explicar a cada uno de los supervivientes que va a tener que marcharse enseguida, con Jerome y Delphine, pero que volverá pronto para ayudarles, que va a buscar dinero, que se quedará mucho tiempo. Para él parece muy importante decírselo y para ellos importante oírlo; en cualquier caso se abrazan aún más. Avanzamos entre escombros, de un superviviente a otro, de abrazo en abrazo, hasta el pequeño cercado de M. H. No queda nada de la *guesthouse*, y del bungalow que alquilaba Philippe sólo algunas tablas del suelo, el plato de una ducha, una pared adornada con un fresco que reproduce unos cocoteros, peces, redes, en colores vivos y alegres. Lo pintó Delphine con Juliette el año pasado. Las dos trabajaron a conciencia. Juliette tenía tres años, estaba orgullosa de ayudar a su madre. Philippe se sienta delante del fresco, entre los escombros. Jean-Baptiste y yo nos apartamos un poco. Le miramos, de lejos. En su lugar, ¿tú harías lo mismo que él?, me pregunta bruscamente Jean-Baptiste. ¿Si haría qué? Si tu nieta de cuatro años hubiera muerto, o si Gabriel y yo, tus hijos, hubiéramos muerto, ¿te ocuparías de los pescadores de Medaketiya? Titubeo. No lo sé. Yo, prosigue Jean-Baptiste, creo que yo pasaría totalmente de esos pescadores. Después de reflexionar, digo que no pasar de ellos es la prueba de una generosidad extraordinaria o bien una estrategia de supervivencia, y que prefiero ver en esto lo segundo. Me parece más humano. En un momento determinado, lo más humano es pensar sólo en uno mismo. Preocuparse de la humanidad en general cuando ha muerto tu hijo es algo que no me creo, sino que creo más bien que Philippe y Jérôme se preocupan de sobrevivir a la muerte de Juliette. Y de salvar a Delphine, sobre todo.

De vuelta al hotel, trato de contactar con Hélène por el móvil, pero no contesta. Jérôme y ella siguen sin aparecer a la hora de la comida; esperamos un poco y comemos sin ellos. Los italianos dueños del hotel se comportan desde hace dos días de un modo irreprochable: alojan y alimentan a todo el mundo, ofrecen las mismas atenciones a los refugiados sin blanca que a los huéspedes de pago y, como se ha interrumpido el abastecimiento, las comidas son cada vez más frugales, el servicio conserva la dejadez ceremoniosa que le caracterizaba antes de la catástrofe. Estoy nervioso, incómodo, consulto mi reloj. No lo confesaría por nada del mundo, pero la verdad es que para mí la situación se resume así: mi mujer se ha ido a vivir una experiencia extrema con otro hombre. Yo, que hace dos días la veía tristonera y desganada, la veo ahora como una heroína de novela o de película de aventuras, la periodista guapa y valiente que en el calor de la acción da lo mejor de sí misma. En esa novela o película no soy yo el héroe, más bien me identifico, ay, con el marido diplomático, irónico, ponderado, perfecto en los cócteles y las recepciones al aire libre de la embajada, pero que, cuando ésta se ve rodeada por los jemereros rojos, ya no da la talla, contemporiza, espera a que otros tomen las decisiones en su lugar, y es su mujer la que ocupa la primera línea, arrostra los peligros, mira la muerte de cara. Para entretener la espera, cada vez más pesada, intento leer *El pez escorpión*. Me topo con un capítulo donde se describe Matara



como un pueblo de hechiceros especialmente terribles, y encuentro esta frase: «Si supiéramos a lo que nos exponemos, nunca nos atreveríamos a ser felices.» Yo nunca me he atrevido, por tanto no me concierne. Juego una partida de ajedrez con Jean-Baptiste, dibujo con Rodrigue personajes más o menos monstruosos en hojas que doblamos de tal forma que uno no ve lo que ha dibujado el otro. Este juego que yo le enseñé, inspirado en los surrealistas, se llama el cadáver exquisito, y cuando Rodrigue repite la expresión le hago bajar la voz, molesto. Él comprende al instante por qué, lanza una ojeada inquieta a Delphine. Más tarde hablo con ella. Me describe su vida en Saint-Émilion. Siempre le ha gustado el campo, nunca pensó en vivir en otro sitio. Nunca ha buscado tampoco afirmarse o ser independiente trabajando: era una joven ama de casa absolutamente sin complejos, que daba un sesgo natural y hasta moderno al reparto más tradicional de las tareas. Jérôme trabajaba, ella se ocupaba de Juliette, de la casa, del jardín, los animales. Juliette adoraba a los animales, sobre todo a los conejos, y no dejaba que nadie, aparte de ella, les diese de comer. Jérôme volvía todos los días a la hora del almuerzo y se tomaba su tiempo, el tiempo de charlar tranquilamente con su mujer, de saborear la comida que ella había preparado, de jugar con su hija. Trabajaba, sí, pero a su ritmo, siempre disponible para ellas dos, para su suegro, para sus amigos, y los clientes a los que su oficio le obligaba a ver eran una ampliación del círculo familiar donde se desarrollaba su felicidad. Escucho a Delphine, la miro: rubia, graciosa, infantil. Su padre dice que se parece a Vanessa Paradis o, más bien —e insiste en el matiz—, que Vanessa Paradis se parece a ella. Es cierto, pero aunque sólo vi a Juliette una vez, media hora, creo que a quien se parece es a su hija. Trato de imaginar esta vida tan apacible y tan distinta de la mía. Delphine la describe con una voz tranquila, pero es una calma de sonámbula y todos los verbos están en pretérito.

Más tarde, Ruth llega al hotel. Después de pasar cuarenta y ocho horas delante del hospital, sin comer ni dormir, está tan debilitada que la han traído aquí más o menos a la fuerza. Le han servido un bocadillo que ella no toca, el mayor de los italianos, el que regenta el hotel, ha venido a decirle que le han preparado una habitación, insiste suavemente para que vaya a acostarse, a dormir un poco, pero ella mueve la cabeza. Cuando estaba debajo del baniano no quería moverse de allí. Ahora que la han desalojado para depositarla en esta butaca, tampoco quiere moverse de aquí, en todo caso no para ir a acostarse. Piensa que si cede al sueño Tom no podrá volver. Para que pueda volver, ella tiene que velar. Lo que quisiera es ir a la playa, sentarse en el sitio donde les separó la ola, allí donde se alzaba su bungalow, y quedarse ahí, con los ojos clavados en el horizonte, hasta que Tom resurja vivo del océano. Se pone muy rígida al decir esto, como si hiciera meditación, y es posible imaginar que se quede así en la playa durante días, semanas, sin comer ni dormir ni hablar, con la respiración cada vez más lenta y silenciosa, pasando poco a poco de su condición de persona a la de estatua. Su determinación da miedo, parece a punto de pasar al otro lado, a la catatonia, la muerte en vida, y Delphine y yo comprendemos que nuestro cometido es hacer todo lo posible para impedirselo. Esto equivale a convencerla de que Tom no volverá, que ha muerto ahogado como los demás. Al cabo de dos días, es prácticamente cierto.





Con la esperanza de ayudarla, del mismo modo que Jérôme la ayuda a ella, Delphine le cuenta su historia. Le dice lo que yo hasta ahora no le he oído decir, son los demás los que lo dicen delante de ella: que su hijita ha muerto. En su inglés escolar, pronuncia las palabras: *My little girl is dead*. Ruth sólo hace una pregunta: ¿la has visto muerta? Delphine no tiene más remedio que responder que sí, y Ruth dice: entonces no es lo mismo. Yo no he visto a Tom muerto. Hasta que le haya visto, no creeré que ha muerto. Y creer sería como matarlo. No oye eran cosa de lo que le dicen, pero se la puede hacer hablar, es una manera de mantener un vínculo. Es asistente social, Tom era carpintero. Se niega a creer en su muerte, pero dice: *He was a carpenter*. El imperfecto empieza a roer sus frases. Se conocen y se quieren desde la adolescencia, se casaron en otoño y al día siguiente de la boda se fueron a dar la vuelta al mundo durante un año. Sabían lo que harían a su regreso: su primer hijo —querían tener tres— y su casa. En un pueblo no lejos de Glasgow, se han endeudado para comprar una parcela con algunas piedras, las ruinas de una granja que Tom iba a restaurar. Llevaría el tiempo que llevase, probablemente dos años, porque Tom sólo podía trabajar en la granja durante sus ratos de ocio, y aquellos dos años vivirían en una caravana. El niño pasaría su primer año en la caravana, pero después ellos tendrían y sus hijos tendrían una casa, una verdadera casa suya, lo que ni el uno ni la otra habían tenido en su propia infancia porque proceden de familias rurales desarraigadas, perdidas en la ciudad, sin solar patrio. Tom y Ruth se parecían, sus historias respectivas se asemejaban, y al escuchar a Ruth se adivina que no fueron fáciles. Tienen el mismo miedo de andar a la deriva, de llevar una vida que no habían deseado, pero se habían encontrado y prometido que seguirían juntos en la bonanza y en la adversidad, que se ayudarían a toda costa. Juntos eran fuertes, tenían un proyecto, construirían su vida y no permitirían que se fuese al garete. Antes de entregarse a este proyecto con todas sus fuerzas, de afincarse en un lugar gracias a los hijos, el trabajo, el pago de los préstamos, las servidumbres a las que, por otra parte, aspiraban, habían decidido concederse aquel año de libertad y ver los dos solos el vasto mundo. A continuación tomarían los arreos y ya no se detendrían, desarrollarían una vida tenaz y laboriosa en un pueblo de Escocia, entre el campo y la periferia industrial, donde llueve las tres cuartas partes del tiempo. Pero antes habría habido esto: la vuelta al mundo con la mochila a la espalda, las estaciones de autobús, los amaneceres y los crepúsculos de los trópicos, los trabajos ocasionales en cada etapa para no gastar los ahorros, un mes lavando platos en una pizzeria de Izmir, otro en un astillero en el sur de la India, e imágenes, recuerdos que les durarían toda la vida. Se veían ya viejos, mirando las fotos de la gran aventura de su juventud en la casa construida por Tom, la casa donde habrían crecido sus hijos y a la que llegarían sus nietos. Pero ya no hay recuerdos posibles, proyectos posibles, si Tom ya no está a su lado para compartirlos. La juventud de Ruth ha terminado y ya no quiere llegar a la vejez. La ola se ha llevado su porvenir al mismo tiempo que su pasado. Ya no tendrá casa ni hijos. No serviría de nada decirle que a los veintisiete años su vida no ha acabado, que al cabo de un tiempo de duelo encontrará a otro hombre con el que podrá emprender otra cosa. Si Tom ha muerto, morir es lo único que le queda a Ruth.

Al escucharla pienso: esta mujer lo ha perdido todo porque lo tenía todo, al menos todo lo que importa. El amor, el deseo y la voluntad de hacer que dure y la confianza: durará. Yo que tengo tantas otras riquezas, le envidio esta suya. Hasta



ahora nunca he conseguido imaginarme la vida así con una mujer. Nunca he creído realmente que envejeceré al lado de la mujer con la que estoy, que ella me cerrará los ojos o que yo cerraré los suyos. Me digo que la próxima mujer será por fin la buena, y al mismo tiempo no dudo de que, siendo como soy, la próxima no resolverá el problema, que no habrá ninguna y que acabaré solo. Antes de la ola, Hélène y yo estábamos a punto de separarnos. Una vez más, el amor se desmoronaba, yo no había sabido preservarlo. Y mientras Ruth evoca, con su voz baja y átona, las fotos de su viaje de novios, la certeza de que las mirarían juntos cuando fuesen viejos, yo me descuelgo, salgo por peteneras, pienso en lo que sería para nosotros el equivalente de esas fotos. Unos meses antes he rodado una película basada en mi novela *El bigote*. Durante los preparativos y el rodaje, muchas veces Hélène y yo pasábamos la noche en el decorado principal, el apartamento de la pareja interpretada por Vincent Lindon y Emmanuelle Devos. Nos producía un placer clandestino dormir en la cama de los héroes, utilizar su bañera, poner apresuradamente las cosas en orden antes de que, por la mañana, llegase el equipo. El guión contenía una escena erótica que yo consideraba muy cruda. Los dos actores, un poco inquietos, me preguntaban cada cierto tiempo cómo pensaba filmarla, y yo respondía con aplomo que tenía mi propia idea, cuando en realidad no tenía ninguna. En el plan de trabajo estaba prevista una noche entera para la escena 39, y a medida que esta escena se acercaba yo también empecé a preocuparme. Una noche, en el decorado, Hélène, a la que confesé mi inquietud, propuso que para verla más clara ensayáramos ella y yo la escena. Así que la ensayamos, la variamos, la enriquecimos dos noches seguidas delante de una cámara de vídeo, poniendo mucho empeño. Llegado el momento, la escena se filmó de verdad, no quedó tan mal pero al final la cortamos en el montaje, y se convirtió en una broma ritual anunciar a los actores que la conservábamos para la versión de DVD. En realidad, mucho mejor serían a este respecto las dos cintas de porno doméstico guardadas en el cajón de mi escritorio bajo la inocente etiqueta de «pruebas, rue René—Boulanger». Y lo que pienso esa tarde, en el bar del Hotel Eva Lanka, donde Delphine y yo escuchamos a Ruth hablando de Tom y de su amor, es que esas dos cintas, si Hélène y yo seguimos juntos, si atravesamos juntos la vida, podrían convertirse en un auténtico tesoro. Nos imagino mirando en la pantalla nuestros cuerpos de antaño, firmes, vigorosos, liberados, y a Hélène agarrando con una mano manchada mi vieja polla, que la sirve fielmente desde hace treinta años, y esa imagen me trastorna de repente. Me digo que es preciso que eso ocurra, que si hay algo que debo hacer antes de morir, es eso.

Hélène y Jérôme tienen los ojos brillantes, febriles, de los que vuelven del frente y han visto el fuego. Jérôme le dice sólo a Delphine que Juliette ya no está en Matara, sino en Colombo, y que se las va a ingeniar para que puedan partir lo antes posible. Yo quiero arrastrar a Hélène a nuestro bungalow para que descanse y me cuente, pero ella dice: más tarde. Quiere quedarse con Ruth, a la que ha besado al llegar como si la conociera de toda la vida. Está agotada, y el agotamiento la vuelve radiante. Estamos todos alrededor de Ruth, reunidos por la idea de que todavía podemos hacer algo por ella. Arrancarla del vacío ante el cual se mantiene inmóvil,





sin vernos. Salvarla. Es de nuevo Hélène la que le pregunta si ha telefonado a su familia en Escocia. Ruth menea la cabeza: ¿para qué? Hélène insiste: tiene que hacerlo. La atroz incertidumbre que la devora respecto a Tom, deben de sentirla los suyos respecto a ella. No tiene derecho a dejarles sin noticias. Ruth intenta escabullirse: no quiere decir que Tom ha muerto. No necesitas decirles que ha muerto, sino sólo que tú estás viva, dice Hélène. Ni siquiera estás obligada a hablar, si quieres puedo hacerlo yo, sólo tienes que darme el número de teléfono. Ruth duda y después, sin mirar a Hélène, dice las cifras una por una. Mientras Hélène las marca en el teclado de su móvil, yo pienso en el desfase horario, el teléfono va a sonar en plena noche en un *cottage* de ladrillo de las afueras de Glasgow, pero sin duda no despertará a nadie: los padres de Ruth, si es a ellos a quien llama, deben de llevar tres noches sin dormir. Marcado el número, Hélène tiende el teléfono a Ruth, que lo coge. Han debido de descolgar, lejos. Ruth dice: *It's me*, y luego: *I am o.k.*, y después nada. Le hablan, ella escucha. Nosotros la miramos. Ella se echa a llorar, las lágrimas se deslizan por sus mejillas, es como una esclusa que se abre, y después esas lágrimas se transforman en sollozos, los hombros se le estremecen, se mueve toda la parte superior de su cuerpo, hasta entonces petrificado, llora y ríe y nos dice: *He is alive*. Para nosotros, es como presenciar una resurrección. Pronuncia algunas palabras más, en respuesta a lo que le dice su interlocutor, y luego devuelve el móvil a Hélène. Mueve lentamente la cabeza, repite a media voz, para nosotros, para ella, para la tierra y el cielo: *He is alive*. Luego se vuelve hacia Delphine que, sentada a su lado en el banco, llora también. La mira, descansa la cabeza en su hombro y Delphine la estrecha entre sus brazos.



Hélène me contó aquella noche que habían tardado mucho en llegar a Matara. No está muy lejos, pero la carretera estaba cortada regularmente, recogían y depositaban a autoestopistas, en cada puente había que esperar porque en todos los ríos repescaban cadáveres. Hubo un momento en que el camión pasó por delante del centro de buceo donde pensábamos ir el día de la ola: no quedaba nada del edificio ni del club de vacaciones del que formaba parte, y el policía al que Hélène preguntó lo que había sido de sus centenares de clientes suspiró: *all dead*. El hospital de Matara es mucho más grande que el de Tangalle, allí manejan muchos más cadáveres, el olor de muerte era incluso más fuerte que la víspera. Condujeron a Hélène y a Jérôme a la cámara frigorífica, cuya veintena de cajones contenía cuerpos de blancos: la sección Vip, dijo sarcástico Jérôme, cuyo humor se volvía cada vez más agrio. Les abrieron los cajones, uno detrás de otro. Hélène no sabía lo que temía más, que Juliette estuviera en uno de ellos o que no estuviera. No estaba en ninguno. Recorrieron el hospital de arriba abajo. Jérôme agitaba ante la cara de la gente el papel donde, en Tangalle, habían garabateado la descripción de Juliette. Le respondían señalando, con un gesto consternado de impotencia, los cuerpos grises e hinchados que ocupaban el suelo: usted verá, elija. A] cabo de una hora lo habían visto todo y estaban totalmente desamparados. Alguien les indicó una oficina donde un empleado delante de un ordenador hacía desfilar en diaporama las fotos de los muertos que, tras su paso por el hospital, habían sido trasladados a otro sitio. Media docena de esrilanqueses formaba un corro alrededor de la pantalla, y el círculo se amplió para hacer un hueco a Hélène y a Jérôme. Debieron de tomarles por una pareja. Una hermosa pareja: él muy grande, con una camisa blanca, el pelo rizado, sin afeitado, y ella con un pantalón blanco y una camiseta sobre su cuerpo magnífico, los dos con una expresión tensa de inquietud y congoja. Todo el mundo estaba harto de su propia inquietud, de su propia congoja, pero ellos inspiraban simpatía, hacían lo que podían por ayudarles. Jérôme describió a su hija al empleado, que no comprendía bien y seguía haciendo desfilar las fotos en la pantalla. Hombres, mujeres, niños, ancianos, nativos y occidentales, con el rostro enmarcado, deteriorado, tumefacto y los ojos abiertos o cerrados, desfilaron decenas, la pantalla dedicaba unos segundos a cada foto y después, automáticamente, pasaba a la siguiente, y por fin apareció la de Juliette. Hélène estaba al lado de Jérôme. Le vio mirar la foto de su hijita muerta. Vio cómo la miraba. Cuando otra foto sustituyó a la de Juliette, Jérôme enloqueció. Se precipitó sobre el ordenador, pidió a gritos que volviese atrás. El empleado pulsó el ratón y consultó la ficha que acompañaba a la foto: Juliette ya no estaba allí, la habían trasladado la víspera a Colombo. Su foto fue reemplazada de nuevo y Jérôme sucumbió de nuevo al pánico y le pidió que volviera atrás: no conseguía separarse



de la pantalla ni aceptar que Juliette desapareciera. El empleado pulsó varias veces seguidas para detener el desfile automático. Jerome miraba ávidamente la cara de su hija, sus cabellos rubios, los tirantes del vestido rojo sobre los hombros redondos y bronceados. Cada vez que aparecía una nueva foto suplicaba: *again! Again, again*, y al escribir esto pienso en Jeanne, nuestra hijita, que dice desde hace poco: ¡otra vez!, incansable, para que la hagamos saltar sobre nuestras rodillas o encima de la cama. ¿Fue Hélène la que, para poner fin a la escena, para arrancar a Jérôme del abismo, le cogió de la mano y le dijo: anda, vámonos ya? ¿Cómo volvieron? Había lagunas en su relato, lo refería con reticencia. Estaba agotada, por supuesto, al borde de un ataque de nervios, pero yo comprendía también que si ella no contaba más era para no traicionar la intimidad horrorosa y perturbadora que acababa de compartir con Jérôme, y esta intimidad me hacía daño.

Transcurrió otro día antes de que pudiéramos partir a Colombo. Un día vacío: ya sólo quedaba aguardar, y aguardamos. Estábamos con nuestro grupo y por tanto apenas me acuerdo de los demás, de los clientes del hotel y rescatados. En la periferia, casi invisibles porque comían aparte, estaban los suizos ayurvédicos y Leni Riefenstahl, que cada mañana seguía haciendo sus largos de piscina. Más cercana, una pareja israelí con su hija, que debía de tener la misma edad que Juliette, y a la que no perdían de vista, diciéndose, forzosamente, que podría haber corrido la misma suerte que aquélla, y una familia de franceses antipáticos, muy preocupados por el uso que personas deshonestas podrían hacer de sus tarjetas de crédito si les ponían la mano encima entre los escombros, por no hablar del dinero en efectivo, del que decían, admirándose de ser tan generosos, que lo daban por perdido. Sin duda guardaban rencor a Delphine y a Jérôme por el freno que su desgracia imponía a la expresión de sus propias lamentaciones; en todo caso les evitaban y aguardaban a que no estuvieran en las proximidades para precipitarse sobre Hélène o sobre mí, pedirnos prestados los móviles y exigir vociferando a su compañía de seguros que les enviase sin dilación un helicóptero.

Jérôme ha conseguido de la dirección del hotel un traslado a Colombo para el día siguiente. El minibús podría transportar, apretujados, a una docena de pasajeros, y dedicamos una parte de la noche a las negociaciones para asignar las plazas. Habría quizá otra expedición uno o dos días más tarde, pero no era seguro porque la mayor parte de los vehículos disponibles en la costa habían sido confiscados para los auxilios y faltaba combustible: había que aprovechar la oportunidad. La tragedia que sufrían les había valido aquel trato prioritario a Jérôme, Delphine y Philippe, y nosotros estábamos desde el primer día tan cerca de ellos que, por descontado, también nos incluían en el viaje. Jean-Baptiste y Rodrigue estaban hartos de ir y venir del bungalow al restaurante y la piscina del hotel: acogieron con alivio la partida. Por medio de su familia, Ruth había sabido que Tom, herido, se encontraba en el hospital de una pequeña ciudad situada a unos cincuenta kilómetros del mar, en las montañas; nos perdíamos en conjeturas sobre la forma en que habría ido a parar allí, pero como estaban cortados grandes tramos de la carretera costera, y había que pasar por el interior de las tierras para llegar a Colombo, quedó convenido que también la llevaríamos y que, haciendo un desvío, la dejaríamos en la cabecera



de su marido. Quedaban cuatro plazas que la dirección del hotel se sintió obligada a ofrecer a los franceses antipáticos, pero ya fuese porque les molestaba la vecindad de sus compatriotas en duelo, ya porque contaban firmemente con el helicóptero de su compañía de seguros, afortunadamente declinaron la propuesta.

Ruth se unió a nuestro grupo para nuestra última cena, que recuerdo, y Jean-Baptiste también, como el momento más extraño de toda aquella semana. Si trato de describirla, no tengo más remedio que evocar una especie de euforia —de euforia febril y trágica—, pero euforia al fin y al cabo. Bebimos mucho, no sólo cerveza sino también vino, el que se puede encontrar en la carta de un restaurante del sur de Sri Lanka, algo parecido a un Beaujolais joven de cinco años, embotellado y además encorchado por un negociante esrilanqués de Sudáfrica. Aquel morapio peleón pero del que debimos de despachar varias botellas, hasta creo que toda la reserva, suscitaba las burlas de Philippe y Jérôme, amantes de los grandes vinos bordeleses y que, a partir de una etiqueta indescifrable en todos los aspectos, se pusieron a decir grandes chorradas. Salieron a relucir todas las bromas y referencias de que se alimentaba su complicidad: el tintorro y el rock'n'roll, el regusto a avellana del Château Cheval Blanc y anécdotas sobre Keith Richards, a lo que se sumaba la gilipollez de los suizos ayurvédicos a los que Jérôme, desenfrenado, feroz, insultaba, divertido, cada vez que veía pasar a uno: ¿Qué tal, estáis serenos? ¿Sois zen? ¿Progresáis en la vía de la liberación? Muy bien, chicos, muy bien, ¡continúa! Estaba sarcástico, pero no sólo sarcástico: brindó e hizo brindar a todos por la resurrección de Tom con auténtica ternura. Ruth estaba visiblemente confusa. Unas horas antes, sumida en su dolor, navegando muy lejos del mundo de los vivos, había perdido toda conciencia del prójimo: ya no existía nadie aparte de Tom muerto, y había decidido morir por su causa. Pero desde el milagro de la llamada telefónica había vuelto a ser lo que había debido de ser toda su vida: una joven dulce, compasiva, cuyo primer impulso era contener la alegría para compartir el duelo de las personas que la habían sostenido generosamente. Era no contar con la vitalidad furiosa de Jérôme. No comía nada pero fumaba, bebía, se reía, provocaba, hablaba alto, no dejaba que se restableciera el silencio. Había que aguantar y él aguantaba. El cargaba con todo, nos levantaba a todos, nos arrastraba a todos en su estela. Al mismo tiempo, por el rabillo del ojo, miraba continuamente a Delphine y recuerdo que pensé: amar de verdad es esto, no hay nada más hermoso, un hombre que ama de verdad a su mujer. Ella estaba silenciosa, ausente, espantosamente sosegada. Era como si Jérôme y Philippe, porque éste daba valientemente la réplica a su yerno, ejecutaran una danza sagrada alrededor de Delphine, como si le gritasen sin cesar: no te vayas, te lo suplicamos, quédate con nosotros. Ruth, sentada a su lado, le cogió de la mano varias veces, tímidamente, como si no tuviera derecho, tiernamente, porque lo tenía a pesar de todo, o porque nadie lo tenía, o porque lo tenía todo el mundo, ya no había derechos, no había decoro, sólo aquel bloque de dolor rubio, grácil, sin remedio, y la necesidad de tomarle la mano.

Hacia el final de la cena, era ya tarde, Rodrigue, derrengado, se deslizó sobre las rodillas de Hélène. Como el niño pequeño que era, acurrucó la cabeza contra el hombro de su madre y ella le acarició el pelo un largo rato. Le hizo mimos, le



tranquilizó: estoy aquí. Después se levantó para llevarle a la cama. Cuando los dos se alejaban por el jardín, Delphine les siguió con la mirada. ¿Qué pensaría? ¿Que a su niña, a la que mimaba y arropaba tan sólo cuatro noches antes, ya no la mimaría ni arroparía nunca más? ¿Que ya nunca más se sentaría en la cama para leerle un cuento antes de dormir? ¿Que nunca volvería a ordenar los peluches alrededor de Juliette? Hasta el final de su vida le partirían el corazón los peluches, los móviles, los ritornelos de las cajas de música. ¿Cómo es posible que esta mujer apriete contra ella a su hijo vivo mientras que mi pequeña está toda fría y no hablará ya nunca ni volverá a moverse? ¿Cómo no odiarles, a ella y a su hijo? ¿Cómo no rezar: Dios, haz un milagro, devuélveme a la mía, llévate al de ella, haz que sea ella la que sufre como yo sufro y que sea yo la que esté tan triste como ella, con esa tristeza cómoda y colmada que sólo sirve para disfrutar mejor de tu buena suerte?

Delphine despegó la mirada de las siluetas de Hélène y Rodrigue, que se fundían con la alameda sombría que llevaba a los bungalows. Al cruzarse con la mía sonrió y, hablando de Rodrigue, murmuró: es tan pequeño...

La distancia era inmensa, el abismo que la separaba de nosotros imposible de colmar, pero había dulzura, ternura en su voz cascada, y esta dulzura y esta ternura me dieron más escalofríos que los pensamientos naturales y horribles que yo acababa de concebir. Retrospectivamente pienso que aquella noche sucedió algo extraordinario. Estábamos al lado de aquel hombre y aquella mujer a los que les había sucedido lo peor que puede sucederte en el mundo, y a nosotros no nos había ocurrido absolutamente nada. Sin embargo, aunque hubiese reservas mentales, y sin duda las había, si hubieran podido cambiarse por nosotros y salvarse ellos sumiéndonos a nosotros en la desgracia, sin duda lo habrían hecho, todo el mundo lo haría, todo el mundo prefiere sus hijos a los de los demás, esto se llama naturaleza humana y está bien que así sea, y no obstante pienso que aquella noche, durante aquella cena, no nos guardaban rencor. No nos detestaban, como yo al principio había creído inevitable. Se alegraban del milagro que acababa de devolver a Ruth la alegría que a ellos se les negaba definitivamente. A Delphine le emocionaba ver a Rodrigue acurrucarse en los brazos de su madre. Vivimos esto todos juntos, durante algunos días estuvimos a la vez tan íntimamente próximos y tan radicalmente distanciados como es posible estarlo, y sé que nosotros les queríamos y que ellos también nos querían.

Hélène y yo salimos del restaurante muy tarde. Dejando a nuestra espalda el rumor de las últimas voces, seguimos el sendero de baldosas que orillaba la piscina y después se internaba en la sombra entre los árboles inmensos. El parque del hotel era muy grande, del edificio central a nuestro bungalow había cinco minutos de camino. Esos cinco minutos actuaban como un cedazo. Ya sólo se oía un chirrido continuo y relajante de insectos y, cuando levantabas la cabeza, el cielo por encima de los cocoteros estaba tan lleno de estrellas que te daba la sensación de que también a ellas las oías chirriar. Invisibles, en la playa de abajo, las olas rompían cadenciosamente. Caminábamos en silencio, rendidos. Sabíamos que pronto estaríamos acostados uno al lado del otro, nuestros cuerpos tensos se preparaban



para el descanso. Nos dimos la mano. Me acuerdo de mi temor infantil, aquellos días, de que Hélène se alejase de mí, pero ella recuerda, por su parte, que estábamos juntos, verdaderamente juntos.





Al final, la mañana de la partida, las plazas libres en el minibús se las dieron a una pareja de suizos ayurvédicos que forzosamente sabían lo que les había sucedido a Delphine y a Jérôme y, al no hacer la menor alusión al suceso, pensaban sin duda dar prueba de una discreción de buena ley. Se contentaron con saludarnos colectivamente con un gesto de la cabeza y, al ver que Jérôme, sentado delante, encendía un cigarrillo, le informaron de que, incluso con las ventanillas abiertas, el humo les molestaba. El viaje, en consecuencia, estuvo jalonado de numerosas paradas-pitillo en las que todos se apeaban, salvo los ayurvédicos, que, minoritarios, no se atrevían a quejarse, pero que daban a entender visiblemente que lo hacíamos adrede para jorobarles. Primero llegamos a Galle por la carretera de la costa, llena de barreras, atestada de convoyes de socorro, con los arcenes flanqueados por un desfile de desplazados de quienes nos preguntábamos adonde irían con sus hatillos y sus carretillas. En los accesos de la ciudad, el tráfico se volvió aún más lento, pero las imágenes del éxodo se terminaron en cuanto el minibús entró en la carretera de las montañas. Una vez abandonada la línea costera, circulamos por una naturaleza exuberante y a la vez apacible. La gente de los pueblos atendía a sus asuntos y nos saludaba sonriendo a nuestro paso. Jerome y Philippe recuperaban intactas las impresiones de su viaje de mochileros, doce años antes. Era como si nada hubiera ocurrido, e incluso como si nadie, lejos de la costa, supiera que había ocurrido algo.

En un momento del viaje, mientras fumábamos a la orilla de la carretera, Philippe me llevó un poco aparte y me preguntó:

—Tú, que eres escritor, ¿vas a escribir un libro sobre todo esto?

Su pregunta me pilló desprevenido, yo no había pensado en ello. Dije que no, a priori.

—Deberías —insistió Philippe—. Si yo supiese escribir lo haría.

—Pues hazlo. Estás en mejor situación para hacerlo.

Philippe me miró con aire escéptico, pero menos de un año después lo hizo, y lo hizo bien.

Después de los hospitales de Tangalle y de Matara, lo reconfortante del de Ratnapura era que allí curaban a los vivos en vez de clasificar a los muertos. En lugar de cadáveres por el suelo, había heridos en camas o, para los recién llegados, en jergones que entorpecían los pasillos hasta el punto de que era difícil circular por ellos. Nos parecía incomprensible y casi sobrenatural que hubieran encontrado a Tom a cincuenta kilómetros de la costa, pero no era la ola la que le había lanzado hasta allí, sino que había una explicación más prosaica: evacuaban hacia este hospital, en la retaguardia, a las personas por las que todavía se podía hacer algo. Algunas estaban seriamente heridas, se oían estertores, gemidos, las medicinas y los vendajes escaseaban, el personal médico estaba desbordado, habrías podido creerte en un dispensario en tiempo de guerra. No sé cuántas puertas empujamos hasta que Ruth se inmovilizó en un umbral y nos indicó con un gesto a Hélène y a mí que la imitáramos. Ella le había visto, quería hacer durar aquel instante en que ella





le veía sin que él la viese. Había una veintena de camas y ella nos señaló la de Tom. Con los ojos abiertos, él miraba hacia delante. Era un tipo macizo, con el pelo al rape, el torso desnudo y vendado. No sabía que Ruth estaba allí, pero sobre todo no sabía que estaba viva, se encontraba en la misma situación que ella la víspera. Por fin, Ruth se acercó. Entró en el campo de visión de Tom. Se quedaron un momento frente a frente sin decir nada, él recostado en las almohadas, ella de pie a los pies de la cama, y después ella se lanzó a sus brazos. Todo el mundo en la sala les miraba, muchos empezaron a llorar. Sentaba bien llorar por el encuentro de un hombre y una mujer que se amaban y se creían muertos. Era bueno ver que se miraban y se tocaban con aquel embeleso. Tom tenía hundida la caja torácica y un pulmón perforado, su estado era grave pero le cuidaban bien. Tenía en la cabecera una novela manoseada de espionaje, en inglés, algunas latas de cerveza y un racimo de uvas, y todo ello se lo había llevado un viejecito desdentado al que Tom no conocía pero que velaba por él y todos los días desde su llegada le hacía aquel género de ofrendas. El viejecito estaba allí, modestamente sentado en el borde de la cama. Tom le presentó a Ruth, que le besó con gratitud. Después ella nos acompañó a Hélène y a mí hasta el aparcamiento del hospital, donde nos esperaban los demás. Se despidió de todos. En cuanto Tom estuviera en condiciones de viajar, volverían a Escocia. Para ellos, la historia terminaba bien.

Ya he dicho que Hélène perdió en el regreso el papel donde había apuntado la dirección de Ruth y Tom. No sabíamos su apellido, parece por tanto difícil saber qué habrá sido de ellos. Han pasado tres años en el momento en que escribo esto. Si se han atenido a sus planes, deben de vivir en la casa que Tom ha construido con sus manos y habrán tenido un hijo, quizá dos. ¿Hablan algunas veces de la ola? ¿De aquellos días terribles en que los dos creyeron que el otro había muerto y que la vida del superviviente quedaba sepultada? ¿Formamos parte de su relato como ellos forman parte del nuestro? ¿Qué recuerdan de nosotros? ¿Nuestros nombres? ¿Nuestras caras? Yo he olvidado las tuyas. Hélène me dice que Tom tenía los ojos muy azules y que Ruth era guapa. A veces piensa en ellos, y su evocación se resume en esperar con todo su corazón que sean felices y envejezcan juntos. Por supuesto, al esperar esto piensa más bien en nosotros.

De la embajada de Francia en Colombo nos mandaron a la Alianza Francesa, habilitada como centro de acogida y célula de apoyo para los turistas siniestrados. Habían extendido colchones en las aulas y colocado en un tablero en la entrada una lista de desaparecidos que se alargaba continuamente. Unos psiquiatras ofrecían sus servicios. Dócilmente, Delphine accedió a ver a uno, que después comunicó su inquietud a Hélène: Delphine sobrellevaba demasiado bien el golpe, se prohibía a sí misma flaquear, el derrumbamiento cuando regresara sería aún más rotundo. Había algo irreal, anestésico, en aquella atmósfera de cataclismo, pero pronto la realidad la atraparía. Hélène movía la cabeza, sabía que el psiquiatra tenía razón. Pensaba en la habitación de la niña, allá en Saint-Émilion, en el momento en que Delphine



cruzase la puerta. Para posponerlo, casi habríamos preferido no volver, no de inmediato, no todavía, estar todos juntos un poco más en el ojo del ciclón, pero ya se organizaba el retorno, se hablaba de la plazas disponibles en un avión que despegaría a la mañana siguiente. Jérôme pidió que le llevaran, esta vez solo, al hospital adonde habían trasladado el cuerpo de Juliette. A su regreso, dijo a Delphine que estaba bonita, nada dañada, y después le dijo a Hélène, sollozando, que le había mentado a Delphine: a pesar de la cámara frigorífica, Juliette se descomponía. Su hijita se descomponía. Hubo después todo un embrollo respecto a la incineración. Delphine y Jérôme querían llevarse con ellos el cuerpo, pero no querían un entierro. Cuando todo se vuelve totalmente insoportable, sucede algo, un detalle, aún más insoportable que todo lo demás: para ellos era la imagen de un pequeño féretro. No querían seguir al ataúd de su hija. Preferían que la incinerasen. Les explicaron que no era posible: por motivos sanitarios, el cuerpo debía ser repatriado en un féretro recubierto de plomo que después no se podía abrir ni quemar. Si se la llevaban, habría que enterrarla. La otra solución, si querían incinerarla, era hacerlo allí mismo. Al final de una discusión larga y encrespada, fue la solución a la que se resignaron. Era ya de noche, Jérôme y Philippe se fueron al hospital, volvieron mucho más tarde con una botella de whisky de la que ya se habían bebido la mitad y que nosotros terminamos, y después seguimos bebiendo en un restaurante que ellos conocían y donde cenaban ritualmente la primera noche de cada estancia en Sri Lanka. Cuando llegó la hora del cierre, el dueño accedió gustoso a vendernos otra botella. Nos ayudó a aguardar sin acostarnos la hora de embarcar en el avión, al que subimos borrachos y donde nos dormimos de inmediato.

De aquella última noche en Colombo conservo un recuerdo de huida alocada, despavorida. En un momento se ofició una ceremonia budista y al momento siguiente ya había concluido, la incineración se hizo a la carrera, un sucio trabajo que no deseo a nadie, después del cual sólo queda emborracharse y largarse. Podríamos habernos quedado un día más, intentar hacer bien las cosas, pero no tenía sentido hacerlas bien, ya nada tenía sentido, ya nada podía estar bien, había que acabar, sólo acabar, y ni siquiera como es debido. En la terminal del aeropuerto, Jérôme, la fuerza tranquila, se había convertido al amanecer en una especie de punk burlón, con los ojos inyectados de sangre, que provocaba a los demás pasajeros y, si alguno le plantaba cara, le escupía a la jeta: mi hija ha muerto, imbécil, ¿te basta con eso?

Tengo otro recuerdo, sin embargo. Acabábamos de llegar a la Alianza Francesa y nos propusieron que nos diéramos una ducha. ¿Acaso el agua estaba racionada o cortada los días anteriores en el Hotel Eva Lanka? No lo creo. Sólo llevábamos a la espalda un largo día de viaje, pero era como si volviéramos del desierto al cabo de tres meses sin lavarnos. Los niños se ducharon primero, y después Hélène y yo, juntos. Estuvimos un largo rato frente a frente, bajo el débil chorro de agua.



Sentíamos frágiles nuestros cuerpos. Yo miraba el de Hélène, tan hermoso, tan aplastado por la fatiga y el pavor. Yo no sentía deseo, sino una piedad desgarradora, una necesidad de cuidarla, de protegerla, de conservarla. Pensaba: hoy podría estar muerta. Hélène me es preciosa. Preciosísima. Quisiera que un día sea vieja, que su piel sea vieja y devastada, y seguir queriéndola. Nos devoró lo que había sucedido durante aquellos cinco días y que terminaba en aquel preciso momento. Se abrió una válvula que liberaba un chorro de aflicción, de alivio, de amor, todo mezclado. Estreché a Hélène en mis brazos y dije: no quiero que nos separemos nunca más. Ella dijo: yo tampoco quiero que nos separemos.



Encontré el apartamento donde vivimos hoy dos semanas después de nuestro regreso a París. Unos días más tarde, firmado el contrato de alquiler, lo visitábamos con un artesano polaco que se ocuparía de la pintura y la restauración de la cocina cuando sonó el móvil de Hélène. Ella asintió, escuchó unos instantes en silencio y después se metió en la habitación contigua. Cuando el polaco y yo nos reunimos con ella, Hélène tenía los ojos llenos de lágrimas, le temblaba la barbilla. Su padre acababa de anunciarle que Juliette volvía a tener un cáncer. Otro cáncer, porque ya había tenido uno de adolescente. Yo lo sabía. ¿Qué más sabía, entonces, sobre ella? Que caminaba con muletas, que era jueza, que residía cerca de Vienne, en l'Isère. Hélène veía muy poco a su hermana. Sus vidas no se asemejaban, siempre había algo más urgente que ir a Vienne. Pero la quería. Alguna vez me había hablado de ella, con ternura e incluso con admiración. Justo antes de las vacaciones navideñas, Juliette había sufrido una embolia pulmonar, Hélène estaba inquieta pero la ola había eclipsado esta preocupación junto con todo el resto de nuestra vida anterior, a nuestro regreso ya nada era igual y, de repente, de nuevo le habían diagnosticado un cáncer a Juliette. De mama, esta vez, con metástasis en los pulmones.

Fuimos a verla un fin de semana del mes de febrero, al principio de la quimioterapia. Sabiendo que iba a perder el cabello, le había pedido a Hélène que le comprase una peluca, y Hélène había recorrido las tiendas especializadas para encontrar la más bonita. También había comprado vestidos para sus tres sobrinas. Todo lo que en la familia tiene que ver con la coquetería, la elegancia y la apariencia es el dominio de Hélène. No era, desde luego, el de Juliette y su marido, que vivían en una casita moderna de un pueblo sin encanto, mitad campo mitad extrarradio. Vi a una joven agotada, desmedrada, que ya no se levantaba de la butaca, y a un marido delgado y esbelto, suave, hermoso, un poco lunático, y a tres niñas realmente encantadoras, una de las cuales, la mayor, que tenía siete años, dibujaba, con mucho cuidado y una seguridad de trazo asombrosa para su edad, cuadernos enteros de princesas con piedras preciosas en el pelo y vestidas con ropa de gala. Seguía con la misma seriedad cursos de ballet y la hice reír improvisando con ella una especie de toscos trezados con la música de *El lago de los cisnes*. Aparte de esta payasada que causó un buen efecto, una mezcla de pereza y malestar me empujó a excluirme de la conversación, que languidecía, de todos modos, a causa de la debilidad de Juliette. Era invierno, encendieron todas las lámparas, la tarde se



arrastraba. Inspeccioné, como hago siempre que llego a alguna casa, las estanterías de la pequeña biblioteca, compuesta de manuales prácticos, de álbumes para niños, de ensayos sobre la justicia y la bioética destinados al gran público, de novelas que se compran como quien toma un café. En aquel muestrario a mi juicio deprimente, descubrí un libro más solitario, un relato de una autora que me gusta mucho, Beatrix Beck. Ese relato se titula: *Plus loin, mais où?* Al hojearlo, me topé con una frase que me hizo reír, que leí sin dirigirme a nadie: «Una visita siempre agrada, si no cuando llega, al menos cuando se va.»

Juliette no tenía muchas ganas de que volviéramos demasiado pronto: no antes de que se hubiera repuesto de la quimioterapia. Pasaron dos meses en que ella y Héléne sólo se hablaron por teléfono. Juliette era de esas personas que procuraba tranquilizar a sus allegados en lugar de inquietarles, de ahí que las noticias fueran tanto menos tranquilizadoras. Los médicos, decía ella, eran optimistas, la combinación de la quimioterapia con un tratamiento reciente, la herceptina, parecía lograr el retroceso de la enfermedad. Pero se hablaba de remisión, no de curación, y aunque Juliette la preveía larga, en adelante proyectaba su vida dentro del plazo de esta remisión. Cuando Héléne le proponía una visita, ella decía: esperad un poco, esperad a que haga bueno, saldremos al jardín, será más agradable, y además ahora estoy muy cansada. Estas conversaciones desgarraban a Héléne. Me decía, con una especie de estupor: mi hermanita se va a morir. Yo la estrechaba en mis brazos, le apretaba la cara entre las manos, decía: yo estoy aquí, y es verdad, estaba allí. Recordaba que apenas un año antes, mi hermana mayor había estado a punto de morir, y también la pequeña, mucho tiempo antes: estos recuerdos me ayudaban a sentir un poco lo que ella experimentaba, a estar un poco más a su lado, pero salvo en los momentos en que me hablaba de ello o, sin que ella me hablase, yo veía que había llorado, lo cierto es que yo apenas pensaba en la enfermedad de Juliette. Aparte de esta amenaza, nuestra vida era feliz. Para celebrar nuestra mudanza organizamos una gran fiesta, y varias semanas después todos nuestros amigos nos repitieron que ya no se hacían muchas fiestas tan alegres. Yo estaba orgulloso de la belleza de Héléne, de su ironía, de su indulgencia, amaba sin temerlo su fondo de melancolía. Se iba a presentar en el Festival de Cannes la película que yo había filmado el año anterior. Me sentía brillante, importante, y aquella semicuñada cancerosa en su casita perdida en un pueblucho de provincias me daba pena, por supuesto, pero estaba lejos. Aquella vida que se apagaba no tenía nada que ver con la mía, en la que todo parecía abrirse, desplegarse. Lo que más me fastidiaba era que aquello socavaba a Héléne y reprimía un poco —muy poco, a decir verdad— el impulso de dar rienda suelta a la euforia ligeramente megalómana que me invadió durante toda aquella primavera.

Entre Cannes y la aparición de la película quedaba aún una etapa en el camino que me conducía hacia la gloria: otro festival celebrado en Yokohama. Viajaría en primera clase, asistiría la flor y nata del cine francés, yo ya me veía agasajado en



japonés. Hélène no podía acompañarme, porque trabajaba, pero en mi ausencia planeaba hacer por fin una visita a Vienne: Juliette decía que se encontraba algo mejor, haría buen tiempo, disfrutarían del jardín. Yo tenía que partir el lunes y el viernes grabé la voz en off de un documental que había rodado con un amigo en Kenia; en aquel período yo hacía muchas cosas y tenía la sensación de que ya no me detendría. Grabar mi voz y dominarla mejor de lo que hago en mi vida normal me proporciona sin duda un placer narcisista, había conseguido encajar en el comentario la frase que me hacía reír sobre las visitas que siempre agradan, si no cuando llegan, al menos cuando se van, de tal forma que Camille, la montadora, y yo salimos del estudio muy contentos de nosotros mismos y de nuestra tarde de trabajo. Fuimos a tomar una copa en una terraza, gorroneé un cigarrillo a una chica en la mesa de al lado, ella bromeó, yo también bromeé; Camille, que siempre me ríe las gracias, se rió de buena gana y entonces sonó mi móvil. Era Hélène. Llamaba desde la televisión, se iba a la estación de Lyon sin pasar por casa: Juliette se estaba muriendo.

Sus padres nos esperaban en la estación de Perrache. Habían salido disparados de la casa de Poitou donde pasaban unos días de vacaciones y habían atravesado Francia en automóvil. En aquel momento pensé que, para llamar a Hélène, habían aguardado a recorrer como mínimo la mitad del trayecto, para evitar que ella llegase antes que ellos, pero más tarde, en el contestador de nuestra casa, encontré una serie de mensajes cada vez más acuciantes que me recordaron los que había encontrado en el mío veinte años antes, cuando mi hermana menor tuvo un grave accidente de coche. Volví tarde y demasiado borracho para escucharlos, y no los descubrí hasta la mañana siguiente. Al horror de la noticia se sumaba, aunque no cambiase nada, la vergüenza de haber estado indebidamente protegido toda la noche, de haber dormido el sueño de los ebrios, ya que no el de los justos, mientras que mi madre, a la que tan a menudo he acusado de silenciar la verdad para proteger a los suyos, había hecho todo lo posible para avisarme. Hélène y yo subimos a la trasera del coche y tuve la sensación de que las cosas reanudaban una costumbre interrumpida desde hacía mucho tiempo: los padres delante, los niños detrás. El trayecto hasta el hospital de Lyon-Sur fue bastante largo, con circunvalaciones interminables, letreros que veíamos demasiado tarde, ramales de salida que no tomábamos a tiempo, por lo que debíamos seguir hasta el siguiente, y después la circunvalación en la dirección contraria. Estas dificultades para encontrar el camino permitían hablar de cosas neutras. Para los padres de Hélène, como para los míos, la buena educación consiste, en primer lugar, en reservarte tus emociones, pero tenían los ojos rojos y las manos de Jacques, el padre, temblaban sobre el volante. Justo antes de llegar, Marie-Aude, la madre, dijo sin volverse que aquella noche sería sin duda la última en que veríamos a Juliette. Quizá también al día siguiente, no lo sabíamos.





Estaba en la unidad de vigilancia intensiva. Hélène y sus padres entraron en la habitación, yo quise quedarme en el umbral pero Hélène me hizo señas de que la siguiera, de que me pusiera detrás de ella, muy cerca, mientras se aproximaba a su hermana y le cogía la mano de la vía intravenosa. Al sentir el contacto, Juliette, que yacía inmóvil, con la cabeza hacia atrás, se volvió ligeramente hacia Hélène. Los pulmones ya casi no le funcionaban y el acto de respirar, que se había vuelto horriblemente difícil, absorbía toda la energía que le quedaba. Ya no tenía pelo y su cara estaba demacrada y cerosa. Yo había visto muchos muertos de golpe, en Tangalle, mis primeros muertos, pero nunca había visto morir a una persona. Ahora lo veía. Sus padres y su hermana le hablaron por turnos sin que Juliette pudiera responderles, pero les miraba como si les reconociese. No me acuerdo de lo que le decían. Seguramente repetían su nombre y que estaban allí, a su lado. Juliette, soy papá. Juliette, soy mamá. Juliette, soy Hélène. Y le apretaban las manos, le tocaban la cara. De pronto, se incorporó en la cama, arqueando la espalda. Hizo varias veces el mismo gesto brutal y torpe para arrancarse la mascarilla de oxígeno, como si en lugar de ayudarle a respirar se lo impidiese. Asustados, creímos que no funcionaba, que iba a morir al instante por falta de aire. Llegó una enfermera que dijo que no, que el aparato funcionaba bien. Hélène, que sostenía a Juliette en los brazos, la ayudó a acostarse de nuevo. Ella no se opuso. Aquel sobresalto la había extenuado. Parecía menos sosegada que lejana, fuera de alcance. Nos quedamos los cuatro un momento a su cabecera. Después, la enfermera nos dijo que por la tarde, cuando todavía podía hablar, Juliette había pedido que le llevaran a sus hijas, pero sólo después de la fiesta del colegio, que tendría lugar a la mañana siguiente. Los médicos creían que podrían mantenerla hasta entonces. Aquella noche harían lo necesario para que descansara. Todo esto había sido planificado por ella y su marido. No quería morir atontada por los medicamentos, y al mismo tiempo contaba con ellos para que un sufrimiento excesivo no le arrebatase su propia muerte. Quería que la ayudasen a aguantar para hacer lo que le quedaba por hacer, pero no más allá. Más aún que su valor, a la enfermera le impresionaban su lucidez y su exigencia.

Aquella noche, en el hotel, Hélène estaba acostada contra mí pero atrincherada, fuera de alcance ella también. A veces se levantaba para fumar un cigarro cerca de la ventana entreabierta y yo también me levantaba y fumaba. Estaba prohibido en la habitación donde estábamos y utilizamos como cenicero un vaso de plástico para los cepillos de dientes con agua en el fondo, para que no se quemase. Aquello formaba un brebaje repugnante. Los dos teníamos la intención de dejar de fumar y varias tentativas fallidas en nuestro haber, y de común acuerdo habíamos decidido que en vez de volver a intentarlo en un mal momento, de fracasar una vez más y desanimarnos, esperaríamos una ocasión realmente oportuna, es decir, un momento sin excesivo estrés, para dejar definitivamente el tabaco. Esto significaba para mí que la ocasión sería después de que se estrenara mi película, y para Hélène —me percató ahora, aunque no hubiéramos llegado a formularlo— después de la muerte de Juliette, que ella veía acercarse desde hacía varios meses con una angustia atónita. Nos levantábamos, fumábamos, nos acostábamos, volvíamos a levantarnos,





prácticamente sin decir una palabra. Hubo un momento en que Héléne me dijo: me alegro de que estés aquí, y me hizo bien que me lo dijera. Al mismo tiempo, yo pensaba en Yokohama. Me decía que tal como se presentaban las cosas había pocas posibilidades de tomar el avión el lunes, y trataba en vano de calcular las probabilidades. Pensaba también en Sri Lanka, en el abrazo que nos habíamos dado debajo de la ducha en la Alianza Francesa, y en la decisión de no separarnos nunca. La habitación de sus padres estaba en el mismo pasillo que la nuestra, tres números más allá. Ellos no se habían separado, ni tampoco mis padres. Envejecían juntos, y si bien para nosotros no representaban un modelo, envejecer juntos me parecía a mí algo importante. Debían de estar acostados en la cama, en silencio. Quizá se apretaban el uno contra el otro. Quizá lloraban los dos, vueltos el uno hacia el otro. Era la última noche de su hija, o la penúltima. Tenía treinta años. Habían ido hasta allí para asistir a su muerte. ¿Y las tres niñas, a unos kilómetros de allí? ¿Dormían? ¿Qué se les pasaba por la cabeza? ¿Qué piensas cuando tienes siete años y sabes que tu madre se está muriendo? ¿Y cuando tienes cuatro años? ¿Y un año? Dicen que con un año no sabes, no comprendes, pero incluso sin palabras debes de adivinar que a tu alrededor ocurre algo de una gravedad inmensa, que la vida se está tambaleando, que nunca más habrá una seguridad real. Una cuestión de lenguaje me rondaba el pensamiento. Detesto que se emplee la palabra «mamá», salvo en vocativo y en un entorno privado: que incluso a los sesenta años te dirijas así a tu madre está muy bien, pero que pasada la escuela elemental digas «la mamá de fulano» o, como Ségolène Royal, «las mamás», me repugna, y percibo en esta repugnancia otra cosa distinta que el reflejo de clase que me hace saltar cuando alguien dice delante de mí «parisiense» o, cada dos por tres, «sin problema». Sin embargo, incluso para mí, la que se iba a morir no era la madre de Amélie, de Clara y de Diane, sino su «mamá», y esta palabra que no me gusta, que me entristece desde hace tanto tiempo, no diré que no me apenase, pero tenía ganas de pronunciarla. Tenía ganas de decir, en voz baja: «mamá», y llorar y sentirme no consolado, no, sino acunado, simplemente acunado, y dormirme así. Rosier, donde vivían Juliette, Patrice y sus tres hijas, donde siguen viviendo Patrice y sus tres hijas, es un pueblo muy pequeño, sin comercios ni café, pero tiene una iglesia y una escuela alrededor de las cuales se han construido urbanizaciones. La iglesia datará de finales del siglo XIX, ninguna de las casas es de esa época, y por eso uno se pregunta cómo sería el pueblo en otro tiempo, si lo habitaron campesinos antes de que llegaran las parejas jóvenes que trabajan en Vienne o en Lyon y que han optado por afincarse aquí porque no es muy caro y está bien para los niños. Cuando estuve con Héléne, en febrero, el lugar me había parecido tanto más siniestro porque el hábitat y los habitantes me recordaban mucho el pueblo donde habían vivido Jean-Claude Romand y su familia,<sup>3</sup> no muy lejos de allí, en la región de Gex. En junio era más agradable, sobre todo porque hacía bueno. El jardín, con su columpio y su piscina de plástico, da a la plaza de la iglesia, que basta atravesar para llegar a la escuela. Me imaginé a las niñas saliendo después del desayuno con su cartera a la espalda, imaginé las meriendas, las visitas de una casa a otra, las bicicletas colgadas en los garajes, por encima del banco de trabajo y la segadora. Aquello carecía de horizonte, pero al menos era apacible.

---

<sup>3</sup> Referencia al protagonista de *El adversario*, obra del propio Emmanuel Carrère, publicada en esta colección, y de quien se habla un poco más adelante. (N. del T.)



Había mucha gente en la casa cuando llegamos, la mañana del sábado: Patrice y sus hijas, a las que acababan de preparar para la fiesta del colegio, pero también las familias de ambas partes, padres, hermanos y hermanas, sin contar a los vecinos que se quedaban cinco minutos, el tiempo de un café. Preparaban uno tras otro, sacando del lavavajillas que aún no estaba en marcha tazas que lavaban debajo del grifo. Yo era el extraño más reciente que se había incorporado a la familia, necesitaba que me asignaran una tarea y me instalé en la mesa de la cocina para ayudar a la madre de Patrice a preparar una gran ensalada para la comida. Todos sabíamos por qué estábamos allí, no hacía falta hablar de ello, pero entonces, ¿qué decir? La madre había leído mi libro *El adversario*, que Juliette le había recomendado diciendo que yo era el nuevo novio de Hélène, y le había parecido un relato muy duro. Yo reconocí que sí, que lo era, que también para mí había sido duro escribirlo, y me sentí vagamente avergonzado de escribir cosas tan crudas. A la gente que frecuento no le plantea problemas que un libro sea horrible: por el contrario, muchos ven en este hecho un mérito, una prueba de audacia que acredita la valía del autor. A los lectores más candorosos, como la madre de Patrice, les perturba. No juzgan que esté mal escribir estas cosas, pero de todos modos se preguntan por qué escribirlas. Se dicen que un tipo amable y bien educado, que les ayuda a cortar en rodajas los pepinos, que parece participar sinceramente en el duelo de la familia, debe de ser, pese a todo, o muy retorcido o bien desgraciado, en cualquier caso debe de haber en él algo anómalo, y lo peor es que no puedo evitar estar de acuerdo con ellos.

Prefería refugiarme en la compañía de la madre de Patrice porque no me atrevía a acercarme a las niñas: me refiero a las dos mayores, Amélie y Clara. Con ellas no era suficiente ser amable y bien educado. Yo no sabía lo que había que hacer, pero en aquel momento sabía que no era capaz de hacerlo. La primera vez que había ido a la casa, había hecho el payaso para hacer reír a Amélie. Ahora era Antoine el que la hacía reír con sus payasadas. Antoine es el hermano pequeño de Hélène y de Juliette, y es una de las personas más fáciles de querer que conozco. Es alegre, amistoso, no hay en él nada reprimido, prohibido, todo el mundo se siente enseguida a gusto con él, y en especial los niños. Descubrí más tarde el abismo de congoja que puede abrirse en Antoine, pero en aquella ocasión yo envidiaba su simplicidad, su relación de tú a tú con la vida, que es lo contrario de mi carácter y, me parecía entonces, del de Hélène. No obstante, ella es capaz de olvidarse de sí misma. Yo lo había descubierto viendo cómo prestaba ayuda a los siniestrados de la ola, y lo comprobaba observándola con Clara. Patrice, acababa de decirme su madre, había hablado la víspera con sus tres hijas. Y hablar quería decir: mamá se va a morir; mañana, después de la fiesta del colegio, iremos a verla los cuatro, y será la última vez que la veamos. Había pronunciado estas palabras y había tenido que repetir las. Clara las había oído. Sabía que iba a perder a los cuatro años el amor irremplazable que le daba su madre, y buscaba ya una sustitua en su tía. Yo veía que Hélène la mimaba, acogía sus carantoñas y sus lloros, y a mí me conmovía su delicadeza tanto como me había conmovido, en Sri Lanka, verla en una situación exactamente opuesta, ante los padres de otra Juliette.



He sido y sigo siendo guionista, uno de mis oficios consiste en construir situaciones dramáticas, y una de las reglas del oficio es no tener miedo de la desmesura ni del melodrama. Pienso, sin embargo, que me estaría vedado en una ficción un recurso lacrimógeno tan impúdico como el montaje paralelo de las niñas bailando y cantando en la fiesta del colegio y la agonía paralela de su madre en el hospital. A la espera de que les tocara el turno, Hélène y yo salíamos del patio cada diez minutos para fumar y luego volvíamos al banco donde estaba sentada la familia, y cuando las niñas aparecieron, primero Clara entre las pequeñas del parvulario, que hacían el ballet de los peces en el agua, y después Amélie que, con tutù, actuaba en un número de aro y hula-hoop, imitamos a los demás e hicimos grandes aspavientos para captar su atención y que ellas advirtieran nuestra presencia. Aquel espectáculo era importante para ellas. Eran niñas concienzudas, aplicadas. Pocos días antes, creían que su madre iría a verlas. Cuando la llevaron al hospital, Patrice les dijo, y sin duda él lo esperaba todavía, que volvería a tiempo para la fiesta. Después les dijo que no era seguro que llegase a tiempo, pero que volvería pronto. Después, la víspera, que no volvería nunca. Lo que hacía aquello aún más desgarrador, si cabe, era que la fiesta estuvo muy bien. Realmente. Gabriel y Jean-Baptiste, mis dos hijos, ya son mayores, pero he visto no pocas fiestas de fin de curso en la escuela de párvulos y en la primaria, funciones de teatro, canciones, pantomimas, y por supuesto que son enternedoras, pero también laboriosas, aproximativas, un poco chapuceras, por así decir, hasta el punto de que si hay algo que los padres más indulgentes agradecen a los profesores que se rompen la cabeza para organizarlas es que sean cortas. La función del colegio de Rosier no lo era, pero tampoco había sido representada a la ligera. Los pequeños ballets y sainetes poseían una calidad de precisión que sólo se alcanzaba con mucho trabajo y empeño, una seriedad impensable en los colegios de progres ricos que han frecuentado mis hijos. Los niños tenían un aire de felicidad **y** equilibrio. Crecen en el campo, en un entorno familiar protegido. En Rosier la gente se divorciaba y se despedazaba como en todas partes, pero entonces abandonaba el pueblo, que era en verdad un lugar para familias unidas, un lugar donde cada niño, desde el escenario donde cantaba y bailaba, podía buscar con la mirada, entre los bancos del público, a su padre y a su madre juntos, y huelga decir que estaban juntos. Era la vida tal como la muestran los anuncios de mutuas o de préstamos bancarios, la vida en que te preocupas del rédito anual de la libreta A y de las fechas de vacaciones en la zona B, la vida Alcampo, la vida con ropa de deporte, la vida media en todo, no sólo desprovista de encanto sino de la conciencia de que se puede intentar dar a la vida una forma y un estilo. Yo observaba esta vida desde arriba, no hubiera querido vivirla, pero lo cierto es que aquel día yo miraba a los niños, miraba a sus padres filmando con sus cámaras de vídeo y me decía que la elección de vivir en Rosier no era sólo escoger la seguridad y el rebaño, sino también el amor.

Todo el mundo estaba al corriente de la noticia entre la multitud de padres de alumnos que llenaba el patio de la escuela y que, terminada la función, se congregó en el terraplén delante de la iglesia. Todavía no se hablaba de Juliette en pretérito, pero no era posible fingir esperanza. Vecinos y amigos más o menos cercanos



abrazaban a Patrice, que tenía en brazos a la pequeña Diane, le apretaban el hombro, se ofrecían a cuidar de las niñas o a alojar, si faltaba sitio, a los parientes que habían llegado a causa de la muerte de su esposa. Él tenía una sonrisa desolada y afable, que expresaba una gratitud auténtica por las manifestaciones de simpatía más convencionales —que sean convencionales no impide que sean sinceras—, y lo que me sorprendía, lo que nunca ha dejado de sorprenderme en Patrice es su simplicidad. Allí estaba, en shorts y sandalias, daba el biberón a su hija más pequeña y nada en él se planteaba la cuestión de cómo manifestar su pena. Comenzó la feria. Había puestos de pesca con caña, de tiro al arco, pirámides de latas de conserva que había que derribar con una pelota de tenis, un taller infantil de pintura, una tómbola... Amélie tenía un talonario de billetes sin gastar para la tómbola, todos los miembros de la familia y algunos vecinos se los compraron, pero a ninguno le tocó un premio. Como yo estaba con Hélène y con Amélie en el momento del sorteo, simulé que prestaba una gran atención, verifiqué febrilmente mis números y exageré mi decepción para que la niña se riera. Se reía, pero a su manera: gravemente, y yo trataba de imaginar qué recuerdo guardaría, cuando adulta, de aquel día. Trato de imaginar, cuando escribo esto, lo que sentirá si lo lee algún día. Después de la feria hubo una comida en el jardín, debajo de la gran catalpa. Hacía mucho calor, se oía al otro lado de los setos las risas y las salpicaduras de los niños en las piscinas inflables. Clara y Amélie, sentadas muy formales a la mesa, hacían dibujos para su madre. Si el color sobrepasaba la línea del contorno, fruncían el ceño y empezaban de nuevo. Cuando Diane se despertó de la siesta, Patrice y Cécile, la otra hermana de Juliette, se fueron al hospital con las tres niñas. En el momento de subir al coche, Amélie se volvió hacia la iglesia, trazó una furtiva señal de la cruz y murmuró, muy rápido: haz que mamá no se muera.

El turno de Hélène y el mío llegó al final de la tarde. Previendo que tendría que conducir, la víspera me ocupé de memorizar el itinerario, y puse especial empeño en recorrer el trayecto sin errores ni titubeos: lo único que podía hacer era conducir bien, y ya era algo. Empujamos las mismas puertas de doble batiente, recorrimos los mismos pasillos desiertos, iluminados con luces de neón, aguardamos un largo rato delante del interfono a que nos permitieran el acceso a la unidad de vigilancia intensiva. Cuando entramos en la habitación, Patrice estaba tumbado en la cama al lado de Juliette, con el brazo alrededor de su cuello y la cara vuelta hacia la de ella. Juliette había perdido el conocimiento, pero su respiración seguía siendo penosa. Patrice salió al pasillo para que Hélène estuviera un momento a solas con su hermana. Vi que ella se sentaba en el borde de la cama y que tomaba la mano inerte de Juliette y después le acariciaba el rostro. Transcurrió un tiempo. Al salir de la habitación, preguntó a Patrice qué habían dicho los médicos. Él respondió que según ellos Juliette moriría durante la noche, pero que no se podía saber cuánto duraría. Ahora, dijo Hélène, tienen que ayudarla. Patrice meneó la cabeza y volvió a la habitación.

El médico de guardia era un joven calvo con gafas de montura dorada y aire precavido. Nos recibió acompañado de una enfermera rubia, de aspecto tan cálido como frío el de él, y nos rogó que nos sentáramos. Ya sabrá usted, dijo Hélène, lo



que vengo a pedirle. Él hizo una pequeña seña que significaba menos un sí que una invitación a que continuase, y Hélène, a la que le asomaban las lágrimas a los ojos, prosiguió. Preguntó cuánto tiempo podía durar la agonía y el médico repitió que no podía decirlo pero que era cuestión de horas, no de días. Juliette estaba entre dos aguas. Ahora hay que ayudarla, insistió Hélène. Él se limitó a responder: ya hemos empezado a hacerlo. Hélène le dejó su número de móvil y pidió que la llamaran cuando todo hubiese acabado.

En el camino de vuelta del hospital, en el coche, no estaba segura de haber sido lo bastante clara con el médico ni de que lo hubiese sido la respuesta de él. Intenté tranquilizarla: no había habido ambigüedad de ninguna de las partes. Ella temía también el celo de la enfermera cálida, que había hablado de una posible mejoría. Juliette, decía con un tono esperanzado, podía durar aún veinticuatro o incluso cuarenta y ocho horas. Hélène estaba convencida de que estas horas sobraban. Juliette ya se había despedido, Patrice estaba a su lado: era el momento. La medicina, a partir de aquel punto, ya sólo podía permitir que se aprovechara aquel instante.

Paramos en Vienne para comprar tabaco y beber algo en la terraza de un café, en la avenida principal. Era una tarde de sábado en una pequeña ciudad provinciana, la gente pululaba por la calle en mangas de camisa o con ropa ligera, flotaba un aire de verano y de sur. Además del tráfico normal, vimos y oímos pasar primero unas motos conducidas por chicos que levantaban la rueda delantera y extraían del motor el zumbido más fuerte posible, y después la comitiva de una boda, velos blancos que ornaban las antenas de radio y las bocinas a pleno volumen, y por último el camión publicitario que anunciaba un espectáculo de marionetas para aquella misma noche. Era una cita en la cumbre, rebuznaba el tío con su megáfono, una cita que nadie debía perderse: ¡Guiñol y el osito Winnie! Como en la fiesta del colegio, daba la sensación de que al guionista se le había ido la mano.

Hablamos de Patrice. ¿Cómo iba a apañarse, solo con tres hijas, sin auténticos recursos? Las tiras cómicas que dibujaba en el taller del sótano de su casa no le reportaban mucho, era Juliette la que mantenía a la familia con su sueldo de magistrada, y aunque a las niñas no les faltaba de nada, llegar a fin de mes se hacía difícil. El seguro intervendría, por supuesto, terminaría de pagar la casa, y además Patrice encontraría un empleo. Su dulzura y su modestia no eran dotes muy rentables, no iba a abrir un negocio de relaciones públicas, pero se podía contar con él: haría todo lo que tuviese que hacer. Más adelante volvería a casarse. Un muchacho tan guapo, tan agradable, encontraría sin duda una mujer parecida. Sabría amarla como había amado a Juliette: no se complacería en el duelo, carecía de inclinaciones morbosas. Sucedería, no valía la pena anticiparse. De momento estaba allí, sostenía en brazos a su mujer moribunda y, tardase lo que tardase ella en morir, era indudable que la sostendría hasta el final, que Juliette moriría resguardada en sus brazos. Nada me parecía más valioso que aquella seguridad, la certeza de poder descansar hasta el último instante en los brazos de alguien que te ama totalmente. Hélène me contó lo que Juliette le había dicho la víspera a su





hermana Cécile antes de que llegásemos, cuando todavía era capaz de hablar. Decía que estaba contenta, que su pequeña vida tranquila había sido una vida colmada. Al principio pensé que era una frase reconfortante, y luego que era sincera y por fin que era verdad. Pensé en la frase famosa de Fitzgerald: «Evidentemente, todas las vidas son un proceso de demolición», y yo no creía que fuese cierta. Al menos, no en el caso de todas las vidas. Quizá sí la de Fitzgerald. Quizá también la mía: en aquel entonces lo temía más que ahora. Y además no se sabe lo que ocurre en el último minuto, debe de haber vidas cuyo fracaso aparente es engañoso, porque in extremis han dado un giro en redondo o porque hay en ellas algo invisible que se nos ha escapado. Debe de haber vidas en apariencia colmadas que quizá son infiernos, por horrible que sea pensarlo, infiernos hasta el final. Pero cuando Juliette juzgaba la suya, yo la creía, y lo que me inducía a creerla era la imagen del lecho de muerte en la cual Patrice la estrechaba en sus brazos. Le dije a Hélène: ¿Sabes? Ha pasado algo. Hace incluso unos meses, si yo hubiera sabido que tenía cáncer, que iba a morirme pronto, y si me hubiese hecho la misma pregunta que Juliette, ¿acaso mi vida había sido colmada?, no habría podido responder como ella. Habría dicho que no, que no había vivido una vida plena. Habría dicho que había conseguido cosas, tenido dos hijos hermosos y vivos, escrito tres o cuatro libros en los que cobró forma lo que yo era. Hice lo que pude, con mis medios y mis trabas, luché por hacerlo, no es un balance negativo. Pero lo esencial, que es el amor, me habrá faltado. He sido amado, sí, pero no he sabido amar: o no he podido, es lo mismo. Nadie ha podido descansar en mi amor con absoluta confianza y yo no descansaré al final en el amor de nadie. Es lo que habría dicho si me hubieran anunciado mi muerte antes de la ola. Y después de la ola te elegí, nos hemos elegido, y ya no es lo mismo. Estás aquí, cerca de mí, y si tuviese que morir mañana podría decir como Juliette que he tenido una vida colmada.





Tengo ante la vista cuatro hojitas arrancadas de un cuaderno de anillas y recubiertas por ambas caras de notas tomadas para describir con la mayor precisión posible la habitación 304 del Hôtel du Midi de Pont-Evêque, Isère. Debía participar en un libro colectivo de homenaje a mi amigo Olivier Rolin, que el año anterior había publicado una novela que describía minuciosamente habitaciones de hotel de todo el mundo. Cada habitación servía de decorado a un relato sobre chicas de alterne, traficantes de armas y personajes turbios con los que el narrador atrapaba curdas monumentales. A su editor se le había ocurrido la idea de prolongar el juego pidiendo a una veintena de escritores, amigos de Olivier, que a su vez describiesen una habitación de hotel e imaginaran sobre ella lo que les apeteciese. En un momento de la noche interminable en que aguardábamos la llamada telefónica anunciándonos la muerte de Juliette, para distraer a Hélène le hablé de este encargo y de mis vacilaciones a la hora de escoger un hotel. El tono de la empresa, novelesca y lúdica, reclamaba un establecimiento de un exotismo un poco sofisticado. En este registro, guardaba de reserva el Hotel Viatka de Kotelnich, un ejemplo perfecto de estilo Brezhnev trasnochado, donde no debían de haber cambiado una sola bombilla desde la apertura, y donde sumando día por día todas mis estancias pasé tres o cuatro meses. En el otro extremo de la escala, el otro hotel donde he vivido realmente, quiero decir varias semanas seguidas, era el lujoso Intercontinental de Hong Kong, donde Hélène se reunió conmigo durante el rodaje de *El bigote*. Al encontrarnos en el vestíbulo, al descubrir desde nuestra habitación en la planta veintiocho la vista panorámica sobre la bahía, al subir y bajar en los ascensores, podríamos habernos creído en la película *Lost in Translation*. Imagino que el hotel que me esperaba en Yokohama sería del mismo estilo, y me había impuesto, a modo de agradable tarea de vacaciones, describir la habitación que ocuparía en él. Hélène me dijo: si no vas a Yokohama, en su lugar puedes describir la habitación donde estamos. Podemos hacerlo ahora mismo, para entretenernos. Cogí mi cuaderno y nos pusimos a trabajar, con tanto ardor como cuando ensayamos la escena erótica de mi película. Anoté que el cuarto, de una superficie de unos quince metros cuadrados, estaba totalmente revestido, incluso el techo, de un empapelado amarillo. No de un papel pintado de amarillo, insistió Hélène, sino de un papel que originalmente debió de ser blanco y que después pintaron de amarillo, con un relieve que imitaba un tejido de puntos gruesos. Después pasamos a la carpintería, marcos de puertas y ventanas, molduras y cabecera de la cama, también pintadas de un amarillo más intenso. Era una habitación muy amarilla, en suma, con toques rosa y verde pastel en las cortinas y sábanas reproducidas en las dos litografías colgadas encima y delante de la cama. Las dos, editadas en 1995 por Nouvelles Images SA, delataban a la vez la influencia de Matisse y la del estilo naif



yugoslavo. Apoyado en el codo, yo transcribía deprisa lo que me dictaba Hélène, que ahora iba y venía por la habitación contando los enchufes, probando los interruptores de la luz, cada vez más absorta en su inventario. Omito los detalles: era una habitación común y corriente en un hotel corriente, aunque muy bien mantenido, y muy amablemente. Lo único un poco interesante y que además es lo más difícil de describir se encuentra en el pequeño espacio que sirve de entrada. Copio de mis notas: «Se trata de un armario de doble acceso, del cual una puerta da al espacio y la otra, en ángulo recto, al pasillo flanqueado de habitaciones. Es el equivalente de una ventanilla de comunicación con la cocina que tiene dos estantes, el de arriba destinado a la ropa blanca y el de debajo a los platos del desayuno, como indican claramente los pictogramas grabados en el cristal de dos pequeños montantes, que al mismo tiempo permiten indicar lo que debe colocarse y ver si ha sido o no colocado.» No estoy seguro de que sea totalmente claro, qué le vamos a hacer. Nos preguntamos si aquella especie de armario, muy poco habitual, tenía un nombre que ahorrara estas descripciones laboriosas. Hay personas muy buenas para esto, que en todos los campos, o al menos en numerosos, conocen el nombre de las cosas. Olivier es una de ellas, yo no, Hélène un poco más. Sé que la palabra «montante», en las líneas que acabo de citar, procede de ella.

Llegó el amanecer. Habíamos terminado el inventario y el teléfono no había sonado. A Hélène le asustaba la idea de que su hermana flotaba todavía entre dos aguas. Yo tampoco las tenía todas conmigo. Habíamos corrido las cortinas, nos habíamos tapado con la sábana, dormimos mal pero un poco, apretados uno contra otro como dos cucharas. El teléfono nos despertó a las nueve. Juliette había muerto a las cuatro de la madrugada.

Nos reunimos con Antoine, Jacques y Marie-Aude para el desayuno en el comedor del hotel. Cécile estaba con Patrice y las niñas en Rosier. Nos abrazamos en un silencio acompañado de una presión de la mano en el hombro, que era en nuestro ambiente la máxima expresión de pesar, y después hablamos de cosas prácticas: las exequias, quién se quedaría hoy, cómo nos turnaríamos los días siguientes para hacer compañía a Patrice y las niñas, y ya se hacían planes para que unos u otros les acogieran durante las vacaciones de verano. Ya estaba listo el programa para las próximas horas: había que pasar por Rosier, de allí ir al hospital, creo que se dijo simplemente «para ver a Juliette». No para rendirle un último homenaje, ni para recogerse ante sus restos: hay que reconocer a los burgueses a la antigua usanza la cualidad de no recurrir a fórmulas estereotipadas y decir que alguien ha muerto, no fallecido o fenecido. Después iríamos a Lyon para ver a un colega de Juliette. ¿Un colega de Juliette? ¿El mismo día de su muerte? Hélène y yo estábamos un poco sorprendidos. Sí, explicó Jacques, un colega que era también juez en el tribunal de primera instancia de Vienne y que había estado muy cerca de ella durante su enfermedad. Una de las cosas que les aproximaba era que él también había tenido un cáncer en su juventud y le habían amputado una pierna. Por iniciativa propia, aquella mañana había propuesto que los miembros de la familia, ya que estaban todos allí, se reunieran en su casa para que él les hablase



de Juliette. Esta visita de pésame a un magistrado con una sola pierna me parecía un poco absurda, pero lo único que yo debía hacer era seguir a los demás.

No recuerdo nada del primer contacto con las niñas que acababan de perder a su madre. Me parece que estaban bastante tranquilas, no lloraban ni gritaban, en cualquier caso. A continuación hicimos la visita al velatorio del hospital. Es un edificio moderno, compuesto de una sala muy espaciosa, de techo muy alto, muy luminosa, una especie de atrio que recordaba los decorados únicos de la tragedia clásica, y sobre la cual convergen varias salitas: el tanatorio, la capilla, los lavabos, por último, donde se tira de la cadena con cierta reserva, porque es un lugar tan sonoro como silencioso. Éramos los únicos visitantes aquella mañana de domingo, y nos recibió un hombre con bata de enfermero que nos hizo sentarnos en un rincón de la sala grande para explicarnos cómo se harían las cosas, técnicamente hablando, los días que precedían al entierro. De hecho, no era enfermero, sino un voluntario encargado de recibir a las familias, y trazaba con claridad la frontera entre lo que correspondía, por una parte, al hospital y al servicio público al que él representaba y, por otra, a los profesionales de las funerarias. Hasta que estos últimos depositaban al difunto en el ataúd, el hospital se ocupaba de las visitas, velaba por que el cuerpo fuera trasladado desde el depósito a los salones mortuorios y presentado lo mejor posible, es decir, lavado, peinado y, eventualmente, maquillado. Todo esto era gratuito, no se debía dudar en solicitarlo, las personas como él estaban al servicio de las familias; en cambio, los cuidados cosméticos más pesados que pudieran resultar necesarios, sobre todo en verano, cuando transcurrían varios días antes del entierro, los facilitaban las funerarias y eran, por tanto, de pago. Insistía mucho en lo que era gratuito por un lado y de pago por otro, repetía la lección para asegurarse de que la habíamos comprendido y, pensando en las familias con menos ingresos que la de Juliette, me parecía bien. En el parlamento que debía recitar, casi el mismo, a todos los visitantes, aparecía varias veces una frase: «Estamos aquí para hacer las cosas del mejor modo posible.» Sin duda esta frase era un tópico en todas las profesiones que rodean a la muerte y la desgracia, pero aun así daba la impresión de que él hacía realmente todo lo que podía para que las cosas se hicieran del mejor modo posible.

Ahora veríamos a Juliette, la habían preparado para nuestra visita, pero sus hijas vendrían por la tarde y la madre de Patrice tuvo la idea de que ellas eligieran entre la ropa de Juliette un vestido que a ella le gustara o que a ellas les gustaba que se pusiera. En realidad, Juliette apenas usaba vestidos, sino más bien pantalones informes y confortables, pero lo que le importaba de verdad era que sus hijas estuvieran bien vestidas, tenían que vestirse como unas princesas, en sus propias palabras, y no por nada, indudablemente, Amélie dibuja con tanta obstinación princesas. Así que la madre de Patrice, la mañana del domingo, había llevado a las dos mayores al ropero para que escogieran el vestido que querían que su madre llevase en el féretro, y nosotros llevamos el vestido elegido para que lo tuviera puesto la tarde en que vinieran las niñas. El voluntario aprobó esta iniciativa y acto seguido dijo que teníamos suerte porque el colega que pronto iba a sustituirle era en el equipo el especialista indiscutible del maquillaje. Marie-Aude se mostró un poco



inquieta: Juliette casi no se maquillaba. Precisamente por eso, dijo el voluntario, estaría bien solicitar los servicios de su colega, el especialista: haría un trabajo muy delicado y daría la impresión de que ella no estaba maquillada, sino viva. Cuando salimos del tanatorio, al cabo de diez minutos de los que no tengo nada que decir, el especialista acababa de llegar. Informado de las reticencias de la familia, se esforzó en tranquilizarla y preguntó si alguno de nosotros, quizá una de las hermanas, tenía deseos de ayudarle, de maquillar con él a la difunta. Precisó que es un gesto que puede parecer penoso pero que también puede ser muy beneficioso. Por lo demás, si en el último minuto la persona no se sentía con ánimo, él lo haría en su lugar, nadie estaba obligado a imponerse duras pruebas. Hélène y Cécile se miraron sin convicción, al final ninguna de las dos maquilló a su hermana. Vuelvo a pensar en aquel especialista del que Antoine, Hélène y yo nos burlamos un poco en el coche: era un tío con bermudas rosa, gordito, ceceante, que con su flequillo de pelo teñido tenía pinta de interpretar al peluquero homosexual en una comedia ligera, y sólo ahora mismo, al escribirlo, me pregunto qué podría inducirle a ir voluntariamente el domingo a maquillar cadáveres guiando sobre sus rostros los dedos de los parientes más próximos. Quizá simplemente el gusto de ser útil. Es para mí una motivación más misteriosa que la perversidad.



He retrasado todo lo posible el momento de llegar aquí, pero aquí estamos los ocho en la escalera del juez con una pierna amputada. El inmueble, antiguo, burgués, se encuentra en una calle peatonal que desemboca en la estación de Perrache y pienso que esto facilitará el regreso. La escalera es de piedra, estrecha, no hay ascensor y me parece raro para un lisiado, pero nos detenemos en el primer piso. Llamamos, nos abren, uno tras otro franquea el umbral, se presenta y estrecha la mano del dueño de la casa, que, como se ha apagado el minuterio de la luz de la escalera, no ve que queda todavía un visitante más en el rellano y me cierra la puerta en las narices. No sé por qué, me parece divertido, y a él también, que mi relación con Étienne Rigai haya comenzado así. Tampoco sé por qué me había imaginado que el juez era soltero y que vivía en un apartamento minúsculo y oscuro, atestado de expedientes polvorientos, y que quizá oliese a gato. Pero no: la vivienda era espaciosa, clara, con muebles hermosos y bien cuidados, y no hacía falta echar un vistazo por la puerta entreabierta de un cuarto de niños para intuir que allí vivía una familia. A la mujer y los niños, sin embargo, debía de haberles rogado que salieran a dar un paseo: Étienne nos recibió solo. Cuarenta y pocos años, grande, macizo, en vaqueros y camiseta gris. Ojos muy azules, a ras de la cara, detrás de unas gafas sin montura. Rostro franco, voz suave, un poco aguda. Cuando nos precedió para guiarnos hasta el salón, vimos que cojeaba y, apoyándose en la derecha, arrastraba la pierna izquierda, completamente tiesa. El salón daba a la calle, el sol que entraba por las ventanas abiertas inundaba de luz, hasta la pared opuesta, un bello parqué antiguo. Tomamos asiento, pareja por pareja: los padres en dos butacas vecinas, Hélène y yo apretados en un extremo de un sofá muy largo, Antoine y su mujer en otro, Cécile y su marido en sillas. Encima de una mesa baja había un frutero lleno de cerezas y una bandeja con vasos y zumos de frutas, pero Étienne preguntó si alguien quería café, todo el mundo respondió que sí y fue a la cocina a prepararlo. Ni una palabra se pronunció en su ausencia. Hélène se levantó para ir a fumar en la ventana, yo la seguí después de haber recorrido los anaqueles de la biblioteca, que revelaba gustos más personales, o más cercanos a los míos, que la de Rosier. Étienne volvió con el café: utilizaba una cafetera exprés que sólo hacía una taza a la vez, y aun así, misteriosamente, las nueve llegaron humeantes en la bandeja. Pidió un cigarrillo a Hélène y precisó: lo he dejado hace mucho tiempo, pero hoy es especial, tengo mucho miedo. Sin acuerdo previo, todos le habíamos dejado libre el sillón situado delante del sofá, porque ocupaba una posición central, un poco como el banquillo de los testigos ante un tribunal. Pero prefirió sentarse en el suelo, o más bien acuciarse sobre la pierna derecha flexionada y con la izquierda extendida hacia delante: una postura que parecía monstruosamente incómoda, pero que sobrellevó, no obstante, durante más de dos



horas. Todos le mirábamos. Nos vio mirarle, uno por uno, yo no conseguí saber si estaba absolutamente sereno o febril. Soltó una risita, para hacernos patente su turbación, y luego dijo: qué situación más extraña, ¿eh? De repente me parece absurdo, y después presuntuoso, hacerles venir así, como si tuviera que decirles cosas que no saben sobre alguien que era su hija, su hermana... Tengo muchísimo miedo, la verdad. Tengo miedo de decepcionarles, y también de parecer ridículo, no es un miedo muy digno pero, bueno, es lo que siento. No he preparado nada. Ayer intenté construir en mi cabeza una especie de discurso, confeccionar una lista de las cosas de que quería hablar, pero no pude, desistí, de todos modos no valgo para esto. Así que voy a decir lo que se me ocurra. Se calló un momento y luego continuó: hay una cosa de la que creo que ustedes no tienen conciencia y que quisiera que comprendiesen, y es que Juliette era una gran jueza. Saben, por supuesto, que amaba su profesión y que la ejercía bien, deben de pensar que era una magistrada excelente, pero era algo más. Durante los cinco años en que trabajamos juntos en el tribunal de Vienne, ella y yo hemos sido grandes jueces.

Esta frase me alertó, la frase y su manera de decirla. Había en ella un orgullo increíble, algo de inquieto y de jubiloso a la vez. Yo reconocía esta inquietud, reconozco a las personas que la sienten, la reconozco de espaldas, en una multitud, en la oscuridad, son mis hermanos, pero la alegría mezclada con ella me pilló desprevenido. Se intuía que el hombre que hablaba era un individuo emotivo, ansioso, permanentemente al acecho de algo que se le escapaba y que al mismo tiempo poseía, que estaba afianzado en una confianza inexpugnable. No era serenidad, ni sabiduría ni dominio de sí mismo, sino una forma de apoyarse en su miedo y desplegarlo, un modo de temblar que a mí también me inspiró temblor y me reveló que estaba a punto de producirse un acontecimiento.

He citado de memoria las primeras frases de Étienne: no son literalmente exactas pero, en conjunto, son fieles. Después todo se mezcla en mi recuerdo, al igual que se mezclaba todo en su discurso. Hablé de la justicia, de la manera como Juliette y él administraban justicia. En el tribunal de Vienne se ocupaban sobre todo del derecho al sobreendeudamiento y el derecho a la vivienda, es decir, de asuntos en que existen pudientes y desposeídos, débiles y fuertes, aunque muy a menudo es más complicado y a ellos les gustaba que así fuera, que un expediente no sea una serie de casilleros que rellenar, sino una historia y posteriormente un ejemplo. Étienne decía que a Juliette no le habría gustado que dijeran que estaba del lado de los desheredados: sería demasiado simple, demasiado romántico, sobre todo no sería jurídico, y ella se obstinaba en ser jurista. Ella habría dicho que estaba en el bando del derecho, pero llegó a ser, los dos llegaron a ser virtuosos en el arte de aplicarlo *realmente*. Para ello eran capaces de consagrar decenas de horas al estudio de un plan de reembolso, a descubrir una directiva en la que otros nunca habrían pensado, capaces de apelar al Tribunal de Justicia de las Comunidades Europeas demostrando que la suma de los tipos de interés y de penalizaciones





practicada por algunos bancos sobrepasaba el índice de usura y que aquella manera de sangrar a la gente no era sólo inmoral, sino ilegal. Sus sentencias fueron publicadas, discutidas, violentamente atacadas. En Dalloz<sup>4</sup> merecieron insultos. En el mundo de la justicia en Francia, a comienzos del siglo XXI, el tribunal de primera instancia de Vienne ha sido un lugar importante: una especie de laboratorio. Se preguntaban qué iban a sacarse aún de la chistera los dos pequeños jueces cojos de Vienne. Porque también se daba esta coincidencia, por supuesto: los dos eran cojos, los dos habían superado un cáncer en la adolescencia. Se habían reconocido desde el primer día, entre patituertos, entre personas cuyo cuerpo ha padecido algo que nadie que no lo haya vivido puede comprender. Más adelante aprendí a conocer la manera de pensar y de hablar de Étienne, mediante asociaciones libres que deben más, me figuro, a la experiencia del psicoanálisis que a las enseñanzas de la facultad de derecho, pero en aquel primer encuentro yo me perdía en sus bruscos tránsitos desde un punto de técnica jurídica a un recuerdo que podía ser muy íntimo sobre su invalidez o la de Juliette, sobre la enfermedad de ésta o sobre la suya propia. El cáncer les había devastado y construido, y cuando volvió a atacar a Juliette, Étienne se vio obligado a afrontarlo de nuevo. Se había abierto un hueco que no podían llenar ni Patrice ni la familia, sino sólo Étienne, y de este hueco nos hablaba él. ¿Para decirnos qué? No buenas palabras. No que Juliette era valiente, ni que había luchado, ni que nos amaba, ni siquiera que había muerto feliz, todo esto podían decirnoslo otros. Él hablaba de otra cosa que se le escapaba, se nos escapaba, pero colmaba el salón soleado con su presencia enorme, aplastante, y que sin embargo no era triste. Sentí que esta presencia me hacía una señal en un momento concreto, cuando Étienne rememoró la experiencia para él reconstructiva de la primera noche. La primera que pasas en el hospital, solo, cuando acabas de saber que estás gravemente enfermo, que vas a morir quizá de esta dolencia y que esto es en adelante la realidad. Algo, decía Étienne, sucede en ese momento, algo que pertenece al ámbito de la guerra total, del derrumbamiento total, de la metamorfosis absoluta. Es una destrucción física, pero puede ser también una reconstrucción. No recuerdo nada más, pero lo que sí recuerdo es que cuando nos despedíamos, cuando en el recibidor, por turnos, le estrechábamos la mano, Étienne se dirigió a mí. En ningún momento había manifestado que me conocía como escritor, pero allí, delante de todos, mirándome a los ojos, me dijo: debería pensárselo, esta historia de la primera noche. Quizá sea para usted.

Nos encontramos los ocho en la calle, aturdidos. Hélène y yo habíamos decidido tomar el tren, los demás volvían a Rosier, nos besamos, el acto siguiente sería el entierro. Fuimos a pie a la estación de Perrache a lo largo de la calle peatonal y luego atravesamos la vasta plaza Carnot. Domingo, dos de la tarde, calor sofocante. Los burgueses comían en sus casas, los pobres se desperdigaban sobre los céspedes. Esperando el tren comimos un bocadillo en una terraza. Desde que nos habíamos despedido de los demás no habíamos dicho una sola palabra. Lo que había ocurrido en aquellas dos horas me había trastornado pero también, no encuentro otra palabra, entusiasmado. Tenía ganas de decírselo a Hélène, pero

<sup>4</sup> Editorial francesa especializada en textos de derecho y revistas jurídicas. (TV. del T.)



temía que mi entusiasmo fuese inoportuno. Además, no estaba seguro de que Étienne le hubiera gustado tanto como a mí. Hubo un momento en que se había mostrado casi agresiva con él. Dijo que había prometido a Juliette admitir a sus tres hijas en su despacho, una tras otra. Espere, había dicho Hélène, es un poquitín pronto y no vamos a obligarlas, por respeto a la memoria de su madre, a hacerse juristas si les apetece estudiar otra cosa. No se trata de que sean juristas, había respondido suavemente Étienne: hablaba solamente de esos cursos de varios días que se hacen en bachillerato. En varias ocasiones, mientras él hablaba, yo había sentido que a mi lado Hélène se impacientaba, casi se revolvía. Era como ver una película que te gusta con alguien al que le gusta menos, y yo entendía lo que había podido herirla en las palabras de Étienne. Al arriesgarme a romper el silencio para decir que me había parecido un tipo extraordinario, yo esperaba que ella respondiese: un poco catolicón, de todos modos. Para Hélène, como para muchos que se han criado en la religión católica, la apreciación «un poco catolicón» era completamente negativa. Para mí no. Pero ella no dijo esto. A ella también le había conmovido Étienne, o más bien le había conmovido lo que Étienne decía de Juliette. Le interesaba porque había sido el amigo y el confidente de Juliette. Para mí era distinto: empezaba a interesarme por Juliette gracias a lo que de ella había dicho Étienne.

No obstante, comentó ella, lo que él dice sin decirlo es que estaba enamorado de ella.

No lo sé, dije.

La noche siguiente, la primera desde la muerte de Juliette, volví a pensar en lo que nos había contado Étienne y se me ocurrió la idea de contarlo a mi vez. Más adelante tuve muchas dudas sobre este proyecto, lo abandoné durante tres años creyendo que nunca volvería a abordarlo, pero aquella noche se me presentó como una evidencia. Me habían hecho un encargo, bastaba con aceptarlo. Acostado contra Hélène dormida, me exaltaba la idea de un relato breve, algo que se leyera en dos horas, el tiempo que habíamos pasado en la casa de Étienne, y que transmitiera la emoción que yo había sentido al escucharlo. Este programa, en aquel momento, me pareció muy circunscrito, muy factible. Técnicamente habría que escribirlo como *El adversario*, en primera persona, sin ficción, sin efectismos, y al mismo tiempo era exactamente lo opuesto de *El adversario*, en cierto modo su positivo. Sucedió en la misma región, el mismo medio, la gente vivía en las mismas casas, leía los mismos libros, tenía los mismos amigos, pero por un lado estaba Jean-Claude Romand, que es la mentira y la desgracia personificadas, y por el otro Juliette y Étienne, que en el ejercicio del derecho y en la prueba de la enfermedad persiguieron sin tregua la justicia y la verdad. Y había una coincidencia que me inquietaba: la enfermedad de Hodgkin, el cáncer del que Romand fingía estar aquejado para dar un nombre confesable a la cosa innombrable que habitaba en él, es la que Juliette, más o menos por la misma época, padeció de verdad.



Hélène, por su parte, decidió escribir un texto para leerlo en el entierro. Hablamos del escrito, yo la ayudaba a ordenar sus ideas. Lo que ella quería decir es que a lo largo de lo que ella llamaba su pequeña vida tranquila, y que nunca había sido ni pequeña ni tranquila, Juliette siempre había elegido. Ella no posponía las cosas, no se volvía atrás. Elegía y se atenía a sus elecciones: su profesión, su marido, su familia, su casa, su forma de vivir juntos, todo menos la enfermedad. Esta vida era la suya, este lugar era el suyo, nunca trató de ocupar otro, sino que lo ocupaba plenamente. Había en esto un sentido que era importante para Hélène, que contrastaba quizá con la representación más caótica que ella se hacía de su propia vida. Al mismo tiempo le volvían a la memoria cosas que carecían de sentido y que la perturbaban. Así como otras personas las alimentan, Hélène viste a la gente que ama. Decía: siempre he tenido ganas de regalarle a Juliette un bolso, un bolso precioso, y en el momento en que entraba en la tienda me acordaba de que no, a causa de las muletas no podía llevar bolso. Pero habría podido regalarle una mochila preciosa, para sustituir aquellas tan feas que llevaba. Habría podido. No me gustaba que usara cosas feas, no le he regalado suficientes cosas bonitas. Es horrible, el último regalo que le he hecho es la peluca. Y también: cuando éramos pequeñas, yo tenía celos porque ella era la más pequeña y la más guapa. Sí, te lo aseguro, tú sólo la has visto al final, te enseñaré fotos. Iba a buscar unos álbumes, los extendía encima de la mesa de la cocina. Yo ya los había hojeado con ella al sacarlos de unos cartones cuando nos mudábamos, pero entonces yo sólo me fijaba en Hélène. Ahora miraba a Juliette, Juliette niña, Juliette muchacha, y era verdad, era guapa. No sé si más que Hélène, no me lo parece, pero era guapa, sí, muy bonita, y en absoluto severa como yo me la había imaginado, sin duda debido a su invalidez y a su profesión. Miraba su sonrisa, miraba las muletas que nunca estaban lejos en la foto y no me parecía valiente sino viva, plena y ávidamente viva. Fue después de haber visto esas fotos cuando le hablé a Hélène de mi proyecto. Temí que se escandalizara: su hermana, a la que yo no había conocido, acababa de morir y, hala, yo decidía escribir un libro sobre ella. Tuvo un momento de asombro y después lo juzgó justo. La vida me había puesto en aquel lugar, Étienne me lo había designado y yo lo ocupaba.

A la mañana siguiente, en el desayuno, Hélène se rió, se rió de verdad y me dijo: me haces gracia. Eres el único tío que conozco capaz de pensar que la amistad de dos jueces cojos y cancerosos, que estudian a fondo expedientes de deudas en el tribunal de primera instancia de Vienne, es un argumento fantástico. Además, no se acuestan juntos y, al final, ella muere. ¿He resumido bien? ¿Es eso, la historia?

Lo confirmé: es eso.



Lo hacíamos así: yo tomaba el tren a las ocho en la estación de Lyon, llegaba a Perrache a las diez y un cuarto de hora más tarde llamaba a la puerta de Étienne. El preparaba café, nos sentábamos a la mesa de la cocina, cara a cara, yo abría mi libreta y él empezaba a hablar. En la época de *El adversario*, cuando entrevistaba a personas relacionadas con el caso Romand, en Lyon o en la región de Gex, evitaba tomar notas porque temía falsear las frágiles relaciones de confianza que conseguía establecer, o no, con mis interlocutores. De regreso en el hotel transcribía lo que había retenido de la conversación. Con Étienne no tenía estos escrúpulos. Por regla general, ni con él ni con Patrice, más tarde, había reflexionado de un modo estratégico, nunca pensé que tal frase o tal actitud mía entrañase el riesgo de privarme de una simpatía indispensable para mi empresa, nunca tuve miedo de dar pasos en falso. Cuando fui a verle, el día del entierro, para decirle que quería escribir su historia y la de Juliette, y que en adelante tendríamos que hablar, Étienne no había mostrado la menor sorpresa, sino que se limitó a sacar su agenda y proponer una fecha: el viernes, 1 de julio. Nos habíamos embarcado en un proyecto común que implicaba que él me contase su vida, y nunca ocultó el placer que le producía contarla. Le gusta hablar de él, es mi manera, dice, de hablar de los demás y con los demás, y señaló perspicazmente que también era la mía. Sabía que al hablar de él por fuerza tendría que hablar de mí. Lo cual no le molestaba, al contrario. Creo que nada le molestaba y, por tanto, tampoco a mí. Es una situación bastante extraña la de contar no sólo lo que se ha vivido, sino expresar quién eres, lo que hace que seas tú y ningún otro, a una persona a la que apenas conoces. Esta situación se plantea en los primeros tiempos de una relación amorosa y de una cura psicoanalítica, y se planteaba allí con una naturalidad desconcertante. Su manera de narrar, como ya he dicho, era libre y asociativa, con saltos bruscos de un tema a otro, de un tiempo al otro. Yo, por mi parte, tengo el gusto y hasta la obsesión de la cronología. La elipsis sólo me conviene como procedimiento retórico, debidamente catalogado y controlado por mí: de lo contrario me espanta. Quizá porque hay en mi vida una desgarradura, y porque espero repararla tejiendo la trama lo más apretada posible, necesito tomar puntos de referencia como: el martes anterior, la noche siguiente, tres semanas atrás, no omitir ninguna etapa, y en nuestras entrevistas continuamente imponía este orden a Étienne, que a su vez me obligó a comenzar este relato con la evocación de su padre.



Lo describe como un universitario atípico, que sentía curiosidad por todo y enseñó sucesivamente astronomía, matemáticas, estadística, filosofía de las ciencias y semiología, sin centrarse realmente en una disciplina ni hacer, en consecuencia, la carrera a la que podía aspirar. Procedente de las ciencias duras, quería aproximarse a la realidad, a lo humano y las incertidumbres inherentes, y de este modo en los años sesenta se vio dando clases de formación a los obreros de Peugeot en Montbéliard, donde la familia de su mujer poseía una casa inmensa, laberíntica, que era imposible de caldear y que por ello hubo que vender, y de la que Étienne conserva la nostalgia. Por formación, sus patronos entendían una formación científica, habían contratado a un profesor de matemáticas, pero él quería despertar las conciencias y dictaba cursos de filosofía, de política y de ética. Le despidieron al cabo de unos meses, como en no pocos sitios por los que pasó dejando su impronta en algunos espíritus generosos. Era un típico cristiano de izquierdas, lector de Simone Weil y de Maurice Clavel, votante fiel de Rocard, miembro del PSU, bajo cuya etiqueta se presentó a las legislativas de Corrèze, el feudo de la familia por el lado paterno, contra el notable chiraquiano de la región: sin éxito, pero aun así le puso contra las cuerdas. Cristiano en compañía de ateos, en la de los cristianos se transformaba en el terror de los curas, capaz de sostener que Jesucristo se acostaba con Juan, su discípulo bienamado. Había en él un contestatario condenado a ser mal visto por todas las jerarquías, un franciscano que podría haberse establecido en una fábrica o caminar en sandalias al azar de los caminos, pero también un burgués ansioso de reconocimiento y que no podía tomar a la ligera sus fracasos. Étienne considera, desde la distancia, que debió de pasar al menos diez años de su vida sumido en una depresión profunda. Su excentricidad adquiría un gusto amargo, no era agradable, cuando te paseabas con los amigos por la calle, encontrar a tu padre vestido con chaqueta, corbata, calcetines y zapatos negros, y las piernas delgadas y peludas asomando de unos pantalones cortos Adidas, pero desconocía el egoísmo y su hijo no recuerda de él ninguna acción mezquina. De la ley hebraica había asumido el mandamiento de dar a los pobres el diez por ciento de lo que ganaba, y si al final del año no había podido ahorrar esa suma, la pedía prestada para no incumplir su compromiso. Era un justo melancólico y desengañado, pero un justo contra el cual Étienne nunca pudo rebelarse. Sus elecciones, dice, son continuación de las que hizo su padre. Sin ser creyente como él, acata las palabras del Evangelio y recuerda con amistad la capellanía que frecuentaba en Sceaux, donde un sacerdote cuya inteligencia respetaba, otro despertador de conciencias, le hacía leer a Hélder Câmara y a los teólogos de la liberación. Piensa que no es una casualidad que tres de sus compañeros de la capellanía sean magistrados como él, entre los más brillantes, pero también los más izquierdistas de su generación. Al igual que su padre, en el fondo Étienne quiso cambiar la sociedad, hacerla más justa, pero quiso ser más astuto que aquél: un reformista en vez de un quijote.

Étienne me dijo otra cosa de su padre, pero más tarde, cuando fui a verle en el mes de agosto a la casa familiar de Corrèze. Aquella construcción de piedras gruesas y aberturas estrechas pertenecía a los Rigai desde el siglo XVII. Fue su padre el que insistió en comprársela a un primo y en habilitarla con un afán de





autenticidad que excluía la calefacción y cualquier otro confort; fue él quien, con su mujer, recogió aquellos muebles rústicos, aquellas paneras, arcones de madera oscura, cátedras de respaldo duro que parecen salidas de un cuadro de Le Nain y apenas dan ganas de sentarse en ellas para leer frente al fuego. Étienne conserva un buen recuerdo de las vacaciones que pasaba allí, de hecho vuelve siempre, pero no por eso está menos convencido de que su padre, durante su infancia, fue víctima de una agresión sexual en aquella casa. Su falta de datos para sostener esta tesis me recuerda una biografía americana del novelista Philip K. Dick que se fundamenta en el mismo postulado: el autor no tiene ninguna prueba de que Dick hubiera sido violado de niño, pero considera que todo en su personalidad lo proclama, ésta sólo se puede explicar mediante aquel traumatismo. Cuando se lo señaló a Étienne, él está de acuerdo y reconoce que su convicción dice más cosas de él que de la realidad: quizá no sea cierto, quizá sólo sea un fantasma suyo, la única explicación que ha descubierto para la fobia que su padre tenía al contacto físico. Dios sabe que era un padre afectuoso y, mejor aún, un padre que supo infundirles confianza a sus hijos, pero no les besó nunca, nunca les cogió en brazos, bastaba con que le rozasen para que se estremeciera como al contacto con una serpiente: quizá no lo habían violado, pero lo que es seguro es que el cuerpo le suponía un problema.

¿Le sucedía lo mismo a Étienne? Al principio dijo que no, que todo era normal, pero después, reflexionando, dijo que era solitario en el colegio, que se perdía en ensoñaciones durante el día y que por la noche le atormentaban pesadillas pavorosas, y por último que hasta los dieciséis años mojaba la cama. Reconozco estos rasgos —aunque por mi parte yo mojé la cama durante menos tiempo—, y puedo decir que no, que en realidad no todo era normal.

Étienne supo muy pronto que quería ser juez. Esta vocación me intriga. Conocí en el instituto a un adolescente que de mayor quería ser juez y no sé qué habrá sido de él, pero en mi recuerdo el tipo daba miedo. Tenías la sensación de que al decir juez quería decir poli, y un poli como los que interpretaba Michel Bouquet en las películas de Yves Boisset de la época: hipócrita y perverso, alguien en cuyas manos vale más no caer. Dicho esto, yo quizá me equivocaba, nos equivocábamos los lectores novicios que éramos de *Charlie Hebdo*: quizá aquel chico era solamente tímido y estaba orgulloso de su vocación, herido porque se burlaban de ella, y se ha convertido en alguien tan notable como Étienne Rigai. Quizá si yo le hubiese conocido a esa edad también habría desconfiado de Étienne. No lo creo, prefiero pensar que nos habríamos hecho amigos.

Una de las cosas que me ha impulsado a escribir esta historia es la manera en que Étienne, la primera vez, dijo: Juliette y yo hemos sido grandes jueces. La seguridad y el orgullo con que pronunció estas palabras eran extraordinarios. Como un artista que aunque sepa bien que su carrera no ha terminado, que hay que continuar, que no hay nada afianzado, sabe al mismo tiempo que tiene en su haber una obra, al menos una, que hace que, a pesar de todo, pueda dormir tranquilo, que el porvenir será el que sea, pero que para él ya se ha jugado la partida y la ha ganado. Al mismo tiempo, esta idea de grandeza vinculada con la profesión de juez





me dejaba perplejo. Si me hubieran pedido que citara tres o incluso un solo gran juez me habría quedado in albis, lo único que se me hubiera ocurrido es algunos nombres de los que se habla en relación con expedientes mediáticos, y además estos jueces conocidos del público —Halphen, Van Ruymbecke, Eva Joly— son jueces de instrucción, no magistrados que componen un tribunal con una toga y una bocamanga de armiño, personajes a los que la mitología novelesca y cinematográfica muestra como guardianes más bien antipáticos del orden burgués. Aunque todos estemos de acuerdo con la idea, a la vez convencional y correcta, de que lo que importa no es lo que uno hace sino cómo lo hace, y que es mejor ser un buen charcutero que un mal pintor, todos hacemos más o menos una distinción entre los oficios creativos y los otros, y es sobre todo en los primeros donde la excelencia, compuesta no sólo de competencia, sino también de talento y carisma, puede evaluarse en términos de grandeza. Por ceñirme al mundo del derecho, yo sabía bien lo que era un gran abogado, pero menos bien lo que era un gran ujier. Y un gran juez, francamente, en especial si se trata de un juez de primera instancia, experto no en grandes casos criminales, sino en contenciosos civiles: paredes medianeras, curadurías, alquileres impagados... Digamos que era algo que, a priori, no me fascinaba.

(Y además está la frase del Evangelio: «No juzguéis.»)

Para explicar su vocación, Étienne dice tres cosas. Que le gustaba la idea no de defender a la viuda y al huérfano, sino de dictaminar lo que es justo y administrar justicia. Que deseaba cambiar la sociedad, pero asimismo ocupar en ella un lugar confortable: llevar una vida burguesa sin preocuparse por hacer fortuna. Que, por último, al juzgar se ejerce un poder y que él posee no el gusto del poder, sino el gusto por el poder.

Cuando dice esto último no capto muy bien el matiz, pero ilustra un rasgo de Étienne que he llegado a conocer y que me agrada. Fue un rasgo particularmente llamativo, el día de nuestra visita colectiva. Cada vez que alguien le interrumpía, no para contradecirle, sino para confirmar, completar, comentar lo que él decía, meneaba la cabeza y murmuraba que no, que no era exactamente así. A continuación seguía hablando y decía lo mismo, con un matiz ligerísimamente distinto. Para razonar un poco como él, pienso que para concordar con la gente necesita no estar de acuerdo con ella. Por ejemplo, cuando el padre de Juliette habló de la amistad entre ella y él, se mostró disconforme sobre esta palabra: Juliette y él no eran amigos, eran personas próximas, lo cual no tenía nada que ver. Cuando le conocí mejor, le dije que a mí la palabra amistad me servía para designar lo que había entre Juliette y él, y que si no era así no veía lo que podía ser la amistad. Aun siendo sensible al gusto por la precisión que esto revela, adquirí la costumbre de burlarme de su manía de recusar todo lo que le dicen para reformularlo después de un modo casi idéntico, y le divertió que yo bromease a este respecto: siempre nos complace que las personas que nos quieren señalen nuestros defectos como razones adicionales para querernos. Desde entonces, Étienne se avino cada vez más a coincidir conmigo.





Estamos en enero de 1981. Yo tengo veintitrés años, hago mi servicio militar como cooperante en Indonesia y escribo allí mi primera novela. Él tiene dieciocho, cursa el último año en Sceaux. Sabe lo que quiere hacer después del bachillerato: la facultad de derecho y a continuación la Escuela Nacional de la Magistratura. Juega al tenis. Todavía es virgen. Y al cabo de varios meses le duele la pierna izquierda. Le duele mucho, cada vez más. Tras varias consultas muy poco concluyentes, le hacen una biopsia y, cuando llega el resultado, el padre de Étienne le lleva con urgencia al Instituto Curie. Tiene el rostro grave, angustiado, no pronuncia la palabra fatídica pero dice entre dientes: hay células sospechosas. Hay varios médicos reunidos alrededor del chico en una sala del sótano. Bueno, muchacho, dice uno de ellos, vamos a intentar que sigas entero.

No vuelves a casa. Te quedas allí.

¿Qué pasa?

¿No lo has comprendido?, se asombra su padre, trastornado y reprochándose no haberse hecho entender: tienes un cáncer.

Las visitas, la presencia de los familiares sólo están autorizadas hasta las ocho de la tarde. Étienne se queda solo en su habitación de hospital. Le dan de cenar, un comprimido que le ayude a dormir, pronto apagan la luz. Es de noche. Es la primera: la noche de la que habló el día en que nos conocimos y que esta vez intenta contarme con detalle porque es importante, muy importante.

Está tumbado en la cama, en calzoncillos porque su padre no había pensado que todo ocurriría tan deprisa, que le ingresarían, y por tanto no le ha llevado lo necesario para pasar la noche. Étienne levanta las mantas para mirarse las piernas, las dos piernas que tienen un aspecto normal, las piernas de un adolescente deportista. En la izquierda, en la tibia de la izquierda, está eso que se esmera en destruirle.

Unos meses antes leyó *1984*, de George Orwell. Una escena le causó una impresión terrible. Winston Smith, el héroe, ha caído en manos de la policía política y el oficial que le interroga le explica que su oficio consiste en descubrir en cada sospechoso lo que más miedo le inspira en el mundo. Se puede torturar a la gente, arrancarle las uñas o los testículos, siempre habrá algunos que aguantarán el tormento, sin que se pueda decir de antemano quiénes serán: los héroes no son



forzosamente los que se piensa. Pero cuando se ha identificado el miedo fundamental de un hombre, es fácil doblegarlo. Ya no hay heroísmo ni resistencia posible, pueden poner al prisionero delante de su mujer o su hijo y preguntarle si prefiere que le hagan eso a él o a uno de ellos: por muy valiente que sea o aunque les ame más que a sí mismo, preferirá que se lo hagan a su mujer o a su hijo. Es así, existen horrores, distintos para cada uno, que no se pueden afrontar. Por lo que respecta a Smith, el oficial ha investigado y ha averiguado. La cosa espeluznante, insoportable para Smith es una rata en una jaula que le acercan a la cara, y abren la jaula y la rata hambrienta se precipita sobre él y le devora, con sus dientes afilados le muerde las mejillas, la nariz, y pronto encuentra el manjar más exquisito, los ojos, y se los arranca.

Es la imagen que perturba a Étienne la primera noche. Pero la rata está dentro de él. Lo devora vivo desde el interior. Ha empezado por la tibia, ahora asciende a lo largo de la pierna, se abrirá camino dentro de sus entrañas, después le recorrerá la columna vertebral hasta llegar, por último, a los repliegues del cerebro. Es una imagen más que una sensación, curiosamente no siente nada, es como si su cuerpo y el dolor que, sin embargo, no le abandona desde hace meses, se hubieran ausentado, pero es una imagen tan pavorosa que Étienne quisiera morir para ahuyentarla. Para no verla más, quisiera que su cerebro se apagase, que todo se detuviera, dejar de existir. Sin embargo, en el fondo de este horror, llega a decirse: tengo que encontrar otra cosa. Otra imagen, otras palabras, a toda costa, para superar esta noche. Si la supera, sucederá algo que quizá no le salve, pero que ya no será eso. Con la ayuda del somnífero, se sume en una duermevela en cuyo fondo la rata merodea y roe. Vuelve a dormirse, se despierta, las sábanas están empapadas de sudor. Y al amanecer la rata ha desaparecido. Se ha marchado. No volverá. En su lugar hay una frase. Una frase que visualiza como si la tuviera escrita delante de él, en la pared.

Étienne no pronuncia esta frase fulgurante. Pronuncia otras que a mí me parecen aproximaciones, paráfrasis. Ninguna de ellas posee para mí el poder de evidencia y de eficacia del que Étienne habla. Anoto en mi libreta: las células cancerosas forman parte de ti tanto como las sanas. Tú eres esas células cancerosas. No son un cuerpo extraño, una rata que se hubiera introducido en tu cuerpo. Forman parte de ti. No puedes detestar tu cáncer porque no puedes detestar— te a ti mismo (pienso, sin decirlo: por supuesto que puedes). Tu cáncer no es un adversario: es tú mismo.

Entiendo lo que me dice Étienne: que esas frases y la que se oculta detrás de ellas han sido decisivas. Lo creo, sé que habla de algo que ha sonado perfectamente claro en su oído, pero que por ahora no suena claro en el mío. Pienso que hay que esperar, que no hemos acabado el tema de la primera noche.

La imagen de la rata, sin embargo, me resulta familiar. Salvo que el animal que a mí me roe por dentro es un zorro. La rata de Étienne procede de 1984, mi zorro de la historia del niño espartano que estudiábamos en la clase de latín. El niño espartano había robado un zorro que guardaba escondido debajo de la túnica. Delante de la asamblea de ancianos, el zorro empezó a morderle el vientre. El niño, en vez de



liberarlo y de este modo confesar su robo, se dejó devorar las entrañas sin rechistar, hasta que le sobrevino la muerte.

Le conté a Étienne que un día fui a ver al viejo psicoanalista François Roustang. Le hablé del zorro que yo aún tenía la esperanza de expulsar descubriendo cómo y por qué, hacia el fin de mi infancia, se había alojado allí, debajo de mi esternón, para comprimirme y roerme el plexo solar. Roustang se encogió de hombros. Ya no creía en las explicaciones ni, por lo demás, en el psicoanálisis, sino sólo en la exactitud de los gestos. Déjelo salir, me dijo. Déjele que se haga un ovillo, ahí, en esa butaca. No tiene otra cosa que hacer. Ya ve, está ahí. Está tranquilo. Y cuando me despedí, al estrecharle la mano: puede dejármelo, si quiere, me dijo. Yo se lo guardo.

Creí que eso resultaría, por un momento. No volví a recoger al zorro, volvió él por su cuenta. Hoy me deja en paz, porque duerme o porque, como espero, se ha marchado definitivamente, pero en la época de mis conversaciones con Étienne, hace tres años, todavía estaba allí. Me hacía sufrir. Y Étienne me ayudaba a escucharle.

Le aplicaron de inmediato la quimioterapia, con la esperanza de salvarle la pierna, y se la salvaron. Soportó valientemente la mayor parte del tratamiento; lo que no soportaba era la idea de perder el pelo y el vello. Era un adolescente inquieto, atormentado, con la virilidad aún no del todo afianzada. Las chicas le asustaban tanto como le atraían. Así que cuando empezó a perder el pelo, cuando a la imagen que veía en el espejo se superpuso la del zombi en que pronto iba a convertirse, calvo, sin cejas, sin vello alrededor del sexo, por más que le asegurasen que volvería a crecer enseguida, la angustia fue tan fuerte que abandonó el tratamiento. Por iniciativa propia, a hurtadillas, sin decírselo a nadie. Solamente le quedaban algunas sesiones que duraban medio día y no tres días como al principio: sus padres le habrían acompañado de buena gana, pero les dijo que prefería ir solo en el metro, y en realidad no iba. En Curie explicó que seguía el tratamiento en una clínica de Sceaux, incluso pidió una receta para ello, y debió de ser convincente, porque nadie llamó a sus padres para cerciorarse de que todo ocurría con arreglo al protocolo. Ocupaba las horas que se tomaba libres callejeando por París, hojeando libros en las librerías del Barrio Latino. ¿En qué pensaba al hacer novillos de la quimioterapia como quien falta a las clases sin importancia de fin de curso? ¿Era consciente del riesgo que corría? Él dice que sí. Dice también que cuando tuvo una recaída se preguntó: ¿habría recaído si hubiera seguido la quimioterapia hasta el final? ¿Habría perdido la pierna? No tiene una respuesta, y rápidamente se desinteresó de la cuestión.

Aprobó el bachillerato en junio y el verano siguiente, en lugar de descansar, como le recomendaban, encontró un trabajillo de estudiante en la Fnac Sport, en la sección de raquetas de tenis. El deporte le estaba prohibido, porque si se le rompía la tibia no se le reconstruiría, **y** a pesar de ello seguía jugando al tenis e incluso al fútbol, una de las actividades donde existe un mayor riesgo de recibir un buen puntapié con una bota, precisamente en la tibia. Una pregunta a la que Étienne tampoco responde es si al afrontar estos peligros manifestaba una despreocupación



normal en un adolescente que ha estado al borde de la muerte y quiere vivir sin trabas, o bien una pulsión más oscura.

Al cabo de un año le dijeron que estaba curado. Sólo tenía que pasar las pruebas de control, primero cada tres meses y después cada seis. Iba al Instituto Curie al salir de las clases de derecho en el Panteón. La sala de espera estaba llena de cancerosos a los que miraba con verdadero asco. Se acuerda de que un día llevaron en una camilla a una mujer en un estado espantoso. Debía de pesar treinta y cinco kilos y tenía la cara como si se la hubiesen encogido los jíbaros. Le hicieron entrar antes y él pensó, furioso: ¿por qué ella pasa antes que yo, que tengo tantas cosas que hacer en la vida, mientras que a ella sólo le queda palmar? No se avergonzaba de esta dureza, al contrario: estaba orgulloso. La enfermedad le repugnaba, así como los enfermos; ya no era asunto suyo. Tenía veintidós años cuando recayó. Un dolor tan intenso en la misma pierna que no podía dormir y caminaba con dificultad. Me cuesta creerle cuando me asegura que ni él ni su familia pensaron al instante en una recidiva, porque le consideraban tan bien curado que un dolor en la pierna, incluso muy vivo, no podía ser nada grave: una lesión muscular, una tendinitis. En todo caso, no *reconoció* aquel dolor. Le enviaron de nuevo al Curie para una radiografía y cuando le dijeron que volviera tres días más tarde a buscar los resultados, la naturaleza de los mismos estaba clara esta vez: se pronunciaron las palabras cáncer y amputación.

La cita en el Instituto era a la una de la tarde y a las nueve de la mañana tenía un examen oral de licenciatura en el Panteón. El examinador se retrasó y a las once todavía le estaban esperando. Étienne fue a la secretaría a explicar su situación: tenía que estar a la una en el Instituto Curie de la calle Ulm. Era importante, iban a decidir si le cortaban o no la pierna izquierda. No es enemigo del teatro y no se privó de disfrutar la turbación que esta noticia suscitaba en la secretaria. Esta propuso que en vista de las circunstancias se pospusiera el examen, sólo para él, pero Étienne se negó y ella se las arregló para encontrar otro examinador. Étienne considera que hizo bien el oral y, habida cuenta a la vez de su mérito y de la compasión que debió de inspirar su estado, aún hoy se asombra de no haber obtenido más que 12 puntos.<sup>5</sup>

En el Curie recibió el veredicto: cáncer de peroné, había que amputar, y lo más rápidamente posible. Los médicos proponían, al igual que cuatro años antes, hospitalizarle de inmediato para operarle al día siguiente, pero Étienne se mantuvo firme: tenía una fiesta el domingo siguiente para celebrar los veinte años de Aurélie, su novia, y quería asistir. Ellos cedieron: ingresaría en el hospital la noche del domingo y la operación se realizaría la mañana del lunes.

Trato de imaginar no sólo su estado al salir de la consulta, sino el de su padre, que le había acompañado. Si hay una pesadilla peor que la de saber que van a cortarte la pierna es saber que se la van a cortar a tu hijo de veintidós años. Su padre, por añadidura, había sufrido en su juventud una tuberculosis ósea y se preguntaba si el cáncer de Étienne no tendría algo que ver con aquello. Esta hipótesis más que dudosa añadía culpabilidad al atroz sentimiento de impotencia

---

<sup>5</sup> En el sistema educativo francés, los exámenes se puntúan de 1 a 20. (TV. del T.)





que experimentaba. Loco de dolor, pedía en serio que le amputasen la pierna a él para después injertársela a su hijo. Étienne se rió y dijo: no quiero tu vieja pierna, quédatela.

Le pidió que le llevara en coche a casa de Aurélie, que también vivía en Sceaux, y que pasara a recogerle más tarde. Salía con Aurélie desde hacía dos años y habían tenido juntos su primera experiencia sexual. Ella era muy bonita, muy fina, y él todavía piensa hoy que muy bien podrían haberse casado. Se acostaron en la cama y él le dijo: el lunes van a cortarme la pierna, y por fin rompió a llorar. Mientras iba anocheciendo, se quedaron horas abrazados, o más bien él permaneció en los brazos de ella, que le estrechaba con todas sus fuerzas y le acariciaba el pelo, la cara, el cuerpo entero, quizá hasta la pierna que pronto ya no existiría. Ella le decía en voz baja palabras tiernas, pero cuando él le preguntó si le seguiría queriendo con una sola pierna, ella fue honesta: no lo sé.

La víspera de la fiesta sucedió algo extraño. Étienne tomó prestado el coche de su padre, sin decir para qué, y fue a una sauna de la calle Sainte-Anne a tirarse a un tío. Nunca le había ocurrido esto ni le volvió a ocurrir después, no se siente en absoluto homosexual, pero aquella noche lo hizo. Es una de las últimas cosas que hizo en posesión de las dos piernas. ¿Hizo qué, exactamente? Como en algunas escenas de sueño, no se acuerda de nada, o sólo recuerda detalles periféricos. El trayecto de ida. Dejar el coche en un aparcamiento de la avenida de la Ópera, y después buscar aquella calle donde nunca había estado, pagar la entrada en la caja, desvestirse, entrar desnudo en el baño de vapor donde otros hombres desnudos se rozaban, se chupaban, se enculaban. ¿Chupó él, le chuparon? ¿Enculó, le enclularon? ¿Cómo era el tío? Todo esto, el corazón de la escena, se ha borrado de su memoria. Sabe solamente que tuvo lugar. Después volvió a Sceaux, se reunió con sus padres, que aún no se habían acostado, y habló con ellos con ese tono neutro que se adopta cuando se produce una catástrofe y, de hecho, no hay nada que decir.

Ignoro si el párrafo anterior figurará en el libro. Étienne ha sido claro: puedes escribir todo lo que te digo, no quiero ejercer ningún control. Sin embargo, yo comprendería muy bien que al leer el texto antes de su publicación, me pidiese que no mencionara este episodio. Más por consideración hacia los suyos que por vergüenza, ya que estoy seguro de que no le avergüenza: es un acto extraño, que él mismo se explica mal, pero no se trata de una mala acción. Dicho esto, creo que tampoco se avergonzaría aunque se tratase de una mala acción. O bien sí, sentiría vergüenza, pero la juzgaría también digna de contarse. Diría simplemente: lo he hecho, me avergüenzo, esta vergüenza forma parte de mí, no voy a renegar de ella. Creo que la frase: «Humano soy y nada de lo humano me es ajeno» es, si no la forma suprema de la sabiduría, en cualquier caso una de las más profundas, y lo que me gusta de Étienne es que se la toma al pie de la letra, es incluso lo que según



él le confiere el derecho a ser juez. No quiere suprimir nada de lo que le hace humano, pobre, falible, magnífico, y por la misma razón yo no quiero *cortar* nada en el relato de su vida.

(Nota de Étienne, en el margen del manuscrito: «No hay problema, déjalo.»)

La fiesta de cumpleaños de Aurélie no era sólo una fiesta de jóvenes. Estaban sus amigos, pero también sus padres, y todas las edades mezcladas. No fue por la noche, sino por la tarde, en el jardín florecido. Habían ensayado un espectáculo, Étienne iba a cantar. Cantó. El dolor era tan fuerte que se apoyaba en muletas. Todos los que le rodeaban sabían que ingresaría en la clínica esa misma noche y que al día siguiente le amputarían la pierna.

Hacia las seis, estaba tendido debajo de un árbol, con la cabeza sobre las rodillas de Aurélie, que le acariciaba el pelo. A veces levantaba los ojos hacia su rostro. Ella le sonreía, le decía en voz muy baja: estoy aquí, Étienne. Estoy aquí. Él volvía a cerrar los ojos, había bebido un poco, no mucho, escuchaba el rumor de las conversaciones alrededor de ellos, el zumbido de una avispa, portezuelas de coches que se cerraban de golpe en la calle. Se encontraba bien, habría querido que aquel momento durase para siempre, o que la muerte le sorprendiera así, sin darse cuenta. Después su padre vino a buscarle y le dijo: Étienne, es la hora. Aún hoy se imagina lo que representó para su padre decir: Étienne, es la hora. Parece algo insuperable, y sin embargo lo hizo. Estas palabras se pronunciaron y estos gestos se ejecutaron con calma; pero en el fondo, dice Étienne, podría haberse puesto a gritar, a discutir, a decir que no, no quiero, como algunos condenados a muerte cuando van a buscarles a su celda y les dicen exactamente lo mismo: es la hora. Pero no, le ayudaron a levantarse y él se levantó.

Así es: me levanto para ir a que me amputen.



Pidió a los suyos que estuvieran presentes cuando despertase y allí estaban todos a su alrededor: sus padres, su hermano, sus hermanas y Aurélie. La primera sensación al salir de la anestesia general fue: ya no me duele. El tumor comprimía el nervio y causaba un dolor que desde hacía meses se había vuelto insoportable. Así pues, ya no le duele. No siente nada. Pero ve: la forma de su pierna derecha extendida debajo de la sábana, la forma de su muslo izquierdo y, a partir de donde debería haber una rodilla, la sábana baja, ya no hay nada. Tardará en atreverse a levantar la sábana y la manta, en incorporarse para extender la mano y recorrer con ella el espacio que ocupaba la pierna. Sólo piensa en esto, tiene una pierna menos, y al mismo tiempo la olvida constantemente. Nada se la recuerda si no mira el vacío en el lugar de la pierna, si no comprueba que ya no está. Su cerebro razonador ha registrado la información, pero no es el cerebro razonador el que tiene conciencia de su cuerpo y le hace moverse. Llegará el día en que querrá vestirse, ponerse los calzoncillos, no le pillaré desprevenido, se habrá preparado, habrá pensado: me han amputado, ahora voy a hacer un gesto que hago por primera vez desde la amputación, y tendré que hacerlo de una forma distinta a todas las veces en que lo he hecho antes. Lo habrá pensado, pero cuando tenga los calzoncillos entre las manos y se agache, hará primero el gesto de introducir el pie izquierdo, sabiendo muy bien, viendo perfectamente que ya no tiene pie izquierdo, y necesitará un esfuerzo consciente para introducir sólo el pie derecho, subirlo lentamente a lo largo de la pierna derecha y de la columna de vacío del otro lado, hasta que llegue más arriba de la rodilla y pueda continuar, como siempre ha hecho, subiendo por los muslos, levantando, para acabar, las nalgas, y ya está: se ha puesto los calzoncillos. Ocurrirá igual con todo, habrá que corregir el programa, pasar del procedimiento normal al procedimiento «amputado». Habrá que domesticar no sólo el vacío en el lugar de la pierna, sino también el paso del vacío a la pierna cortada, lo que se denomina con una palabra fea y que tampoco designa un objeto muy agradable: el muñón. Es un momento crucial del aprendizaje, el momento en que por primera vez la mano toca el muñón. No está muy lejos, basta estirar el brazo, pero inspira cierta repugnancia tocar eso, necesitará todavía mucho tiempo, y Étienne dista mucho de haber llegado a este punto, para admitir, prever como posible que otra persona, y en particular una mujer, pueda algún día tocar el muñón con amor, acariciarlo, para que no sea una zona cuidadosamente evitada. Se supone que debe hacer todo este aprendizaje en el centro de reeducación de Valentón, cerca de Créteil, adonde le trasladan al salir de la clínica. Despacha muy rápido este episodio. Lo que dice es que se cuentan muchas mentiras sobre una amputación. Te explican: vamos a amputarle por encima de la rodilla, es la altura ideal para la prótesis, y pronto podrá llevar una vida normal. Y luego, en el centro de reeducación, le preguntas al médico



cuándo podrás volver a jugar al tenis y él te mira como si te hubieras vuelto loco: al ping-pong sí, el ping-pong está muy bien, pero olvídate del tenis. Te dicen también, antes de ponerte la prótesis: en cuanto te hayas acostumbrado a ella, formará parte de ti, será realmente como si tuvieras una pierna nueva. Y cuando llega el día de probarte la prótesis, hace clic-clac y comprendes que es un engaño, que nunca será una pierna nueva. Cuando te ven llorar, los cuidadores te dicen con dulzura que todo el mundo pasa por esto, que el aprendizaje requiere un tiempo, pero los demás amputados, los que están un poco más adelantados que tú en este aprendizaje, te dicen (al menos te lo dijo uno de ellos): bienvenido al club, bienvenido al club de los que son desde ahora tres cuartas partes hombre y una cuarta metal.

Étienne huyó. Tenía que quedarse tres meses en el centro, pero desde la primera semana pidió a sus padres que le comprasen un coche, su primer automóvil de inválido, provisto de un solo pedal, para salir cuando le apeteciera, y al cabo de quince días volvió a su casa. Como los cancerosos del Instituto Curie, los amputados de Valentón le repugnaban, rechazaba una amistad o incluso un compañerismo nacidos de aquella solidaridad.

El año de quimioterapia, en cambio, no era negociable. Fue un año atroz. Eran curas de tres días, una vez al mes, y durante esos tres días no paraba de vomitar, sencillamente. Tres días vomitando cuando ya no tienes nada que vomitar. La idea de volver aterraba cada vez a Étienne. En principio, piensa que hay que vivirlo todo lúcidamente, estar presente en todo lo que te acontece, incluso el sufrimiento, ya en esta época era su solo ideario, pero en aquel caso no, no servía de nada, era demasiado asqueroso, demasiado humillante, valía más ausentarse de sí mismo, y pidió que le atontasen con medicamentos. Su madre estaba autorizada a asistir a las sesiones y sostenerle la palangana, pero no Aurélie: no quería que ella le viera de aquel modo. Hoy, veinte años después, lo lamenta. Dice que es incluso una de las cosas que más lamenta de su vida, mucho más que el haber huido de la primera quimioterapia: Aurélie quería estar a su lado, era su lugar porque le amaba, y él no le dejó ocuparlo. No confió en ella.

Además de enfermarle horriblemente, la quimioterapia le produjo la pérdida del pelo y el vello, tal como había temido la primera vez. Se le cayó casi todo, no todo. Aurélie insistía en que se afeitara el que le quedaba, pero él se negó, conservó algunos mechones largos que le afeaban todavía más. No sin razón, ella le reprochaba este extremismo. Étienne se miraba desnudo en el espejo: aquella cosa flaca, blanca, glabra, sin pierna, era él. El joven deportista que era pocos meses antes se había convertido en aquel mutante. Aurélie aguantó casi un año y después le dejó. Entre los veintidós y los veintiocho años, Étienne estuvo sin mujer.

Había empezado una psicoterapia después del primer cáncer. Asegura que no tenía nada que ver con la enfermedad, de la que entonces se consideraba curado, no: la inició a causa de problemas sexuales. No se extiende más sobre este tema,



pero lo que me parece seguro es que la confianza sexual que hoy posee es proporcional a la miseria que la precedió. En la época del segundo cáncer y la amputación, su psicoterapeuta iba a verle todos los días a la clínica. Era apenas diez años mayor que Étienne. Un paciente joven, canceroso y amputado era algo nuevo para él. Decía: los dos somos novatos, no sé qué hacer, no sé adónde vamos. A Étienne esto le tranquilizó.

La psicoterapia se transformó en un análisis que duró nueve años. A lo largo del período en que Étienne fue alumno de la Escuela Nacional de la Magistratura en Burdeos, y después magistrado en el norte, dos veces por semana tomaba el tren a París y no faltó a ninguna de las sesiones. De esta experiencia asidua extrajo, más aún que una familiaridad, una confianza casi religiosa en el inconsciente. No es, o al menos no se declara creyente, pero tiene el gusto y el don de abandonarse a este poder que, en el fondo de sí mismo, es más poderoso que él, quizá también más sabio. Este poder no es exterior, no es un dios personal ni trascendente. Es todo lo que, siendo él, no es él, lo que le supera, le inspira, le maltrata y le salva, y a lo que poco a poco ha aprendido a dejar que actúe. No diré que llama inconsciente a lo que los cristianos denominan Dios, pero quizá sí a lo que los chinos llaman Tao.

Llegado a este punto, voy con pies de plomo. Me figuro que hablé mucho de su cáncer en sus sesiones de psicoanálisis y, para decir las cosas brutalmente, me asombra que con una fe semejante en el poder del inconsciente se declare tan hostil a toda interpretación psicosomática del cáncer. Sobre este particular, Étienne no discute, sino que tira a dar. Dice que a la gente que dice: viene de la cabeza, o del estrés, o de un conflicto psíquico no resuelto, tengo ganas de matarla, y también la mataría cuando dice lo que va unido a esto: te libraste porque has luchado, porque tuviste valor. No es cierto. Hay personas que luchan, que son muy valientes y sucumben. Por ejemplo: Juliette.

Dijo esto desde el primer día, el de su encuentro con la familia de ella, lo repitió durante nuestra primera entrevista a solas, y yo hice cada vez como si estuviera de acuerdo, pero la verdad es que no estoy seguro de estarlo. Por supuesto, no tengo una teoría ni autoridad para tenerla sobre una cuestión tan controvertida y, por otra parte, imposible de zanjar. Al expresarme a este respecto, sé que no digo nada sobre la etiología del cáncer, sino, a lo sumo, algo de mí, que es lo siguiente: por un lado, intuitivamente, pienso que no, que el cáncer no es una enfermedad que viene del exterior, por azar (en todo caso no siempre, no forzosamente), y por otro, y sobre todo, creo que Étienne, en el fondo, tampoco lo piensa, o que finge que lo piensa con tanta vehemencia que no deja de parecer una defensa.

Releí *Bajo el signo de Marte*,<sup>6</sup> de Fritz Zorn, que me perturbó, como a tantos otros lectores, cuando se publicó en 1979. Las primeras frases dicen así: «Soy joven, rico y culto; y soy infeliz, neurótico y estoy solo. He tenido una educación burguesa y me he portado bien toda mi vida. Por supuesto, también tengo cáncer, cosa que se

---

<sup>6</sup> Publicado por Anagrama, en «Panorama de narrativas» en 1992 y en «Otra vuelta de tuerca» en 2009, con prólogos de Rafael Conte, Félix de Azúa y Manuel Rodríguez Rivero. (N. del T.)



deduce automáticamente de lo que acabo de decir. Pero con el cáncer existe una doble relación: por una parte es una enfermedad corporal, de la cual probablemente muera en un futuro no muy lejano, pero que quizá pueda llegar a superar y a sobrevivir; por la otra, el cáncer es una enfermedad del alma de la que sólo puedo decir: es una suerte que finalmente haya hecho eclosión.» Y ésta es la última frase: «Me declaro en estado de guerra total.» Parece demasiado hermoso, pero es cierto: *Zorn*, que quiere decir «cólera», es un seudónimo: el verdadero nombre del autor era *Angst*, que quiere decir «angustia». Entre estos dos nombres, entre estas dos frases, aquel joven patricio dócil, alienado, «educado a muerte», como dice él, se convirtió al mismo tiempo en un rebelde y en un hombre libre. La enfermedad, la aterradora cercanía de la muerte le enseñaron quién era, y saber quién eres — Étienne diría más bien: dónde estás— se llama estar curado de la neurosis. Al releer *Bajo el signo de Marte* no he dejado nunca de pensar en la vida que habría vivido Zorn si hubiese sobrevivido, en el hombre realizado que habría llegado a ser si hubiera tenido la oportunidad de gozar de esta ampliación de la conciencia que había pagado tan cara. Y pensé que ese hombre realizado era para mí Étienne.

No me atreví a decírselo, ni a hablarle de otro libro, menos conocido y que aquel verano me impresionó casi tanto como el otro. Se titula *Le Livre de Pierre* y es una larga entrevista de Louise Lambrichs con Pierre Cazenave, un psicoanalista que durante quince años sufrió un cáncer del que murió antes de la publicación de su libro. No se definía como alguien «que tiene un cáncer», sino como un «canceroso». «Cuando me anunciaron que tenía cáncer», dice, «comprendí que siempre lo había tenido. Era mi identidad.» Psicoanalista y canceroso, se hizo psicoanalista para cancerosos, partiendo de la intuición personal e íntima, pero verificada con la mayor parte de sus pacientes, que «el peor sufrimiento es el que no se puede compartir. Y el enfermo de cáncer casi siempre experimenta este sufrimiento por partida doble. Doblemente porque, enfermo, no puede compartir con quienes le rodean la angustia que siente, porque debajo de este sufrimiento yace otro, más antiguo, que data de la infancia y que tampoco ha sido compartido ni observado por nadie. Pues bien, lo peor es eso: que nunca te hayan visto, que no te hayan reconocido nunca».

Para eso sirve, dice, psicoanalizar a los cancerosos: para ver y reconocer este sufrimiento, para que al menos el paciente se cure de él. Lo cual no le libraré de la muerte, pero entre Molière, que se burlaba de los médicos cuyos enfermos mueren curados, y el gran psicoanalista inglés Winnicott, que pedía a Dios la gracia de morir plenamente vivo, Pierre Cazenave está claramente de parte de Winnicott. Su cliente es el enfermo que acoge su enfermedad no como una catástrofe accidental, sino como una verdad que le concierne íntimamente, una oscura consecuencia de su historia, la expresión última de su infelicidad y desazón ante la vida. En ese enfermo, y cuando Pierre Cazenave habla de ese enfermo habla también de él mismo, no ha llegado a construirse algún elemento del narcisismo primario. Una falla profunda horada el más antiguo núcleo de la personalidad. Según él, hay dos clases de hombres: los que sueñan a menudo con que caen en el vacío y los demás. Los segundos han sido sostenidos, y bien sostenidos, viven en la tierra firme, se mueven con seguridad por ella. Los primeros, por el contrario, sufrirán toda su vida vértigo y





angustia, un sentimiento de no existir realmente. Esta enfermedad del bebé puede subsistir mucho tiempo de un modo silencioso en el adulto, en forma de una depresión invisible incluso para él, y que un día se transforma en cáncer. Entonces no se asombra, lo reconoce. Sabe que ese cáncer es él. Toda su vida ha temido una cosa que, en efecto, ha llegado. En quienes han vivido este desastre y que, por supuesto, lo han olvidado, el anuncio de la enfermedad mortal resucita el recuerdo: el desastre actual reactiva el antiguo y causa un malestar psíquico intolerable cuyo origen no comprenden. Pierre Cazenave analiza esta aflicción verdaderamente pavorosa como el sobresalto desesperado de aquel ser clandestino que, en el fondo de sí mismo, nunca ha tenido derecho a la existencia y que de repente oye que tiene los días contados. Para quien siempre ha tenido la sensación de existir, el anuncio de la muerte es triste, cruel, injusto, pero puede integrarlo en el orden de las cosas. Pero ¿y para quien, en el fondo de sí mismo, ha tenido siempre la sensación de no existir realmente? ¿De no haber vivido? El psicoanalista propone a este paciente que transforme la enfermedad e incluso la cercanía de la muerte en una última oportunidad de existir realmente. Cita esta frase misteriosa, desgarradora, de Celine: «Quizá sea eso lo que buscamos a lo largo de la vida, nada más que eso, la mayor congoja posible para llegar a ser uno mismo antes de morir.» Pierre Cazenave no es un teórico, habla únicamente de la experiencia: la suya y la de sus pacientes, con la cual la vincula, son la fórmula con que define su arte, y me gustaría ser digno de apropiármela, «una solidaridad incondicional con la congoja insondable que entraña la condición humana». En el cuadro clínico que describe, reconozco a alguien que no tenía cáncer, que, es horrible decirlo, no tuvo esta suerte, y que se inventó uno porque sabía oscuramente que era su verdad, porque oscuramente aspiraba a que sus células reconocieran esta verdad. Como no la reconocieron, no le quedó más remedio que la mentira. Ese alguien es Jean-Claude Romand. En el cuadro reconozco también una parte de mí mismo, la que se reconoció en Romand, pero yo tuve suerte, pude hacer libros con mi dolencia en vez de metástasis y mentiras. Reconozco, por último, algo de Étienne, que tenía pesadillas horribles, que mojaba la cama hasta muy tarde, que está convencido de que su padre fue violado de niño. Así que, por supuesto, no creo que todos los cánceres se expliquen de este modo, pero creo que hay personas cuyo núcleo central tiene una fisura prácticamente desde el principio, y que, a pesar de todos sus esfuerzos, su valentía, su buena voluntad, no pueden vivir realmente, y que una de las maneras en que la vida, que quiere vivir, se abre un camino en ellos es quizá la enfermedad, y no una cualquiera: el cáncer. Precisamente porque creo esto me escandalizan tanto los que dicen que somos libres, que la felicidad se decide, que es una elección moral. Para esos profesores de la alegría la tristeza es una falta de gusto, la depresión una señal de pereza, la melancolía un pecado. Estoy de acuerdo, es un pecado, incluso un pecado mortal, pero hay personas que nacen pecadoras, que nacen condenadas, y a las que todos sus esfuerzos, todo su coraje y su buena voluntad no liberarán de su condición. Entre los que tienen una fisura en el núcleo y los que no la tienen ocurre igual que entre los pobres y los ricos, igual que la lucha de clases, sabemos que hay pobres que dejan de serlo, pero que la mayoría no, siguen siéndolo, y decirle a un melancólico que la felicidad es una decisión es como decirle a un hambriento que coma bollos. Así que yo creo que la enfermedad mortal y la muerte pueden ser para esas personas una oportunidad de vivir, como afirma Pierre Cazenave, y lo creo



tanto más porque, si hay que confesarlo todo, en algunos momentos de mi vida he sido lo bastante desdichado como para desearlas. Al escribir esto pienso que ahora estoy muy lejos de aquello. Pienso incluso, por presuntuoso que sea decirlo, que estoy curado. Pero quiero recordarlo. Quiero recordar aquel que he sido y que son muchas otras personas. No quiero volver a serlo pero tampoco quiero olvidarlo ni mirar por encima del hombro al hombre al que el zorro devoraba y que hace tres años empezó a escribir este libro.

*El pez escorpión*, el libro de Nicolas Bouvier que yo leía en Ceilán, también termina con una frase de Céline: «La peor derrota en todo es olvidar, y es sobre todo lo que te lleva a la tumba.»



Al salir de la Escuela Nacional de la Magistratura, Étienne optó por dos cosas: afiliarse al sindicato de jueces y aceptar un puesto difícil, el de juez de aplicación de penas en Béthune. El sindicato es la guarida de pequeños jueces rojos que se niegan a formar parte del círculo de notables, pisan los talones a los criminales de guante blanco y son acusados de administrar una justicia de clase en versión inversa. El ejemplo clásico de esta tendencia es la historia del notario de Bruay-en-Artois, acusado de violación y asesinato no sobre la base de indicios convincentes, sino debido a su hermosa casa, su hermoso coche y su barriga de rotario. En cuanto a Béthune, precisamente es igual que Bruay, el norte desheredado: desempleo, miseria, residuos mineros abandonados y violaciones, en los aparcamientos, de analfabetas alcohólicas por otros analfabetos alcohólicos. Aunque las dos opciones de Étienne se sostienen, van juntas, no tardaron en contradecirse. Bastante rápido, se sintió apadrinado por algunos de los más mayores del sindicato, que evolucionaban en el mundo político. Esos cuarentones de la generación del 68 habían sabido aprovechar el triunfo de la izquierda para repartirse los puestos importantes. Aún tenían por delante veinte años largos para monopolizarlos y obstruir las carreras de sus colegas más jóvenes, pero un novicio talentoso y flexible podía recoger las migajas. Era el segundo septenato de Mitterrand. Joven promesa de la izquierda judicial, Étienne fue elegido para participar en una comisión de reforma de la aplicación de las penas que habría podido abrirle las puertas de un despacho ministerial. Uno de los componentes de su deseo de ser juez era, según propia confesión, el gusto por el poder y por una vida confortable, y por tanto no podía ignorar, él, que tiene una aguda conciencia de clase, que se estaba desclasando. En otro tiempo, los jueces eran personas importantes, pero el año en que salió de la Escuela Nacional de la Magistratura, en 1989, fueron relegados por el protocolo a una posición inferior a la de los subprefectos, y poco a poco empezaron a no invitarles ya a las recepciones oficiales. A diferencia de la mayoría de altos funcionarios, que sobre todo en provincias tienen coche oficial y alojamiento gratuito, no gozan de ningún privilegio en especie. Trabajan en locales sin calefacción, con viejos teléfonos grises, sin ordenadores y con secretarías judiciales adustas. En una generación, el notable que ostentaba el más alto rango se ha convertido en un don nadie que se desplaza en metro, almuerza el menú de una cafetería, y cada vez más a menudo ese don nadie es una mujer, signo inconfundible de la proletarización de un estamento. Étienne, que ama las comodidades y se considera un burgués, tenía todos los motivos para aprovechar la primera ocasión de emigrar hacia esferas más pudientes. No dice hasta qué punto se lo habían propuesto, pero sé que es demasiado orgulloso para jactarse de ello, y creo que también ha sido el orgullo la



causa de que haya elegido, elegido realmente, es decir, pudiendo hacerlo, ser un pequeño juez de a pie entre los mendigos de Pas-de-Calais.

Lo que hace en su despacho de juez de aplicación de penas se parece un poco a lo que ocurre en la consulta de un psicoanalista. Su función es escuchar y tratar de descubrir lo que es capaz de oír el tipo que tiene delante.

Su clientela se compone de gente muy baqueteada: muchos son heroinómanos y seropositivos. Las posibilidades de que se rehabiliten son escasas, las buenas palabras son a priori inútiles. Sin embargo existen esas buenas palabras, es decir, las que son a la vez verdaderas y oportunas, y en ocasiones hasta eficaces.

Lo que Étienne descubre ante estos individuos perdidos, aplastados, en mala situación desde el principio, es que cuanto más difícil es oír lo que le dicen, tanto más sosegado está. Ante los sufrimientos ajenos, recobra instintivamente la postura que le permitió soportar los suyos cuando tenía cáncer. Anclarse en el fondo de sí mismo, en las entrañas. No rebelarse, no luchar, dejar que actúe el medicamento, el curso de la enfermedad, el de la vida. No buscar algo inteligente que decir, dejar que las palabras salgan libremente de la boca: no son necesariamente las buenas, pero sólo así tienen éstas una oportunidad de salir.

Muchas veces habla de sí mismo. A alguien que tiene miedo y se desprecia, le habla de su propio miedo, de la imagen degradada que pudo tener de sí mismo. A un enfermo le habla de su enfermedad. No son temas en los que adopta una púdica reserva. Sus dos cánceres y la falta de una pierna impresionan a sus clientes, y él lo sabe. No tiene escrúpulos en utilizarlo, es bueno que sus miserias sirvan para algo.

¿Para qué sirven, de hecho? ¿Para ser más humano? ¿Más sabio? ¿Mejor? Dice que detesta esta idea. Respondo que a mí me parece correcta. Un poco biempensante, un poco catolicona, diría Hélène, pero en definitiva justa, y Étienne constituye la prueba viviente.

¿Qué quieres decir? ¿Que soy un tío majo porque he tenido cáncer y me han cortado una pierna? ¿No exageras un poco?

Digo que no, no, reconozco que es más complicado, que puedes haber tenido un cáncer y seguir siendo un cabrón o un cretino, pero de hecho sí, es eso lo que digo. Y lo que no digo, de la misma forma que no hablo de Fritz Zorn o de Pierre Cazenave, es que en mi opinión su cáncer le ha curado.

Trato de imaginar a ese joven juez que cojea por las aceras de Béthune. No vive allí, no exageremos, alquila un apartamento en Lille. Tiene sus libros, sus discos. Por la noche se quita la prótesis y se acuesta solo en la cama. Siempre solo. Los tratamientos, la degradación física, la caída del pelo y del vello han sometido su libido a una dura prueba. Ahora está mejor, le ha crecido el pelo, tiene ingenio, cabe decir que es un hombre seductor, pero no se puede decir, francamente, que la falta de una pierna no sea un problema en la vida y con las mujeres. Aún no ha encontrado a la que le aceptará tal como es, la que le habría amado con dos piernas pero que va a conocerle y amarle con una sola. ¿Presiente que ocurrirá, que algo va



a cambiar y a hacer posible el amor, la confianza? ¿O bien desespera? No, no desespera. Ni siquiera ha desesperado en el fondo del pozo. Siempre ha conservado ese apetito de vivir elemental que, a la salida de las pesadillescas sesiones de quimioterapia, le impulsaba a empujar la puerta del café que había enfrente del Instituto Curie, acodarse en la barra y pedir un bocadillo enorme de salchichón que devoraba diciéndose que, a pesar de todo, era bueno vivir, y vivir en la piel de Étienne Rigai. Esto no obsta para que sea prisionero de lo que los psiquiatras llaman un *double bind*, un doble impedimento que le hace perder en los dos tableros. Cruz, ganas tú; cara, pierdo yo. Que te rechacen porque sólo tienes una pierna es duro; peor aún es que te deseen por la misma razón. La primera vez, dice, que una chica me dio a entender que no se acostaba conmigo por esto, fue una bofetada en plena jeta. Pero a otra chica le oí por casualidad decir delante de un montón de gente: me excitaría acostarme con Étienne porque tiene una pata de palo, y te aseguro que esto fue todavía más difícil de encajar. Sin embargo, también hay que aprender a hacerlo. Una cosa que me ayudó fue que hacia el final de aquel largo desierto sexual, tuve una relación con una chica que había sido violada por su padre en la infancia y, más tarde, en la adolescencia, por dos desconocidos. Estaba totalmente aterrorizada por el sexo. A mí también, en aquella época, me aterraba el sexo. Los dos estábamos aterrados, y sin duda por eso nos acostamos juntos. Hicimos lo que pudimos para tener menos miedo, y fue algo extraordinario. Sexualmente extraordinario, te digo, de una ternura y un abandono increíbles: una de las grandes experiencias de mi vida. Se la he contado a menudo, en mi despacho de juez, a mujeres violadas, o a muchachos, incluso. Les decía: es verdad, lo que os ha ocurrido pesa sobre la sexualidad, es un trauma terrible, un impedimento, pero debéis saber que hay personas a las que esa discapacidad les hará un bien enorme y, si la aceptáis, a vosotros también.

Al buscar en Google las palabras «sexualidad, discapacidad», encontré un sitio llamado *Overground*, destinado a las personas que se sienten sexualmente atraídas por los amputados. Se llaman a sí mismas los «fervientes» —en inglés, *devotees*—, y algunos son más que fervientes, son «aspirantes» —*wannabees*—, es decir, que aspiran a amputarse ellos mismos para identificarse con el objeto de su deseo. Los aspirantes que realizan de verdad el acto son raros, la mayoría se contentan con acariciar la idea, con crear fotomontajes en los cuales se ven con el muñón que sueñan. Los que van hasta el final viven un calvario. He leído el testimonio de uno de ellos: durante años buscó en vano un cirujano comprensivo que accediese a cortarle una pierna sana, y acabó por destrozársela él mismo con una escopeta de caza, con la eficacia suficiente para que la amputación se hiciera inevitable. Fervientes y aspirantes forman una comunidad bastante avergonzada, que quisiera liberarse de esta vergüenza: no somos perversos, dicen sus miembros, nuestros deseos son ciertamente especiales, poco comunes, pero son naturales, y quisiéramos poder hablar abiertamente de ellos. Admiten que son deseos difíciles de realizar. La conjunción ideal sería que un ferviente encontrase a un aspirante, éste se haría amputar y los dos disfrutarían de su complementariedad en una armonía perfecta: la gran ventaja de Internet es favorecer esta clase de encuentros, partiendo



del principio de que todo está permitido entre adultos que consienten, incluido, como ocurrió hace unos años, el contrato entre un individuo que quería comerse a uno de sus semejantes y otro que, al menos al principio, se declaraba dispuesto a que se lo comieran. Pero esta conjunción ideal es rara, la vocación del aspirante es más fantasmática que otra cosa, y lo que sucede con mayor frecuencia en la realidad, como en el caso de los homosexuales que siguen en el armario, es que el ferviente —convergamos en que es un hombre— está casado con una mujer que ignora totalmente sus deseos y que se horrorizaría si los descubriera. En el sitio web le aconsejan que haga tentativas prudentes, que proponga a su compañera juegos eróticos en los que se utilicen muletas, pero está claro que el gusto por la amputación es menos confesable que el de la sodomía o el ondinismo, y que son aún menores las posibilidades de convertir a esas prácticas a alguien que no tenga ya la tendencia. La tercera vía, que debería ser la más gloriosa, es encontrar a una persona ya amputada. En principio se podría pensar que estas personas cuya invalidez repugna a tanta gente deberían estar contentas de encontrar a otras a las que, por el contrario, les atrae. El problema, que ni siquiera puede encubrir un sitio militante y proselitista, es que la mayoría de los amputados involuntarios —es decir, la mayoría de los amputados— reaccionan como Étienne cuando una chica le dijo que deseaba acostarse con él a causa de su pata de palo: les asquea. Experimentan repulsión por el deseo de los fervientes, a los que no se les puede recomendar la hipocresía: al cortejar a una amputada, el ferviente debe ocultarle cuidadosamente que lo hace a causa de su minusvalía; ella tiene que creerse deseada como si no la tuviera.

Era mi segunda visita y Étienne y yo hablábamos desde la mañana. Al llegar la hora de comer, telefoneó a su mujer para proponerle que se reuniera con nosotros en el restaurante italiano al que ya me había llevado la primera vez. Yo sólo me había cruzado con Nathalie en el entierro de Juliette y me preguntaba con un poco de inquietud qué pensaría de la extraña empresa en la que su marido y yo nos habíamos embarcado, pero en cuanto estuvo sentada al lado de él en el banco, rubia, decidida, risueña, mi inquietud se disipó. La situación parecía divertirle, si Étienne confiaba en mí ella también, y me contaron a dos voces, con un placer manifiesto, lo que en su mitología personal llamaban el cuarto de hora americano: una expresión que yo no conocía y que designa el momento en que, en una fiesta, las chicas toman la iniciativa del ligue.

Estamos en el otoño de 1994. Étienne concluye su psicoanálisis. Aunque objetivamente nada ha cambiado, considera que en él se ha abierto algo, que la pelota está ahora en el campo de la vida. Su analista lo aprueba y se encaminan juntos hacia una sesión que deciden ambos que será la última. Es un momento muy perturbador: dos veces por semana durante nueve años, le has dicho a alguien todo lo que no se cuenta a nadie, has mantenido una relación que no se parece a ninguna otra, y he aquí que de común acuerdo se pone fin a este vínculo juzgando que es su culminación: sí, la verdad, es perturbador. Terminada esta última sesión, Étienne vuelve a tomar en la estación del Norte el tren a Lille, donde a última hora de la tarde da su primera lección a un grupo de abogados muy jóvenes. Nathalie forma





parte de este grupo, que se reúne después en el café para hablar. Algunos han adorado a Étienne, otros lo han aborrecido. Ella le ha adorado. Le ha parecido brillante, original, iconoclasta. La dulzura de su voz la ha emocionado, ella adivina detrás de su humor una riqueza de experiencia, un misterio que la fascinan. Investiga, averigua que él vive solo, se pasea solo, va solo a comprar libros en la Fnac. Étienne le gusta cada vez más. En las clases siguientes, le parece que él se interesa por una chica de su promoción, pero apenas le preocupa, primero porque la chica ya está comprometida con otro, y segundo porque aunque él no lo sepa todavía, ella sabe que es el hombre de su vida. Le invita a una velada y Étienne no se presenta. Termina el curso, era un ciclo breve, sólo algunas sesiones. Entonces ella va a verle al tribunal y le explica que los estudiantes, insatisfechos, quisieran como mínimo una más. No es cierto, pero Nathalie reúne a una docena de amigos para que hagan de comparsas en esta sesión adicional, muy informal, que se celebra en casa de Étienne. Al final, los estudiantes se marchan. Nathalie se demora y le propone ir al cine. La película que ven, *Rojo*, de Kieslowski, cuenta la historia de un juez cojo y misántropo, interpretado por Jean-Louis Trintignant, pero no prestan la menor atención a esta coincidencia porque al cabo de diez minutos ella le besa. Acaban la tarde en casa de él, y ella se queda a dormir. Étienne comprende que está sucediendo algo enorme y se asusta. Estaba previsto que él se iría al día siguiente a pasar una semana de vacaciones en Lyon, en casa de una amiga y, con intención de calmarse, cobrar distancia, parte. Se queda una noche en casa de su amiga, y esa noche comprende que no sólo se ha enamorado, sino que se trata de un amor confiado, compartido, cierto, que va a constituir el fundamento de toda su vida. Por la mañana telefonea a Nathalie: vuelvo, ¿quieres que nos veamos en mi casa? ¿Quieres vivir conmigo? Ella se presenta con sus pertenencias, ya no se separarán. Pero Étienne tiene otra cosa menos alegre que decirle: aunque no se ha hecho pruebas desde hace varios años, para no desanimarse aún más, está más o menos seguro de que la quimioterapia le ha vuelto estéril. Nathalie no niega que es un problema porque quiere tener hijos, pero en lugar de pararse a examinarlo se afana de inmediato en buscarle una solución. Compra un libro del biólogo Jacques Testart sobre las diversas técnicas de procreación asistida: si ninguna funciona, concluye, optarán por la adopción. De todos modos, antes hay que hacer de nuevo el test. Ella decide, organiza; él la sigue, maravillado. Todo lo que constituye un peso tan grande en su vida, la pierna que le falta, sus temores, su probable esterilidad, ella lo asume y se apaña: forma parte del conjunto, y el conjunto le conviene. Le acompaña a masturbarse para el banco de esperma y la semana siguiente van a recoger los resultados. La secretaria le dice a Étienne que la doctora quiere verles personalmente, cosa que les inquieta más bien, pero cuando la doctora abre la puerta de la sala de espera sonrío al verles apretujados el uno contra el otro y cogidos de la mano en el banco de escay negro, y yo también sonrío al mirarlos, once años más tarde, en el banco del restaurante. Estos días he dado muchas malas noticias, dice la doctora, así que tengo ganas de darles una buena: pueden tener un hijo. Al salir, dicen: bueno, ¿nos ponemos? El mes siguiente Nathalie está embarazada.



Ella es del norte y está harta del norte, y él también. Además hace poco que uno de sus colegas penalistas, con la expresión sagaz del que ve sobre ti más lejos que tú, le repite a Étienne que está hecho para el tribunal de instancia. El colega es mucho mayor, de derechas, católico, un auténtico magistrado a la vieja usanza, hay muchas cosas en las que disienten, pero se aprecian, y Étienne no aborrece la idea de recurrir a la opinión de otra persona, al igual que, sin tener él mismo una inclinación clara, se entregaría al azar o, como en un caso parecido, yo mismo me someto a los consejos sibilinos del I King. Étienne considera que está bien decidir, pero puedes decidir que decidan otros, aceptar por las buenas un consejo o una propuesta, no coagular el curso de la vida obcecándose con algo tan contingente como la voluntad propia. A priori yo no me veía realmente como juez de primera instancia, pero si Bussières me ve tan bien en esa función, ¿por qué no? ¿Por qué no presentar mi candidatura a esa vacante en el tribunal de primera instancia de Vienne? Vienne está muy cerca de Lyon, Nathalie puede inscribirse en el colegio de abogados de Lyon, y además hará más calor que en Béthune.



Vienne, subprefectura del Isère, es una ciudad de 30.000 habitantes que tiene vestigios galo-romanos, un barrio antiguo, un paseo bordeado de cafés, un festival de jazz en julio. Es, por lo demás, una ciudad tan burguesa como desheredada es Béthune. Círculo de notables, dinastías de comerciantes o de togados, fachadas severas tras las cuales se dirimen a puerta cerrada las querellas por herencias: a Étienne más bien le divertía verse catapultado a esta provincia de las películas de Chabrol, sobre todo porque no se trataba de vivir en Vienne, sino sólo de ir tres veces por semana, media hora de coche desde el barrio de Perrache, donde acababan de encontrar el apartamento en que residen hoy. Le divertía, sí, sus relatos hacían reír a Nathalie, el centro de gravedad de su vida estaba en otra parte, en el hermoso apartamento que se complacían en decorar y donde acababa de nacer su segundo hijo. No obstante, cuando el abogado llegó con media hora de retraso, sin disculparse, a la primera audiencia que Étienne presidía, comprendió que se libraba una prueba de fuerza a la que no le convenía doblegarse. Los abogados del colegio de Vienne llevan allí veinte años, sus padres les han precedido, sus hijos les sucederán, y cuando ven aparecer a un juez nuevo, lo primero que hacen es darle a entender que son los propietarios de la casa y él un simple inquilino del que se espera que acate las normas. Étienne convocó al abogado y le dijo, amablemente: es la primera vez, no lo he registrado como un incidente de audiencia, pero, por favor, no vuelva a hacerlo o las cosas irán mal.

Dio resultado.

Cuando era juez de aplicación de penas, su trabajo consistía en recibir a gente cara a cara en su despacho. En vaqueros y camiseta, les escuchaba, hablaba, para ayudarles encontraba soluciones concretas que la mayoría de las veces no tenían nada de jurídico. Las relaciones con estas personas podían prolongarse años. Ahora, en el tribunal de primera instancia, lo presidía con toga en un estrado, rodeado de una secretaria judicial y un ujier también vestidos con toga y que le profesaban un respeto jerárquico un poco demasiado envarado para su gusto. También en la primera audiencia hubo un suceso burlesco: al salir de la sala de deliberaciones, cedió galantemente el paso a la secretaria, a la cual esta excentricidad pilló desprevenida. Ella rechazó el gesto, tan azorada como si sospechara que él pretendiera aprovecharse para sodomizarla, y Étienne observó



que en lo sucesivo ella se cuidaba mucho de encontrarse lejos de él, a su espalda, hasta que había cruzado el umbral. Hasta el último instante, fingía que estaba ordenando expedientes en la mesa, con las manos un tanto temblorosas. Esta solemnidad suscitaba una sonrisa de Étienne, pero echaba en falta las relaciones personales con los encausados. Las decisiones que tomaba recaían sobre la vida de personas a las que, en el mejor de los casos, sólo había visto cinco o diez minutos. Ya no se ocupaba de individuos, sino de expedientes. Además, tenía que apresurarse. La acumulación de casos impulsa a practicar una justicia mecánica, tal infracción exige tal multa, tal vicio contractual desencadena tal jurisprudencia, y hay que darse prisa porque la productividad, es decir, el número de sentencias dictadas, es un criterio decisivo en la calificación de un juez para su ascenso. A Étienne no le molestaba ser rápido; al contrario, le gusta, pero se ha prometido no ceder a la tentación de la criba y seguir viendo cada expediente como una historia singular, única, que requiere una solución jurídica particular.

Aquel otoño fui dos veces a Vienne para dar una vuelta por el juzgado. Es un bello edificio del siglo XVII, que domina la plazuela donde se encuentra el templo de Augusto y Livio, orgullo del casco viejo. Cuando no estaba «en audiencia», tal como un día me sorprendí diciendo, me entrevistaba con jueces, secretarios judiciales y abogados que me había recomendado Étienne. Les interrogaba sobre lo que hace exactamente un juez de primera instancia y sobre la manera en que lo hacían Juliette y Étienne, y ellos me preguntaban cómo pensaba utilizar yo esta información. ¿Como un piadoso homenaje a mi cuñada recientemente fallecida? ¿Como un documento sobre la justicia en Francia? ¿Como un panfleto sobre el endeudamiento excesivo? Yo no sabía qué contestar. Les notaba conmovidos al ver que un escritor se interesaba por los tribunales de primera instancia, que no interesan a mucha gente, pero al mismo tiempo recelosos. El nombre de Étienne no me abría las puertas tan de par en par como había esperado. La magistrada que le sucedió, y a la que llamé para decirle que deseaba presenciar durante una o dos semanas las sesiones del tribunal, me respondió que un *stage* no se improvisaba de cualquier manera. Yo en ningún momento había hablado de *stage*, sino que me había limitado a avisarle por cortesía de que tenía la intención de asistir a audiencias que en su mayoría eran públicas, pero, como sucede a menudo cuando cometes la estupidez de pedir una autorización que no es necesaria, el asunto cobró una importancia exagerada; ella no podía asumir la responsabilidad de darme su aprobación, se precisaba la del presidente del tribunal de casación. ¿Y por qué no el del ministro de Justicia?, bromeó Étienne, no tan asombrado. Comprendí que la sombra de su antecesor pesaba sobre la nueva titular del cargo, y que ella debía de verme como un espía a sueldo de Étienne, un emisario del emperador que venía a despertar fantasmas en plena Restauración.

A fin de cuentas, hice algo que se parecía a un *stage* y comprobé lo que me había dicho Étienne: que el juez de primera instancia es el equivalente judicial del médico



de barrio. Impago de alquileres, desalojos, embargos del sueldo, tutela de minusválidos o ancianos, litigios sobre sumas inferiores a 10.000 euros: las superiores a esta cifra competen al tribunal de gran instancia, que ocupa la parte noble del juzgado. Para quien ha frecuentado los juicios penales o los de delitos, lo menos que se puede decir es que la primera instancia ofrece un espectáculo ingrato. Todo es pequeño en ella, las faltas, las reparaciones, las sumas. La miseria está allí, pero no ha degenerado en delincuencia. Se chapotea en la materia pegajosa de lo cotidiano, se trata de personas que se debaten en dificultades tan mediocres como insuperables, y la mayoría de las veces ni siquiera ves a esas personas porque no asisten a la audiencia, ni tampoco su abogado porque no lo tienen, y hay que conformarse con enviarles la decisión judicial mediante una carta certificada que una vez de cada dos ni siquiera se atreven a recoger.

El pan cotidiano del penalista en el norte era la delincuencia de los toxicómanos-seropositivos. El del civilista en Vienne era el contencioso del consumo y el crédito. Ya he dicho que Vienne es una ciudad burguesa, Isère no es el más pobre de los departamentos franceses, pero bastaron unas semanas para que Étienne descubriese que vivía en un mundo donde la gente está abrumada por las deudas y no se las quita de encima. En las audiencias civiles, una pequeña querrela por un muro medianero o los daños ocasionados por el agua resultaba refrescante, porque rompía durante unas decenas de minutos el monótono desfile de las entidades de crédito que llevaban a juicio a deudores morosos.

Ni la vida ni sus estudios habían preparado a Étienne para esta forma de desdicha social. La única vez que un profesor de la Escuela Nacional de la Magistratura había hablado del derecho de consumo fue con un desdén irónico, como si fuera un derecho destinado a imbéciles, personas que firman contratos sin leerlos y a las que es demagógico querer asistir. Los libros de texto enseñan que el fundamento del derecho civil es el contrato. Y el fundamento del contrato es la autonomía de la voluntad y la igualdad de las partes. Nadie se compromete o debería comprometerse contra su voluntad; los que lo hacen tienen que sufrir las consecuencias: serán más prudentes la próxima vez. A Étienne no le habían hecho falta ocho años en Pas-de-Calais para aprender que los hombres no son libres ni iguales, pero no por eso tenía menos apego a la idea de que se deben respetar los contratos, pues de lo contrario no habría sido jurista. Educado en un medio burgués, nunca había tenido auténticos problemas de dinero. Nathalie y él tenían una cuenta conjunta, una libreta de ahorro, un seguro de vida y un préstamo para el apartamento cuyas mensualidades el banco cobraba automáticamente de la cuenta y que ellos habían calculado que sería lo bastante nutrida para no tener que preguntarse nunca si era razonable irse de vacaciones. En materia de crédito *revolving*, lo único que sabía era que su tarjeta de afiliado a la Fnac le daba derecho, según le habían explicado, a facilidades de pago que nunca utilizaba, porque prefería comprar al contado libros y discos y regalar algunos más con sus puntos de fidelidad. Algunas veces, pero no muchas porque no figuraba en los ficheros, encontraba en su buzón anuncios publicitarios de entidades de crédito. «Sírvese a su gusto de su reserva de dinero», dice Sofinco. «Disfrútelo desde hoy», propone



Finaref. «¿Necesita dinero rápidamente?», se inquieta Cofidis. «Es el momento de aprovecharlo», asegura Cofinoga. Los tiraba a la basura sin fijarse en ellos.

Desde que veía desfilar por la audiencia a los que los habían firmado, veía de otra forma estos folletos. Descubría lo fácil que es convencer a los pobres de que, aun siendo pobres, pueden comprar una lavadora, un automóvil, una consola Nintendo para los niños o simplemente alimentos, que pagarán más adelante y que no les costará, como quien dice, nada más que si pagasen al contado. A diferencia de los préstamos más controlados y menos onerosos que conceden los bancos clásicos, de los que, por otra parte, las entidades de crédito son filiales, estos contratos se concluyen en un santiamén: basta con firmar en la parte inferior del impreso que se titula «oferta previa». Se puede hacer en la caja del establecimiento, es válido de inmediato, se renueva tácitamente, se saca lo que se quiere y cuando uno quiere, da la agradable sensación de ser dinero gratuito. Los términos de la oferta no disipan esta sensación en absoluto. No hablan de préstamo, sino de «reserva de dinero», no de crédito, sino de «facilidad de pago». El texto dice, por ejemplo: «¿Necesita 3.000 euros? ¿Le interesarían 3.000 euros por un euro al mes? Pues bien, querida señora, ha tenido suerte, porque gracias a su fidelidad como cliente —de nuestro establecimiento, de nuestro centro de venta por correspondencia— ha sido recomendada para beneficiarse de una oferta totalmente excepcional. A partir de hoy, puede pedir la apertura de una reserva de crédito que asciende hasta 3.000 euros.» El coste sumamente elevado de este crédito figura en la letra pequeñísima en el reverso de la oferta; la haya leído uno o no, de todas maneras casi siempre se firma porque es el único medio, cuando no tienes dinero, de comprar lo que necesitas o bien lo que no necesitas pero te apetece, simplemente te apetece, porque incluso cuando eres pobre tienes apetencias, ahí está el drama. Allí donde el banco tendría la prudencia de decir que no, la entidad de crédito dice siempre que sí, y por eso los banqueros dirigen amablemente hacia ella a los clientes que siempre están en números rojos. Si ya estás fuertemente endeudado, la entidad no quiere saberlo. No controla nada: firme abajo de la oferta y gaste, es lo único que piden. Todo va bien mientras pagas la mensualidad, o más bien las mensualidades, porque lo propio de este tipo de créditos es acumularse, es fácil que te encuentres con una docena de tarjetas en la mano. Fatalmente llegan los incidentes de pago: no puedes hacerles frente. El organismo de crédito emprende una acción judicial. Exige el pago de las sumas debidas, más el de los intereses previstos en el contrato, más el de las penalizaciones de demora asimismo estipuladas en el contrato, y todo esto asciende a mucho más de lo que habías imaginado.

Aquel año hubo un proceso que hizo mucho ruido. Se trataba de una pareja que ganaba 2.600 euros al mes, él como obrero y ella como auxiliar de enfermería. Quisieron suicidarse y matar a sus cinco hijos porque al cabo de doce años de vivir a crédito, con seis cuentas bancarias, veintidós créditos *revolving*, quince tarjetas y cerca de 250.000 euros de deudas, sus acreedores les llevaron a juicio. Las exigencias de pago siguieron a las ofertas atrayentes; como todo el mundo se les echó encima al mismo tiempo, se les hizo imposible reintegrar un crédito con ayuda de otro, abrir una nueva línea que les permitiese postergar los pagos. El juego ya no





se podía jugar, se había acabado. Una última tarjeta, aún no rechazada, sirvió para comprar ropa nueva para que los niños llegasen correctamente vestidos al otro mundo, que su padre se representaba con un candor siniestro como «el mismo, pero sin las deudas». El suicidio colectivo fracasó, sólo murió una de las hijas. En el juicio, al padre le condenaron a quince años y a la madre a diez. Este caso emocionó a toda Francia. Es patético, me dice Étienne, pero no realmente ejemplar porque los Cartier utilizaban el crédito alegremente y vivían por encima de sus medios. Compraban un televisor y una consola de juegos para cada niño, electrodomésticos de gama alta, cambiaban compulsivamente de coche, de muebles, de equipamiento, se abonaban a todo y a cualquier cosa; en suma, tenían el perfil de la gente a la que el menos avisado de los vendedores sabe, al empujar la puerta de su casa, que les podrá endosar lo que quiera. Los sociólogos definen ese perfil como el del sobreendeudado «activo», que la crisis ha convertido en minoritario con respecto al «pasivo». A este último no se le puede reprochar que consuma con exceso y que utilice el crédito de forma insensata por la sencilla razón de que es pobre, muy pobre, y no tiene otra opción que pedir prestado para llenar de paquetes de pasta su carrito de la compra. Es el que tiene más de cincuenta años y percibe la prestación mínima, o bien la mujer sola con hijos, en paro, sin cualificación, sin más perspectiva, en el mejor de los casos, que encontrar un empleo a tiempo parcial, precario y mal pagado, con el clásico efecto perverso de que trabajar, si lo consigue, será a la postre menos ventajoso para ella que ir tirando con las ayudas a las que puede aspirar. Estas personas sólo tienen deudas y nada con que pagarlas. Sus expedientes se amontonan en el despacho del juez de primera instancia.

¿Y qué hace este juez? En principio, no dispone de mucho margen. Ve perfectamente que por un lado hay un pobre diablo estrangulado y por el otro una gran empresa que no tiene sentimientos, pero no es su vocación tenerlos y tampoco la del juez. Entre el pobre diablo y la gran empresa hay un contrato, y el papel del juez es hacer que se ejecute este contrato, ya obligando a pagar al deudor, ya ordenando su embargo. El problema es que en la mayoría de los casos el deudor es insolvente e incluso inembargable, es decir, que sólo tiene lo estrictamente necesario para sobrevivir. Hasta mediados del siglo XIX se resolvía este dilema condenándole a la cárcel por deudas, procedimiento del que Étienne me informa que si ha caído en desuso no es por humanidad, sino porque el mantenimiento de los presos era incumbencia de los acreedores, no del Estado, y el interés económico acabó prevaleciendo sobre la satisfacción de ver castigado al culpable. Hoy existe otra solución, que es la comisión del sobreendeudamiento.

Étienne estaba todavía estudiando en 1989, cuando la ley Neiertz, bajo la presión de la urgencia social, creó en cada departamento comisiones encargadas de encontrar una solución para lo que es evidente que no existe ninguna. Para el profesor que se burlaba del balbuciente derecho de consumo, considerado una asistencia inmerecida a los idiotas, fue un poco el fin del mundo, el establecimiento de algo absolutamente nuevo y jurídicamente escandaloso: el derecho a no pagar las deudas. En teoría no se trata de eso, sino de calcular lo que, apretándose el



cinturón al máximo, las personas sobreendeudadas pueden pagar cada mes, y de proponerles, así como a sus acreedores, un plan de reintegro. De hecho, en cuanto se termina de hacer malabarismos con los plazos, los informes, el nuevo plan de pagos escalonados, llega un momento en que hay que hablar de extinción de la deuda, y esta revolución jurídica quedó confirmada quince años más tarde, en una situación que incluso había empeorado, por la adopción de la ley Borloo, que instituyó el «procedimiento de restablecimiento personal», asimismo llamado «quiebra civil». Desde entonces se aplica a los particulares el principio de la quiebra comercial, es decir, que si a la vista de su historial se juzga su situación «irremediabilmente crítica» —lo que desde ningún punto de vista es un diagnóstico fácil de emitir—, lisa y llanamente se cancelan sus deudas y allá se las compongan sus acreedores.

Aún no se había alcanzado este punto cuando Étienne llegó a Vienne, en 1997. Pero las asociaciones de consumidores y de parlamentarios, tanto de derecha como de izquierda, militaban en esa dirección en contra del lobby de las entidades de crédito. Citaban el ejemplo de Alsacia y Moselle, donde se practica desde hace mucho tiempo sin que la tierra haya dejado de girar. Y desde 1998 la ley Aubry hizo posible una renuncia parcial a las deudas, recomendada cada vez con más frecuencia por las comisiones de so— breendeudamiento. El juez seguía o no estos dictámenes, pues dependía de él, de su filosofía del derecho y de la vida.

Asistí en Vienne a algunas audiencias de este tipo. No las presidía Étienne, que hoy ya no es juez de primera instancia, sino otro llamado Jean-Pierre Rieux, que había ocupado el puesto antes de Juliette y cuya vacante, tras la muerte de ésta, le encomendaron que cubriese provisionalmente. Étienne, que trabajó dos años con Rieux, me habló de él con afecto: ya verás, es lo contrario que yo, pero sabe dónde está. «Sabe dónde está» es el mayor cumplido en los labios de Étienne. Al principio yo comprendía mal el sentido de esta frase, pero ahora lo comprendo mejor, sin duda porque yo también sé mejor dónde estoy. En la cincuentena, robusto, antiguo jugador de rugby, antiguo docente reconvertido en magistrado tardíamente y por la puerta pequeña, Jean-Pierre se complace en recordar que hasta 1958 lo que hoy se denomina juez de primera instancia se llamaba juez de paz. Así ve él su profesión: conciliar, hacer que la gente se arregle entre ella. Una de las cosas que le gustaba y que hace cada vez menos por falta de tiempo, era desplazarse al lugar concreto. Un tipo llega y te dice: el portero electrónico que me ha instalado la empresa Chisme no funciona. ¿Y qué haces tú? Vas a ver el portero electrónico. Coges el coche, embarcas a tu secretaria, llamas a la empresa Chisme para que también venga al lugar, con un poco de suerte se ponen de acuerdo para firmar, in situ, un acta de conciliación y después todo el mundo se va a tomar algo. Estos apaños campesinos no eran el estilo de Étienne. A él no le gustaba desplazarse al lugar. Lo que le gustaba, o mejor dicho lo que ha empezado a gustarle, es el derecho puro, la sutileza del razonamiento jurídico, mientras que Jean-Pierre reconoce de buen grado que es un jurista expeditivo. Yo, de derecho, no sé nada, dice, encogiéndose de hombros, lo único que quiero es que a la gente no la estafen demasiado.



Las audiencias relacionadas con el endeudamiento, al contrario que las audiencias civiles, no se celebran en la sala grande del tribunal, sino en una habitación pequeña bautizada la «biblioteca» porque hay algunos códigos sobre una estantería, y sin el menor decoro. La secretaria judicial lleva toga y corbata, pero el juez está en mangas de camisa. Parece que estás en una oficina de empleo o en cualquier otro servicio social, y lo que ves y oyes no desmiente esta impresión.

El desarrollo de estas sesiones varía muy poco. Unas personas han entregado un expediente a la comisión de sobreendeudamiento, que en cada departamento es una delegación del Banco de Francia (como le han retirado todos sus poderes, hay que darle al Banco de Francia algo que hacer, dice Jean-Pierre). Puede ocurrir que el expediente haya sido declarado inadmisibile y que recusen esta decisión. Puede ocurrir que lo hayan admitido, que la comisión haya establecido un plan de reintegros y que uno o varios acreedores impugnen este plan, que disminuye o incluso anula la deuda. Puede ocurrir, por último, que el juez declare válido el plan sin ninguna otra forma de proceso.

Antes de que la secretaria haga entrar al cliente, Jean-Pierre echa un vistazo a la cubierta de cartón del expediente. La longitud de la columna donde figuran los nombres de los acreedores permite evaluar la magnitud de los daños. Por lo que respecta a la señora A., mueve la cabeza: ha visto casos peores.

Cuarenta y cinco años, obesa, embutida en un chándal verde y malva, con los cabellos cortos pegados a la frente y gafas gruesas de fantasía con motivos fluorescentes, es evidente que la señora A. no las tiene todas consigo. Al interrogarla, Jean-Pierre hace todo lo posible para tranquilizarla. Es cordial, bonachón, dice, bueno, veremos lo que se puede hacer, y sólo su tono indica que se podrá hacer algo. La señora A. gana 950 euros al mes como asistenta hospitalaria, tiene a su cargo dos hijos de seis y cuatro años, percibe las prestaciones familiares y la ayuda personalizada a la vivienda, pero como trabaja esta ayuda ha disminuido y sólo cubre ahora un tercio del alquiler. Su situación se volvió crítica cuando se divorció, tres años atrás, porque todas las cargas se han multiplicado por dos. Cuando Jean-Pierre le pregunta si tiene coche, ella intuye que es una pregunta peligrosa porque un coche es un bien que se puede embargar, y se apresura a explicar que lo necesita sin falta para ir a trabajar. Jean-Pierre le dice que nadie va a quitarle el coche, que de todos modos tiene más de diez años y, perdone que se lo diga, no vale nada. Y gastos de canguro para los niños, ¿tiene usted esos gastos? Sí, confiesa la señora A., como si fuera vergonzoso.

Basándose en todas estas informaciones, la comisión ha calculado, según un baremo previsto por el Código laboral, la parte de sus ingresos que puede destinarse al reintegro de las deudas: 57 euros mensuales. Las deudas en cuestión, entre los



impuestos, la OPAC<sup>7</sup> de Vienne, que le alquila el apartamento, el Crédit municipal de Lyon y las entidades de crédito France-Finances y Cofinoga, ascienden a 8.675 euros. La comisión ha hecho su cálculo: en diez años puede devolver un máximo de 6.840 euros. Quedan 1.835 euros, que propone que se extingan. El problema consiste en saber quién va a sufrir las consecuencias. La ley dice que el fisco tiene la prioridad en el cobro. Después está la OPAC de Vienne, acreedor con función social al que no conviene arruinar. Así que los que quedan relegados son el Crédito municipal, France-Finances y Cofinoga. La comisión ha comunicado a los tres esta propuesta. Dos no han respondido, lo que significa que la aceptan. France-Finances, en cambio, la rechaza, y la señora A. se inquieta mucho por ello, ya que le han enviado una carta muy dura diciendo que no quiere pagar, porque ellos saben muy bien que de hecho puede hacerlo. ¿Tiene la carta?, pregunta Jean-Pierre. La señora A. rebusca resoplando en el bolso plastificado que al llegar ha depositado ante ella, encima de la mesa, y al que se agarraba como a una boya, sin soltarlo un segundo. Entrega la carta a Jean-Pierre, que la lee, y después le pregunta si alguien ha ido a visitar a sus vecinos o ha telefoneado a su lugar de trabajo. Sí. De acuerdo, dice Jean-Pierre, ahora voy a explicarle lo que va a ocurrir. Emitiré mi decisión dentro de dos meses, es la norma, pero prefiero decírsela ahora mismo. Lo que voy a hacer es aceptar la propuesta de la comisión. Esto quiere decir que voy a cancelar la deuda que tiene con France-Finances y que ya no tendrán derecho a enviarle cartas, a llamarle al trabajo ni a hablar con sus vecinos. Si lo hacen violarán la ley y usted puede venir a decírmelo. Ahora, por su lado, tiene que pagar 57 euros al mes, al fisco y a la OPAC, y tiene que pagarlos todos los meses sin falta. Mientras lo haga, mientras respete escrupulosamente su plan, no tendrá problemas. La otra cosa es que no debe pedir nuevos préstamos. Ninguno. ¿Ha comprendido? La señora A. ha comprendido y se marcha aliviada.

Seguro que ella hará todo lo que pueda, comenta Jean— Pierre en cuanto la señora A. ha cerrado la puerta. No digo que lo conseguirá, porque con 950 euros al mes, dos hijos a su cargo, el litro de gasolina a un euro y pico cuando necesitas el coche para ir al trabajo, el alquiler que sube y la ayuda a la vivienda que baja, me pregunto cómo se las va a arreglar. Me hacen gracia los que dicen que un plan de sobreendeudamiento es facilísimo, te cancelan las deudas y se acabó, pero es una vida infernal, lo único que haces es pagar, pagar durante diez años, no hay ahorro posible, no hay crédito posible, no hay consumo de confort, y el cálculo es tan ajustado que no puedes equivocarte, el menor gasto imprevisto se convierte en un desastre. El coche te deja tirado y estás muerto. No hay que hacerse ilusiones, buena parte de la gente que viene aquí vuelve. Espero que ella no, pero ellos, mira: mira sólo la lista.

En el expediente del señor y la señora L. hay una buena veintena de acreedores: bancos, arrendadores, entidades de crédito, pero también mecánicos, pequeños comerciantes, compran al fiado en todas partes, y aunque no deben sumas muy

---

<sup>7</sup> Office Public d'Aménagement et de Construction (Oficina pública de organización y construcción), institución que regula el urbanismo. (N. del T.)



elevadas, la cuenta es voluminosa. Entran. Los dos treintañeros, él esquelético, con la tez terrosa, la cara devastada por los tics, ella gordita, con la cara afectada de cuperosis, y si la señora A., durante toda la audiencia, estaba al borde de las lágrimas, la señora L. parece bien lejos de ellas, perdida en la apatía. La pareja se ha separado hace poco, pero siguen siendo solidarios frente a sus acreedores. Ella ha conservado la vivienda que ocupa con sus cuatro hijos, él duerme en el coche, que ya no funciona. En los últimos tiempos, ella ha trabajado algunos meses de camarera y él de viajante a domicilio: trataba de endosar extintores de más de cincuenta kilos de peso a ancianos que ni siquiera podían levantarlos. Le despidieron porque no vendía suficientes, y ella, por su lado, no pudo continuar porque el coche ya no arranca, su turno terminaba tarde de noche y no había autobús para volver a casa. Los dos son seropositivos. Con unos recursos que se limitan a las ayudas sociales, un endeudamiento tan alto y una posibilidad casi inexistente de «retorno a una fortuna mejor», según la expresión jurídica vigente, cabe preguntarse por qué no les han aconsejado la quiebra civil, que cancelaría todas sus deudas, en vez de dirigirles a la comisión de sobreendeudamiento, que no puede llegar tan lejos. Deben cerca de 20.000 euros. Sólo Dios sabe cómo, calcularon que su capacidad de reintegro era de 31 euros al mes. Es suficiente para establecer un plan para ciento veinte meses sin la menor esperanza de que se respete. Pero no piden más, se ve que están agotados, lo único que quieren, de hecho, es una tregua, unas semanas al abrigo de las empresas de cobro que, a pesar de su evidente insolvencia, despliegan todo su arsenal: los carteles rojos bien visibles en el buzón, la ronda a los vecinos para informarles afablemente de las penalidades de la pareja y hasta la visita a los niños, a los que van a ver el miércoles por la tarde para decirles que transmitan el mensaje a papá y mamá. Si no pagan lo que deben, os echarán de esta casa. Papá y mamá os quieren, no quieren que durmáis en la calle, así que decidles que paguen lo que deben, quizá os escuchen a vosotros, que sois sus hijos. Parece que hago miserabilismo, pero ocurre como digo, y lo peor, añade Jean-Pierre, es que esos mismos tipos que ejercen ese detestable oficio son pobres diablos, se les ve desfilar todas las semanas por la comisión de sobreendeudamiento, y cuando les preguntan a qué se dedican dicen que trabajan a tiempo parcial para empresas de cobro, y cuando les echan el guante ni siquiera entienden por qué. En suma, Jean-Pierre preguntó a los L. si no les interesaría más la quiebra civil, precisando que este procedimiento significaba la extinción de todas las deudas, pero ellos dijeron que no, que ya habían rellenado un expediente y estaban demasiado cansados para rellenar otro. Jean— Pierre suspiró y dijo que de acuerdo. Pero ¿han visto bien su plan de reintegro? ¿Han visto que tienen que pagar 31 euros mensuales? Respondieron que sí, y yo tuve la sensación de que también habrían dicho que sí si les hubiera dicho 310 o 310.000 euros. Antes de que se fueran, Jean-Pierre quiso cerciorarse de que los servicios sociales les prestaban asistencia, que en alguna parte había personas con las que podían hablar, y ellos volvieron a decir que sí y se marcharon como si ya no tuvieran fuerzas para seguir en aquella habitación, contestar a estas preguntas, hacer acto de presencia en una obligación de la vida. Su plan de reintegro había sido notificado a sus acreedores, acompañado de una convocatoria puramente formal. Sólo lo había impugnado una entidad de crédito, pero no había enviado a nadie, pensando probablemente, y con toda razón, que el asunto estaba perdido de antemano. Sin embargo, cuando la





secretaria salió a buscar a los clientes siguientes, volvió por sorpresa con un individuo de camisa de cuadros que también venía por el expediente L. Venía porque había recibido una convocatoria. Trabajaba en Intermarché, que se había constituido en acreedor por dos cheques sin fondos de 280 euros. Al oír esto me dije: a estas alturas, Intermarché bien podía haberse resignado a perderlos. Pero, como siempre, era más complicado, porque en vez de Intermarché se trataba de un supermercado en régimen de franquicia en Saint-Jean-de-Bournay, un pueblo no lejos de Rosier, y el sujeto de la camisa de cuadros no era en absoluto un cínico representante de la gran cadena distribuidora, sino un pobre explotado que cuando faltaban 280 euros en la caja debía ponerlos de su bolsillo. Al entrar acababa de cruzarse con los L. y les había reconocido, y con aire de fastidio admitía: la verdad es que esos dos no tienen pinta de estar boyantes. Usted lo ha dicho, confirmó Jean-Pierre con un suspiro, así que no voy a andarme con cuentos. Llega un momento, por desgracia, en que hay que ver las cosas como son, y yo no soy más poderoso que el Banco de Francia, no puedo inventar dinero donde no lo hay. Ya ve usted la lista: hay muchos acreedores, prácticamente ningún ingreso, cuatro hijos, así que... ¿Qué?, dijo el hombre. Así que ya lo ha visto, su plan de reintegro. El Banco de Francia propone el pago de algunas deudas y la cancelación de las demás. Hubo un silencio y después el hombre dijo: ah..., es una solución. Era evidente que la consideraba penosa, y sobre todo que estaba asombrado de que la defendiese un juez. Entonces Jean-Pierre se levantó y, con el plan en la mano, dio la vuelta a la mesa para sentarse al lado del hombre y explicarle: no está todo perdido, mire. El plan comprende ciento veinte meses, lo que francamente me parece un poco ambicioso, teniendo en cuenta la precariedad de su vida. Pero verá, para usted no propone la cancelación pura y simple de la deuda. Lo que propone es nada de nada durante cincuenta y tres meses, el tiempo en que ellos paguen a los acreedores prioritarios, y después 31 euros durante nueve meses. No es imposible que usted recupere su dinero dentro de un poco más de cuatro años. No puedo prometérselo, no sé dónde estará esa pareja dentro de cuatro años, pero es posible. El hombre de la camisa de cuadros no se fue realmente tranquilo, pero tampoco desmoralizado.

Étienne aprendió con Jean-Pierre el oficio de juez de primera instancia. En el fondo estaban de acuerdo. Pensaban que las entidades de crédito se exceden, y se alegraban cuando se les presentaba la ocasión de acorralarlas. Pero hacían apaños. Trataban de arreglar los asuntos caso por caso, sin teoría jurídica, sin preocuparse de sentar jurisprudencia. Después Étienne supo que otro juez de primera instancia, Philippe Florès, había convertido su tribunal de Niort en la avanzadilla de la protección del consumidor. Étienne es consciente de su propia valía, no pretende ser modesto y por este motivo, dice, nunca teme preguntar cuando no sabe ni copiar a los que saben más que él. Por tanto, se puso en contacto con Florès y se adhirió a su escuela, menos empírica que la de Jean-Pierre.

Florès había salido de la Escuela Nacional de la Magistratura al mismo tiempo que Étienne, pero había ejercido enseguida como juez de primera instancia en un momento en que se estaban creando las comisiones de sobreendeudamiento. A él





también le habían impresionado, a pesar o a causa de que procede de una familia pobre. Aquello iba contra todo lo que durante largos estudios le habían enseñado sobre el respeto de los contratos y el derecho que no está pensado para los idiotas. No tardó en cambiar de opinión sobre este punto: el derecho también sirve a los idiotas, a los ignorantes, a todas las personas que, en efecto, han firmado un contrato, pero a las que en definitiva han estafado.

Sin embargo, existe una ley encaminada a limitar estas estafas: la ley Scrivener, aprobada en 1978 bajo el mandato de Giscard, pero de inspiración más socialdemócrata que liberal, en el sentido de que limita la libertad a priori sacrosanta de los contratos.

En pura lógica liberal, las personas son libres, iguales y lo bastante adultas para entenderse sin que el Estado se inmiscuya. En pura lógica liberal, un propietario tiene el perfecto derecho de proponer a su arrendatario un alquiler a cuyo vencimiento puede echarle o duplicar a su antojo la suma acordada, exigirle que apague la luz a las siete de la tarde o que use un camisón en lugar de un pijama: todo va bien desde el momento en que el inquilino tiene el derecho simétrico de no aceptar ese alquiler. La ley, no obstante, tiene en cuenta la realidad y el hecho de que en la realidad las partes no son tan libres e iguales como en la teoría liberal. Uno posee, el otro pide, uno puede elegir, el otro menos, y por eso los alquileres están regulados, así como el crédito.

Por un lado hay que alentarlos porque estimulan la economía, por el otro hay que impedir que se time demasiado a la gente, porque esto degrada a la sociedad. En consecuencia, la ley Scrivener declara abusivas las cláusulas que convertirían el contrato en demasiado leonino e impone al prestamista, puesto que es quien lo redacta, cierto número de exigencias formales, formularios modelo, menciones obligatorias, exigencias de legibilidad, en suma, algunas reglas encaminadas a que al menos el prestatario sepa a qué se compromete.

El problema de la ley Scrivener es que las entidades de crédito a las que supuestamente regula no la respetan, y que los consumidores a los que supuestamente protege no la conocen. Florès la conocía a conciencia y puso todo su empeño, sin ayuda de nadie, en hacerla respetar. Nada más, pero también nada menos.

La mayoría de sus colegas, al abrir un expediente como el de Cofinoga contra Fulanita, se limitaban a comprobar: efectivamente, Fulanita no paga las mensualidades estipuladas por el contrato; efectivamente, según las cláusulas del mismo, Cofinoga está en su derecho de reclamarle el capital, los intereses y las penalizaciones; en efecto, Fulanita no tiene un céntimo, pero la ley es la ley, los contratos son los contratos, y aunque a mí me parezca desolador, no tengo otra alternativa, yo, como juez, que tomar una decisión ejecutoria, es decir, embargar a Fulanita o bien remitir su caso a la comisión de sobreendeudamiento.

Florès, por su parte, apenas miraba lo que debía Fulanita; iba derecho al contrato. A menudo encontraba cláusulas abusivas y casi siempre irregularidades formales. La ley exige, por ejemplo, que esté redactado en letra de cuerpo ocho, y no lo estaba. Exige que su renovación se proponga por carta, y no se hacía. Florès había confeccionado un pequeño cuadro de las irregularidades más frecuentes, marcaba



las casillas y en la audiencia declaraba: el contrato es inválido. El abogado de Cofinoga se quedaba boquiabierto. Si se podía recurrir, decía: señor presidente, no es de su incumbencia. La que debe formular esas objeciones es la parte incumplidora, o su abogado, pero usted no puede actuar en su nombre. Recorra, se limitaba a decir Florès.

En el ínterin, declaraba que Cofinoga tenía derecho a reclamar su capital, pero no los intereses ni las penalizaciones. Ahora bien, lo que el deudor paga primero no es el capital, sino los intereses y el importe del seguro. Si el juez decide que sólo debe devolver el capital, y que lo que ha devuelto era capital, es como si le dijera: usted ya no debe 1.500 euros, pongamos, sino sólo 600, y en ocasiones nada en absoluto, y otras veces es incluso Cofinoga el que le debe dinero. Fulanita se desmayaba de alegría.

Philippe Florès, en Niort, era el pionero de esta técnica jurídica. Étienne, en Vienne, no tardó en seguir sus pasos (yo había escrito «en igualar», pero Étienne, en el manuscrito, había señalado: «¡De eso nada!» Aquí dejo constancia). Lo hacía con gran placer, en la audiencia civil y sobre todo en la comisión de sobreendeudamiento, donde su pasión por denunciar las irregularidades y decretar la pérdida de los intereses cambiaba la situación radicalmente. En primer lugar, desde el punto de vista del desdichado deudor, no es en absoluto lo mismo decirle: usted no puede pagar, su situación no tiene ningún remedio y por lo tanto no tengo alternativa, cancelo la deuda, que decirle: han cometido una injusticia con usted, yo la reparo. Es mucho más agradable, tanto de oír como de decir, y Étienne no se privaba de este gusto. Por otra parte, en cuanto se aligeraba la deuda global, se podían elaborar planes de reintegro que no eran del todo inviables. Aquí también compete al juez decidir quién cobrará primero, quién más tarde y quién no cobrará nada. Es una decisión política. En el caso de los que no cobrarán nada, no se trata solamente de que no existen recursos para pagarles, sino también de que no merecen cobrar. Porque se han portado mal, porque son los malos de la historia, porque es moral que al estafador se le estafe a veces. Por supuesto, Étienne no formula las cosas con tanta crudeza. Prefiere distinguir entre los acreedores a los que la cancelación de la deuda causará un grave quebranto y acreedores que sufrirán un menor daño: por un lado, el pequeño mecánico, el pequeño propietario que alquila, el pequeño concesionario de Saint-Jean-de-Bournay, que, si no cobran, pueden a su vez incurrir en un sobreendeudamiento; y por otro, las grandes entidades de crédito o la gran compañía de seguros que de todas formas han incluido el riesgo de impago en el precio del contrato. Prefiere decir que el pequeño proveedor, el pequeño mecánico, el pequeño concesionario de Saint-Jean-de-Bournay, escarmentados, corren el riesgo de volverse recelosos, de no volver a dejarse enternecer, que el vínculo social se debilitará de este modo y que en esto consiste ante todo su función de juez: en salvaguardar un poco el vínculo social, en actuar de manera que la gente pueda seguir conviviendo.



Aun así, hasta Jean-Pierre empezaba a pensar que se propasaba. Medio bromeando, le decía que era un Robespierre, un pequeño juez rojo. Decía: es demasiado fácil, y sobre todo no es el papel de un juez, dividir el mundo entre grandes empresas cínicas y pobres ingenuos acorralados, y ponerse en cuerpo y alma al servicio de estos últimos. A este reproche, Étienne respondía como Florès: lo único que hago es aplicar la ley. La aplicaba, en efecto, pero a su manera, y acordándose de un texto que le había impresionado cuando estudiaba en la Escuela Nacional de la Magistratura: la arenga de Baudot. Este Baudot, uno de los inspiradores del sindicato de la magistratura en los años setenta, había sido sancionado por el ministro de Justicia, a la sazón Jean Lecanuet, por haber pronunciado ante unos jueces jóvenes el discurso siguiente: «Sed parciales. Para mantener la balanza entre el fuerte y el débil, entre el rico y el pobre, que no pesan lo mismo, inclinadla hacia un lado. Tened un prejuicio favorable con la mujer contra el hombre, con el deudor contra el acreedor, con el obrero contra el patrono, con el atropellado contra la compañía de seguros del atropellador, con el ladrón contra la policía, con el acusado contra la justicia. La ley se interpreta, dirá lo que quieran ustedes que diga. Entre el ladrón y el robado, no tengáis miedo de castigar al robado.»

Por su parte, los abogados de los bancos y las entidades crediticias salían de las audiencias desconcertados y a la vez furiosos, obligados a explicar a sus clientes que habían perdido, a pesar de que antes se ganaba siempre en este tipo de casos, porque en el tribunal de Vienne había un rompepelotas, aquel juez con una sola pierna que medía los caracteres del contrato y decía: lo siento, no son del cuerpo ocho, así que adiós a los intereses y las penalizaciones. Si no funcionaba la artimaña del cuerpo ocho, levantaba otra liebre: ningún contrato le parecía correcto. Existía en el departamento, en Bourgoin, otro tribunal de primera instancia donde el juez actuaba al revés que Étienne: los acreedores siempre salían contentos de allí. Se pusieron a mover cielo y tierra para saltarse con argucias la distribución territorial y presentar sus casos ante aquel hombre comprensivo: duro con los pobres, suave con los ricos, bromeaba Étienne, pero el juez de Bourgoin no tenía, desde luego, esta imagen de sí mismo y habría dicho de él lo mismo que Étienne y Florès: aplico la ley. Esta forma de aplicarla era todavía ampliamente mayoritaria en 1998 o 1999. Los jueces de Niort y Vienne tenían fama, incluso entre sus colegas, de izquierdistas y descontentos. Sin embargo, la cosa empezaba a cambiar.

Las entidades de crédito, analizaba Florès, tienen alrededor de un 2 % de impagados. Es marginal, está cubierto, no les quita el sueño. Lo que se lo quita es el peligro de contagio. Saben muy bien que el 90% de sus contratos violan la ley. Mientras haya en Francia dos o tres jueces que lo denuncien y aprovechen para privarles de los intereses, no es demasiado grave, y menos todavía porque muchas veces el recurso presentado anula estos fallos. Pero si hay cincuenta o cien, la cosa cambia. Va a empezar a costarles muy caro.

Estas perspectivas exaltaban a Étienne y a Philippe Florès. Se veían al mismo tiempo como pequeños David enfrentándose al Goliat del crédito y como guías a los



que el grueso del rebaño fatalmente acabaría siguiendo. Divulgaban copias de sus sentencias en la asociación de jueces de primera instancia, intentaban convertir a sus colegas. Cada adhesión era una victoria, les acercaba a la masa crítica a partir de la cual la jurisprudencia oscilaría y los bancos temblarían sobre sus cimientos.

Étienne experimentó un escalofrío de triunfo el día en que los representantes de una gran entidad crediticia le solicitaron una entrevista. Les dio una cita. En su despacho entraron cuatro personas, dos ejecutivos de la sociedad, uno de los cuales se había desplazado especialmente desde París, y dos abogados de Vienne. Me gustaría contar el encuentro como una escena de una película policiaca. Empezaría lentamente, entre bromas: ¿así que es usted el aguafiestas? Pero las bromas se transforman en amenazas veladas, que pronto se vuelven explícitas. Intimidación, intento de soborno. Uno de los tipos, con traje y sombrero flexible, habla deambulando de un lado a otro. El juez lisiado le mira montar su número sin perder la calma. Los pistoleros no dicen ni pío. Finalmente, el que habla se detiene delante del juez y dice, con la boca torcida: le voy a aplastar. Coge un objeto de adorno de la mesa, lo tritura entre sus manos pálidas y nerviosas y, abriendo el puño, deja caer los pedazos: le aplastaré así. En realidad, la cosa no discurrió en absoluto de este modo. La conversación fue educada y técnica, entre gente que sabe comportarse. Los tipos reconocieron que las sentencias de Vienne les incordiaban, y que temían lo que Florès esperaba: que se convirtieran en una bola de nieve. Además, las desaprobaban: si se seguía por aquel camino, el crédito se volvería imposible y todos estarían aviados. Pero no habían ido a exponer discrepancias jurídicas, sino más bien a pedir consejo. ¿Cómo dejar de dar pie a estas impugnaciones? ¿Qué hacer para estar a cubierto?

Muy sencillo, respondió Étienne, un poco asombrado: hay una ley, respétenla.

Los tipos suspiraron: es complicado...

¿Qué es lo complicado? La ley dice que el contrato debe estar redactado en cuerpo ocho y no lo está prácticamente nunca, y yo no me abstengo de aprovecharlo para que ustedes pierdan sus intereses. Ustedes pueden decir: eso es como matar a una mosca a cañonazos. Díganme más bien por qué, conociéndola, no aplican nunca esta norma, que es en definitiva fácil de aplicar. Yo tengo una idea de la respuesta: sencillamente porque les conviene que los contratos no sean legibles. ¿Por qué no envían nunca una carta proponiendo la renovación del contrato? ¿Por qué consideran tácita esta renovación, lo que es contrario a la ley y yo no me abstengo tampoco de señalar? Les voy a decir por qué, lo sé por alguien de entre ustedes (en realidad, era Florès el que había hecho amistades dentro de los organismos de crédito y obtenía de ellas informaciones interesantes). Porque hubo un momento en que las enviaban y recibieron un 30 % de cancelaciones. Eso es un fastidio. La experiencia demuestra que una tarjeta que no se usa se utilizará un día u otro, mientras que con una tarjeta cancelada no hay nada que hacer: un cliente menos. ¿Por qué sólo mencionan el tipo de interés en letra pequeñísima, perdida en el reverso de una publicidad estentórea? Ustedes saben muy bien por qué. Porque



el tipo de interés es monstruoso: 18%, 19%, es superior a la tasa de usura, y se lo endilgan suavemente a gente que si se diera cuenta no firmaría.

En eso se equivoca, respondió el ejecutivo llegado de París. Firman de todas maneras porque no tienen elección. Siempre se puede decir que sería más ventajoso contratar un préstamo clásico, pero el problema de nuestros clientes es que no se los conceden. Es como asegurar un coche cuando tienes tantas partes adversas que ya nadie quiere asegurarte: cuesta caro, forzosamente. Usted habla de información continuamente. Un día dice que no informamos suficientemente a nuestros clientes y al día siguiente dice que no nos informamos bastante sobre su capacidad de reembolso. Pero lo que nuestros clientes quieren es dinero, no informaciones que les disuadan de pedir un préstamo. Y lo que nosotros queremos es ganar dinero prestando, no recoger informaciones que nos disuadan de prestar. Nosotros nos limitamos a ejercer nuestro oficio, el crédito es algo que existe, y lo que usted hace con su perpetuo tiquismiquis sobre la forma de los contratos, es simplemente un proceso contra la publicidad. La publicidad es siempre así. Se escribe en mayúsculas: compre su automóvil por 30 euros al mes, y luego hay un asterisco, y más abajo, en letra pequeña que hay que mirar con atención, es cierto, hay cláusulas que significan que cuesta un poco más de 30 euros mensuales, o bien que la oferta es válida para un período determinado y no para otro. Todo el mundo lo sabe, la gente no es tonta. Pero usted, si no me equivoco, usted quisiera un mundo sin publicidad, sin crédito, quizá también un mundo sin televisión, porque es bien sabido que la tele descerebra a la gente...

Por supuesto, concluyó Étienne sonriendo, además yo paso mis vacaciones en Corea del Norte. No, a mí me va muy bien un mundo en que se tiene derecho a violar la ley. Pero también quiero, como juez, tener el derecho a hacerla respetar. El liberalismo es eso, ¿no?



Hay algo que hace reír a Étienne cuando cuenta cómo conoció a Juliette. Son las palabras que se le pasaron por la cabeza la primera vez que la vio. Llamaron a la puerta de su despacho, él dijo: sí, adelante, y cuando levantó la vista ella avanzaba a su encuentro con muletas. Entonces pensó: ¡fantástico! Una coja.

Lo que le hace gracia siempre que se acuerda no es este pensamiento, sino que surgiera tan espontáneamente, apenas formado y vestido ya con estas tres palabras cuya exactitud él garantiza: el «¡fantástico!» incluido. Un instante después vio que más arriba de las muletas había una cara agradable, una hermosa sonrisa, algo abierto, alegre, grave que, por supuesto, formaba parte de la impresión general, pero lo que vio primero, antes de esta impresión, fueron las muletas. El modo en que avanzaba hacia él con las muletas: lo tomó de inmediato como un regalo. E inmediatamente se sintió contento de poder corresponderle con otro. Era sencillísimo: bastaba con levantarse y dar la vuelta a la mesa para mostrarle que, aunque no tenía muletas, él también cojeaba.





Cuando, a principios de otoño, decidí ir a Vienne para dar una vuelta por el juzgado y ver en qué consiste el trabajo de un juez de primera instancia, comprendí que había llegado el momento de llamar a Patrice. Como todavía no le había hablado de mi proyecto, del que sólo Étienne y Hélène estaban informados, me daba un poco de aprensión llamarle. Pareció un poco extrañado, pero en absoluto receloso. Me dijo: pásate por casa.

Me esperaba en el andén de la estación, con Diane en brazos, y me preguntó si no me importaba que fuéramos a hacer las compras a Intermarché. Las niñas no se quedan a comer en la escuela, hay que alimentarlas tres veces al día, tres comidas para tres niñas, la más pequeña de las cuales sólo tiene un año y medio, y él no se pone nervioso, apenas alza la voz algunas veces en que hacen demasiadas travesuras. Yo me puse enseguida a echarle una mano, a sacar las compras del maletero, a poner y recoger la mesa, a vaciar y a llenar el lavavajillas, a pasar la esponja por la mesa de formica amarilla, a recoger del suelo el arroz y los yogures que tiraba Diane desde lo alto de su silla, con lo que al cabo de una hora yo era uno más en la casa. Patrice acogía mi presencia con placidez, no le creaba problemas, y tampoco a las niñas. Después de comer acostó a Diane para la siesta, Amélie y Clara cruzaron la plaza para ir a la escuela y nosotros salimos al jardín para tomar el café debajo de la catalpa. Hablamos de todo un poco, de la organización de la vida cotidiana desde que faltaba Juliette. Patrice no parecía ni curioso ni impaciente por ir al grano, y daba aún menos la impresión de alguien que espera antes de actuar para que el otro se descubra primero. Era algo muy sencillo: yo había ido a pasar unos días con ellos y hablábamos delante de un café. En el tren que me llevaba a Vienne me había preguntado ansiosamente cómo le hablaría, qué argumentos podrían predisponerle a mi favor, pero ahora ya no me preguntaba nada parecido. Acabado el café, saqué mi libreta, como en la cocina de Étienne, y dije: ahora me gustaría que me hablastes de Juliette. Y, para empezar, de ti.

Su padre, un hombretón seco, austero, con una barba corta, es profesor de matemáticas. Su madre, maestra, dejó de trabajar para educar a sus hijos. El amor a la montaña les empujó a establecerse primero en Albertville y después en un pueblo cerca de Bourg-Saint-Maurice, donde compraron una casa. Militante ecologista



desde el principio, el padre es un enemigo feroz de las estaciones de esquí gigantescas, de la publicidad, de la televisión que siempre se negó a tener, de la sociedad de consumo en general. Aunque le admiraban, sus hijos le temían un poco. Su madre, por su parte, les mimaba. Quería que fuesen niños alegres y confiados, y Patrice piensa, sin amargura, que les protegió un poco demasiado, por lo menos a él. Por ejemplo, le hizo repetir un curso, considerando que no estaba preparado para entrar en sexto porque Patrice tenía miedo de que le molestaran en el patio de recreo. Todo fue bien cuando él y sus hermanos eran niños: tenían un grupo de amigos con los que jugaban a vaqueros en las calles del pueblo. Las cosas cambiaron en la adolescencia. Los amigos dejaron los estudios después de la enseñanza secundaria, estaba descartado que los tres hermanos hicieran lo mismo. Los amigos tenían mobilettes, fumaban, ligaban con chicas; los tres hermanos no tenían mobilettes, no fumaban, no ligaban: habían asimilado los valores familiares lo bastante bien para que las tres cosas les pareciesen insulsas, y en vez de ir al baile la noche del sábado, escuchaban en su cuarto, con las luces apagadas, sus discos de Graeme Allwright y de Pink Floyd. No se sentían superiores, pero sí diferentes. Los amigos, con los que siguen viéndose hoy día, son mecánicos, albañiles, alquilan esquís o trabajan aplanando las pistas de Bourg-Saint-Maurice; los dos hermanos de Patrice se hicieron maestros como su madre y no han abandonado Saboya, él es dibujante en Isère: nadie se ha alejado demasiado del terruño, nadie ha tenido un éxito ni un fracaso espectaculares, pero las diferencias subsisten. Cuando después de su siesta, llevamos a Diane a casa de la señora que la cuida unas horas por la tarde, Patrice me habló de ella y de su marido diciendo que no pertenecían en absoluto al mismo medio que ellos: se refería a que viven con la televisión encendida, son hinchas de equipos de fútbol y políticamente se inclinan por la derecha y hasta por la extrema derecha. Dicho esto, añadió que eran gente estupenda y yo, al escucharle, estaba seguro de que lo pensaba, de que en la constatación que hacía de su diferencia de valores no había ningún desdén, ninguno de los esnobismos que pueden ser tanto más virulentos porque, vistos desde el exterior, la distancia parece ínfima. No obstante, Patrice habla a sus vecinos de Attac y de la tasa Tobin<sup>8</sup> sin gran éxito, sin la menor duda sobre la verdad de sus convicciones y también sin desprecio por quienes no las comparten y deploran que haya demasiados extranjeros en Francia.

No era muy bueno en los estudios y él mismo dice que era perezoso. Le gustaba soñar a solas, contarse vidas imaginarias en mundos poblados de caballeros, gigantes y princesas. Daba forma a estos ensueños componiendo «Libros de los que eres el héroe». Cuando suspendió el bachillerato, se negó a repetir curso: no le atraía nada de lo que enseñaban en el instituto. El problema era que no le atraía ninguna otra cosa, ningún oficio salvo el de dibujante de historietas. A la incómoda pregunta de qué quieres ser de mayor, había encontrado una respuesta. Reconoce que era un refugio más que una verdadera vocación: una manera de mantener a

---

<sup>8</sup> Impuesto sobre el flujo de capitales en el mundo sugerido por el economista premio Nobel James Tobin, cuya instauración a nivel internacional ha sido impulsada por el movimiento ATTAC (Asociación por la Tasación de las Transacciones y por la Ayuda a los Ciudadanos). (N. del T.)



distancia el mundo real, donde había que ser fuerte y luchar para imponerse. Sus padres accedieron a enviarle a París, donde compartía una buhardilla con un primo y trabajaba en las láminas que le abrirían las puertas de los editores. Retrospectivamente, lamenta no haber pasado por la escuela de dibujo, donde habría adquirido fundamentos técnicos. Era totalmente autodidacta, dibujaba con bolígrafo en hojas de papel cuadriculadas, e ignoraba casi todo lo que se hacía en el campo que había elegido. Conocía a Johan y Pirlouit, Spirou, Tintín, Blueberry, y no iba más allá. A veces, en Gibert Jeune, examinaba *L'Echo des Savanes*, *Fluide glacial*, historietas para adultos, pero las desechaba, como si nada más mirar aquellas imágenes agresivas, sofisticadas, chirriantes, traicionara el universo infantil al que se mantenía fiel. Se paseaba por las calles de París con su primo, que estudiaba viola y era tan romántico como él. Algunas veces iban al parque de Sceaux y trepaban a un árbol. Se quedaban allí todo el día, encaramados en las ramas, soñando con la princesa que algún día encontrarían. Con todo, a finales de año, Patrice puso la palabra «fin» en la parte inferior de la última lámina de su historieta, y a continuación intentó venderla. El hombre que le recibió en Casterman le dijo amablemente que no estaba mal, pero que era demasiado naif, demasiado sentimental. Patrice salió de allí con su cartapacio de dibujo debajo del brazo, decepcionado pero no realmente sorprendido. No llamó a otras puertas. El mundo de las tiras ilustradas era más duro que las historietas que //dibujaba.

Al llegar a la edad del servicio militar, no pensó ni en el servicio social sustitutorio, como los jóvenes burgueses espabilados, ni en intentar que le declarasen inútil, como los jóvenes burgueses rebeldes: estaba contra la guerra y el ejército, y por lo tanto le parecía normal ser objetor de conciencia. De este modo terminó haciendo una animación vagamente medieval en un castillo cerca de Clermont-Ferrand, lo que habría podido gustarle si sus compañeros no hubiesen resultado ser tan soeces y obscenos como los reclutas, y más tarde en un centro de documentación pedagógica donde utilizaban sus aptitudes para dibujar sainetes destinados a la enseñanza de idiomas. Licenciado del ejército al cabo de dos años, fue a inscribirse en la oficina de empleo, que le encontró un trabajo de repartidor. Se mudó a un pequeño estudio en Cachan. Objetivamente, tenía motivos para preocuparse por su futuro, pero él no se inquietaba. Preocuparse no es su fuerte, como tampoco los planes de carrera o el miedo al mañana.

Se inscribió en un curso de teatro aficionado, en el centro para la juventud y la cultura del distrito V. Allí hacía sobre todo improvisación y ejercicios de expresión corporal, lo que le gustaba mucho más que montar obras propiamente dichas. Se tumbaban en el suelo, sobre alfombras de gomaespuma, ponían una música más o menos relajante, la única consigna era abandonarse. Al principio se quedaban replegados sobre sí mismos, hechos un ovillo, y después empezaban a moverse, se enderezaban, se abrían como una flor que se vuelve hacia el sol, tendían las manos hacia los demás, entraban en contacto con ellos. Era algo mágico. Otros ejercicios, realizados entre dos, consistían en ponerse cara a cara y mirarse a los ojos, tratando de transmitir una emoción: desconfianza, confianza, temor, deseo... La experiencia del teatro reveló a Patrice lo mal que se sentía en sus relaciones con los demás. En las fotos que me enseñó se le veía buen mozo incluso en aquella época, pero él mismo describe al joven que fue como una espingarda con granos, una mata de pelo



a lo afro, gafas redondas y bufandas tricotadas por su madre. El teatro le abrió. Era un camino hacia los demás y sobre todo hacia las chicas. Se había criado en una hermandad masculina y no sólo no se había acostado con una chica, sino que, muy literalmente, no conocía a ninguna. Gracias a los cursos de teatro había encontrado algunas y las había invitado a un café o al cine, pero su romanticismo rayaba en pudibundez y le asustaban las jóvenes que le parecían demasiado libres. Entonces apareció Juliette.

Cuando Hélène me decía que Juliette había sido la más bonita de las tres hermanas y que estaba celosa de ella, yo movía la cabeza. La había visto enferma, la había visto moribunda, había visto fotos de infancia en las que, por otra parte, Hélène y ella se parecen muchísimo. En las que me enseñó Patrice es, en efecto, extraordinariamente guapa, tiene una boca grande, sensual y llena de dientes, como Julia Roberts o Béatrice Dalle, y una sonrisa que no sólo es radiante, como dicen todos los que la conocieron, sino voraz, casi carnívora. Sociable, divertida, a sus anchas en un ambiente mundano, poseía un esplendor que habría debido desalentar a un chico como Patrice. Por suerte, estaban las muletas. La hacían accesible.

No se vieron de inmediato a solas, sus primeras salidas fueron en grupo. El profesor les llevaba al teatro, en el teatro había que subir unos peldaños y Juliette no podía hacerlo. Patrice es tímido pero fuerte. Desde el primer día, cogió a Juliette en brazos y en adelante nadie le disputó este privilegio. Ella en brazos de él, subieron todos los peldaños que se les presentaban. Empezaron a visitar monumentos, de preferencia con muchos pisos, y cuando estaban sentados juntos en la penumbra de los teatros, a tomarse de la mano. Patrice recuerda que los dos tenían las manos muy sensibles. Sus dedos se rozaban, se acariciaban, se entremezclaban durante horas, no era nunca igual, era siempre distinto, siempre perturbador. Él apenas se atrevía a creer que aquel milagro le sucediese a él. Después se besaron. Después hicieron el amor. Él la desvistió, la tuvo desnuda en sus brazos, manipuló dulcemente sus piernas casi inertes. Para los dos era la primera vez.

Patrice había encontrado a la princesa de sus sueños. Hermosa, inteligente, demasiado bella e inteligente para él, y sin embargo con ella todo era sencillo. No había coquetería ni perfidia ni ataques arteros que temer. Podía ser él mismo ante su mirada, abandonarse sin temor a que ella abusara de su ingenuidad. Lo que les sucedía eran tan serio para él como para ella. Se amaban, y por tanto se convertirían en marido y mujer.

Sus diferentes caracteres, al principio, les inquietaron, sobre todo a ella. No sólo Patrice no tenía una profesión concreta, sino que no le importaba no tenerla. Le bastaba con ganar lo necesario para subsistir conduciendo camionetas o animando un taller de historietas en un centro de ocio de la Ville de Paris. Juliette, por el contrario, era resuelta, tenía voluntad. Concedía una gran importancia a sus estudios. Le molestaba que Patrice fuera tan soñador, tan poco combativo, y a



Patrice le molestaba que ella estudiara derecho. En Assas, para colmo, una facultad conocida por ser un nido de fachas. Sin estar politizado activamente, Patrice se declaraba anarquista y en el derecho sólo veía un instrumento de represión al servicio de los ricos y los poderosos. Habría entendido, al menos, que Juliette hubiera querido ser abogada, defender a la viuda y al huérfano, ¡pero juez! De hecho, en un momento dado, ella había pensado en ejercer de abogada. Había seguido un curso especializado de derecho mercantil, pero la materia la había asqueado. Se enseñaba a los alumnos argucias que permitieran a sus futuros clientes conseguir beneficios a su antojo y sacarles pingües honorarios. Este liberalismo abiertamente asimilado a la ley del más fuerte, el cinismo risueño de sus profesores y sus condiscípulos justificaban las diatribas idealistas de Patrice. Ella le explicaba pacientemente que amaba el derecho, porque entre el débil y el fuerte está la ley que protege y la libertad que sojuzga, y ella quería ser magistrada para imponer el respeto a la ley en vez de burlarla. Patrice comprendía el principio, pero aun así le costaba aceptar que su mujer fuera jueza.

La diferencia de clase era también difícil de superar. Juliette vivía en casa de sus padres, y cada vez que él iba a buscarla al piso grande, cerca de Denfert-Rochereau, se sentía espantosamente incómodo. Ambos científicos de alto nivel, Jacques y Marie-Aude son católicos, elitistas, más bien de derechas, y Patrice sentía que le miraban por encima del hombro, a él y a su familia, que era provinciana, cuyos miembros eran maestros o profesores de instituto, y circulaban en viejas tartanas llenas de adhesivos en contra de las centrales nucleares. El dogma, para los suyos, es la discusión: se puede hablar de todo, se debe hablar de todo, de la discusión nace la luz. Ahora bien, a juicio de los padres de Juliette, como también de los míos, no hay discusión posible con un ecologista de Saboya que piensa que los microondas son peligrosos para la salud, como tampoco se puede discutir con alguien que te dice que la tierra es plana y que el sol gira alrededor de ella. No hay dos opiniones dignas de ser tomadas en consideración, sino por un lado la gente que sabe y por el otro la que no sabe, y es inútil fingir que se enfrentan con armas iguales. A Patrice había que reconocerle que era amable, que amaba sinceramente a Juliette, pero simbolizaba todo lo que a ellos les inspiraba horror: el pelo largo, las estupideces del 68, y ante todo el fracaso. Lo veían como a un fracasado y no conseguían aceptar que su hija tan dotada se prendase de un don nadie. Patrice, por su parte, tenía objetos de hostilidad abstractos y generales: el gran capital, la religión considerada el opio del pueblo, la ciencia desquiciada, pero no era propio de su carácter hacer extensivas estas aversiones de principio a personas concretas. El desprecio que captaba en sus futuros suegros le desarmaba, no era capaz de devolvérselo, a lo sumo pensaba que más le habría valido no cruzárselos en su camino. Pero se los había cruzado, amaba a Juliette, había que apechugar con ello.

Pienso que ella sufrió más que él este desprecio, porque era la hija de sus padres y no podía evitar ver a Patrice con los ojos de sus padres. No era de esas personas que se engañan. Lo eligió con toda lucidez. Pero dudó antes de decidirse. Debíó de imaginarse a una luz cruda y hasta cruel lo que sería pasar su vida con Patrice. Los límites en que la encerraba su elección. Y, por otro lado, los cimientos que él le daría. La certeza de que siempre la amaría, la llevaría en brazos.



El propio Patrice llegó a formularse estas preguntas. El derecho, los suegros, el imperativo de triunfar, nada de esto era para él. Con Juliette se alejaba demasiado de sus orígenes. Y, además, ¿era razonable pasar la vida con una inválida, sin haber conocido nunca a otra chica? Cuenta que un día los dos hablaron de esto y llegaron a la sensata conclusión de que no estaban hechos para vivir juntos. Se dijeron por qué. Patrice fue el más locuaz, siempre era así entre ellos. Decía lo que se le pasaba por la cabeza, se entregaba sin reserva, mientras que nunca se sabía muy bien lo que pensaba ella. Al final de aquella conversación, decidieron separarse y se echaron a llorar. Estuvieron dos horas llorando abrazados, encima de la cama individual del cuartito de Cachan, y los dos comprendieron llorando que no existía aflicción de la que el otro no pudiera consolarle, que la única congoja inconsolable era precisamente la que se infligían en aquel momento. Entonces dijeron que no, que no se separarían, que iban a vivir juntos, que no se separarían nunca, y es exactamente lo que hicieron.

Juliette hizo comprender a sus padres que admitía que ellos desaprobasen su elección, pero exigía que la respetasen, y se instalaron en un estudio minúsculo, en el octavo piso de un inmueble Sonacotra, en el distrito XIII. El ascensor estaba a menudo averiado y Patrice subía a Juliette en brazos.

Unos pisos más abajo, había un hogar que acogía a ex presos a los que ella servía gratuitamente de asesora jurídica. Vivían con muy poco dinero: la pensión de invalidez de Juliette, que consideraba una cuestión de honor no pedir un céntimo a su familia, y lo que cobraba Patrice a destajo por unas historietas en una revista destinada a los coleccionistas de tarjetas telefónicas. Más tarde vivieron en Burdeos, donde Juliette estudió en la Escuela Nacional de la Magistratura, casi diez años después de Étienne. Era una alumna brillante y muy querida, como en todas partes por donde pasaba. Un dibujo de Patrice, que representaba a Marianne<sup>9</sup> con los rasgos de Juliette, fue elegido como emblema de su promoción. Nació Amélie. Al salir de la escuela, Juliette optó por el derecho civil, el juzgado de primera instancia, y escogió Vienne porque se había asegurado de que había un ascensor en el tribunal.

---

<sup>9</sup> Símbolo nacional de la República Francesa. (*N. del T.*)





Cuanto más me hablaba Patrice aquella tarde debajo de la catalpa, más me asombraba la confianza que me manifestaba. Yo no tenía la sensación de que esta confianza se dirigiese a mí en particular: se la hubiese mostrado a cualquiera, porque nunca había adquirido la costumbre de desconfiar. Un vago cuñado escritor, autor nada menos que, de libros considerados negros y crueles, aparecía por su casa para escribir uno sobre su mujer muerta y le rogaba que le contase su vida, y él iba y se la contaba. No intentaba mejorar su imagen, ni tampoco empeorarla. No interpretaba ningún papel, no le preocupaba nada mi opinión. No estaba orgulloso ni estaba avergonzado. Acceder a estar indefenso le confería una gran fuerza. Étienne también dice de él, con admiración: sabe dónde está.

Amélie y Clara volvieron de la escuela y salimos los cuatro en bicicleta para ir a buscar a Diane a casa de la señora que la cuidaba. Patrice tenía un asiento en la parrilla para Clara, pero Amélie ya sabía pedalear sola, sin ruedecitas a los lados. Cruzamos la carretera y el terraplén delante de la escuela, pasamos por delante de la iglesia y después enfilamos el sendero que llevaba al cementerio. Aquello es el campo de verdad, con pequeños valles y vacas. ¿Vamos a decir hola a mamá?, propuso Patrice. Dejamos las bicis apoyadas contra la tapia del cementerio y él cogió a Clara en brazos. La tumba de Juliette está recubierta de tierra blanda y rodeada de grandes piedras redondas, pintadas de colores vivos por los niños del pueblo. Cada cual ha escrito su nombre en la suya. Recordé el día del entierro. Patrice había leído en la iglesia un texto simple y conmovedor diciendo que había perdido a su amor, Étienne a continuación un texto vehemente, diciendo que la muerte no es dulce, y Hélène, por último, el que yo le había visto escribir, diciendo que la pequeña vida tranquila de Juliette no había sido ni pequeña ni tranquila, sino plenamente vivida y elegida. También pronunció una especie de homilía el padrino de Juliette, que era diácono y había perdido a su hija enferma de cáncer. Étienne me dijo más tarde que no le habían gustado las sonrisas benignas, católicas, con que acompañaba la noticia de que Juliette estaba ya cerca del Padre y que debíamos alegrarnos; al mismo tiempo reconocía que a algunas personas les hacía bien oír estas palabras, así que ¿por qué no? La procesión posterior había recorrido la carretera que yo acababa de recorrer con Patrice y sus hijas. No tuvo la menor solemnidad, pero estuvo bien así. En lugar de meterlo en un coche fúnebre llevaban el ataúd a hombros. Había muchos niños, muchas parejas jóvenes: era el entierro de una mujer muy joven. Las cosas se torcieron delante de la tumba, porque Patrice, molesto igualmente por el discurso del diácono y lo que él consideraba remilgos de



beatos, había dicho que ahora cada cual podía despedirse de Juliette como se le antojara. Ya en la iglesia había retirado la cruz depositada sobre el féretro. Como sus familiares, cree en la sinceridad y la espontaneidad en todas las circunstancias, es su manera de vivir y así se siente a gusto, pero sin el decoro que aporta el ritual religioso todo se descompuso. En lugar de formar una fila y que cada uno, al llegar su turno, arrojara un poco de tierra sobre el ataúd, la gente se dispersó al buen tuntún, entregados a su iniciativa confusa, sin que nadie hiciera realmente lo que le apetecía, y sin duda, sin saber lo que era. La gente se empujaba al borde de la tumba, los niños intentaban colocar los cantos rodados que les habían hecho pintar en la escuela. Un creyente, para poner un poco de orden, entonó un avemaría que sólo algunos corearon. La mayoría de los asistentes había salido del cementerio y se congregaba en la carretera en grupitos silenciosos y consternados, algunos fumaban ya cigarrillos, nadie sabía si la ceremonia ya se había terminado y fue el sepulturero el que decidió ponerle fin, al acercarse con la pala y verter su contenido dentro de la fosa. Cuando afrontaba la responsabilidad de un rito social, Patrice, en mi opinión, se embarullaba, pero a solas con sus hijas y conmigo era perfectamente natural, sus palabras eran sencillas y atinadas, pensé que para las niñas aquellas visitas frecuentes al cementerio debían de ser tranquilizadoras. Clara, en los brazos de su padre, estaba callada, pero Amélie, como si fuera una visitante asidua, hacía la ronda de las tumbas vecinas. Le parecían menos bonitas que la de su madre. No me gusta el mármol, decía, me parece triste, y en su tono un poco sentencioso se adivinaba a la vez que repetía una frase oída en los labios de un adulto y que la repetía en cada visita, porque la repetición le hacía bien. Yo la miraba preguntándome si la seguiría tratando cuando fuese una adulta. Sin duda que sí, si escribía este libro. ¿Yo seguiría estando con Hélène? ¿Participaríamos juntos en la educación de las tres niñas, como tan intensamente deseaba Hélène? ¿Las llevaríamos de vacaciones todos los años, y no sólo el primer verano después de la muerte de su madre? Dentro de diez años, Amélie sería una muchacha en cuya vida tal vez yo habría desempeñado un papel, el de una especie de tío que había escrito un libro sobre sus padres, un libro en que se hablaba de ella cuando era niña. La imaginaba leyendo este libro y me dije que lo estaba escribiendo bajo la mirada de Amélie y la de sus dos hermanas.

Después de cenar, leí un cuento a Clara para que se durmiera. Era la historia de un pequeño sapo que tiene miedo de estar completamente solo en la oscuridad, que oye ruidos raros y se refugia en la cama de papá y mamá. Yo no tengo mamá, dijo Clara. Mi mamá ha muerto. Le dije: es verdad, y no se me ocurrió nada más que añadir. Pensaba en mis propios hijos, en los cuentos que les contaba cuando eran pequeños. Pensaba que Hélène y yo habíamos estado a punto de tener un hijo nuestro, que ella lo había perdido justo después de la muerte de su hermana, y que sin duda ya no tendríamos ninguno. Yo me acordaba de Clara durante la semana que había pasado con Amélie en nuestra casa. Repetía: cuando volvamos a casa, a lo mejor mamá está allí. No podía evitar imaginar que en algún momento se abriría una puerta y su mamá estaría allí, en el umbral. Pensé que eran buenas las visitas frecuentes a la tumba: al menos existía un lugar donde Juliette estaba, no era en



todas partes ni en ninguna. Poco a poco, dejaría de estar detrás de todas las puertas.

Acostadas las niñas, Patrice y yo bajamos a su taller en el sótano, donde me había preparado una cama. Me habló de una historieta que estaba proyectando, una de sus historias habituales de caballeros y princesas, y que iba a titularse «El valiente». ¿Ah, sí? ¿El valiente? Sonreí y él, haciéndome eco, soltó una risita de disculpa y al mismo tiempo de orgullo, que quería decir algo así como: pues sí, no cambiamos. Antes de acometer este proyecto, tenía un encargo, bosquejos de una página que sucedía en una perrera y cuyos personajes eran perros de carácter arquetípico: el rottweiler arisco, el caniche esnob, el dalmata con ínfulas, el mestizo simpático del que adiviné que tenía que ser el héroe positivo de estas historias. Cuando se lo comenté, Patrice soltó la misma risa, aquella risa que significaba: bravo, me has reconocido. El caballero valiente y el perro bastardo, ése soy yo. Era una tira ilustrada para niños, un poco anticuada pero de un trazo delicado y seguro, y de una modestia increíble. Digo increíble y debería decir incomprensible, es algo que no logro comprender. Soy ambicioso, inquieto, necesito creer que lo que escribo es excepcional, que será admirado, me exalto creyéndolo y me derrumbo cuando dejo de creerlo. Patrice no. Disfruta dibujando lo que dibuja, pero no cree que sea excepcional y no necesita creerlo para vivir en paz. Tampoco intenta cambiar de estilo. Sería para él tan imposible como cambiar de sueños: no puede hacer nada al respecto. Pensé que en esto era un artista.

Llamaron al teléfono mientras mirábamos sus dibujos. ¡Ah! ¡Antoine!, dijo Patrice al descolgar. Entonces, ¿ya está? Ya estaba. Laure, la mujer de Antoine, acababa de dar a luz a su primer hijo. ¿Arthur? Es bonito, Arthur. De pie al lado de Patrice, que felicitaba a su cuñado, temí que le dijera que yo estaba allí. Me imaginé, aunque él tuviera otra cosa en que pensar, el asombro de Antoine al saber que yo había ido a pasar unos días sin Hélène en Rosier, y más aún el de sus padres. Yo no le había pedido a Patrice que guardase el secreto de mi visita, y sin embargo él, que estoy seguro de que nunca miente, mintió por omisión al no mencionar mi presencia.



Marie-Aude y Jacques son los últimos a los que hablé de este libro. Al contrario que el de Patrice, su duelo me intimida. Al interrogarles temía despertar su aflicción, lo que es absurdo porque nunca duerme y el tiempo no la mitigará. Afrontan su pena ocupándose de sus nietas cada vez que pueden, no hablando, sino con una atención y delicadeza extremadas. Patrice, Étienne, Hélène y yo, cada uno a su manera, creemos en las virtudes terapéuticas de la palabra. Jacques y Marie-Aude, como mis propios padres, las niegan: *never explain, never complain* podría ser su lema. Así pues, aguardé hasta haber acabado casi este texto para informarles de su existencia y, al mismo tiempo, pedirles que colaborasen contándome lo que nadie puede contarme mejor que ellos: la primera enfermedad de Juliette. No hablan de ella ni siquiera entre ellos, como tampoco de su segunda enfermedad y de su muerte, pero aceptaron, con la esperanza de que este libro haga un día, más tarde, algún bien a las pequeñas. Comenzaron sentados en unas butacas de su salón, a buena distancia uno de otro, y después él fue a sentarse cerca de ella en el sofá, la agarró de la mano y ya no se la soltó. Cada vez que uno hablaba, el otro le miraba con ternura e inquietud, temiendo que se viniera abajo. Las lágrimas brotaban, se sobreponían, se disculpaban: es su modo de sobrellevarlo y de amarse.

Juliette tenía dieciséis años, entraba en primer curso de bachillerato cuando le enseñó a su madre una bola gruesa que le dolía en el cuello. La llevaron de inmediato al Hospital Cochin, después a un centro de radioterapia donde le diagnosticaron la enfermedad de Hodgkin, el cáncer del sistema linfático que se había inventado Jean-Claude Romand. Jacques y Marie-Aude no creen en el inconsciente, sino en la actividad aleatoria de las células; sería inútil y cruel plantearles la hipótesis psicósomática; además, en el caso de su hija no hay gran cosa que la sostenga, aun cuando Patrice evoca un sentimiento de abandono, siendo niña, del que alguna vez hablaba al final de su vida. Se planteaba una cuestión de otra manera urgente: la del tratamiento. Para el equipo médico eran interlocutores difíciles, puesto que estaban muy informados y eran muy exigentes, y el médico que cuidaba a Juliette terminó por delegar en ellos la elección entre radio y quimioterapia. Hoy consideran que fue una monstruosidad dejarles que eligieran, y de paso, infundirles esta duda estéril y torturadora: al escoger la otra opción, ¿se habría evitado lo que vino después? Juliette fue sometida a radioterapia, tratamiento menos fuerte y que no provoca la caída del cabello. Al cabo de unos meses la dieron por curada. Reanudó el baile, las clases, participó en un desfile de moda. Ya no se



hablaba de su enfermedad, de la que por lo demás se había hablado apenas: Antoine, que en esta época tenía catorce años, nunca oyó la palabra cáncer.

El verano siguiente, en Bretaña, Juliette empezó a trastabillar y a perder el equilibrio. Ella, por lo general tan viva, estaba de mal humor, desganada. De hecho, intentaba ocultar y sobre todo ocultarse a sí misma que las piernas le respondían cada vez menos. La historia se parece a la de Étienne, algunos años antes, con la diferencia de que en Juliette no se trataba de una recidiva de un cáncer. Las primeras pruebas no fueron concluyentes, le practicaron no menos de tres punciones lumbares de las que guardaría un recuerdo atroz. Sus padres se temían una esclerosis múltiple. Por último, un neurólogo del Hospital Cochin les dijo la verdad. Tenía una lesión que databa de la radioterapia. Al contar las vértebras para despejar la parte de la espalda que debía exponerse a los rayos, debieron de equivocarse y superponer dos campos de irradiación. La médula espinal, en la zona irradiada dos veces más de lo necesario, había sufrido daños y en consecuencia la transmisión nerviosa llegaba mal a las piernas, cuyo movimiento ya no controlaba. Pero ¿qué se puede hacer?, preguntaron Jacques y Marie-Aude, anonadados. Tratar de limitar los daños, respondió el neurólogo, con una mueca poco alentadora. Aguardar a que se estabilice. Lo perdido no se recupera, hay que ver ahora hasta dónde llega.

La verdadera pesadilla empezó a partir de entonces. Ni Jacques ni Marie-Aude se atrevían a repetir a Juliette lo que les había dicho el neurólogo. Se mostraban evasivos, esperaban a estar solos para estallar en sollozos. Jacques revivía incesantemente una pequeña escena que se había desarrollado seis meses antes: había acompañado a Juliette para el tratamiento y, al esperar detrás de la puerta, había oído a los radiólogos discutir entre ellos sobre el centraje, es decir, los puntos de referencia trazados en la espalda de su hija; parecían no estar de acuerdo, había oído alzarse una voz que le había inquietado un poco y, retrospectivamente, se decía que el error se había cometido en aquel momento. Porque se trataba de un error, en efecto, y no consistía en haber elegido la radio en vez de la quimioterapia: la radio había curado perfectamente a Juliette del linfoma, pero se la habían aplicado mal y sus piernas pagaban aquella negligencia. Acosaron al centro de radioterapia, quisieron que el jefe del servicio afrontase sus responsabilidades. Se acuerdan de que era un hombre frío y engreído, a la vez indiferente a su angustia y desdeñoso de sus competencias científicas. Descartó con un revés de la mano el diagnóstico del neurólogo de Cochin, negó todo error y atribuyó lo que en adelante había que llamar la invalidez de Juliette a una «hipersensibilidad» al tratamiento del que no se podía culpar a nadie más que a la naturaleza. Poco le faltó para decir que era culpa de Juliette. Jacques y Marie-Aude odiaron a aquel mandarín como jamás han odiado a nadie en su vida, teniendo la confusa conciencia de que a través de él odiaban su propia impotencia. Cuando finalmente le pidieron que les dejara consultar el historial de su hija, él, suspirando, prometió comunicárselo, pero no lo hizo: más tarde les dijeron que había desaparecido.



¿Y Juliette, entretanto, qué pensaba? Hélène recuerda que sufría lo que en la familia llamaban sus «migrañas»: se quedaba días enteros en la oscuridad, no se podía hablar con ella ni tocarla, cualquier solicitud sensorial se convertía en una tortura para ella. Se acuerda también de lo que le había confesado su madre, de una forma precipitada y en voz baja: que Juliette corría el riesgo de acabar en una silla de ruedas, pero que no debía saberlo porque si lo sabía dejaría de luchar. Hoy, la propia Marie-Aude revela con un soplo que no se atrevía a ir a trabajar por la mañana porque temía que Juliette, a pesar de toda la valentía que le reconocían, «hiciera una tontería». La atmósfera en la casa estaba infinitamente más cargada que un año antes. La enfermedad de Hodgkin es grave, pero se cura en nueve de cada diez casos, y aunque el peligro era real, enseguida y con razón lo juzgaron atajado y luego lo descartaron: era un percance molesto, cuando en realidad se avecinaba la catástrofe.

La palabra tabú era «irreversible». Jacques y Marie— Aude describen aquel año como una lucha de cada instante, en primer lugar para no pronunciarla, después para reunir el valor de hacerlo. Al principio se negaron a admitir ellos mismos lo que se negaban a decir a su hija. Luego no hubo más remedio que hacerlo. Como Juliette se acercaba a la mayoría de edad, les aconsejaron que elaborasen un historial que le diera derecho a subsidios, a una tarjeta de discapacidad, a examinarse para el carnet de conducir en un coche especialmente preparado y a otras ventajas que en lo sucesivo formarían parte de su vida. El historial contenía una declaración certificando una lesión estabilizada, pero definitiva, de la médula espinal. Postergaron todo lo posible el momento de reunir estos documentos, de firmarlos, de hacer que algunos los firmase Juliette, que no los comentó. Recibió su tarjeta de minusválida unos días antes de cumplir dieciocho años.

A los dieciocho años, aquella chica encantadora y deportista tuvo que admitir que no caminaría nunca como los demás. Una de las piernas quedaría casi inerte y la otra totalmente, las arrastraría apoyándose en muletas, no podría separarlas cuando hiciese el amor por primera vez. Tendrían que ayudarla, como la ayudaban para salir de la bañera o subir una escalera. En uno de los textos que se leyeron en su entierro, alguien vinculó su vocación por la justicia con la injusticia que ella había sufrido. Sin embargo, cuando sus padres pensaron en llevar a juicio al centro de radioterapia, Juliette, que era estudiante de derecho, se opuso. No era *más* injusto ser inválida a causa del tratamiento que a causa de la enfermedad. Ni siquiera era especialmente injusto: era una lástima, sí, una desgracia, pero la justicia no tenía nada que ver con aquello. Para sobrellevar su minusvalía, prefería desinteresarse de su causa y sus responsables eventuales.

Sabiendo que era definitiva, le horrorizaba que le dijese amablemente: nunca se sabe, quizá te repongas. Con la mejor intención del mundo, la madre de Patrice quería esperar que algún día se produjese un cambio súbito, que un día volvería a caminar. Partidaria de las medicinas paralelas, insistió mucho en que Juliette fuera a ver a una curandera que le impuso las manos y después enseñó a Patrice cómo darle un masaje en la espalda: de arriba abajo, muy largamente, y cuando llegase al





sacro tenía que dispersar las energías malas sacudiendo con vigor la mano. El ejecutó la consigna concienzudamente durante varias semanas, confiando en una mejoría. A ella, por su parte, le gustaba el masaje, pero gratuitamente, no con la esperanza de una curación. Terminó por decírselo a Patrice, y también le dijo que no le agradaba que la llevase por senderos de montaña en una especie de silla de manos, o que en las playas de las Landas la animase a revolcarse en las olas, como si pudiera hacerle algún bien. Ya había bastantes cosas que le hacían bien para que además tuviera que obligarse a hacer aquellos melindres. Por ingeniosos que sean, no le interesaban los artilugios que permiten esquiar o escalar el Mont Blanc a alguien que no se tiene en pie. No eran para ella. Patrice lo comprendió y renunció a la esperanza de que algún día volviese a caminar. No la había conocido sin muletas, la amaba con ellas.



La escena se desarrolla en el despacho de Étienne a las seis de la tarde, unos meses después de conocerse. Deberían haber vuelto directamente, él a Lyon, ella a Rosier, pero Juliette sabe ya que a Étienne, antes de echar el cierre, le gusta quedarse un momento sentado en su sillón, con los ojos cerrados, sin moverse. No piensa especialmente en el trabajo cumplido, ni en el que le espera, y si lo hace es sin esforzarse, sin demorarse en pensarlo. Sigue lo que se le pasa por la cabeza, se deja flotar, no juzga. A ella le gusta verle en ese momento, y él, que hasta entonces prefería disfrutarlo solo, aguarda con placer estas visitas. Hablan o no hablan: no les causa ningún problema permanecer en silencio juntos. En cuanto ella entra, aquella tarde, y se sienta cruzando las muletas contra el brazo de la butaca, él intuye que algo va mal. Ella dice que no, que está bien. Él la apremia. Ella termina contándole un incidente sucedido esa tarde. Un incidente es mucho decir: una pequeña tensión, pero que a ella le ha producido un efecto penoso. Ha pedido a un ujier que fuera a buscarle sus expedientes al coche, y el otro ha ido a recogerlos suspirando. Es todo. No ha dicho nada, sólo ha suspirado, pero al suspirar decía, o en todo caso Julietteha oído, que le fastidiaba estar obligado a prestarle un servicio porque ella era una inválida. Sin embargo, dice ella, pongo mucha atención en no abusar...

Étienne la interrumpe: te equivocas. Deberías abusar más. No hay que caer en esa trampa, jorobarse la vida jugando al inválido que hace como si no lo fuera. Hay que ser claro en esto, considerar que la gente te debe esos pequeños servicios, y además es cierto que te los deben, y la mayoría de las veces te los prestan muy a gusto porque están muy contentos de no estar en tu lugar, y prestarte un servicio les recuerda hasta qué punto están contentos: no se les puede reprochar, si empezáramos a hacerlo no terminaríamos nunca, pero es la verdad.

Ella sonríe, divertida por su vehemencia, como tantas otras veces. La cosa podría haber quedado ahí, pero él no quiere limitarse a esto y añade: estás harta, ¿eh?

Ella se encoge de hombros.

Yo también estoy hartos, prosigue él.

Y cuando Étienne me cuenta esta escena lo repite: estoy hartos.

Después me explica: es una frase muy simple pero sumamente importante, porque es una frase que uno se prohíbe. Se prohíbe no sólo pronunciarla, sino pensarla, en la medida de lo posible. Porque si empiezas a pensar: «estoy hartos», enseguida pasas a pensar: «no es justo», y: «podría llevar otra vida». Ahora bien, estos pensamientos son insoportables. Si empiezas a decir: «no es justo», ya no puedes vivir. Si empiezas a decir que la vida podría ser diferente, que podrías correr



como todo el mundo para coger el metro o jugar al tenis con tus hijos, la vida se corrompe. «Estoy harto» y, detrás de «estoy harto», «no es justo» y, detrás del «no es justo», «la vida podría ser distinta», son pensamientos que no conducen a nada. No obstante, son pensamientos que existen, y tampoco es bueno gastar toda tu energía en hacer conio si no existieran. Es complicado, adaptarse a estos pensamientos.

Contigo mismo tienes un poco de margen, pero la regla, y los dos se dan cuenta de que es la misma para ambos, es no hablar de esto con los demás. Cuando dicen los demás, se refieren al otro principal, Nathalie para él, Patrice para ella. Es importante ocultarles estos pensamientos a ellos, a los que en principio se les puede decir todo. Porque les duelen, les causan un dolor compuesto de pena, de impotencia y de culpabilidad, que hay que tener cuidado en no endosarles. Pero también hay que tener cuidado en no extremar este cuidado, en no vigilarse demasiado ante el otro. A veces, dice Étienne, con Nathalie me abandono. Le suelto que estoy harto, que me parece demasiado duro y demasiado injusto tener una pierna de plástico, que tengo ganas de llorar, y lloro. Surge cuando la presión es excesiva, una vez cada tres o cuatro años, y luego se pasa hasta la próxima. Y tú, ¿se lo dices alguna vez a Patrice?

Alguna vez.

¿Y lloras?

Alguna vez.

Mientras intercambian estas palabras, las lágrimas empiezan a deslizarse por las mejillas de ambos. Fluyen sin vergüenza, sin que las repriman, incluso hay alegría en derramarlas. Porque poder decir: «es duro», «no es justo», «estoy harto», sin temer que el interlocutor se sienta culpable, poder decirlo con la seguridad —son palabras de Étienne— de que el otro oiga lo que dices tal como lo dices, ni más ni menos, de que no proyecte nada sobre ello, es una alegría y un alivio inmensos. Así que continúan. Saben o adivinan que sólo se concederán una vez este abandono, que no volverán a concedérselo porque de lo contrario se convertiría en una complacencia, pero esta tarde se lo consienten.

Yo, cuando estoy en el cuarto de baño, cuento puntos de tenis. Los visualizo. Hace veinte años que no juego al tenis, pero sigo jugando mentalmente y sé que lo echaré en falta hasta el final.

Para mí es la danza, encadena Juliette. Adoraba bailar, bailé hasta los diecisiete años, no es mucho tiempo, y a los diecisiete supe que nunca volvería a bailar. El mes pasado, en la boda del hermano de Patrice, miraba bailar a los demás y me moría de ganas de hacerlo. Sonreía, les quería, estaba feliz de estar allí, pero hubo un momento en que pusieron algo que poníamos siempre cuando tenía mis piernas, YMCA, ¿te acuerdas?: *Uai-em-ci-ei!* Creo que habría dado diez años de mi vida por bailar aquello, los cinco minutos que dura la canción.

Más tarde, ya embriagados con estas confidencias, ella dice, más gravemente: al mismo tiempo, si no me hubiera ocurrido, quizá no habría conocido a Patrice. Seguro que no. Ni siquiera le habría visto, que digamos. Habría amado a un hombre completamente distinto: más brillante, más seductor, del estilo que me correspondía



en el mercado porque yo era bonita y brillante. No digo que la enfermedad me haya hecho más inteligente y profunda, pero gracias a ella estoy con Patrice, gracias a ella existen las niñas, y esto es lo contrario de la decepción, lo contrario de la amargura, no pasa un día sin que me diga: tengo el amor. Todo el mundo lo persigue, pero yo, que no puedo correr, lo tengo. Me gusta esta vida, me gusta mi vida, la amo totalmente. ¿Comprendes?

Muy bien, dice Étienne. A mí también me gusta mi vida. Por eso es tan difícil decirle a Nathalie: estoy harto. Porque si se lo digo piensa que yo quisiera vivir una vida distinta, y como no puede dármela se entristece. Pero decir que estás harto no quiere decir que quieras cambiar de vida, ni siquiera que estás triste. ¿Tú estás triste?

Juliette ya no lo está.



Se habían reconocido. Habían padecido los mismos sufrimientos, de los que sólo se hace idea quien los ha padecido. Los padres de ambos eran parisinos y burgueses, científicos y cristianos: los de Juliette, de derechas, los de Étienne de izquierdas, pero esta diferencia tenía poca importancia comparada con la idea, igualmente elevada, que estas familias tenían de su rango. Los dos se habían casado con personas de un medio más modesto, como se decía en el suyo (nota de Étienne: «no en el mío»), y las amaban profundamente. Sus matrimonios eran el centro de su vida, la clave de sus logros. Los dos tenían este fundamento y se habrían sorprendido si les hubieran dicho, antes de conocerse, que les faltaba algo. Pero ese algo cuya falta no notaban lo acogieron, cuando llegó, con gratitud y maravillados. Étienne, fiel a su manía de contradecir a sus interlocutores, recusa la palabra amistad, pero yo digo que entre amigos es así, y que tener en la vida un verdadero amigo es tan raro y precioso como un verdadero amor. Es cierto que entre un hombre y una mujer es más complicado, porque se inmiscuye el deseo y con él el amor. En este sentido, respecto a ellos, no tengo nada que decir, o solamente que Patrice, por su lado, y Nathalie, por el suyo, comprendieron que por primera vez otra persona contaba en la vida de Juliette y Étienne, y que se resignaron a ello.

Aparte de la que acabo de referir, apenas tenían conversaciones íntimas. Hablaban del trabajo. A uno puede gustarle trabajar con alguien como le gusta hacer el amor con alguien, y Étienne, que sobrevivió a Juliette, sabe que siempre añorará su relación con ella. No había ningún contacto físico entre ambos. Se habían estrechado la mano al principio de su primer encuentro, pero no al final, ni nunca posteriormente. Tampoco se besaban, no se saludaban siquiera con un gesto de la cabeza, no se decían hola ni adiós. Aunque se hubiesen separado la víspera o durante un mes de vacaciones, se reencontraban como si uno volviese de la habitación contigua, adonde había ido a buscar un expediente un minuto antes. Pero había, dice Étienne, algo carnal y voluptuoso en su manera conjunta de ejercer el derecho. Los dos amaban el momento en que se descubre el fallo, en que el razonamiento surge fluido, se desarrolla por sí solo: adoro, decía Juliette, cuando tus ojos empiezan a brillar.

Sus respectivos estilos como magistrados diferían en todo. Juliette era sosegada, tranquilizadora. En la audiencia siempre empezaba explicando cómo iba a desarrollarse la sesión. Lo que era la justicia, por qué se habían reunido. El principio de la prueba y el de la contradicción. Si había que repetir las explicaciones, las repetía. Se tomaba todo el tiempo necesario, ayudaba a los comparecientes que no comprendían bien o se expresaban mal. Étienne, por el contrario, era brusco y en ocasiones brutal, capaz de cortar a un abogado diciéndole: «Le conozco, letrado, sé



lo que va a decir, no se moleste en argumentar, siguiente asunto.» La gente salía desestabilizada de sus audiencias, y calmada de las de Juliette. Estas diferencias se veían hasta en el estilo de sus sentencias, me dice Étienne, que describe el de Juliette como clásico, claro, equilibrado, y el suyo propio como más bien romance: áspero, irregular, con cambios de tono para los que francamente no tengo el oído ejercitado, pero me gustaría ser capaz de percibir.

Libraron los mismos combates, más exactamente Juliette se adhirió a los de Étienne en materia de derecho de vivienda y derecho de consumo, pero pienso que no les impulsaban los mismos motivos. En mi opinión, si un tipo tan brillante como Étienne eligió la primera instancia, la provincia, casos minúsculos, fue porque prefería ser el primero en su pueblo que correr el riesgo de ser el segundo o el centésimo en París, en el tribunal superior, en la palestra. El Evangelio, Lao-Tsé, el I King invitan unánimemente a «favorecer lo pequeño», pero cuando personas como Étienne o yo, que nos parecemos mucho en este aspecto, adoptamos estas estrategias de humildad, es obviamente por un gusto inquieto y contrariado por la grandeza, y adivino en sus compromisos una vanidad de autor, un deseo de reconocimiento aplicados a objetos que debo confesar que me parecen irrisorios, como si la vanidad de autor que a mí me atormenta se aplicase a algo incomparablemente más noble.

Juliette no tenía esta clase de problemas. La oscuridad le convenía, soportaba muy bien que Étienne pasara por ser su mentor y que hiciera hablar más de él que de ella. Sentencias que habían debatido juntos largo tiempo pero que eran de él, aparecían, con el nombre de él, en las revistas jurídicas. En varias ocasiones Étienne le propuso que enviara a esas revistas alguna de sus sentencias, que las publicase, pero ella se negó. Pienso que lo que animaba a Juliette era a la vez el gusto desinteresado por la justicia y la satisfacción inesperada de poder ser una jueza tal como le gustaba a su marido. Los dos hablaban mucho de política, como, por otra parte, hablaban de todo, y aunque estaban de acuerdo en lo esencial, Patrice desconfiaba hasta tal punto de todas las instituciones, era tan propenso a denigrarlas, hicieran lo que hiciesen, que ella, por reacción, se veía obligada a interpretar en la pareja el papel ingrato del partido del orden. Sin embargo, Juliette consideraba que había recorrido un largo camino con respecto a su medio de origen. Votaba a los socialistas, o a los verdes cuando no incordiaban demasiado a los socialistas, leía los artículos que él le recomendaba en *Politis* o *Le Monde diplomatique*, pero a juicio de Patrice nunca era suficiente, y ella no veía ninguna razón para abrazar todos los valores del medio al que él pertenecía. A pesar de esta fidelidad que él le reprochaba a su educación burguesa, fue ella la que le había enseñado la fórmula clásica en la Escuela Nacional de la Magistratura, según la cual el código penal es lo que impide que los pobres roben a los ricos y el código civil lo que permite a los ricos robar a los pobres, y era la primera en reconocer que había algo de verdad en el proverbio. Al ocupar su puesto en primera instancia, supuso que tendría, más a menudo de lo que quisiera, que ratificar un orden social injusto, y por obra y gracia de Étienne se encontraba en la vanguardia de una lucha azarosa y exaltante en defensa de la viuda y el huérfano, de la olla de barro contra la de hierro. Naturalmente, rechazaba esta retórica, decía que no estaba ni a favor ni en contra de nadie, y que su único afán era hacer que la ley se respetase, pero en adelante,





«el juez de Vienne», como empezaban a decir los archivos de jurisprudencia, eran dos cojos en lugar de uno.

Esta jurisprudencia se endurecía en el momento en que Juliette sustituyó a Jean-Pierre Rieux. Las entidades erediticias recurrían, descontentas de que un puñado de jueces izquierdistas respaldara sistemáticamente en contra de ellos a los prestatarios morosos. Los casos se veían en el tribunal de casación. Ahora bien, no menos sistemáticamente, este tribunal, que tiene vocación de derechas, empezó a anular las sentencias en primera instancia. Los desventurados que se habían alegrado de no tener ya que pagar intereses ni penalizaciones, se enteraban de que al fin y al cabo sí tenían que pagarlos, porque un juez más poderoso había golpeado con la palmeta los dedos del juez que les había sido favorable. Para ello, el tribunal de casación utilizaba dos armas, y aquí, con perdón, voy a tener que ser un poquito más técnico.

La primera arma se llama plazo de prescripción. La ley dice que el acreedor debe actuar dentro de los dos años siguientes al primer impago, pues de lo contrario la deuda prescribe y le mandan a paseo. La idea es impedir que aparezca al cabo de diez años para reclamar sumas enormes que habría permitido que se acumulasen sin llamar nunca al orden al deudor. Es cierto que esta medida protege a este último. Ahora, el tribunal de casación añade que hay que establecer un equilibrio y que la misma imposición se aplique a las dos partes: también el deudor, por tanto, dispone de dos años para impugnar la corrección de su contrato después de haberlo firmado; al cabo de dos años se acabó, ya no tiene derecho a quejarse. Ignoro lo que el lector pensará de esto, si ha leído atentamente este párrafo. No excluyo que mi apreciación de estos puntos jurídicos, pero también políticos y morales, esté demasiado influenciada por Étienne. Sin embargo, me cuesta no pensar que este equilibrio está desequilibrado. Porque siempre es el acreedor el que lleva al deudor ante la justicia, nunca al contrario. De modo que le basta con esperar tranquilamente dos años para atacarle con la certeza de que nadie podrá ya alegar nada contra su contrato, aunque esté plagado de cláusulas abusivas. Para defenderse, habría sido necesario que el prestatario supiese que era ilegal al firmarlo. Habría debido estar perfectamente informado, mientras que el espíritu de la ley era impedir que alguien se aprovechara de su ignorancia.

Para Étienne, Florès y ahora Juliette, esta manera de desviar a favor del prestamista un texto destinado a proteger al prestatario era una traba seria. Sus sentencias se basaban en la ley, pero a la hora de interpretarla es el tribunal de casación el que tiene la última palabra, y la tenía cada vez más a menudo. No obstante, disponían de un pequeño margen, porque la prescripción no se aplicaba en todos los casos. Como si un par de torres les pusieran en jaque, aún podían huir por las diagonales. La situación se volvió crítica cuando el adversario, además de las torres, sacó la dama. La dama del tribunal de casación es una sentencia que data de la primavera de 2000 y que dice que a un juez no le compete perseguir de oficio, es decir, por su propia iniciativa, una infracción a la ley. Se advierte la teoría liberal: no hay más derecho que el que se reclama; para reparar un daño, quien lo ha sufrido



tiene que quejarse. En el caso de un litigio entre un consumidor y un profesional del crédito, si el primero no se queja del contrato, el juez no debe hacerlo en su lugar. Esto se sostiene en la teoría liberal, pero en la realidad el consumidor no se queja nunca porque no conoce la ley, porque no es él quien lleva el litigio a los tribunales, porque nueve de cada diez veces no tiene abogado. Da igual, dice el tribunal de casación, la función del juez es la función del juez: no tiene por qué inmiscuirse en lo que no le concierne; si está escandalizado, debe quedar en su fuero interno.

Escandalizados, Étienne, Florès y Juliette estaban también atados de pies y manos, y consternados estaban los deudores a los que habían infundido falsas esperanzas. Las entidades de crédito, por su parte, exultaban.

Un día de octubre de 2000, Étienne hojea revistas jurídicas en su despacho. Tropieza con una sentencia comentada del TJCE, es decir el Tribunal de Justicia de las Comunidades Europeas, y empieza a leerla primero distraídamente y después cada vez con mayor atención. El caso consiste en un contrato de crédito al consumo que estipula que cualquier litigio se someterá al tribunal de Barcelona, donde tiene su sede el organismo de crédito. Puesto que dicho organismo tiene su sede en Barcelona, ¿el consumidor que viva en Madrid o en Sevilla tendrá que desplazarse para defenderse? Salta a la vista del juez de Barcelona que esta cláusula es abusiva, y la denuncia. Pero en España tampoco tiene competencia para hacerlo de oficio, y la somete al TJCE. Este tribunal emite su dictamen. Étienne lo lee. Antes incluso de haber terminado, se levanta y desciende a la planta baja. Entra en la salita contigua a la grande donde Juliette preside una audiencia, abre la puerta entre ambas salas y le hace una señal de que se acerque. Juliette, como una actriz a la que llamasen desde las bambalinas en plena representación, no comprende, no quiere hacerle caso, pero él insiste. Con gran sorpresa de la secretaria, del ujier, de las partes enfrentadas en un asunto de un inodoro defectuoso, Juliette interrumpe la audiencia, empuña las muletas, cojea hasta la salita donde la espera Étienne. ¿Qué pasa? Mira esto. Le tiende la revista. Ella lee.

«En cuanto a la cuestión de saber si un tribunal al que se le ha sometido un litigio relativo a un contrato celebrado entre un profesional y un consumidor puede apreciar de oficio el carácter abusivo de una cláusula de dicho contrato, conviene recordar que el sistema de protección aplicado por la Directiva europea se basa en la idea de que el consumidor se encuentra en una posición de inferioridad con respecto al profesional en lo referente tanto al poder de negociación como al nivel de información. El objetivo que persigue la Directiva, que impone a los Estados miembros prever que unas cláusulas abusivas no vinculen a los consumidores, no podría alcanzarse si estos últimos se viesan obligados a denunciar ellos mismos el carácter abusivo. De ahí que una protección eficaz del consumidor sólo se puede conseguir si al juez nacional se le reconoce la facultad de apreciar de oficio una cláusula semejante.»

Uf. En una película, una música intensamente dramática debería acompañar el momento en que la heroína descubre estas líneas. Se le vería mover los labios a medida que avanza en la lectura, y su cara expresaría primero estupor, luego



incredulidad y por último alborozo. Alzaría los ojos hacia el héroe balbuceando algo como: pero, entonces..., esto quiere decir...

Aquí un contraplano de Étienne, tranquilo, intenso: has leído bien.

Yo me burlo un poco, y es cierto que hay algo cómico en el contraste entre esta prosa indigesta y el arrebató que causó, pero podemos burlarnos del mismo modo de casi todas las empresas humanas en las que no estamos involucrados, de todos los compromisos y todos los entusiasmos. Étienne y Juliette libraban una lucha cuyo desenlace tenía incidencia sobre la vida de decenas de miles de personas. Llevaban meses sufriendo una derrota tras otra, y de repente Étienne encontraba la estocada secreta que iba a cambiar el curso de la batalla. Es siempre un placer, cuando un jefe— cilio te maltrata diciendo: es así, como yo digo, no tengo que dar cuentas a nadie, descubrir que por encima de él hay un gran jefe y que además éste te da la razón. No sólo el TJCE dice lo contrario del tribunal de casación, sino que prevalece sobre él, porque el derecho comunitario tiene un valor superior al derecho nacional. Étienne no sabía nada de derecho comunitario, pero ya le parecía formidable. Empezaba a desarrollar la teoría que nos expuso, me acuerdo, la mañana de la muerte de Juliette: cuanto más alta es la norma jurídica, tanto más generosa es y más cercana está de los grandes principios que inspiran el Derecho con mayúscula. Los gobiernos se sirven de decretos para cometer vilezas, mientras que la Constitución o la Declaración de los Derechos del hombre y del ciudadano las proscriben y se mueven en el espacio etéreo de la virtud. Por suerte, la Constitución y la Declaración priman sobre los decretos, y sería muy idiota no sacar este as de la manga para desbaratar las maniobras de una sota o hasta un rey. Hacer que un deudor te pague es un derecho, desde luego, pero también lo es vivir una vida decente, y cuando hay que arbitrar entre los dos, cabe sostener que el segundo constituye una norma jurídica superior, y por tanto prevalece. Es similar en el caso, por un lado, del derecho que tiene el propietario a cobrar los alquileres, y por otro, del que tiene el inquilino a dormir bajo un techo, y gracias a estos combates librados desde hace una decena de años por jueces como Étienne y Juliette el segundo de estos derechos se está volviendo oponible, es decir, superior en la práctica al primero.

En suma, Étienne se excita, le brillan los ojos, Juliette se lo ha dicho: le gusta que le brillen los ojos. Le gusta su emoción y la comparte, pero en el tándem que forman le corresponde más bien a ella tener los pies en el suelo, recordar en cada ocasión el principio de realidad. Dice: hay que reflexionar. Siempre se puede decir que no cuesta nada apelar al derecho europeo para derrotar a la jurisprudencia nacional, pero no es cierto, puede costar muy caro. Impugnan esta jurisprudencia asociaciones de consumidores con las que Florès está en contacto y que libran contra ella una guerra de trincheras. La *Blitzkrieg* que están imaginando los dos por su cuenta amenaza, si fracasa, con minar esta labor de tanto tiempo y esfuerzo. Si el TJCE les dice que no, las entidades de crédito explotarán durante mucho tiempo el fallo.

Siguen unos días febriles, de llamadas por teléfono y de e-mails a Florès, pero también a una profesora de derecho comunitario, Bernadette Le Baut Ferrarese, que, consultada, se apasiona por la cuestión. La respuesta del TJCE, según ella, no es segura, pero vale la pena intentarlo, a sabiendas de que es como el indulto



presidencial en el caso de una pena de muerte: te lo juegas a una carta, es la última que te queda. Por último, deciden probar. ¿Quién asume el mando? ¿Quién va a redactar la sentencia provocadora? Podría ser cualquiera de los tres jueces, pero la cuestión, al parecer, no se plantea: es a Étienne al que más le gusta estar en primera línea.

Hace varios meses que se amontonan en su despacho expedientes relativos a un contrato ofrecido por nuestra vieja conocida, la sociedad Cofidis, y que luce el bonito nombre de *Asugusto*. El contrato *Asugusto* podría estudiarse en la escuela como ejemplo de coquetería a fondo con la estafa. Se presenta como una «petición gratuita de reserva de dinero», en la que «gratuita» aparece en negrita y el tipo de interés, en cambio, figura en letra muy pequeña en el reverso y es del 17,92%, lo que sumado a las penalizaciones supera la tasa de usura. Étienne escoge al azar del montón el expediente en que insertar su pequeña bomba: Cofidis SA contra Jean-Louis Fredout. No es un gran caso: Cofidis reclama 16.310 francos, de los que 11.398 son capital y el resto intereses y penalizaciones. En la audiencia no comparece Fredout, que no tiene abogado. El de Cofidis, por el contrario, es un cascarrabias del colegio de abogados de Vienne, un viejo asiduo de la casa que no se alarma cuando Étienne señala que «las cláusulas financieras no son legibles», que «esta falta de legibilidad debe compararse con la mención de la gratuidad, presentada de forma especialmente visible» y que por este motivo «las cláusulas financieras pueden considerarse abusivas». No se alarma, se sabe de memoria las sutilezas de Étienne, al que, por otra parte, aprecia, y con un tono guasón pero nada agresivo, como quien canta su parte en un dueto muy ensayado, responde que da igual si las cláusulas son abusivas, puesto que el contrato data de enero de 1998, la citación de agosto de 2000 y el plazo de prescripción ha vencido hace mucho, así que lo siento, señor presidente, era una maniobra simpática para salvar el honor, pero la ley es la ley y a ella nos atenemos.

Bien, dice Étienne, nos atenemos a ella. Sentencia dentro de dos meses. Cuanto más parece rebajarse, más goza por dentro. Si sólo dependiera de él, dictaría sentencia la semana siguiente, pero hay que fingir que no pasa nada, observar el plazo habitual. La audiencia finaliza el viernes a las seis de la tarde y el sábado por la mañana está delante del ordenador, en su casa. Redacta febrilmente y jubiloso, se ríe solo. Al cabo de dos horas ha terminado, la sentencia tiene catorce páginas, que es una extensión infrecuente. Llama a Juliette para leérsela en voz alta y ella también se ríe. Después le toca el turno a Florès y a Bernadette, totalmente inmersa en la conspiración. Se deja reposar el texto, se comprueba todo, se pesa una y otra vez cada palabra. Es sumamente técnico, por supuesto, pero la idea se resume simplemente. La sentencia consiste en decir: no puedo emitir un fallo porque la ley no está clara, y para aclararla debo formular una pregunta al TJCE. Esta pregunta, que se llama cuestión prejudicial, es la siguiente: ¿se ajusta a la Directiva europea que el juez nacional, al expirar el plazo de prescripción, no pueda señalar de oficio una cláusula abusiva en un contrato? Respóndanme sí o no, yo juzgaré en consecuencia.



Después se muerden las uñas durante los dos meses reglamentarios, al cabo de los cuales envían a las partes, y sobre todo al TJCE, esta sentencia que no lo es realmente, puesto que aguarda la respuesta que recibirá la cuestión prejudicial. Algún tiempo después, Étienne se cruza en un pasillo con el abogado de la empresa Cofidis, un poco desconcertado por este objeto jurídico no identificado. Pero bueno, si eso le divierte..., bromea. Nosotros vamos a recurrir, el tribunal de casación fallará, es lo suyo, y al emitir sentencia anulará la cuestión. Sólo habremos perdido un año, a mí me da lo mismo, a usted también, lo único es que el pobre hombre va a hacerse ilusiones y al final pagará el pato entero. Étienne, que ha previsto esta respuesta, sonrío. No creo, dice, que la cosa sea así: el propio tribunal de casación dice que el recurso sólo es posible contra las sentencias sustanciales, no contra las sentencias preliminares, que es la que usted ha recibido. El otro arquea las cejas. ¿Está seguro? Seguro, responde Étienne.

Ah, bueno.

La compleja maquinaria se pone en marcha. Empieza por la traducción en Luxemburgo de la cuestión de Étienne a todas las lenguas comunitarias, y el texto se envía a todos los Estados miembros. El que quiera es libre de actuar. Pasan seis meses. Una mañana de abril de 2001 llega al juzgado un sobre grueso con el membrete del TJCE. Étienne está solo en su despacho, pero se contiene: espera a Juliette para abrirlo. Ordenan que nadie les moleste. El sobre contiene dos documentos: uno, muy grueso, es un informe de Cofidis; el otro, más corto, es el dictamen de la Comisión Europea. No dudan del contenido del primero, todo el suspense se concentra en el segundo, y por eso, para disfrutar de ese suspense torturador y delicioso, se fuerzan a leer antes el primero. Veintisiete páginas de letra apretada, redactadas por un equipo de abogados reunidos en comité de crisis. El enemigo presiente el peligro y saca la artillería pesada. En el preámbulo hablan de un «clima de rebelión improductivo», de la «actividad sediciosa que mantienen algunos jueces relevados por determinados sindicatos, e incluso por determinados miembros del sindicato de la magistratura». Ya ves, dice Étienne, encantado, los versalleses siempre escriben parecido, en todas las épocas. Siguen, en orden de combate, los argumentos propiamente jurídicos de los que hago gracia al lector y que refuerzan el argumento principal, que es político: si se sigue buscando las cosquillas a las entidades de crédito y favoreciendo a los pródigos, todo el sistema se resentirá y el prestatario honrado pagará las consecuencias. Nada inesperado, en suma, aparte de la vehemencia del tono. En un marco distinto parecería inocuo, en el de la prosa jurídica es un ataque personal, con bazuca. Es halagador, excitante. Han leído el informe sin saltarse una línea. Ahora queda por conocer el veredicto. La Comisión no es el TJCE, emite dictámenes, no decisiones, pero por lo general se siguen, y si la Comisión dice que no, es seguro que el tribunal dirá que no. Un no sería la derrota, la humillación. Habrá que aguantarlas. Étienne y Juliette no van a hacerse el haraquiri en el despacho, pero los dos son conscientes de que será un





golpe muy duro de encajar. Lee tú primero, dice Étienne, eres más fuerte que yo. Juliette empieza a leer. Principio de efectividad..., compensación por parte del juez de la ignorancia de una de las partes..., referencia a la sentencia de Barcelona...

Juliette levanta la cabeza, sonrío: la respuesta es sí.

Es como si estuvieras en un puente de madera, dice Étienne. Un puente que se bambolea, peligroso. Has plantado un pie. El puente resiste. Entonces plantas el otro.

(Al copiarla, me percaté de lo audaz de esta metáfora en labios de un hombre con una sola pierna.) Étienne no aguarda a que el TJCE ratifique el dictamen de la Comisión para doblar la apuesta presentando una segunda cuestión prejudicial. Es asimismo relativa al oficio, es decir, al derecho que el juez tiene de señalar una injusticia de la que no se ha quejado la víctima, pero esta vez lo aborda por otro frente. Un tal Giner sustituye a Fredout y la sociedad ACEA a la Cofidis: por lo demás el asunto es prácticamente igual. Étienne declara en la audiencia que el tipo efectivo global, llamado TEG, no se menciona en la oferta de crédito, y lo considera irregular. Nadie, aparte de Juliette, está al corriente del éxito de su primera ofensiva, nadie sabe que prepara una segunda. El abogado de la ACEA, sin desconfiar, esgrime, por tanto, el argumento que había previsto aducir en el caso previsible de que el tiquismiquis reincidiera. La irregularidad, si la hay, incumbe a un orden público de protección, no es competencia del juez.

El orden público de protección es otro hallazgo más del tribunal de casación, que desde los años setenta lo distingue del orden público de dirección. El primero no afecta a la sociedad, sólo al individuo. Es él quien tiene que defender su derecho, y el juez, que representa a la sociedad, no tiene por qué interesarse de oficio. El orden de dirección es otra cosa: afecta al interés general y, en particular, a la organización del mercado. El juez, por ende, puede y debe señalar su violación.

A Étienne esta distinción le parece débil. Dice: he juzgado casos de derecho penal en el norte, ahora vuelvo a hacerlo en Lyon. En nombre del orden público acepto realizar esta función sumamente desagradable que consiste en encarcelar a individuos. En nombre del orden público acepto mandar al trullo a magrebíes que han robado radios de automóviles. La justicia es una cosa violenta. Acepto esta violencia, pero con la condición de que el orden al que sirve sea coherente e indivisible. El tribunal de casación dice que al proteger a los señores Fredout y Giner sólo se les protege a ellos dos, que deberían ser lo bastante avisados para protegerse solos, y de lo contrario allá ellos. Yo no estoy de acuerdo. Considero que al proteger a Fredout y a Giner protejo a toda la sociedad. Considero que sólo hay un orden público.

Una de las ventajas del derecho comunitario es que no se conforma con promulgar normas: dice el propósito que persigue al promulgarlas y es, por tanto, legítimo alegar este propósito. El de la directiva a la que me refiero, continúa Étienne, es perfectamente claro y liberal. Se trata de organizar la libre competencia en el mercado del crédito. Por eso impone en toda Europa la obligación de que los





contratos mencionen el TEG: para que la competencia actúe con plena transparencia. No mencionarlo es una irregularidad, todo el mundo está de acuerdo a este respecto, pero el tribunal me prohíbe señalarla so pretexto de que al hacerlo me ocupo sólo de las personas —orden público de protección— y no del mercado: orden público de dirección. En consecuencia, pregunta al TJCE: ¿la mención del TEG se hace para proteger al prestatario o para organizar el mercado? Como la directiva dice con toda claridad que se hace para organizar el mercado, mi pregunta, de hecho, es todavía más simple: díganme si he leído bien. De ser así, la jurisprudencia del tribunal de casación no tiene sentido.

Étienne, viendo las cosas con perspectiva, estima que el dictamen del caso Fredout está mal redactado y es incluso un poco espurio. A su juicio, el TJCE habría podido rechazarlo, pero sospecha que lo ha aprobado por oscuras razones: porque no quería desaprovechar una ocasión de oro de sentar su preeminencia sobre el derecho nacional. Del fallo del caso Giner, por el contrario, se siente muy orgulloso. Es un objeto jurídico que le encanta. Primero porque no es una sentencia de izquierdas. Étienne no se ve en absoluto como el izquierdista peligroso que denuncian los abogados de Cofidis. Se define como socialdemócrata, pero cree en las virtudes de la competencia: es aún más placentero atrapar en su propia lógica, con un argumento que podría suscribir Alain Mine, a una entidad crediticia ultraliberal. Sobre todo le gusta el estilo, el contraste entre la enormidad del problema planteado —¿qué es el orden público?— y la falsa ingenuidad desconcertante, socrática, de la pregunta que lo resuelve: ¿he leído bien? Le gusta esta forma simple y evidente de dar en el blanco. Lo comprendo. Es lo que también me gusta a mí en mi trabajo: cuando es simple, evidente, cuando da en la diana. Y, por supuesto, cuando es eficaz.

Hablemos de la eficacia. Antes de abandonar su puesto en Vienne, Étienne pudo pronunciar en el caso Fredout la prescripción de los intereses adeudados a la sociedad Cofidis. En el caso Giner, el acreedor sintió el cambio de viento y prefirió desistir. Esta doble victoria, y sobre todo el hecho de que sentase jurisprudencia, granjearon a Juliette y Étienne, cosa de la que él se jacta, «insultos en Dalloz» por parte de profesores de derecho que presentan «al juez de Vienne» como una especie de enemigo público número uno. A más largo plazo, el efecto de su lucha es que la ley sobre la prescripción ha sido modificada, el oficio del juez ampliado, y aliviadas con toda legalidad las deudas de decenas de miles de pobres gentes. Es menos espectacular que, pongamos, la abolición de la pena de muerte. Es suficiente para decirse que ha servido de algo, e incluso que Étienne y Juliette han sido grandes jueces.



Étienne dice que pidió el traslado a Lyon como juez de instrucción porque estaba agotado al cabo de ocho años en el juzgado de primera instancia, y además porque si algún día tenía que irse, más valía que fuese con una victoria. Los abogados de Vienne insinúan a sus espaldas que el traslado era una sanción: jorobaba a la gente, el ministerio no lo podía ni ver. Sea cual sea la verdad, es el primero en reconocer que no era un ascenso, que Vienne fue el puesto de su vida, y que en el futuro quizá haya en su carrera algunos más prestigiosos, pero le extrañaría que fuesen más estimulantes.

Abandonar la primera instancia significaba también abandonar a Juliette. De Vienne a Lyon sólo hay media hora de coche, pero sabían muy bien que la argamasa de su amistad era el compañerismo cotidiano, los expedientes que examinaban juntos, poder en todo momento empujar la puerta del despacho del otro, vivir juntos en el trabajo como otras parejas viven juntas en su casa. En los primeros tiempos de su separación hubo algunos almuerzos a solas, algunos domingos con las familias respectivas, pero se les hizo tan evidente que no *era aquello* que no insistieron. Étienne ha llegado a pensar que, aunque ya no se viesen, no era tan grave porque Juliette formaba ya parte de él, se había convertido en una instancia de su psique, en la interlocutora a la que dirigía una parte de su monólogo interior, y no dudaba de que a ella le ocurría algo parecido. Se telefoneaban. Ella le contaba las cosas del juzgado en su ausencia, las pequeñas historias de secretarías judiciales y ujieres, y a él le resultaban tan agradables como en esos ensueños infantiles en que estás muerto pero no te pierdes nada de lo que dicen en tu entierro. Juliette se entendía menos bien con la magistrada que había sustituido a Étienne, pero era normal: había vivido algo extraordinario y no cabía esperar que siempre fuese así. La exaltación que la había animado durante los cinco años de peleas conjuntas contra los bancos y el tribunal de casación había decaído, y su lugar lo había ocupado la fatiga. Trabajaba muchísimo para estar al día en sus expedientes, se acostaba a medianoche, se levantaba a las cinco, pero siempre tenía miedo de no llegar, de acumular un retraso que no conseguiría remediar. Él sentía al escucharla que ella perdía pie, habría querido estar cerca de ella para ayudarla como él sabía hacerlo, transformando en alegre y apasionante el trabajo más árido. Le alivió que le anunciara que estaba embarazada: ahora respiraría, al menos. Pero el embarazo fue más difícil que los dos anteriores. Era ella la que había decidido tener un tercer hijo, a Patrice le daba un poco de miedo, pero ella se empeñó: sería el último. Diane nació el 1 de marzo de 2004. Étienne volvió a ver a Juliette en la maternidad y después en Rosier, alrededor de la cuna. Amélie y Clara jugaban a mamás con su hermanita. Juliette las devoraba con los ojos a las tres, a sus tres



hijas, y en su mirada Étienne vio amor, por supuesto, y felicidad, pero también algo que no supo o no quiso analizar y que le desgarró el corazón. Ella reanudó el trabajo a la vuelta de las vacaciones de verano, era la segunda vez que volvía al juzgado sin Étienne. En sus conversaciones telefónicas salían una y otra vez las palabras cansancio, debilidad, extenuación, y a ellas se añadió angustia, que él nunca le había oído pronunciar.

Una mañana de diciembre, un ruido de respiración oprimida despertó a Patrice. Juliette, a su lado, sollozaba y a la vez se ahogaba. Intentó calmarla. Entre dos espasmos, ella consiguió decirle que no sabía lo que le pasaba, pero que presentía que era algo grave. Patrice obtuvo una cita de urgencia con el internista de Vienne. Como era sábado y las niñas no iban al colegio ni a casa de la señora que cuidaba a la pequeña, tuvieron que ir los cinco. Durante la consulta, Amélie y Clara hicieron dibujos en la sala de espera. El internista envió a Juliette a hacer una radiografía de los pulmones, asimismo urgente. Para distraer a las niñas, que empezaban a impacientarse, Patrice las llevó a una librería donde había una estantería para niños que ellas desordenaron. Con Diane llorando en sus brazos, Patrice ordenaba pacientemente los libros, detrás de las dos mayores, disculpándose ante la librera, que por suerte tenía también hijos y sabía lo que eran. Volvieron a la consulta de radiología y después, ya con la radiografía, a la del internista, que la cogió con aire preocupado y dijo que fuesen a Lyon de inmediato para un escáner. Volvieron al coche. Las pruebas habían durado toda la mañana, las niñas no habían comido, no habían dormido la siesta, a Diane no le habían cambiado los pañales, las tres gritaban a cual más en el asiento trasero, Juliette, en el delantero, no estaba en condiciones de calmarlas, aquello era un infierno. En el hospital de Lyon, una nueva espera para el escáner. Por suerte había una zona de juegos para los niños, con una piscina llena de globos.

Una anciana que parecía muy enferma preguntaba a Patrice cada diez minutos dónde estaba y él le repetía: en el hospital, en Lyon, en Francia. Estaba tan desbordado que no tuvo realmente tiempo de inquietarse, pero cuando les dijeron el diagnóstico —embolia pulmonar—, se sorprendió de sentirse aliviado porque una embolia pulmonar es grave, pero no es un cáncer. Decidieron trasladar a Juliette en ambulancia a la clínica protestante de Fourvière, donde le pondrían anticoagulantes por vía intravenosa para disolver los coágulos de sangre que obstruían los vasos que irrigaban sus pulmones. Patrice acordó con ella que se llevaría a las niñas a casa y volvería después con una bolsa de ropa y de artículos de aseo porque Juliette estaría en la clínica unos días. Antes de marcharse vio al médico, que le dijo que el escáner no revelaba nada alarmante. Lo único un poco molesto era que en los pulmones había rastros de fibrosis que probablemente databan de la radioterapia realizada quince años antes. Los rayos debían de haber producido fibrosis en los órganos, era difícil distinguir las lesiones nuevas de las antiguas, pero bueno, en conjunto no había problema, todo estaba controlado.



Apenas instalada en la clínica protestante, Juliette llamó a Étienne. Él se acuerda de sus palabras: ven, ven enseguida, tengo miedo. Y cuando él entró en la habitación, media hora más tarde: es peor que miedo, es terror.

¿Qué te da terror?

Con un gesto vago, ella señaló el tubo que la ligaba con la bolsa de suero, sobre el soporte: eso. Todo esto. Seguir estando enferma. La falta de aire. Morir asfixiada.

Su voz era vehemente, entrecortada, cargada de una rebeldía que él no le conocía. No era propia de ella, la rebeldía, ni la amargura, ni el sarcasmo, pero aquel día la vio rebelde, amarga, sarcástica. La expresión de su rostro, que ni siquiera la fatiga más grande conseguía normalmente transformar en arisca, era dura, casi hostil. Con un pequeño rictus que era todavía más inusual que lo demás, dijo: estos últimos días me preguntaba si debería tomar una pensión complementaria, pero creo que no valdrá la pena. Eso que me ahorro.

Étienne no reaccionó vivamente, se limitó a preguntar con calma si le habían dicho que se iba a morir, y ella tuvo que admitir que no. Le habían dicho lo mismo que a Patrice: embolia pulmonar, quizá vinculada con la radioterapia, y eso le jodia, fue la palabra que empleó, una que no empleaba nunca, pero aquel día sí, le jodia tener que pagar por una enfermedad de la que se creía curada.

Hubo un momento de silencio y luego ella continuó, con voz más suave: tengo un miedo horrible de morir, Étienne. Verás, cuando estuve enferma, a los dieciséis años, me hacía una idea romántica de la muerte. Me parecía seductora, no sabía si la amenaza era real, pero estaba dispuesta. Tú también me dijiste un día que a los dieciocho años pensabas que tener cáncer podía ser algo majo. Me acuerdo muy bien, dijiste «majo». Pero ahora me horroriza, a causa de las niñas. La idea de dejarlas me horroriza. ¿Comprendes?

Étienne asintió con la cabeza. Comprendía, por supuesto, pero en vez de decir lo que cualquier otro habría dicho en su lugar: ¿quién te habla de morir? Tienes una embolia pulmonar, no un cáncer, no te pongas nerviosa, dijo: ellas no morirán, si tú te mueres.

No es posible. Me necesitan demasiado. Nadie las querrá nunca tanto como yo.

¿Qué sabrás tú? Eres muy pretenciosa. Espero que no te vayas a morir ahora, pero si te mueres vas a tener que esforzarte, no sólo en decirte sino en pensar de verdad: su vida no se detendrá conmigo. Incluso sin mí, podrán ser felices. Cuesta trabajo.

Cuando Patrice volvió, después de haber confiado las niñas a los vecinos, Juliette no dejó traslucir delante de él nada de aquella ráfaga de pánico de la que Étienne era el único testigo. Asumió el papel de enferma modélica, confiada y positiva, que prácticamente ya no abandonaría. Los médicos decían que la alarma había pasado, no había motivo para no creerlo y quizá ella lo creyó. Cinco días después la mandaron a casa con una receta para una media compresiva y anticoagulantes que le permitirían recuperar su capacidad respiratoria.



No la recuperó. Siempre le faltaba el aire, jadeaba como un pez fuera del agua, estiraba el cuello, con el pecho continuamente oprimido. ¿Le resulta insoportable?, le preguntó el médico por teléfono. Insoportable no, puesto que lo soportaba, pero sí muy penoso, y no sólo penoso: angustiioso. Espere un poco a que las medicinas hagan efecto. Veremos cómo sigue a principios de enero.

Durante las vacaciones de Navidad, que pasaron en Saboya, en casa de los padres de Patrice, sus hijas le reprochaban que estaba siempre cansada, que no decoraba el árbol, que no hacía nada con ellas. Entonces las engañaba, jugaba a la mamá vieja y destrozada a la que había que tirar a la basura, y las niñas se reían, gritaban: ¡no!, ¡no!, ¡a la basura no!, pero a Patrice ella le contaba que era exactamente como se sentía: averiada interiormente, irreparable, lista para el desguace. Había mucha gente en la casa, ruidos, idas y venidas, carreras de niños en la escalera. Los dos se refugiaban todo lo posible en su habitación, se tumbaban en la cama abrazados y ella murmuraba, acariciándole la mejilla: pobrecillo, qué mala suerte has tenido. Patrice protestaba: he tenido la mejor suerte del mundo y, conmovida por su evidente sinceridad, ella respondía: es a mí a quien le ha tocado la lotería. Te quiero.

El día de Navidad fue también el del tsunami. Supieron que Hélène y Rodrigue estaban sanos y salvos antes incluso de saber de qué se habían librado, pero a partir de entonces no se perdieron ningún telediario, ninguna de las emisiones especiales que permitían seguir la catástrofe en directo, minuto a minuto. Aquellas playas tropicales devastadas, aquellos bungalows de paja, aquella gente apenas vestida que gritaba y lloraba parecía increíblemente lejos de Saboya bajo la nieve, de la casa de piedra sólida, del fuego de la chimenea. Añadían un leño, se compadecían, disfrutaban de sentirse a salvo. Juliette no se sentía así en absoluto. La trataban como a una convaleciente más que como a una enferma, hacían como si estuviese mejor pero ella sabía muy bien, en el fondo de sí misma, que no estaba mejor, que no era normal que te faltase el aire continuamente. Veía que Patrice se inquietaba y no quería inquietarle más. Me imagino que pensó en llamar a Étienne y que si no lo hizo no fue por no inquietarle, sabía que a él sí podía hacerlo, tanto como ella quisiera, sino porque llamar a Étienne era como tomar un medicamento extraordinariamente potente y eficaz, que uno se reserva para cuando sufra *mucho*. Sufría ya mucho, pero empezaba a intuir que no tardaría en ser aún peor.

Al día siguiente del regreso a Rosier, Patrice tuvo que llevarla al hospital. De noche, en urgencias, ella se ahogaba. Le diagnosticaron una complicación de la embolia: tenía agua en la pleura, que era lo que la comprimía y le entorpecía la respiración. Pasó el día de Año Nuevo en el hospital de Vienne. Le drenaron los pulmones, evacuaron el líquido.

De nuevo le dejaron volver a su casa y le dijeron que ahora debería sentirse mejor. De nuevo pasaron días sin que mejorase. De nuevo la hospitalizaron, esta vez en la unidad de neumología de Lyon-Sur. De nuevo le drenaron los pulmones, le evacuaron el líquido de la pleura, pero esta vez analizaron el líquido, encontraron en él células de metástasis y le anunciaron que de nuevo tenía cáncer.



Aquella mañana, Étienne había acompañado a su hijo mayor, Timodié, a la clase de tenis. Sentado en un banco, detrás de la verja, le miraba jugar cuando le sonó el teléfono en el bolsillo. Juliette dijo lo que tenía que decir, a quemarropa. No le temblaba la voz, estaba tranquila, nada que ver con la llamada asustada de socorro de la clínica protestante, un mes antes. Étienne también se zambulló en la calma, como él sabe hacerlo, anclándose entero en el fondo de sus entrañas. Pensó en acudir corriendo a Lyon— Sur, pero se lo pensó mejor, a la vez porque trabajaba aquel día, porque ella le había dicho que estaba con Patrice, porque prefería verla a solas y, por último, porque sabe por experiencia que la última hora de la tarde es el momento más difícil y también de mayor intimidad en una habitación de hospital.

Llegó después de la cena. Ella le vio acercarse hasta el pie de la cama, pero no más. No era cuestión de inclinarse sobre ella, de besarla, de apretarle el hombro o la mano. Sabía que durante todo el día ella había podido abandonarse en los brazos de Patrice, escuchar esas palabras tiernas, irrisorias, apaciguadoras que le murmuraba al oído y que se dicen a una niña que se despierta de una pesadilla: no tengas miedo, estoy aquí, cógeme de la mano, apriétala, mientras me la aprietes no te pasará nada malo. Con Patrice podía permitirse ser una niña: era su hombre. Con Étienne era distinto, y ella era otra mujer: una mujer con cabeza que dirigía su vida y reflexionaba sobre ella. Patrice era su descanso, no Étienne. Pero tenía que cuidar de Patrice, no de Étienne. Debía ser valiente con Patrice, mientras que con Étienne tenía derecho a lo que nos prohibimos ante las personas que amamos: el miedo, la desesperación.

Parecía tan tranquila como por la mañana, al teléfono. Los dos se quedaron callados un momento y después ella dijo que no era cáncer de pulmón, sino de mama. El origen estaba en la mama, el pulmón era una metástasis. Por la tarde le habían hecho una escintigrafía para saber si también estaba afectado el hueso, y el resultado había sido incierto o quizá todavía no se habían atrevido a decírselo. De todas formas, era maligno.

Étienne pensó en una frase que le había impresionado en un libro del biólogo Laurent Schwartz: la célula cancerosa es la única cosa viva inmortal. Pensó también: tiene treinta y tres años. En lugar de sentarse en la butaca, cerca de la cama, apoyó las posaderas lo más lejos posible de Juliette, en el enorme radiador de hierro que difundía en la habitación un calor sofocante. Como ella ya no decía nada, habló él. Le dijo que a partir de aquel momento todo iba a cambiar todos los días: los tratamientos, los protocolos, las esperanzas, las falsas esperanzas, es lo más duro de la enfermedad y tenía que prepararse. Le dijo que limitase al máximo las visitas de personas bienintencionadas que lo único que hacían era robarte energía. Le dijo que lo esencial era aguantar día tras día. Ahorrar energías. Si se encontraba lo





bastante bien para pensar en reanudar su trabajo, se acabó. Vienne, demasiado pesado, tendría que pedir el traslado a Lyon, como él. Fue muy autoritario a este respecto, llegó incluso a proponerle escribir él la carta y hablar del asunto con el primer presidente del tribunal de apelación, en Grenoble. No volvió a hablar de las niñas, ni de que se preparase para dejarlas, ni de prepararlas a ellas. Sabía que era en lo que pensaba Juliette, pero no tenía que decir por el momento nada más que lo que le había dicho la otra vez, en la clínica protestante, y se calló.

Hubo aún otro silencio y luego Juliette dijo que no quería que la desposeyeran de su enfermedad, como habían hecho a los dieciséis años. Sus padres habían puesto todo su amor, toda su energía, toda su ciencia en protegerla, si hubieran podido habrían sufrido el cáncer en su lugar, pero ella ya no quería que otros lo sufrieran por ella. Quería vivirlo plenamente, hasta la muerte, si es lo que la esperaba al final, como parecía probable, y contaba con Étienne para que la ayudase.

¿Te acuerdas de la primera noche de tu enfermedad, la primera vez?, le preguntó él. ¿La noche siguiente al día en que te dijeron que tenías cáncer?

No, Juliette no se acordaba. No se acordaba de haber oído las palabras: tienes cáncer. Tampoco se acordaba de haber comprendido, posteriormente, que lo que había tenido era un cáncer. Lo había comprendido, forzosamente, puesto que lo sabía, pero se le escapaba el momento en que había pasado de la ignorancia o de la confusión al conocimiento, el momento en que había sido pronunciada la palabra. ¿Comprendes lo que yo llamo verme desposeída de mi enfermedad?

Muy bien, dijo Étienne. Entonces tu primera noche es ésta. Voy a hablarte de la mía, es importante.

Ya he contado que al final de mi primer encuentro con Étienne, al cabo de dos horas de monólogo, del que salí con la sensación de que me habían metido el cerebro en una centrifugadora, se volvió hacia mí y me dijo: esta historia de la primera noche es quizá para usted, piénselo. Lo pensé y me puse a escribir este libro. Él volvió a hablar del asunto después de nuestra primera entrevista a solas, y yo anoté con la mayor precisión que pude el relato de aquella noche en el Instituto Curie, con la rata que le devora y la frase misteriosa que le salva por la mañana. No entendí mucho de la historia pero pensé que sí, que era importante, y que volveríamos a hablarlo un día u otro, y que entonces quizá lo comprendiese mejor. Y hete aquí: tres meses más tarde, siempre en la cocina a cuya mesa nos sentamos delante de un café solo, me cuenta su visita a Juliette el día en que ella supo que tenía cáncer. Él me repite lo que le dijo a ella, y yo le escucho ávidamente pero la frase salvadora se me sigue escapando. Tomo notas. Al día siguiente busco en mi libreta anterior las que había tomado la primera vez. Son idénticas. Son, prácticamente, las mismas frases decepcionantes, privadas del fulgor de oráculo que brillaba, dice Étienne, en *La verdadera frase*. Pienso, desalentado: si no se ha vivido esta experiencia no se puede hablar de ella, y ni siquiera él, que la ha vivido, encuentra las palabras. Hojeo la libreta, me topo, algunas páginas más adelante, con otra frase, copiada de *Bajo el signo de Marte*, que yo releía entonces: «Como es



sabido, los tumores cancerosos no duelen por ellos mismos; los que duelen son los órganos sanos que son comprimidos por los tumores cancerosos. Creo que puede aplicarse esta misma explicación a la enfermedad del alma: *todo lo que me duele es mío.*» Vuelvo a las frases de Étienne, por ejemplo a la siguiente: «Mi enfermedad forma parte de mí. Soy yo. Así que no puedo odiarla.» Se parece, pero no es del todo igual.

Fritz Zorn hunde el clavo más adentro: «La herencia de mis padres en mí es como un gigantesco tumor canceroso; todo lo que sufre por su causa, mi miseria, mi tormento y mi desesperación, soy yo.» Étienne no dice esto, no dice que una neurosis familiar o social haya adquirido la forma de un tumor que pesa sobre su alma, pero dice y repite en todos los tonos: mi enfermedad soy yo. No es exterior a mí. Ahora bien, lo que dice aquí, lo que dice en todo caso algo o alguien en el fondo de él mismo, es lo contrario de lo que dice a la luz del día, en voz alta. A la luz del día, en voz alta, dice lo mismo que Susan Sontag, que ha escrito al respecto un ensayo hermoso y digno, *La enfermedad y sus metáforas*: la explicación psíquica del cáncer es a la vez un mito sin fundamento científico y una vileza moral, porque culpabiliza a los enfermos. Esto es la tesis oficial, la línea del partido. En la oscuridad, en cambio, dice lo que dicen Fritz Zorn o Pierre Cazenave: que su cáncer no era un agresor externo sino una parte de él, un enemigo íntimo y quizá ni siquiera un enemigo. La primera forma de pensar es racional, la segunda es mágica. Puede sostenerse que llegar a hacerse adulto, a lo cual supuestamente ayuda el psicoanálisis, es abandonar el pensamiento mágico para adoptar el pensamiento racional, pero también se puede sostener que no hay que abandonar nada, que lo que es verdad en una planta del alma no lo es en otra, y que hay que habitar en todos los pisos, desde el sótano al desván. Tengo la impresión de que es lo que hace Étienne.

Antes de dejar a Juliette, le dijo: no sé lo que va a pasar esta noche, pero va a pasar algo. Mañana serás distinta. Cuando volvió, a la misma hora de la tarde del día siguiente, ella tenía la cara descompuesta. Le dijo: no ha funcionado. No he conseguido esa especie de conversión de la que hablas. No consigo ver la enfermedad como tú, en realidad no he entendido bien cómo la veas tú. Es ridículo, pero yo la veo ahí, como algo que me acecha en esa butaca.

Le mostró la butaca de escay negro, con tubos de metal, donde aquella tarde él no se había sentado, optando por el radiador.

(Al leer esta página, tres años más tarde, Étienne me dijo que aquella cosa agazapada en la butaca, al acecho, le había hecho pensar en mi zorro, en el sofá de François Roustang. Yo pienso, por mi parte, que Juliette dijo aquel día lo contrario de lo que dice Étienne: mi enfermedad es externa. Me mata, pero no soy yo. Y también creo que ella nunca la vio de otra manera.) Pues bien, has vivido tu primera noche, le dijo Étienne. Empiezas tu relación con la enfermedad. Le has cedido un espacio, no todo el espacio. Está bien.



Juliette no pareció convencida. Suspiró, como alguien que ha suspendido un examen y que prefiere no hablar de él, y luego dijo, tristemente: mis hijas no se acordarán de mí.

Tú tampoco te acuerdas de tu madre cuando eras pequeña. Ni yo de la mía. Ya no vemos la cara que tenían. Sin embargo, nos habitan.

Se acuerda de estas palabras que, dice, se le ocurrieron sin pensarlo. Y, también sin pensarlo, le digo: me has hablado mucho de tu padre, pero no de tu madre. Háblame de ella. Me mira un poco asombrado, guarda un momento de silencio, aparentemente no se le ocurre nada, y después se lanza. Cuenta una infancia solitaria en Jerusalén, donde el abuelo dirigía el hospital francés. La nieta no iba a la escuela, su madre le daba clases. Durante mucho tiempo sólo conoció del mundo un círculo familiar ansioso y recluso. El padre de Étienne también fue educado en una gran soledad, fueron dos soledades que se encontraron. Ella amó con todo el amor de que era capaz a aquel hombre excéntrico, insumiso, desgraciado. Supo proteger a los hijos de la depresión de su marido, transmitirles una libertad y una aptitud para la felicidad que ella y él no poseían, y Étienne la admira por ello. Era el tercero de los hermanos. Antes de su nacimiento, el segundo, Jean-Pierre, murió a la edad de un año de una insuficiencia respiratoria. Murió asfixiado en el hospital donde lo ingresaron, con un sufrimiento atroz e incomprensible, lejos de su madre, a la que prohibieron quedarse a su lado y que durante el resto de su vida no dejó de pensar en ello: en su pequeño bebé muerto totalmente solo, sin ella. Es lo que te puedo contar de mi madre, dice Étienne.

Juliette pidió a los médicos de Lyon-Sur que fueran francos con ella, y ellos lo fueron. Le dijeron que no tenía cura, que moriría del cáncer, que no podían predecir el tiempo que le quedaba pero que a priori podía contarse en años. Era de esperar que esos años los pasase muy medicada y que la calidad de su vida disminuyera en consecuencia. Tenía un marido, tres niñas a las que acompañar hasta donde fuera posible, había que aprovecharlo y decidió someterse con docilidad a los tratamientos. Una semana después del diagnóstico, empezó la quimioterapia y la herceptina, que le administraban a razón de una sesión semanal en el hospital de día. Esto era para el cáncer. Para sus dificultades respiratorias, los anticoagulantes, por desgracia, habían demostrado su insuficiencia, tenía los pulmones deshechos — de cartón, había dicho el radiólogo, moviendo la cabeza con tristeza: nunca había visto a una mujer de esta edad en tal estado—, no había más remedio que recurrir a los aparatos. Así pues, enviaron a Rosier, depositadas sobre una carretilla para transportarlas de la camioneta a la casa, dos enormes bombonas de oxígeno, una para la habitación y otra para la sala. Había un cursor para regular el caudal, un tubo largo, una especie de gafas que pasaban por detrás de las orejas y dos tubitos que entraban en la nariz. En cuanto sentía que se acercaba uno de los accesos de asfixia, Juliette se conectaba y notaba un alivio inmediato. Conservaban la vaga



esperanza de que esta ayuda fuese provisional, de que los tratamientos anticancerosos hicieran también efecto en este frente, pero, por el contrario, recurrió cada vez más al aparato, hacia el final lo usaba casi todo el tiempo, y la afligía la idea de que sus hijas conservasen de ella aquella imagen de enferma, o de criatura de ciencia ficción.

Cuando Amélie le preguntó: mamá, ¿te vas a morir?, ella optó por ser tan franca como los médicos habían sido con ella. Le dijo: sí, todo el mundo se muere algún día, también Clara, Diane y tú os moriréis, pero dentro de mucho, muchísimo tiempo, y papá también. Yo no me moriré dentro de muchísimo tiempo, pero sí dentro de un pequeño mucho tiempo.

¿Dentro de cuánto?

Los médicos no lo saben, pero no enseguida. Te lo prometo, no enseguida. Así que no hay que tener miedo.

Amélie y Clara lo tenían, por fuerza, pero menos, pienso, que si les hubiera mentido. Y, en cierto modo, estas palabras que tranquilizaban a las dos niñas y les permitía continuar seguir llevando su vida de niñas, cumplían la misma función con su padre. Patrice vive en el presente. Practica espontáneamente lo que los sabios de todas las épocas consideran el secreto de la felicidad, estar aquí y ahora, sin añorar el pasado ni preocuparse por el futuro.

Todos admitimos en teoría que es inútil inquietarse por problemas que amenazan con presentarse dentro de cinco años, porque no sabemos si se presentarán ni si estaremos aquí para afrontarlos. Admitirlo, de todos modos, no nos impide preocuparnos. Patrice, en cambio, se despreocupa. Esta despreocupación va emparejada con el candor, la confianza, el abandono, todas las virtudes ensalzadas en las bienaventuranzas, y estoy seguro de que esto que escribo aquí le dejará perplejo, hasta tal punto es intransigente su cultura laica, y en cambio me asombra que unos cristianos fervientes como sus suegros no vean que la actitud ante la vida de este anticlerical primario es simplemente el espíritu del Evangelio. Al igual que un niño se repite, en el fondo de su cama, una fórmula mágica que le apacigua, al igual que sus hijas, Patrice se repetía: no enseguida. Dentro de tres, cuatro, cinco años, Juliette se volverá cada vez más frágil, cada vez más dependiente, y la tarea de él consistirá en ocuparse de ella, ayudarla, transportarla en brazos como lo hacía desde el principio. No quiero ser demasiado idílico, el insomnio y la angustia hicieron estragos en Patrice como lo habrían hecho en cualquiera, pero creo, porque me lo ha dicho, que muy pronto puso en práctica este programa: estar allí, transportar a Juliette, vivir el tiempo de vida juntos que se les concedía y pensar lo menos posible en el momento en que acabase, y aplicar este programa les ayudó inmensamente a todos, a él, a ella y a sus hijas.



Cuando se enteró de la enfermedad de Juliette, la madre de Patrice se sacó de la manga un investigador heterodoxo llamado Beljanski, cuyos medicamentos a base de plantas habrían curado —curado, no sólo aliviado— a cancerosos y enfermos de sida. Turbado por los testimonios que su madre citaba, aunque sólo creía en ellos a medias y quizá aún me— nos, Patrice prefirió no descartar nada y quiso convencer a Juliette de que tomara, paralelamente a los tratamientos químicos, aquellas pastillas que les podía facilitar un médico de familia. Hija digna de sus padres, ella respondió que se sabría si existiese una píldora milagrosa contra el cáncer o el sida. Digno hijo de los suyos, Patrice le explicó que si no se conocía mejor su existencia era porque el descubrimiento de Beljanski amenazaba los intereses de los laboratorios, que hacían todo lo posible por silenciarlo. Esta clase de comentarios exasperaban a Juliette. Era un viejo objeto de disputa entre ellos. A ella le horrorizaban las teorías del complot y él reconocía de buen grado que les daba crédito. Patrice se batió en retirada, pero no por ello renunció: aunque no creyese en ella, le pedía que probase la medicina *por él*: para que no se reprochara, si ella moría, haber desperdiciado una posibilidad, por ínfima que fuera, de salvarla. Ella suspiró: si es para que te sientas bien es distinto; conforme. El médico de familia llegó con las cápsulas, explicó el protocolo y Juliette se avino con tanta reticencia que no se atrevía a confesárselo a sus propios médicos. Cuando acabó decidiéndose, temiendo que el tratamiento de Beljanski tuviera un efecto contraproducente sobre la herceptina, sólo le dijeron, encogiéndose de hombros, que era un complemento alimenticio que, si no le beneficiaba, tampoco le haría daño. Dejó de tomarlo al cabo de unas cuantas semanas y Patrice no tuvo ánimos para insistir.

Estaba agotada, dormía mal y durante el día era raro que transcurriera una hora sin recurrir a la ayuda de la bombona. No faltaba ninguna de las pequeñas miserias que acompañan a una gran enfermedad: un día, una alergia al port-a-cath, esa caja que se coloca debajo de la piel para facilitar las inyecciones, otro, una trombosis que le ponía el brazo morado hasta el hombro, y de nuevo había que hospitalizarla de urgencia. Según los médicos, sin embargo, soportaba bien la quimioterapia, mejor de lo que ella se había temido, mejor de lo que Étienne, al recordar la suya, se temía por ella. Era alentador. Patrice se consentía pensar: ¿y si diese resultado, al fin y al cabo? ¿Si los médicos, por honestidad, para no dar esperanzas que podían frustrarse, habían sido demasiado pesimistas? ¿Si, al menos, Juliette experimentaba una larga remisión, sin excesivos tratamientos, sin demasiados sufrimientos? Si las cosas mejoraban, podrían hacer cosas: paseos por el bosque, comidas campestres.

Hubo una especie de mejoría en el mes de febrero, y por eso Juliette aceptó que Hélène, Rodrigue y yo fuéramos a verla, con la peluca en el equipaje. Juliette, que siempre había llevado el pelo largo y tenía una espesa melena negra, acababa de cortárselo, pero aún no había empezado a perderlo y a tener realmente, según sus propias palabras, su aspecto de cancerosa. Unos días después de nuestra visita, Patrice le cortó el pelo. A partir de entonces lo hacía una vez a la semana, pasando la maquinilla con mucho cuidado para que el cráneo no quedase áspero. Era un momento muy íntimo entre ellos, muy dulce, dice él. Guardaban a que las niñas no



estuvieran, les gustaba disponer de tiempo, lo alargaban. Pienso: como una pareja que se reúne para hacer el amor a primera hora de la tarde.

A diferencia de Étienne, al que le gusta hablar de sexo, sin chocarrería, hasta el punto de convertirlo en un preámbulo para que una conversación merezca este nombre, Patrice es bastante mojigato, y me sorprendió descubrir, hojeando las láminas de una de sus historietas llenas de princesas gráciles y caballeros valientes, a un ángel dotado de una polla totalmente explícita. Ahora bien, cuando le pregunto al respecto me responde sin cortarse que durante el embarazo y después del nacimiento de Diane, el deseo entre ellos estaba adormecido, que aumentó poco a poco en el otoño y que esto les hizo muy felices, pero que enseguida ella empezó a estar cada vez más cansada: tenía problemas respiratorios, después vino la embolia, luego, en fin... Volvieron a hacer el amor una sola vez, justo después de anunciado el cáncer. Estaban los dos torpes, desacompañados. Él tenía miedo de hacerle daño. No sabía que era la última vez. Aparte del sexo propiamente dicho, desde el principio habían mantenido una relación de ternura muy fusional. Se tocaban mucho, dormían acurrucados el uno contra el otro, en cuchara. Cuando él se volvía, ella también lo hacía en el sueño, ayudando a las piernas con las manos, y se encontraban en la misma posición, pero invertida: él se había dormido vuelto contra la espalda de ella, cuando él se despertaba ella se apretaba contra su espalda, con las rodillas plegadas en el hueco de las de él. La enfermedad hizo esto imposible: estaba la bombona de oxígeno, ella tenía que dormir incorporada, en casa era lo mismo que en una habitación de hospital. Echaban de menos esta intimidad nocturna que nunca les había faltado a lo largo de su vida en común, pero seguían cogiéndose de la mano, buscándose en la oscuridad y, aunque la superficie de contacto hubiese disminuido, Patrice no recuerda ni una sola noche, hasta la última, en que un poco de la piel de uno no hubiera tocado un poco de la piel del otro.

Tuvieron que reconocer que el primer chequeo, a finales de febrero, fue decepcionante. No había nuevas metástasis, el cáncer no progresaba, pero tampoco retrocedía. Es lo fastidioso de los pacientes jóvenes, dijo un médico: las células proliferan más rápido. Francamente, no confiaban ya en el tratamiento, que decidieron continuar sin gran convicción y un poco, pensó Juliette, porque no sabían qué otra cosa se podía hacer.

En el trayecto de vuelta, le dijo a Patrice que ya estaba cansada de hacer el avestruz. Ahora tenía que prepararse.





No intentó ocultar su enfermedad a la gente que la rodeaba. Después de la embolia, ya le había dicho a su vecina Anne-Cécile: escucha, me he asustado mucho, creí que era grave, parece ser que no pero si lo fuera tienes que saber que cuento contigo respecto a las niñas. Cuando, un mes más tarde, le comunicaron el diagnóstico, puso a sus amigos al corriente, a su manera clara y concluyente: tengo cáncer, no estoy segura de salir de ésta, voy a necesitaros. Patrice y ella formaban con otras dos parejas del pueblo, Philippe y Anne-Cécile, Christine y Laurent, un pequeño grupo estrechamente unido. Tenían hijos de la misma edad, el mismo estilo de vida. Todos eran de otra parte, nadie era de Rosier, por lo demás muy poca gente de Rosier es de Rosier, y sin duda por eso los recién llegados se integran fácilmente. Esta sociedad me recordaba la que yo había conocido en la región de Gex y, cuando iba a tomar el café en casa de unos y otros, en aquellas casas nuevas, amuebladas con el mismo estilo alegre y sin pretensiones, con buzones adornados por una pegatina humorística dibujada por Patrice para rechazar la publicidad, podía crearme de nuevo en la época en que recogía los testimonios de los amigos de Florence y Jean-Claude Romand. Hacían barbacoas en los jardines, se intercambiaban el cuidado de los niños y los DVD: películas de acción para los chicos, comedias románticas para las chicas, que Patrice y Juliette veían en la pantalla del ordenador porque eran los únicos en el pueblo que no tenían televisión. Esta opción militante, heredada de la familia de él, era objeto en su círculo de bromas recurrentes, como la propensión de Patrice a tomar al pie de la letra cosas que se decían en sentido figurado. Philippe y él formaban un dúo muy eficaz, el falso cínico y el idealista soñador, y Patrice reconoce sonriendo que a veces, bajo la mirada afectuosa de las otras mujeres, exageraba un poco su papel de Rantanplan.<sup>10</sup> Unas semanas antes de que Juliette hablase de su cáncer, Anne-Cécile había anunciado una gran noticia: estaba embarazada. Recuerda como algo especialmente horrible la evolución paralela de su embarazo y la enfermedad de su vecina. Las dos sufrían náuseas, pero las de Juliette se las causaba la quimioterapia. Una portaba la vida, la otra la muerte. Para recibir a su cuarto hijo, Anne-Cécile y Philippe habían emprendido grandes obras en su casa, y Patrice y Juliette hablaron también de hacerlas, de derribar tabiques, volver a pintar la casa, transformar el sótano en un auténtico despacho. Los cuatro habían charlado al respecto, extendiendo sobre la mesa planos, catálogos, muestrarios de colores, y ahora para ellos era extemporáneo. Anne-Cécile y Philippe se avergonzaban de ser felices, de crecer y prosperar mientras que la desgracia se había abatido sobre sus amigos, cuya vida hasta entonces había sido tan parecida a la suya. Anne-Cécile se decía que si hubiera estado en el lugar de Juliette sin duda le habría guardado rencor, y acabó ocurriendo lo que ocurre a menudo en estos casos: incomodidad, un tono más envarado, visitas cada vez más espaciadas. Pero comprendió que Juliette no le guardaba rencor en

---

<sup>10</sup> Serie televisiva francesa de dibujos animados cuyo protagonista es un perro bastante tontaina. (N. del T.)



absoluto por su felicidad, que se interesaba de verdad por su embarazo, sus proyectos para el futuro, que era posible hablar de ellos sin que resultara ridículo o inoportuno, y que para ser útil no hacía falta tener una expresión triste.

Una noche de marzo, Patrice y Juliette pasaron por su casa bastante tarde, sin previo aviso, al volver de una cena en el restaurante chino de Vienne. Jacques y Marie-Aude habían ido a pasar unos días, hacían de canguro de las niñas y les habían animado a que salieran solos. Se sentaron los cuatro en el salón, reavivaron el fuego, Anne-Cécile propuso una infusión y Philippe un whisky. Juliette esperó a que todos estuviesen bien instalados para decir que el último chequeo había sido malo, que Patrice y ella habían hablado durante la cena de dos cosas importantes y que ella quería decírselas a ellos. La primera se refería a su entierro. Anne-Cécile y Philippe tuvieron el tacto de contener una exclamación y estoy seguro de que Juliette se lo agradeció. Patrice no es creyente, dijo, yo no sé si lo soy, es complicado, pero vosotros lo sois. Sois nuestros únicos amigos creyentes y me gusta la manera de vivir vuestra fe. Lo he pensado y prefiero un entierro cristiano: es menos siniestro, permite reunirse a la gente y además de lo contrario será muy duro para mis padres, no puedo hacerles esa mala pasada. Así que quisiera que os ocupaseis vosotros. ¿De acuerdo? De acuerdo, respondió Anne-Cécile con la voz más neutra posible, y Philippe, siempre con su fría ironía, añadió: haremos como si fuera para nosotros.

Bien, ahora la segunda cosa. Sé que si muero Diane no tendrá recuerdos de mí. Amelie sí, Clara unos pocos, Diane no, y me cuesta mucho aceptarlo. Patrice saca fotos, por supuesto, pero tú, Philippe, eres buenísimo para eso. Quisiera que me fotografíes todo lo posible, a partir de ahora. Si sacas muchas fotos, quizá haya algunas no demasiado feas.

Philippe dijo que sí y así lo hizo. Pero lo que era terrible, recuerda, es que el simple gesto de sacar la cámara y enfocarla con ella empezó a significar: vas a morir.

Todo tenía que quedar dispuesto, los expedientes en orden, como en la víspera de las vacaciones judiciales, y tenía miedo de que no le diese tiempo. No sabía exactamente cuánto le quedaba, pero poco, en cualquier caso. Repartió las tareas entre sus amigos, preguntó a cada uno qué podía darle y cuando una cosa había sido dicha, dicha quedaba, no la repetía. Philippe era el encargado de las fotos y de la misa. Anne-Cécile, que es logopeda, se ocuparía de la pequeña dificultad en el habla de Clara, y Christine, que es profesora, de la orientación escolar. Laurent, director de recursos humanos en una empresa, fue ascendido a consejero para asuntos de dinero: indemnización por defunción, hipoteca de la casa, cobertura social de Patrice y las niñas, lo cual preocupaba enormemente a Juliette. Examinó con él las dos opciones, defunción a corto plazo o larga enfermedad. La segunda la inquietaba quizá más, desde el punto de vista económico, porque las bajas por larga



enfermedad implican una reducción del sueldo, y el presupuesto familiar era ya muy justo. Una solución era hacer trampa, trabajar una semana y ausentarse la siguiente; otra era obtener una cuarta parte de tiempo terapéutico, pero temía no tener fuerzas para eso. En el caso de defunción, el seguro pagaría la hipoteca de la casa, y el consejero de la caja de previsión de la justicia, a quien ella y Laurent fueron a ver juntos, les dijo que Patrice estaría cubierto durante dos años. Pero ¿después?

También a él le preparaba para la vida que le esperaba sin ella. Al principio él se negaba a mantener estas conversaciones que le parecían morbosas, pero se dio cuenta de que les hacían bien a los dos, y casi llegó a aguardarlas con placer: relajaban la tensión y Juliette estaba después más tranquila. Había una especie de dulzura muy conyugal y que, en algunos instantes, le parecía totalmente irreal, en sentarse a la mesa, debajo de la lámpara, para hablar de esto. En su pareja, era ella la que trabajaba fuera y él el que se ocupaba de la intendencia, no hacían falta consignas para la vida doméstica pero ella se empeñaba, de todos modos, en pasar revista a todo, como un propietario un poco maniático que explica a su inquilino el sitio de cada cosa en la casa, qué días hay que sacar la basura y cuándo habrá que renovar el contrato de mantenimiento de la caldera. El más penoso fue el día en que abordó la cuestión de las vacaciones de verano. Ya las había organizado y previsto que las niñas pasaran algunas semanas en cada una de las dos familias. Pensaba que a Patrice le vendría bien disponer de un tiempo para descansar: aquel verano sería duro para él. Al comprender que ella se refería al verano próximo, él tuvo un momento de vértigo que ella captó. Le cogió de la mano, dijo que hablaba *en el caso de que*, pero ninguno de los dos se engañaba.

Volví a pensar en aquel verano, que ya hemos dejado atrás, cuando Patrice me contó esto. Clara y Amélie pasaron una semana con nosotros, como Juliette había previsto, e hicimos lo posible por distraerlas. Clara se aferraba a Hélène. En un cuaderno con tapas, con su bonita letra escrupulosa, Amélie empezó una novela cuya heroína era, por supuesto, una princesa, y de la que recuerdo la primera frase: «Erase una vez una madre que tenía tres hijas.» Y, de repente, estas imágenes que eran para mí recuerdos me las representé como anticipaciones. Unos meses antes, Juliette había imaginado aquellos paseos en bicicleta, aquellos baños, aquellos mimos impregnados de pena, pensando: yo ya no estaré aquí. Será el primer verano de mis hijas sin mí.

En un momento de la temporada que pasé en el juzgado de primera instancia, la señora Dupraz, la secretaria con la que Juliette se entendía mejor, me habló de la tutela de menores, de las que se ocupaban las dos todos los martes. Cuando en una familia muere uno de los progenitores y deja una herencia a sus hijos, el juez de tutelas tiene por misión salvaguardar sus intereses y para ello controlar el uso del capital que hace el cónyuge superviviente. Debe darle cuenta un mes o dos después de la muerte del consorte, y algunos toman a mal lo que consideran una injerencia



en la vida familiar. Lo cierto es que el viudo o la viuda no pueden sacar un céntimo de la cuenta de su hijo sin la autorización del juez, y los bancos son a este respecto tanto más estrictos porque en el caso de que incumplan esta normativa pueden ser condenados a reembolsar la suma. La mayoría de las peticiones no plantean problemas y Juliette adquirió pronto la costumbre de firmar fajos enteros de mandamientos judiciales en junio, para las vacaciones, y en diciembre, para los regalos navideños. Pero a veces ocurre que la frontera entre el interés del niño y el del adulto no está clara. Se puede autorizar la reparación de un tejado porque es mejor para el niño tener un techo sin goteras sobre su cabeza. Pero también es mejor para él tener un padre al que no le persigan los ujieres, ¿y esto significa que su capital puede servir para saldar las deudas paternas? Esto compete a la capacidad de apreciación del juez y hace falta mucho tacto para que estos arbitrajes se hagan con la menor interferencia posible. Juliette, me dijo la señora Dupraz, destacaba en esta justicia tan humana, con la que Patrice acaba de tener contacto. Pensando en él, Dupraz se acordó emocionada de un joven al que habían recibido para la apertura de su expediente. Acababa de perder a su mujer, tenían dos hijos pequeños, y su forma de hablar de ella y de ellos, la nobleza y la simplicidad de su aflicción las habían conmovido. Además era guapo, tan guapo que entre ellas pasó a ser una broma ritual decir: oye, a ése habría que citarle más a menudo. Me pregunto si Juliette, antes de morir, evocaría este episodio, recordaría a aquel joven viudo tan guapo, tan dulce, tan desvalido. Me pregunto si imaginó la entrevista que tendría Patrice en este despacho del juez de tutelas que había sido el suyo, y la impresión que causaría a la persona que lo ocupase, dos o tres meses después de su muerte. Sin duda.

Philippe, que dos o tres veces por semana tiene por costumbre salir a correr temprano por la mañana, convenció a Patrice de que le acompañara: le despejaría la cabeza. Corrían por todos los caminos del campo alrededor de Rosier, a un ritmo muy lento, a la vez porque Patrice no estaba entrenado y para poder hablar. Patrice confiaba a Philippe lo que no se atrevía a decirle a Juliette. Se reprochaba no apoyarla más, huir de ella en algunos momentos. También era penoso estar los dos todo el tiempo en casa, ella postrada en el sofá de la sala con su bombona de oxígeno, tratando de leer, dormitando, sufriendo y, por otra parte, sin reclamar la presencia de Patrice, que, refugiado en el sótano, en el cuarto que le servía de taller, fingía vagamente que trabajaba y en realidad se aturdía con videojuegos. Martin, el hijo de Laurent y Christine, iba a verle algunas veces y se pasaban horas intentando despegar con aviones o disparando bazucas contra huestes de enemigos. A Juliette no le gustaba que perdiese el tiempo de aquel modo, pero al mismo tiempo se daba cuenta de que él necesitaba aquella anestesia. En cuanto se detenía, el carrusel volvía a dar vueltas en su cabeza: miedo, piedad, vergüenza, amor ilimitado y luego las preguntas sin respuesta. Ya no: ¿se va a morir?, sino: ¿cuándo se morirá? ¿Podríamos haber hecho algo para evitarlo? Si hubieran detectado el tumor antes, ¿habría cambiado algo? ¿El primer cáncer no había tenido algo que ver con Chernóbil, y el segundo con la línea de alta tensión que se encontraba a cincuenta metros de su casa anterior? Había leído un estudio muy alarmante sobre el tema en



la revista *Sortir du nucléaire*, a la que estaba suscrito. Este tipo de elucubraciones desquiciaban a los padres de Juliette, según dicen ellos, y Patrice había aprendido a no decir ni pío sobre estos temas, pero los seguía rumiando, y hacerlo le minaba.

Philippe se inquietaba al escucharle. Temía que no soportase el golpe, que a la muerte de Juliette no consiguiera salir adelante. Philippe, a su vez, piensa que él mismo no lo aguantaría: si se muriese Anne-Cécile, el mundo se derrumbaría para él, no sólo sería infeliz, sino que estaría perdido. No sabría manejarse. Y Philippe, hoy, admira tanto más a Patrice al ver que aguanta el golpe, que sale adelante, que se maneja. Al que se asombra, Patrice le dice: yo me tomo la vida como viene. Tengo tres hijas que educar y las educo. Es muy raro verle deprimido. Aguanta. Me descubro ante él, dice Philippe.

Aparte de las misiones que les asignaba, Juliette, por su parte, se confió poco a sus amigos, si por confiarse se entiende decir cosas que es inútil decir, cosas respecto a las cuales el otro no puede hacer nada. Esto para ella habría sido quejarse, y no quería quejarse. Cuando Christine o Anne-Cécile, por la tarde, pasaban a tomar una taza de té y a charlar, decía que los días transcurrían lentamente, entre la butaca y el sofá, en una siesta perpetua constelada de náuseas, que no tenía fuerzas para leer, apenas para ver una película de vez en cuando, que la vida se encogía y que no era divertido, pero no se extendía más sobre el asunto, ¿para qué? Sufría, y lo confesaba, por no poder ocuparse más de las niñas. Y no hablemos ya de ir a ver bailar a Amélie en el teatro de Vienne; estaba tan agotada que ni siquiera conseguía leerles cuentos. Aunque habría tenido que aprovechar aquellos momentos que eran sin duda los últimos de su vida juntos, por la noche sólo tenía un deseo, que ellas dejaran de alborotar, que Patrice las acostara y se durmiesen. Esto la entristecía mucho. Y a este respecto ella, que no repetía nunca sus instrucciones, volvía una y otra vez a la carga: les hablarás de mí, ¿eh? ¿Les dirás que luché? ¿Que hice todo lo que pude para no dejarlas?

Le preocupaban también sus padres. Si sólo hubiese dependido de ellos, habrían ido a instalarse a Rosier para rodearla, en la impotencia espantosa a la que se veían reducidos, estar presentes al menos, estar cerca de ella, pero al cabo de unos días Juliette prefería que se fueran. Por muchos esfuerzos que hicieran, su opinión de Patrice la hería, el malestar de Patrice la humillaba, y además aquél no era su sitio. Su presencia habría vuelto a convertirla en la niña que ya no quería ser, la niña a la que quince años antes habían protegido del primer cáncer. Al decir «mi familia», pensaba en la que ella había creado, no en la familia donde había nacido. El tiempo y la energía disminuían, hacía en su vida la elección de lo que había elegido, no de lo que había heredado. Sin embargo, amaba a sus padres. Sabía lo doloroso que era para ellos que les mantuvieran al margen de su muerte, también a ellos habría querido ayudarlos, pero no sabía cómo, y Christine y Anne-Cécile tampoco habrían sabido cómo hacerlo en su lugar.

Sus amigas estaban bien dispuestas, como ellas decían, a *hablar*, pero cada vez que hacían alusión a la angustia que debía de embargarla frente a la enfermedad, las rechazaba diciendo: no, estoy bien. Para esas cosas tengo a Étienne.



Un día le dije a Étienne: yo no conocía a Juliette, este duelo no es el mío, nada me autoriza a hablar de él. Me respondió: es eso lo que te autoriza, y en mi caso, en cierto modo, ocurre lo mismo. Su enfermedad no era la mía. Cuando me lo anunció, pensé: ¡uf!, es ella, no yo, y quizá porque pensé esto, porque no me avergoncé de pensarlo, pude hacerle un poco de bien. En algún momento, para que ella me sintiera más presente, quise acordarme de mi segundo cáncer, del miedo que tenía a la muerte, de la soledad aterradora..., y no dio resultado. Podía pensar en él, por supuesto, pero no sentirlo. Me dije: tanto mejor. Era ella la que iba a morir, no yo. Su muerte me trastornaba como pocas cosas me han trastornado en mi vida, pero no me invadía. Yo estaba delante de ella, cerca de ella, pero en mi lugar.

Nunca era él quien telefoneaba, sino ella. Él no le decía nada reconfortante, pero ella podía decirle todo sin miedo a hacerle daño. Todo, es decir, el horror. El horror moral de imaginar el mundo sin ella, de saber que no vería crecer a sus hijas, pero también el horror físico, que cada vez ocupaba más espacio. El horror del cuerpo que se rebela porque siente que va a ser aniquilado. El horror de saber en cada chequeo algo nuevo que cambia la situación siempre a peor: tratas de pensar que no puede ser que *sólo* haya malas noticias, pero sí. El horror de los tratamientos, de sufrir sin cesar y para nada, sin esperanza de curarse, sólo para tardar más tiempo en palmarla. En el mes de abril le dijo: no puedo más, es demasiado duro, lo dejo. Él respondió: estás en tu derecho. Has hecho todo lo que has podido, nadie puede pedirte que sigas. Déjalo, si quieres.

La autorización de Étienne la ayudó. La tenía en reserva, como una ampolla de cianuro cuando existe riesgo de tortura, y decidió continuar un poco más. Esperaba sentirse aliviada el día en que los médicos le dijeran: escuche, ya no hay nada que hacer, ahora la dejamos tranquila, y le sorprendió sentirse tan abrumada cuando el día llegó, en el mes de mayo. Le comunicaron que interrumpían la herceptina, que le creaba problemas cardíacos sin que en contrapartida se observasen efectos beneficiosos. No se lo dijeron tan abiertamente como ella se había imaginado, pero equivalía a tirar la toalla, y Juliette, que ya no pensaba en años, sino en meses de plazo, comprendió que ahora era cuestión de semanas, quizá de días.





Justo después de que dejaran de administrarle herceptina, Patrice y ella tuvieron una disputa violenta a propósito del referéndum sobre la Constitución Europea. Patrice se había movilizado en favor del «no» hasta el punto de abandonar los videojuegos por los foros de Internet. Era su nueva droga. Subía del sótano con documentos encontrados en el sitio de Attac, impresos y subrayados con rotulador. Se podía y había que oponerse, alegaba, al reino sin reparto del liberalismo, que era perverso presentar como una fatalidad. Juliette le dejaba hablar sin expresar su opinión, y él se acordaba de su silencio en la época de la primera guerra del Golfo, cuando acababan de conocerse. Él estaba en contra de la intervención, denunciaba la manipulación mediática y, como ella se callaba, pensaba que lo aprobaba hasta que, puesta entre la espada y la pared, Juliette reconoció que no. Sin estar claramente a favor, no estaba tan en contra como él, en todo caso no estaba tan segura de lo que pensaba. Él se cayó de las nubes. ¿Por qué no lo había dicho? ¿Por qué no *comentarlo*? Por eso, porque ella sabía muy bien que él no cambiaría de opinión y no veía el sentido de pelearse para nada. Volvieron a interpretar la misma escena en mayo de 2005, cada uno criticando a la familia del otro, y Patrice, no sin razón, la influencia de Étienne. La cosa llegó lo bastante lejos para que Juliette le deseara, cuando hubiese muerto, que encontrase una bonita antiglobalizadora, maja y simpática, en lugar de una mujer tocapelotas, cancerosa y de derechas. Al final, ella le dio poderes para votar sí en su nombre, cosa que él hizo la semana anterior a su muerte.

Si Patrice llegó a contarme esta última riña, más enternecido que pesaroso, fue porque yo le había preguntado si se imaginaba su vida amorosa en el futuro. La pregunta no le chocó, pero le dejó pensativo. ¿Tendría razón Juliette, reharía su vida con una militante antiglobalización maja y simpática? ¿Por qué no? Se veía venir. Pero una de las cosas que le gustaban de Juliette era que no era la mujer que normalmente debería haber tenido. Ella le había desarbolado, arrancado de su surco. Ella era la diferente, la inesperada, el milagro, lo que sólo sucede una vez en la vida, y eso con mucha suerte. Por eso no voy a quejarme, concluyó Patrice: yo tuve esa suerte.

El miércoles, 9 de junio, alquiló en el videoclub de Vienne la película *Como una imagen*, de Agnès Jaoui. Después de haber acostado a las niñas, la vieron juntos en el sofá de la sala, con el ordenador colocado sobre el reposapiés, delante de ellos. Juliette tenía puesta su mascarilla de oxígeno, pero no se sentía demasiado mal. Se había dormido antes del final, sobre el hombro de Patrice, como casi siempre por



aquella época cuando veían una película o él le leía en voz alta. Patrice no se movió, por temor a despertarla. Gracias a aquellos momentos de quietud en que la oía respirar y tenía la sensación de que la protegía con su sola presencia, habría estado dispuesto a que la vida terrible que llevaban durase todavía mucho tiempo. Incluso para siempre. Con mil precauciones, la llevó a la habitación, la acostó en la cama. Después se quedó dormido, cogiéndola de la mano. A las cuatro de la mañana ella tuvo un acceso de tos repentino, irreprimible. Ya no podía respirar, el caudal máximo de oxígeno no la aliviaba, se habría dicho que se ahogaba. Igual que en diciembre, Patrice llamó a urgencias y después a Christine, para que viniera a cuidar a las niñas. Christine quiso entrar en la habitación mientras aguardaban a la ambulancia, pero Juliette le dijo que no, no, a través de la puerta, y hoy Christine lamenta no haberse apartado a un lado cuando los enfermeros se la llevaron: al encontrarse cara a cara con Juliette, considera que no respetó su voluntad de que no la viera en aquel estado. Pero le dijo a Patrice que ella se ocuparía de todo, que podía quedarse en el hospital todo el día e incluso la noche, cosa que él hizo. En la sala de vigilancia intensiva, el índice de saturación de Juliette recuperó la normalidad, pero seguía asfixiándose. Le administraron morfina, que la calmó un poco. Le drenaron en vano dos litros de líquido que encharcaban la pleura de su pulmón derecho. Así transcurrió el jueves. La mañana del viernes, el jefe del servicio de oncología entró en la habitación y les anunció que ya no se podía hacer nada, que el cuerpo había llegado al límite de sus defensas y que Juliette iba a morir en cuestión de días, quizá en las horas siguientes. Ella respondió que estaba preparada. Pidió que llamaran a sus padres, su hermano y sus hermanas: si llegaban esa tarde o a última hora del día podría despedirse de ellos. En cuanto a las niñas, no quería comprometer la participación de las mayores en la función de la escuela, y preguntó al médico si podía ponerla, al cabo de veinticuatro horas, en condiciones de verlas. Él le aseguró que sí, dosificarían la morfina de tal modo que no estuviese ni demasiado devastada por el sufrimiento ni demasiado aturdida por la sedación. Solventadas estas cuestiones, reunió en su habitación a todo el equipo médico que la atendía desde febrero y dio las gracias uno por uno a todos sus miembros. No les guardaba rencor por el fracaso de los tratamientos, estaba segura de que habían hecho todo lo posible, tan humanamente como habían podido. A continuación, mandó a Patrice a casa para ocuparse de las niñas y hablar con ellas. Durante su ausencia, ella vería a Étienne.

Étienne: yo era su mentor en materia de derecho, y también lo era en materia de cáncer. Recorríamos el mismo camino y los dos teníamos claro que yo iba delante. Pero aquella tarde de viernes ella me adelantó. Me dijo: Étienne, tú formas parte de las varias personas que han dado un sentido a mi vida, gracias a lo cual la he vivido realmente. A pesar de la enfermedad, pienso que ha sido una buena vida. La miro y estoy contenta. Y yo, prosigue Étienne, yo que siempre hablo, no supe qué responderle. Ella había llegado a un lugar adonde yo no podía seguirla. Entonces dije: ¿has escrito la carta? Era algo de lo que habíamos hablado mucho, la carta que quería dejar a sus hijas. Había hecho borradores y los había tirado, cada vez que se ponía a escribirla se quedaba empantanada porque había demasiadas cosas que



decir, o casi nada: os quiero, os he querido, que seáis felices. Dijo tristemente: no, no la he escrito, y le propuse que lo hiciera. ¿Aquí, ahora mismo? Sí, ahora mismo, ¿cuándo, si no? Para empezar, ¿qué les dirías de Patrice a tus hijas? Cada vez le costaba más esfuerzo hablar, pero respondió sin vacilar: era mi soporte. Me llevaba en brazos. Luego, al cabo de un tiempo: es el padre que elegí para vosotras. Vosotras también tenéis que elegir en la vida. Podéis pedirselo todo, os dará todo lo que le pidáis mientras seáis pequeñas, y cuando seáis mayores elegiréis vosotras. Reflexionó y después dijo: es todo.

No tomé ninguna nota; cuando volví a mi casa escribí la carta en dos minutos: hecha. Se la di a su hermana Cécile, que se la leyó y me dijo que Juliette había movido la cabeza para decir que estaba bien. Pero antes de salir de la habitación, me senté al borde de la cama y le tomé la mano. La mantuve unos instantes en la mía. Le había estrechado la mano cuando ella entró en mi despacho, seis años antes, pero después, y hasta aquel viernes por la tarde, nunca volvimos a tocarnos.

Patrice encontró en casa a las niñas al cuidado de su madre, que acababa de llegar y había relevado a Christine. No estaban excesivamente alteradas, las estancias de Juliette en el hospital formaban ya parte de la rutina de su vida. Lo que querían saber era si su madre asistiría a la fiesta de la escuela. Patrice les dijo que no, que no estaría, y ellas protestaron: se lo había prometido. Entonces Patrice les dijo que ella no volvería, que irían todos juntos al día siguiente a verla al hospital, después de la fiesta, y que sería la última vez porque se iba a morir. Tenía a Diane en brazos y se dirigía tanto a ella, aunque sólo tuviese quince meses, como a las dos mayores. Se acuerda de que Amélie y Clara lloraron, gritaron, que la crisis duró una hora y que luego se desmandaron hasta la hora de acostarse, de tan sobreexcitadas que estaban. Extrañamente, todos consiguieron dormir. Él fue al hospital muy temprano a la mañana siguiente, con objeto de volver a tiempo para el comienzo de la función. El estado de Juliette se había agravado durante la noche. Estaba muy agitada: su mirada huía hacia delante, empleaba todas las fuerzas que le quedaban en el acto de respirar, ronco, doloroso, sacudiendo todo el cuerpo. Sintiendo su presencia, le agarró del brazo y dijo varias veces con una voz ronca, bastante fuerte, balanceándose de delante hacia atrás: ¡venga, ahora se acabó! ¡Venga, ahora se acabó! El intentó hablarle, muy suavemente, decirle que las niñas irían a verla después de la fiesta, pero ella no parecía comprenderle y repetía: ¡venga, ahora se acabó! Patrice estaba consternado, a la vez porque las niñas podían llegar a verla de aquel modo y porque, cuando Juliette le había dicho que no tenía miedo a la muerte, la había creído. Ella aseguraba que lo que le resultaba insoportable era dejarles, a los cuatro, pero que estaba preparada para la muerte: la afrontaría. Este estoicismo era propio de ella, habría querido dejar de ella esta imagen, y lo que Patrice veía ahora era un cuerpo jadeante de sufrimiento, entregado a algo que se parecía al pánico. Se acabó la mente clara, la serenidad. Perdía el control. Ya no era ella. Él fue a ver a las enfermeras, que le dijeron que era el efecto del Atarax, pero que harían todo lo posible, como habían prometido, para que estuviera lo más serena y lúcida posible cuando llegaran sus hijas. Hicieron, desde luego, todo lo que estaba en su mano, pero sólo resultó a medias. Cuando



Patrice, acompañado de Cécile, le llevó a las niñas, Juliette apenas estaba consciente. Si le hablaban de muy cerca, fijaba la mirada un segundo antes de que se volviera a perder en el vacío. Hizo uno o dos movimientos de cabeza que pudieron entenderse como un asentimiento. Amélie y Clara habían hecho dibujos para ella, le habían llevado una cinta con la grabación de la función, pero a pesar de la importancia que la cinta tenía para ellas y de la que la propia Juliette le daba incluso la víspera, Patrice no tuvo ánimos para conectar el vídeo en el televisor de la habitación. Fue tan penoso que acortaron la visita. Clara besó a su madre, Patrice le acercó a la mejilla la cara de Diane, pero Amélie estaba tan asustada que no quiso soltarse de los brazos de su tía.

En este punto del relato de Patrice, Amélie entró en la sala descalza y en pijama. Hacía mucho que se había acostado, pero había debido de despertarse y, por la puerta entreabierta de su cuarto, escuchar lo que hablábamos. Su aparición no turbó a Patrice, que de todos modos había empezado a contar los últimos días de Juliette en presencia de sus hijas, sin bajar la voz. Amélie se nos plantó delante y dijo: para mí es todavía más duro que para Clara y Diane que mi mamá se haya muerto, porque no me despedí de ella, tuve miedo. Patrice contestó con calma que no la había besado pero que se había despedido, y que lo importante era que estuviese allí, que su mamá la hubiera visto. Comprendí por su tono que no era la primera vez que hablaban de esto y, mientras él iba a acostarla, me pareció bien que Amélie pudiera formular el reproche que se hacía: una vez expresada, era menos probable que esta culpabilidad envenenase su vida sin que ella conociera siquiera su origen. Y como tengo buenas razones para pensar que es cierta la vulgata psicoanalítica sobre los beneficios de la palabra, por oposición a los estragos del silencio, muy sinceramente felicité a Patrice, cuando volvió, por permitir con su actitud general hacia sus hijas que las cosas se dijeran.

Terminadas las visitas, se quedó a solas con Juliette. Ella ya no estaba tan agitada, pero tampoco tan serena como él había esperado. Sentado en la cama, a su lado, trataba de comunicarse con ella, de adivinar sus deseos. Le dio de beber, ella consiguió deglutir. En un momento dado, su caja torácica empezó de nuevo a levantarse espasmódicamente, él sintió que su cuerpo se crispaba y pensó que había llegado la hora, pero no, no se moría; sufría. Aspirada por la nada, Juliette se resistía. Él le preguntó: ¿tienes miedo? Ella asintió con la cabeza, claramente. Espera, dijo él, voy a ayudarte. Ahora vuelvo. Sobre todo no te inquietes, ahora vuelvo. Se separó de ella con la mayor suavidad posible y fue al despacho del médico para decirle que había que ayudarla a morir. Media hora más tarde, Hélène y yo entramos en el mismo despacho para pedirle lo mismo al médico, que nos dijo que habían empezado a hacerlo. A Patrice ya le había respondido: de acuerdo, espéreme aquí. Le dejó solo en el despacho, donde pasó cinco minutos que se le hicieron eternos. Miraba fijamente, con una atención alelada, la pintura desconchada de un zócalo, el tubo de neón en el techo, alrededor del cual revoloteaba una mosca, la noche de verano que empezaba a caer en el marco de la ventana, y tenía la sensación de que toda la realidad del mundo era aquello, que no existía nada más, que nunca había existido ni volvería a existir nada más. Cuando volvió a la



habitación, los ojos de Juliette, entornados cuando la había dejado, ahora estaban cerrados. Más adelante tuvo mucho miedo de que ella hubiese entrado en coma durante su breve ausencia. De que ella hubiera visto confusamente entrar en la habitación a un desconocido que había hecho un gesto, fuera el que fuera, le había puesto una inyección o manipulado la bolsa de suero, de tal modo que en su semiinconsciencia ella habría podido decirse: ha venido a darme la puntilla. De que su último pensamiento, antes de que todo se apagara, hubiese sido: me muero y Patrice no está. Esta situación de espanto, que felizmente no imaginó en aquel momento, le atormentó hasta tal punto los días siguientes que acabó llamando al médico. Le tranquilizó: no había podido ocurrir así; la dosis de morfina tarda más de una hora en actuar, el descenso de Juliette hacia la inconsciencia había sido muy gradual.

Está de nuevo tendido cerca de ella, pero más cómodamente, casi como si estuvieran en la cama conyugal. Ella respiraba sin tropiezos, parecía no sufrir. Navegaba en un estado crepuscular que en un momento dado iba a convertirse en la muerte, y él la acompañó hasta aquel momento. Se puso a hablarle al oído, muy bajo, y mientras hablaba le tocaba suavemente la mano, la cara, el pecho, a intervalos la besaba con un roce de los labios. Aun sabiendo que su cerebro ya no estaba en condiciones de analizar las vibraciones de su voz ni el contacto de su piel, era seguro que su carne los percibía todavía, que ella entraba en lo desconocido sintiéndose rodeada por algo familiar y amoroso. Él estaba allí. Le contó la vida que habían vivido juntos y la felicidad que ella le había dado. Le dijo cuánto le había gustado reírse con ella, hablar de todo y de cualquier cosa con ella, y hasta pelearse con ella. Le prometió que seguiría adelante sin flaquear, que se ocuparía bien de las niñas, que no debía preocuparse. No olvidaría ponerles las bufandas para que no se resfriasen. Le cantó canciones que a ella le gustaban, le describió el instante de la muerte como un gran fogonazo, una ola de paz de la que no se tiene idea, un retorno bienaventurado a la energía común. Un día él también la conocería y los dos volverían a reunirse. Estas palabras le salían sin dificultad, las enunciaba en voz muy baja, muy serena, le envolvían a él mismo. Es la vida la que duele al resistirte, pero el tormento de estar vivo concluía. La enfermera le había dicho: las personas que luchan mueren más deprisa. Si aquello duraba tanto tiempo, pensaba él, era quizá porque Juliette había dejado de luchar, que lo que quedaba de vivo en ella estaba tranquilo, abandonado. No luches más, mi amor, suelta, suelta, déjate ir.

Hacia medianoche, sin embargo, se dijo que no era posible, no era posible que al día siguiente continuara en este estado. A las cuatro de la mañana, decidió, desconectaría el respirador. Pero a la una ya no aguantaba la espera, pensó que era Juliette quien le comunicaba esta impaciencia y fue a ver a la enfermera de guardia para preguntarle si no podría desconectarlo ella porque creía que había llegado el momento. Ella dijo que no, podría ser brutal, más valía que las cosas siguieran su ritmo. Más tarde, Patrice se durmió. Un helicóptero le despertó un poco antes de las tres. Permaneció suspendido mucho tiempo encima del hospital. A continuación, fijó la mirada en el despertador. A las cuatro menos cuarto, la respiración de Juliette, que ya no era más que un hilo, se detuvo. Él se quedó un momento al acecho pero ya no



había nada, el corazón ya no le latía. Se dijo que ella había adivinado lo que él pensaba hacer a las cuatro y se lo había ahorrado.

Patrice cuenta, cuenta, tengo la sensación de que no tiene ganas de acabar.

No tuve que cerrarle los párpados. La miraba, su cara me parecía serena y hermosa, no como los últimos días. Pensaba: es mi mujer y está muerta. Mi mujer ha muerto. Sentí junto a ella cómo se iba su calor, me asombró que todo ocurriera tan rápido. Al cabo de un cuarto de hora estaba fría. Me levanté, avisé a las enfermeras, llamé a Cécile, que velaba en casa, y después salí a caminar alrededor del hospital. Se veía al este un pedazo de cielo donde ya clareaba, nubes rosas encima de la ciudad, era precioso. Me aliviaba que todo hubiese terminado, pero sobre todo en aquel momento sentía un afecto inmenso por ella. No sé cómo decirlo, afecto parece una palabra débil, pero era más fuerte y más grande que el amor. Unas horas más tarde, en el velatorio, ya no lo sentía: el amor, sí, pero ya no aquella especie de afecto inmenso.





El viernes, antes de dejar a Juliette, Étienne le había preguntado si prefería que él volviese o que se mantuviera disponible, y ella contestó: que esté disponible. Pasó la noche esperándola, convencido de que ella ya no le llamaría: se lo habían dicho todo, ahora ya sólo quedaba sitio para Patrice. Por la mañana, Étienne había tomado el autobús para el hospital, pero se había apeado dos paradas antes de la suya y había vuelto a su casa. Pasó el sábado con la familia, hizo compras en Decathlon con los hijos, intentó trabajar. Juliette había pedido que le diesen la noticia en cuanto hubiese muerto, y fue la madre de Patrice la que le llamó, a las cinco de la mañana. Se acuerda de que le enfureció que ella le despertase y sobre todo que le dijera «Juliette se ha ido», en lugar de «Juliette ha muerto». Refunfuñó: lo sé, lo sé, y cuando ella le propuso que fuera a ver el cuerpo en el tanatorio, él respondió que no, no tenía interés en verlo.

Comimos juntos en Vienne, al día siguiente de mi larga conversación nocturna con Patrice, y después Étienne me acompañó a Rosier. Lo primero que dijo al llegar fue que tenía que irse de inmediato. Patrice y él no se habían visto desde el entierro, se les notaba entre sí un poco violentos, pero propuse que hiciéramos café y lo tomásemos fuera, debajo de la catalpa donde al final pasamos la tarde, cada vez más contentos de estar los tres juntos.

De aquella tarde recuerdo dos cosas.

Patrice hablaba de la forma en que él y las niñas aprendían a vivir sin Juliette. Ella me empuja, decía, su energía me empuja, y luego hay momentos en que ya no lo hace. Las noches son difíciles. Al principio pensé que nunca conseguiría dormir sin ella, tengo la sensación de sentirla pegada a mí, hasta tal punto mi cuerpo estaba acostumbrado al suyo, y después me despierto, ella no está y estoy perdido, totalmente perdido. Pero poco a poco me acostumbro a esta sensación. Sé que con el tiempo ella estará cada vez menos. Que un día pasará un cuarto de hora sin que piense en ella, y después una hora... Trato de explicárselo a las niñas... Cuando les digo que hemos tenido la suerte de estar con ella y de haberla amado y de que ella nos amara, Clara dice que la que tiene más suerte es Amélie, porque es la que más tiempo la ha tenido, y después Diane, porque no se da mucha cuenta, y por lo tanto es ella, la de en medio, la que peor lo tiene... A pesar de todo, pienso que los cuatro estamos en un buen ciclo. Pienso que saldremos adelante. ¿Y tú?

Se volvió hacia Étienne, al que la pregunta le pilló desprevenido.

¿Yo qué?



Tú, continuó Patrice, ¿cómo es para ti la vida sin Juliette?

Étienne, más tarde, me dijo que se había quedado estupefacto y que luego le turbó verse situado, de aquel modo ante el duelo, y casi en un pie de igualdad, por el propio viudo. En el fondo de sí mismo, este lugar le parecía injustificado (nota de Étienne: «No del todo: me parecía justificado tener un lugar»), pero nunca lo hubiese reclamado. Hacía falta la increíble generosidad de Patrice para reconocérselo como algo sobrentendido.

Étienne soltó una risita: ¿para mí? Oh, es muy sencillo. Lo que echo de menos es no poder hablar con ella. Es muy egoísta, como de costumbre sólo pienso en mí en este asunto, y lo que me digo es que hasta mi muerte hay cosas que ya no diré a nadie. Se acabó. La persona a las que podía decírselas sin que fuera triste ya no está.

Más tarde hablamos de las diapositivas que Patrice preparaba para la familia y los amigos en memoria de Juliette. Su primera selección de fotos había sido muy amplia, ahora estaba haciendo la segunda, más reducida. Algunas se imponían por sí mismas, sobre otras dudaba largo tiempo, no descartaba ninguna sin una punzada en el corazón y la impresión cada vez de que condenaba al olvido un instante de su vida en común. Consagraba las noches a esta tarea en su taller del sótano, después de haber acostado a las niñas. Era un momento del día que le gustaba, triste y dulce. No se apresuraba para acabar la preparación de diapositivas, sabiendo que cuando las hubiera acabado, repartido y copiado, habría rebasado un punto al que no tenía muchas ganas de llegar, en todo caso no demasiado rápido.

Un poco, señaló Étienne, como la carta que Juliette quería escribir a las niñas: se prometía a sí misma ponerse a escribirla y al mismo tiempo la rechazaba porque sabía que en cuanto la hubiese escrito ya no le quedaría nada más que hacer.

Nos callamos. Al otro lado de la plaza hubo una explosión de gritos infantiles. Era la salida de clase. Amélie y Clara estarían de regreso dentro de unos minutos, habría que darles la merienda y después ir a buscar a Diane. Étienne dijo entonces: hay una foto que no puede estar en tus diapositivas porque no existe, pero sería la que yo elegiría si sólo tuviera que conservar una. Una noche, ¿te acuerdas?, fuimos los cuatro a Lyon, al teatro. Juliette y tú, Nathalie y yo. Nosotros llegamos antes, os esperamos en el foyer. Os vimos entrar en el vestíbulo, subisteis la escalinata, tú la llevabas en brazos. Ella te rodeaba el cuello con los brazos, sonreía y lo bonito era que no sólo tenía una expresión feliz, sino orgullosa, increíblemente orgullosa, y tú también lo estabas. Todo el mundo os miraba al apartarse para dejaros pasar. Era realmente el caballero que lleva en brazos a la princesa.

Patrice se quedó silencioso un momento y después sonrió, con la sonrisa asombrada y pensativa con que recibes una evidencia en la que nunca habías pensado: es curioso, ahora que lo dices, siempre me gustó eso, llevar a la gente... Hasta de chaval llevaba a cuestas a mi hermano pequeño. Metía a los pequeños en una carretilla y empujaba, o me los cargaba a hombros.



En el tren que me llevaba a París me pregunté si existiría una fórmula tan simple y exacta —le gustaba transportar a la gente, tenía que transportarla— para definir lo que nos unía a Hélène y a mí. No la he encontrado, pero pienso que quizá algún día la descubramos.



Cuando volví de Rosier, a Hélène le habían crecido los pechos y me anunció que estaba embarazada. Debería haberme alegrado, pero me asusté. La única explicación que encuentro para este miedo es que no me sentía preparado: subsistían demasiadas trabas, había demasiados vínculos sin cortar. Para volver a ser padre en la segunda mitad de mi vida, habría sido necesario que yo fuese un hijo casi tranquilo, y me sentía muy lejos de serlo. A pesar de mi desasosiego, pensaba que más valía decir sí que no, y más o menos conscientemente, a tientas, esforzarme en cambiar. Mi proyecto ya no era pertinente, llamé a Patrice y a Étienne para advertirles de que lo abandonaba, añadiendo que quizá lo reanudase algún día, pero lo dudaba. Étienne dijo: tú verás. Me puse a escribir sin transición sobre mí mismo, sobre el desastre de mis amores anteriores, sobre el fantasma que obsesionaba a mi familia y al que quise enterrar. La gestación de mi libro duró lo que el embarazo, es un eufemismo decir que fueron meses difíciles, pero terminé poco tiempo después del nacimiento de Jeanne y, de la noche a la mañana, el milagro que esperaba sin creer que se cumpliría se hizo realidad: el zorro que me devoraba las entrañas se había ido, yo era libre. Pasé un año entero dedicado a gozar del simple hecho de estar vivo y ver crecer a nuestra hija. No tenía ideas para más adelante, y en consecuencia ninguna inquietud. Siempre me ha gustado, aunque me pareciese inaccesible, la forma en que Freud define la salud mental como la capacidad de amar y trabajar. Yo era capaz de amar, más aún de aceptar que me amasen, el trabajo ya saldría. Un poco al azar, sin saber adonde iba, la primavera pasada empecé a reunir mis recuerdos de Sri Lanka, de ahí pasé a repasar mis notas sobre Étienne, Patrice, Juliette y el derecho de consumo. Reanudé este libro tres años después de haber concebido el proyecto, lo terminé tres años después de haberlo abandonado.

Esta vez decidí dejarlo a los interesados para que lo leyeran antes de publicarlo. Ya lo había hecho con Jean— Claude Romand, pero advirtiéndole que *El adversario* estaba terminado y que ya no cambiaría ni una línea. Someter *Una novela rusa* a la aprobación de mi madre y de Sophie habría sido como tirarla directamente al fuego: como no podía permitirme este lujo, las puse ante el hecho consumado. No lo lamento, me salvó la vida, pero hoy ya no lo haría. Hélène fue la primera en leer estas páginas. Había aceptado que yo emprendiera este trabajo, pero cuanto más se acercaba el final, más miedo tenía de descubrir lo que yo había escrito de Juliette. Sigue sin poder creer en su muerte y sin poder hablar de ella, quizá se reprocha no haber prestado suficiente atención a su hermana. Terminada su lectura,



los dos sentimos alivio y envié el texto a Étienne y a Patrice diciéndoles lo contrario de lo que yo le había dicho a Romand: podían pedirme que añadiera, retirase o cambiara lo que quisieran: yo lo haría. Este compromiso inquietaba a Paul, mi editor. No hay precedentes, me recordaba, de que alguna vez alguien se haya declarado satisfecho de lo que se cuenta de él en un libro: en cuanto sus personajes lo hubiesen corregido, no quedaría ya nada del mío. En este caso se equivocaba, y mi última visita a Lyon y a Rosier fue al final para mí, y creo que también para ellos, el momento más conmovedor de toda esta empresa. Me sentía como un retratista que, al mostrarle el lienzo, confía en que el modelo estará contento, y los dos lo estuvieron. Étienne me dijo: hay cosas con las que no estoy en absoluto de acuerdo, pero me cuidaré de decirte cuáles para que no las toques. Me gusta que sea *tu* libro y, en conjunto, me gusta también el tipo que lleva mi nombre en tu libro. Hasta puedo decirte: estoy bastante orgulloso. No me pidió que suprimiese nada, solamente pidió algunos añadidos, con el fin de que cada cual tuviera lo que era suyo: al contar la ofensiva contra el TJCE, por afán de economía yo había omitido agregar a la troika Juliette-Étienne-Florès a la especialista de derecho comunitario que les había aconsejado, Bernadette Le Baut Ferrarese, y a él le había parecido injusto que ella no saliese en la foto. Patrice, por su parte, temía que yo concediera excesiva importancia a los desacuerdos políticos que había podido tener con Juliette. Volvía una y otra vez sobre este punto, argumentaba, matizaba, corregía. No le molestaba aparecer como un ingenuo de izquierdas, pero no quería de ninguna manera que a Juliette la creyeran, por poco que fuese, de derechas, y yo tenía la sensación perturbadora de oír a través del libro cómo proseguían la discusión confiada y apasionada que habían mantenido durante sus trece años de vida juntos. Tras nuestra sesión de trabajo, cuando fuimos a buscar a las niñas a la escuela, varias compañeras de clase de Amélie me rodearon y dijeron: ¿es verdad que has escrito un libro sobre Juliette? ¿Podremos leerlo? Pero la propia Amélie y sus dos hermanas, cuando en la cena abordé este asunto, prácticamente no reaccionaron. Sí, ya sé, decían, y miraban a otra parte, hablaban de otra cosa.

Fuimos a ver a Philippe, Delphine y Jérôme en Saint-Emilion unos meses después de nuestro regreso de Sri Lanka. La habitación de Juliette era un mausoleo espantosamente triste. Después Philippe escribió su libro e intercambiamos algunos e-mails afectuosos y a la vez distantes. Camille nació un año más tarde, diez días después de Jeanne, y esta vez también nos contentamos con comunicarnos la noticia. Así que reanudé el contacto con Philippe al cabo de dos años de silencio; le envié el manuscrito pidiéndole que lo leyera y que preparase para su lectura a su hija y a su yerno. Descontando algún detalle topográfico, lo aprobaba todo, pero según él era mejor que Delphine y Jérôme no lo leyeran. No ahora, en todo caso, y quizá nunca. Fuimos los cuatro —Hélène, Rodrigue, Jeanne y yo— a pasar en su casa un fin de semana que resultó delicioso. Acababan de tener un varón llamado Antoine que ni siquiera había cumplido un mes. Las dos niñas se entendieron inmediatamente. Rodrigue, que adora a Delphine, estaba feliz de volver a verla, y viceversa. Les hablé de Jean-Baptiste, que estudia ahora en una universidad de Irlanda, y su hermano mayor, Gabriel, que se estrena como montador de cine.



Philippe contó cómo fundaron, y luego disolvieron, su asociación de ayuda a los pescadores de Medaketiya. Sigue pasando allí tres o cuatro meses al año. Mira el océano desde su bungalow sobre la playa. Piensa en su vida y a veces consigue no pensar ya en nada. La velada pasó como siempre en casa de Delphine y Jérôme, comentando los vinos que degustamos a ciegas, escuchando discos raros de los Rolling Stones, fumando hierba del jardín y riendo, riéndonos mucho. La habitación de Juliette ya no es un mausoleo, porque se ha convertido en la de Camille, que la compartirá con Antoine cuando éste crezca un poco, pero hay una foto de Juliette encima de la chimenea y se pronuncia su nombre sin ambages. No tienen dos hijos, sino tres, sólo que uno de los tres ha muerto. Cuando llegó el momento de hablar del libro, Delphine dijo que tenía intención de leerlo, pero Philippe, con esa voz súbitamente aguda, temblorosa, que tenía en Sri Lanka, la puso en guardia: sería especialmente penoso para ella porque se enteraría de cosas que le habíamos ocultado. Yo no veía a qué se refería y le llevé aparte para preguntárselo. Aludía al momento en que Jérôme, al volver del depósito de cadáveres de Colombo, le dijo a Delphine que Juliette muerta seguía estando guapa, y después le dijo a Hélène que había mentido, que su hijita se descomponía. ¿Te imaginas, decía Philippe, a Delphine descubriendo en tu libro que Jérôme le mintió? Le propuse eliminar aquel detalle, si lo consideraba más doloroso que los demás, pero él respondió que de ninguna manera y, al final de nuestro aparte, admitió que Delphine vería en ello, más que una traición, una prueba más del amor de su marido. Al final acordamos que Philippe entregaría el texto a Jérôme y éste se lo pasaría a Delphine, si él lo juzgaba adecuado. Vi en este orden de precedencia la forma en que los dos hombres, el marido y el padre, se habían coaligado allá para protegerla, pero cuando se lo dije a Hélène ella movió la cabeza y dijo: pues mira, es ella quien los protege, la que lo sostiene todo. Si siguen juntos, si han tenido otros hijos, si la vida al final ha prevalecido, es gracias a ella. Volví a pensar entonces en algo que Delphine había dicho durante la cena: el momento en que la vida se impuso en Sri Lanka, en que eligió vivir en lugar de hundirse, el momento en que aceptó cuidar de Rodrigue en nuestra ausencia. Al principio pensó: no, nunca podré ocuparme de un niño dos días después de la muerte de mi hija, pero dijo que sí y a partir de aquel instante continuó diciendo sí, a pesar de todo.

Esta mañana Jeanne se ha despertado a las siete, ha salido sola de la cuna, cuyos barrotes ya escala, y ha venido a nuestra cama. He ido a la cocina a prepararle el biberón y lo ha tomado, acostada entre los dos, sin excesivo ruido ni agitación, pero esta tregua nunca dura mucho tiempo, porque pronto hay que jugar y cantar. En este momento su canción preferida es *Monsieur l'ours*. Vuelto de espaldas, con el edredón tapándome la cabeza y roncando ruidosamente, yo hago de don Oso. Hélène canta: despierte, señor don Oso, ya ha dormido de sobra, despierte cuando cuente tres. Uno. Dos. Tres. ¡Don Oso! ¿Duerme o sale? Y la primera vez, con mi voz más cavernosa, respondo: duermo. Hélène vuelve a empezar: ¡Don Oso! ¿Duerme o sale? Esta vez me vuelvo gruñendo: ¡salgo! Hélène y Jeanne imitan, como en el disco, los gritos de miedo de los niños. Jeanne está en la gloria. Don Oso sólo durará una temporada, antes de él estaban los tres gatitos





que habían perdido sus mitones, y cuando casualmente ella abre una vez más el libro musical de los tres gatitos, cuyas pilas dan muestras de agotamiento, nos invade ya algo semejante a la nostalgia: era la canción de cuando era muy pequeña, apenas sabía andar, no hablaba, y aquel tiempo, aquel tiempo milagroso ya ha pasado y no volverá. Pienso en todas estas canciones que nos hechizan y en la tortura en que debe de convertirse este hechizo cuando llega lo irremediable: los juguetes, las canciones infantiles, las zapatillas, cuando la niña se pudre en una caja bajo tierra. Sin embargo, este encantamiento ha vuelto a ser posible para Delphine y Jérôme con sus otros dos hijos. No han olvidado nada, pero no se quedaron en el abismo. Me parece algo admirable, incomprensible, misterioso. Es la palabra más exacta: misterioso.

Más tarde voy a preparar el desayuno mientras Héléne viste a Jeanne. Cuando digo que la viste no significa sólo que le pone su ropa, sino que la escoge, que pone tanto placer y coquetería en comprársela, si no más, que en comprarse cosas para sí misma, lo que convierte a Jeanne en la niña mejor vestida del mundo. Se reúnen conmigo en la cocina. Héléne lleva un pantalón de yoga y un jersey ligero, muy escotado; el pantalón le dibuja las nalgas y el jersey las puntas de los pechos. La encuentro hermosa, sexy, tierna, me maravillan la quietud de nuestro amor y la intensidad de esta quietud. A su lado sé dónde estoy. Se me hace insoportable la idea de perderla, pero por primera vez en mi vida pienso que lo que pudiera arrebátarmela, o arrebatarme a ella sería un accidente, una enfermedad, algo que nos viniera desde el exterior, y no la insatisfacción, la fatiga, el deseo de novedad. Es imprudente decir esto, pero la verdad, no lo creo. Sé muy bien, por supuesto, que si logramos durar habrá crisis, instantes de desaliento, tormentas, que el deseo se agotará y buscará en otra parte, pero creo que aguantaremos, que uno de los dos cerrará los ojos del otro. Nada, en todo caso, me parece más deseable.

En la entrada, Jeanne y yo nos ponemos el abrigo y ella se apodera del cochecito con firmeza. Su cochecito no es el que ella ocupa y donde se sienta cada vez más a disgusto, sino el de miniatura donde lleva a una muñeca calva y bastante fea cuyo cuerpo de plástico huele a chicle de fresa. Desde que Héléne le compró este cochecito, quiere salir con él a toda costa. En general, quiere hacerlo todo como nosotros, y como nosotros paseamos a nuestro bebé, ella quiere pasear al suyo. Así que el cochecito sale rodando al rellano, Héléne se acuclilla en el umbral del apartamento para besar a su hija una última vez antes de que se vaya, Jeanne hace ademán de entrar en el ascensor, del que sujeto la puerta, y luego cambia de idea, se vuelve hacia Héléne, dice adiós con la mano, vuelve al ascensor, se alza sobre la punta de los pies para apretar el botón. Justo antes de que la cabina de cristal pase por debajo del rellano, veo que Héléne nos sonrío. Salimos a la calle, Jeanne empujando el cochecito y yo vigilando para que no baje a la calzada. Está tan orgullosa de imitarnos que se olvida de distraerse y pararse, como acostumbra a hacer, delante de cada portal, de cada puerta cochera, de cada motocicleta: es responsable, avanza derecha, bajamos la rue d'Hauteville casi tan rápido como si yo fuera el que la empujase a ella. De vez en cuando se vuelve para que sea testigo de que lo hace todo bien. Llegamos al edificio de la señora que la cuida, levanto a Jeanne hasta el tablero de números y le guío los dedos, como cada mañana, sobre los botones. El de la luz, en la escalera, es la continuación del rito, y después el de



la puerta del piso y el acecho, al otro lado, de los pasos de la señora Laouni en el pasillo. Jeanne está a gusto con ella, la señora Laouni es a la vez cariñosa y firme, se intuye que en su casa impera el orden. Sin embargo, el año pasado perdió a su marido. Telefoneó una mañana llorando para decir que no podría encargarse de Jeanne porque su marido había muerto esa noche, lo había encontrado muerto en la cama, un ataque cardíaco. Hasta entonces daba la impresión de ser una mujer feliz, en su sitio en la vida. Nunca amargura, cansancio, dejadez. Orden, buen humor, dinamismo, amabilidad. Nada de todo esto ha cambiado después de la muerte del marido. No sé nada de su vida de pareja, a él no lo vi nunca, se iba al trabajo antes de que yo llevara a Jeanne y volvía después de que yo hubiese pasado a recogerla, pero estoy seguro de que ella le amaba, que eran buenos compañeros, buenos padres para sus hijas, que ella le añora cruelmente, que la vida sin él es triste, injusta, contra natura, y lo que me impresiona es que su aflicción, que ella no oculta cuando le hablan de ella, nunca parece pesar sobre los niños que cuida. Dice: son ellos los que me ayudan a sobrellevarlo, y la creo. A veces, cuando abre la puerta por la mañana, veo claramente que tiene los ojos hinchados, que ha debido de llorar toda la noche, que le ha costado levantarse, pero coge a Jeanne en brazos y la niña se ríe, y la señora Laouni se ríe con ella, y sé que será así hasta la noche.

Subo la rue d'Hauteville, iré al café de la plaza Franz— Liszt a leer el periódico y después volveré a casa. Rodrigue habrá ido al colegio, Hélène quizá haya vuelto a acostarse y entonces yo también me acostaré y haremos el amor de esa manera conyugal, apacible, un poco rutinaria, que nos inspira a los dos un deseo renovado sin cesar y que espero que sea inagotable. Haré de nuevo café que tomaremos juntos en la cocina, hablando de los niños, de la marcha del mundo, de nuestros amigos, de detalles domésticos. Ella se irá a trabajar y llegará el momento de que yo también lo haga. Cada mañana desde hace seis meses, voluntariamente, he pasado unas horas delante del ordenador para escribir sobre lo que más miedo me da en este mundo: la muerte de un hijo para sus padres, la de una mujer joven para sus hijas y su marido. La vida me ha hecho ser testigo de estas dos desgracias, una tras otra, y me ha encomendado, o al menos así lo he comprendido, dejar testimonio de ellas. Me las ha ahorrado, rezo para que siga haciéndolo. A veces he oído decir que la felicidad se aprecia retrospectivamente. Pensamos: no me daba cuenta, pero yo era feliz entonces. En mi caso no es cierto. He sido infeliz mucho tiempo, y muy consciente de serlo; hoy amo lo que me ha tocado en suerte, y no tengo mucho mérito porque es algo amable, y mi filosofía entera se resume en la frase que habría murmurado, la noche de la coronación, Letizia, la madre de Napoleón: «Con tal de que dure.» Ah, y además: prefiero lo que me acerca a los demás hombres que lo que me distingue de ellos. También esto es nuevo.

Al llegar al final de este libro, pienso que falta algo a propósito de Diane. Amélie y Clara han tenido la palabra en él, cada una escena propia, como una habitación para ella sola, pero Diane, cuando sucedió todo esto, era tan pequeña que aparece solamente como un bebé mudo o berreando en los brazos de su padre. Ahora tiene cuatro años, y pienso que se dirá lo que por otras razones se han dicho sus hermanas: es todavía más difícil para ella que para las demás. Porque es la



pequeña, porque tuvo a su madre a su lado sólo quince meses, porque ni siquiera se acuerda. Nathalie, la mujer de Étienne, me contó que en su última visita en familia a Rosier, Diane reclamaba continuamente que Juliette la cogiese en brazos, y que Juliette la ponía constantemente en los de Patrice. Sólo le quedaba un mes de vida y decía: no tiene que acostumbrarse, porque después lo echará mucho en falta. Patrice, por su parte, cuenta que las primeras palabras de Diane fueron: ¿dónde está mamá?, y que la primera película que le gustó fue *Bambi*. Vio cien veces la escena en que Bambi comprende que su madre no volverá a levantarse, es la imagen más exacta que se hace de su propia historia. Patrice dice también que de sus tres hijas es ella la que hoy habla más de Juliette, y la única que le pide con mucha frecuencia que le enseñe las diapositivas. Bajan los dos al sótano, se sientan delante del ordenador y él lo pone en marcha. Empieza la música, desfilan las imágenes. Patrice mira a su mujer. Diane mira a su madre. Patrice mira a Diane mirándola. Ella llora, él también, hay dulzura en llorar así juntos, el padre y su hija pequeña, pero no puede ni ya podrá nunca decirle lo que los padres quisieran decir siempre a sus hijos: no es nada. Y yo, que estoy lejos, yo, que de momento soy feliz, y bien consciente de lo frágil que es, quisiera curar lo poquísimo que se puede curar, y por eso este libro es para Diane y sus hermanas.



El libro de Philippe Gilbert, *Les Larmes de Ceylan*, lo ha publicado Éditions des Équateurs, y *Le Livre de Pierre*, de Louise Lambrichs, ha aparecido en Éditions du Seuil.

Gracias a Colette Le Guay, Philippe Le Guay y Belinda Cannone por nuestras estancias estudiantas en Montgoubert y por su amistad; y a Nicole, Pascale y Hervé Clerc, por el Levron y por la suya.

*Fin*

LTC Noviembre 2011